Hay casas que guardan lo que sus dueños no pudieron decir.

EL JARDÍN DE LAS CARTAS NO ENVIADAS

INÉS CARVALHO



EL JARDÍN DE LAS CARTAS NO ENVIADAS

La Quinta· Libro 1

Inés Carvalho

The secret cozy village

Derechos de autor © 2026 Inés Carvalho

El jardín de las cartas no enviadas
La Quinta· Libro 1
Copyright © 2026 por Inés Carvalho
Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin autorización previa y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.
Primera edición: 2026
Publicado por The secret cozy village

Por todas las cartas que nunca llegaron.

CONTENIDO

Página del título

Derechos de autor

Dedicatoria

Prólogo
Sintra, enero de 1938

Capítulo 1
Clara

Capítulo 2
Clara

Capítulo 3
Lisboa, abril de 1932

Capítulo 4
Tomás

Capítulo 5
Clara

Capítulo 6
Lisboa, junio 1932

Capítulo 7
Tomás

Capítulo 8
Clara

Capítulo 9
Lisboa, otoño 1934

Capítulo 10
Clara
Capítulo 11
Tomás
Capítulo 12
Lisboa, primavera 1935
Capítulo 13
Clara
Capítulo 14
Tomás
Capítulo 15
Lisboa, verano 1936
Capítulo 16
Clara
Capítulo 17
Tomás
Capítulo 18
Lisboa, primavera 1937
Capítulo 19
Clara
Capítulo 20
Tomás
Capítulo 21
Sintra, agosto 1937
Capítulo 22
Clara
Capítulo 23
Tomás
Capítulo 24
Sintra, septiembre 1937
Capítulo 25
Clara

Capítulo 26
Tomás
Capítulo 27
Sintra, octubre 1937
Capítulo 28
Clara
Capítulo 29
Tomás
Capítulo 30
Sintra, noviembre 1937
Capítulo 31
Clara
Capítulo 32
Tomás
Capítulo 33
Sintra, diciembre 1937
Capítulo 34
Clara
Capítulo 35
Tomás
Capítulo 36
Sintra - Buçaco, febrero 1938
Capítulo 37
Clara
Capítulo 38
Tomás
Capítulo 39
Clara
Capítulo 40
Tomás
Capítulo 41
Clara

Capítulo 42
Tomás
Capítulo 43
Buçaco, agosto 1942
Capítulo 44
Clara
Capítulo 45
Tomás
Capítulo 46
Clara
Capítulo 47
Tomás
Capítulo 48
Clara
Capítulo 49
Tomás
Capítulo 50
Clara
Capítulo 51
Tomás
Capítulo 52
Clara
Epílogo
Clara

PRÓLOGO
SINTRA, ENERO DE 1938

La cera de abejas mezclada con resina de pino posee un punto de fusión bajo; apenas el calor de una bujía de sebo basta para que el lienzo lo absorba. El cabo de hilo bramante, sumergido tres veces en el bote de cobre, crujió cuando tensé el nudo sobre el pliego final. Treinta y dos cartas. Treinta y dos fragmentos de una conversación que comenzó en los cafés de la rúa do Sé y termina aquí, entre los muros desconchados de una cocina de Sintra que conserva el olor del pan frío y la cal húmeda de las primeras heladas del año.

El título lo anoté en la primera página con la tinta ferrogálica que Henrique emplea para sus contratos de arrendamiento: O Pomar. El huerto. Es una caligrafía limpia, despojada de las curvas ornamentales que mi tía me obligaba a trazar en los cuadernos de caligrafía del Alentejo. Las palabras verdaderas exigen una línea recta, una fijeza de aguja de coser. Al envolver el bulto con el lino encerado, los cantos del papel perforaron levemente la tela caliente, dejando un rastro grisáceo donde la sustancia aún no había solidificado del todo.

Las cartas contienen los inviernos de Lisboa, el frío de las habitaciones alquiladas en el Barrio Alto donde Inês pasaba las noches traduciendo a Colette con los dedos envueltos en mitones de lana gris. Hablan del dinero que tomé de mi asignación personal para los refugiados que cruzaban la frontera por las dehesas de Badajoz, de los hombres que llegaban con las alpargatas rotas por el granito y los ojos fijos en la llanura. Henrique cree que ese dinero se perdió en las tiendas de modas del Chiado; cree que las mujeres gastamos las libras esterlinas en encajes de Flandes y sombreros de paja italiana porque carecemos de la capacidad para comprender el

mecanismo de los bancos. No sabe que cada billete que entregué en la rúa do Sé sirvió para comprar un pasaje de barco hacia Vigo o un pasaporte falso sellado con el escudo de la República Francesa.

Afuera, el viento del Atlántico bajaba por las pendientes de la Estrada da Pena, agitando las copas de los pinos con un sonido seco, áspero, idéntico al de las hojas muertas cuando se acumulan en los canalones de las iglesias. Mañana a las once llegará el automóvil de Henrique. Escucharé el motor desde el revuelto de la carretera, el tableteo sordo del Citroën que los abogados de su nivel consideran un signo de moderación política. Traerá consigo las maletas grandes y el documento de internamiento firmado por el doctor Soares. No habrá discusiones; Henrique es un hombre de leyes que no necesita levantar la voz para ordenar la limpieza de un desván o el confinamiento de una esposa cuyo espíritu considera extenuado.

Tomé la azada de mano que el jardinero había dejado junto al fregadero de piedra. El hierro pesaba tres kilos, una masa fría que me enfrió la palma de la mano antes de que cruzara el umbral de la puerta trasera. La hoja de la madera, hinchada por la humedad de la montaña, resistió el primer tirón; fue necesario apoyar todo el peso del cuerpo contra el larguero para obligarla a ceder con ese doble chasquido que ya forma parte de mi rutina. Al salir al patio, el olor a agua de azahar me cubrió el rostro. Era mi propia fragancia, las gotas de tocador que mi marido me compraba en la farmacia de la rúa Garrett para que sus camisas no olieran al polvo de los tribunales cuando compartíamos el coche de caballos. Aquí, bajo la noche de Sintra, el aroma flotaba por encima de la tierra, denso y suspendido como la humedad que subía de los valles.

El naranjo ocupaba el centro exacto del jardín amurallado, rodeado por los restos del cenador de hierro que mi familia dejó que se oxidara tras la muerte de la reina. La tierra bajo el tronco era oscura, un mantillo espeso donde las hojas del otoño anterior se habían deshecho hasta formar una costra blanda. Me arrodillé sobre el granito del banco corrido antes de clavar el hierro en el suelo. La primera hendidura fue fácil; la tierra cedió con un suspiro húmedo, revelando las raíces capilares del árbol, unas hebras blancas y finas

que se rompían entre mis dedos con el sonido de los hilos de un bordado viejo.

Trabajé durante una hora sin levantar la vista. Las uñas se me rompieron en el tercer palmo; la mezcla de arcilla y cal se me introdujo bajo la piel de los dedos, un dolor agudo y limpio que me devolvió la fijeza que el cansancio me arrebataba por momentos. Al alcanzar la profundidad del codo, justo donde el suelo se volvía pedregoso y gris, un destello rojo interrumpió la penumbra del patio.

A un palmo de mi frente, suspendida de una rama baja del naranjo, una camelia carmesí se mecía con el viento. Era una flor perfecta, densa, con las filas de pétalos concéntricos apretadas alrededor de un centro de estambres amarillos que todavía conservaban el polen fresco. Los naranjos no producen camelias. Los naranjos producen flores blancas y pequeñas que caen en mayo y dejan un rastro amargo en los dedos de las criadas que las recogen. Aquella rama pertenecía a la madera agria del árbol frutal, pero la flor que colgaba de ella era la misma que crecía junto a la verja principal de la Quinta, la que florecía en enero cuando los caminos estaban cerrados por la nieve de la sierra.

Permanecí inmóvil, con las manos hundidas en el pozo de tierra. No busqué una explicación en los manuales de botánica que Henrique guardaba en su bufete; en esta casa las cosas sucedían con una lógica diferente, una regularidad silenciosa que no necesitaba el permiso de las leyes de la naturaleza. La flor estaba allí, un punto encendido en mitad de la noche de enero, y su presencia no alteraba el curso de mi mano.

Deposité el paquete de lino encerado en el fondo del agujero. Quedó encajado entre dos raíces gruesas que parecían dispuestas para sostener el peso de un cofre familiar. Cubrí el lienzo con la tierra suelta, compactando el mantillo con las palmas de las manos hasta que la superficie volvió a quedar llana, idéntica al resto del suelo que rodeaba el tronco. Nadie que cruzara el jardín mañana notaría la diferencia; Henrique se limitaría a observar el estado de las hojas del árbol y a comentar que el año próximo sería necesario aplicar un tratamiento contra el pulgón de las raíces.

Regresé a la cocina con el calzado cubierto de barro negro. Al deambular por el pasillo, evité la loseta agrietada que se encuentra junto a la cocina económica; es una costumbre antigua, una forma de moverme por los espacios que mi marido ha comprado para que mi cuerpo no deje marcas en su inventario. Subí la escalera peldaño a peldaño. El tercero crujió bajo mi bota izquierda, una nota alta que resonó en el vestíbulo vacío como el disparo de una escopeta de caza en la dehesa del Alentejo. En el piso superior, mi dormitorio miraba hacia el este, hacia las colinas donde las luces de Lisboa eran apenas una línea mortecina detrás de la niebla baja.

Me quité el abrigo de lana y lo colgué en el interior del armario de madera de castaño, asegurándome de que el revés manchado de arcilla quedara oculto tras los vestidos de seda que usaba para las veladas de António Ferro. En el espejo de tocador, mi rostro carecía de la agitación que el doctor Soares describiría mañana en su informe oficial. Mis ojos estaban fijos, limpios de esa turbación que los hombres de leyes confunden con la debilidad de las mujeres que leen demasiados libros extranjeros. Tomé el peine de carey que Inês me había regalado tres inviernos atrás, cuando todavía creíamos que una dedicatoria en una revista literaria bastaba para levantar un muro entre nosotras y el bufete de Estrela, y deshice los nudos que el viento del jardín había trenzado en mi cabello.

La plata del cepillo estaba fría contra el cuero cabelludo. Cada pasada dejaba una línea recta, una separación perfecta en el centro de la cabeza. Cuando Henrique entre mañana por esa puerta, me encontrará sentada junto a la ventana este, con el vestido gris de los domingos y las manos apoyadas sobre el regazo, inmóviles como las de las estatuas de la iglesia de São Domingos. Dirá que el aire de Sintra me ha sentado mal, que tengo la piel del color de la cera y que el sanatorio de la Línea de Estoril es el único lugar donde una mujer de mi estirpe puede recuperar el equilibrio de los nervios. Yo asentiré. No ofreceré resistencia porque el manuscrito ya no me pertenece; está bajo la tierra del naranjo, esperando a que el tiempo deshaga el lino y libere las palabras que Henrique cree haber borrado de mis cuadernos con sus amenazas de juzgado.

No escribí para sobrevivir. Escribí para que alguien, un día, supiera que existí como yo fui.

CAPÍTULO 1
CLARA

El auricular del teléfono devolvía la voz de Daniel con esa nitidez plana que tienen las llamadas de la meseta cuando caen sobre el granito de Vigo. No gritaba; los editores de Madrid no necesitan gritar porque dominan el arte de modular la condescendencia.

—No es el momento de dejar el proyecto a medias, Clara. El autor cuenta con tu traducción para la campaña de noviembre. Una espantada ahora no te pega nada. Vale que estés cansada, pero esto es una rabieta de patio de colegio.

Clara se detuvo bajo el arco de piedra del portal, justo donde el viento del Atlántico subía por la calle Colón cargado con el olor rancio de los motores del puerto y la humedad limpia de la ría. Se miró las punteras de los zapatos. Estaban salpicadas de gotas minúsculas, un rastro grisáceo que se secaría dejando cerco.

—No es una rabieta —dijo ella. Su propia voz le sonó extraña, desprovista del esfuerzo habitual por encajar en el hueco que Daniel le reservaba en las mesas de los restaurantes de Chueca—. He dejado las cajas con las galeradas corregidas en la recepción de la delegación. El glosario está completo. No os debo ni una sola palabra.

—¿Y lo nuestro? —La pausa de Daniel fue larga, medida, la clase de silencio que él solía emplear en las negociaciones contractuales para que el otro bajase el anticipo—. Seis años, Clara. ¿Me estás diciendo que se acaban en un mensaje de texto mientras entras a un despacho de abogados?

—De notarios —corrigió ella, con la precisión automática de quien se pasa el día buscando la diferencia exacta entre pazo y quinta—. Y no se acaba ahora. Se acabó en mayo, cuando decidiste

que mi nombre en los créditos de la novela de Madalena Vilas-Boas era un detalle prescindible para la contracubierta.

No esperó la réplica. Cortó la comunicación con un toque seco del pulgar y metió el teléfono en el bolsillo del abrigo, donde el aparato continuó vibrando dos, tres, cuatro veces antes de quedar sordo. El portal olía a mármol viejo y a la cera líquida que el conserje empleaba para abrillantar los buzones de bronce. Era un edificio de los años cuarenta, con techos demasiado altos que retenían el frío de la mañana como un pozo.

Arriba, en el tercero izquierda, la sala de espera de la notaría de don Donato Castro tenía tres sillas de skai verde y una mesa auxiliar con revistas de finanzas de hacía dos meses. Pilar estaba sentada en la central, con el abrigo de paño negro abrochado hasta el último botón a pesar de que el radiador de fundición tosía un calor espeso y seco. Tenía el bolso de piel sintética apoyado sobre el regazo, sujeto con ambas manos por las asas. Las falanges se le marcaban blancas, rígidas, como los nudos de un sedal viejo.

Clara se sentó a su lado sin decir nada. Pilar no se volvió; mantuvo la vista fija en la pared de enfrente, donde un grabado del mapa de la provincia de Pontevedra mostraba los límites de los municipios con un trazo desvaído por el sol de la ventana.

—Daniel sigue llamando —dijo Clara, buscando el tono neutro que usaba cuando discutían las facturas de la luz de la casa de Vigo.

Pilar movió apenas la barbilla. Un gesto mínimo, áspero.

—Ese rapaz habla demasiado. Siempre ha hablado por encima de tus posibilidades.

—Ya no importa. Le he dicho que no vuelvo a Madrid.

La madre no ofreció consuelo ni reproche. En las cocinas de la costa de Pontevedra, las rupturas no se sancionaban con palabras; se registraban como se registra una mala campaña de la sardina: con un silencio pesado que se incorporaba al pan de la cena. Sin embargo, Clara notó el sutil repliegue en los hombros de su madre, el endurecimiento de la línea de la mandíbula. Pilar sabía algo. Lo sabía desde que la semana anterior llegó el aviso de Lisboa por correo certificado, un sobre de papel grueso, color hueso, que Pilar había dejado sobre la mesa de la cocina como si fuera un bicho vivo.

La puerta del despacho principal se abrió y un oficial calvo, con las mangas de la camisa sujetas por elásticos negros, las invitó a pasar. El despacho olía a tabaco de pipa rancio y al pegamento de barra que usaban para los timbres del Estado.

El notario no era don Donato, sino un sustituto más joven cuyo nombre Clara no retuvo. Tenía sobre la mesa de escritorio —una imitación barata de caoba con los cantos chapados desconchados— tres folios mecanografiados en un portugués administrativo que carecía de las florituras habituales de los documentos notariales españoles.

Clara leyó el encabezado por encima del hombro del hombre. Sus ojos de traductora aislaron los términos legales antes de que el cerebro procesara el significado completo: herencia yacente, bienes inmuebles, comarca de Sintra.

—La notificación viene del Cartório Notarial de Sintra —explicó el sustituto, ajustándose unas gafas de montura de pasta que le dejaban una marca roja en el puente de la nariz—. El causante es el ciudadano portugués Joaquim Almeida, fallecido el año pasado, cuyo expediente de sucesión se ha tramitado en Lisboa. Según el testamento ológrafo visado por las autoridades lusas, usted, doña Clara Mendes, es la única legataria de la finca denominada Quinta dos Loureiros. Una propiedad rústica y urbana en las estribaciones de la Estrada da Pena.

Clara miró a su madre. Pilar seguía con los ojos fijos en el tintero de cristal del escritorio, inmóvil. En su rostro de sesenta años no había sorpresa, solo esa fijeza terca de quien espera que amaine un temporal que ya ha visto venir desde el cabo.

—¿Joaquim Almeida? —Clara se volvió hacia el papel—. No conozco a ningún Joaquim Almeida. Mi padre se llamaba Mendes. Mi madre es Pilar Mendes. No tenemos familia en Portugal, salvo los primos de mi abuela que se fueron a calzar fincas a Valença en los sesenta.

El notario sonrió con la paciencia burocrática del que ha visto demasiados pleitos de linderos.

—El documento es explícito, señorita. El rastro genealógico ha sido verificado por el gabinete de abogados de Lisboa encargado de

la liquidación. La propiedad está libre de cargas hipotecarias, aunque arrastra una deuda pequeña de contribución rústica que el propio legado cubre con los fondos depositados en el Banco Espírito Santo. Aquí tiene la traducción certificada que nos han remitido.

Le tendió un folio donde la prosa de Lisboa se había transformado en un castellano acartonado, lleno de "en su virtud" y "asimismo". Clara dejó el papel sobre la mesa sin leerlo. Conocía el portugués mejor que el sustituto; se pasaba diez horas al día encajando los adjetivos de Lobo Antunes en el molde seco del castellano peninsular, buscando el peso exacto de una lengua que siempre parece tener más sílabas de las necesarias para decir que alguien tiene hambre o frío.

—¿Mamá? —La voz de Clara bajó un tono, volviéndose más gallega, más descalza—. ¿Quién es este hombre?

Pilar se acomodó el bolso sobre las rodillas. No miró a su hija; miró al notario, como si el funcionario fuera el único testigo legítimo de una claudicación que llevaba treinta años aplazando.

—Un pariente de tu padre —dijo Pilar. Su voz era seca, limpia de toda afectación melodramática—. Alguien que vivió donde no debía y guardó lo que no era suyo. No tienes por qué preguntar más. El papel dice que la casa es tuya. Las casas no se rechazan, Clara. Menos ahora que te has quedado sin el piso de Madrid y sin el novio ese que te corregía las comas.

—Esa casa lleva cerrada desde antes de que yo naciera, si es la que creo —dijo Clara, sintiendo el peso de la omisión en el pecho, un hueco físico donde las preguntas se amontonaban sin orden—. Tú estuviste en Sintra en el setenta y seis. Hay una foto tuya en el cajón de la costura, detrás de la iglesia de São Martinho.

Pilar se levantó. El abrigo de paño negro crujió.

—Firma eso de una vez, niña. El señor tiene más cosas que hacer y el coche de línea para Vigo sale a las doce y media. Si te dan una casa en Portugal, vas y la miras. Si no te gusta, la vendes a los de los hoteles, que esos lo compran todo ahora. Pero firma.

El notario ofreció un bolígrafo de plástico azul con el logotipo de una caja de ahorros rescatada. Clara se quedó sentada, con las piernas cruzadas bajo la falda de pana gris. En el bolsillo del abrigo,

el teléfono volvió a vibrar. Una sacudida corta, sorda: un mensaje de texto. No hacía falta abrirlo para saber lo que decía. Daniel recordándole que el alquiler del piso de Argüelles estaba a su nombre; Daniel advirtiéndole que los diccionarios grandes eran suyos; Daniel tratando de reducirla al tamaño de una nota a pie de página.

Se inclinó sobre el escritorio. La mesa tenía dos cercos redondos y desvaídos en la esquina derecha, el rastro de dos tazas de café baratas que alguien había dejado secar una sobre otra con días de diferencia. El oficial calvo observaba el segundero del reloj de pared con la regularidad de un péndulo.

Clara extendió la mano hacia el documento. Sus dedos, acostumbrados a la fijeza del teclado, parecieron dudar un instante antes de tocar el papel grueso. Sintió el frío del papel satinado bajo la yema del índice.

El teléfono del bolsillo dio una última vibración larga, un espasmo que pareció recorrerle la costilla.

Firmó. Su caligrafía, habitualmente pequeña y regular, se estiró en el primer trazo del apellido Mendes, la tinta azul temblando levemente en la curva de la M, un rasguño irregular sobre el folio blanco que no se parecía en nada a su firma de los contratos editoriales de Madrid. Era la firma de alguien que ya no tiene donde volver esa noche.

—Bien —dijo el sustituto, recogiendo los folios con un movimiento seco de baraja—. Les prepararemos las copias autorizadas. Tardarán un par de días. Tendrá que viajar a Sintra para la entrega de llaves con el representante de la herencia en Portugal. Un tal doctor Rebelo, de la Universidade de Coímbra. Él tiene las llaves de la Quinta.

Clara no respondió. Se levantó y siguió a su madre hacia la salida. En el pasillo, Pilar caminaba tres pasos por delante, con su bolso sintético pegado al cuerpo, rígida y silenciosa como una roca de la costa que ha aprendido a no retener el agua de las olas. Clara sacó el teléfono para apagarlo del todo. En la pantalla, las últimas palabras de Daniel se quedaron fijas antes de que el cristal se

volviera negro: No vas a durar tres meses sola en Galicia, Clara. Te falta mundo.

Clara metió el aparato en el bolso y se ajustó el cuello del abrigo. El viento de la ría la esperaba abajo, en la calle, áspero y real, subiendo por las cuestas de granito como un animal que no necesita pedir permiso para entrar.

CAPÍTULO 2
CLARA

El limpiaparabrisas del Fiat Panda de alquiler emitió un chirrido seco contra el cristal, un sonido agudo que se repitió cada cuatro segundos desde que la carretera empezó a subir entre los muros de mampostería. La niebla de Sintra no era una gasa poética; era una masa de agua tibia y densa que reducía los pinos de la Estrada da Pena a siluetas borrosas y transformaba los faros amarillos del coche en dos conos inútiles que rebotaban contra una pared gris.

En la pantalla del teléfono, encajado en la rejilla del aire acondicionado mediante un soporte de plástico barato, la flecha azul de Google Maps parpadeó dos veces antes de quedar fija en mitad de un vacío verde. Sin señal. El indicador de cobertura se había vaciado por completo al pasar la segunda iglesia. Clara soltó el volante con la mano derecha para dar un golpe con el nudillo al aparato, pero la pantalla solo mostró el círculo giratorio de la desconexión.

—Estupendo —dijo en voz alta.

La voz sonó extraña dentro del habitáculo, amortiguada por el olor a desinfectante de pino del coche de alquiler y la humedad que ya empezaba a filtrarse por las gomas de las ventanillas. Puso segunda, el motor protestó con un quejido asmático en la rampa y mantuvo la vista fija en el arcén izquierdo, buscando la referencia que el oficial de la notaría de Vigo le había anotado en el reverso de una tarjeta de visita: un revuelto cerrado, un transformador de la luz de hormigón y una entrada oculta por la hiedra.

Encontró la Quinta dos Loureiros por descarte, tras pasar de largo un camino de tierra que moría en una verja con el candado oxidado y tener que dar la vuelta en el aparcamiento vacío de un palacio cerrado por la temporada. La entrada de la propiedad era un

estrechamiento del muro de granito, cubierto por una capa de musgo tan gruesa que parecía alfombra. Los dos batientes de hierro forjado estaban encajados en la tierra, cubiertos por una herrumbre de color naranja encendido que se desprendía en escamas con solo arrastrar el parachoques del coche a unos centímetros.

Clara apagó el motor. El silencio de la serra cayó de golpe, un peso húmedo interrumpido únicamente por el goteo constante del agua de las copas de los árboles sobre el techo de chapa del Fiat.

Al bajar, la suela de sus botas se hundió en una alfombra de hojas de castaño podridas. El aire del Atlántico llegaba allí cansado, sin la sal de la ría de Vigo, cargado con el olor dulce y pastoso de la tierra que lleva décadas sin ver el sol. Se acercó a la verja. En el pilar derecho, una placa de latón oscurecido conservaba las letras grabadas a cincel: Quinta dos Loureiros. La tipografía era de finales del siglo diecinueve, con las serifas exageradas que los burócratas de la época consideraban elegantes.

Justo al lado del portalón, pegado a la piedra, crecía un camelio viejo, con el tronco retorcido como un cabo de amarre abandonado. Clara se detuvo ante él. Del extremo de una rama baja, casi tocando el suelo cubierto de maleza, colgaba una camelia roja. Estaba abierta por completo, con los pétalos perfectos, densos, de un carmesí apagado que no había sufrido el mordisco del granizo. Era 14 de octubre. En Galicia, los camelios de los pazos permanecían verdes y mudos hasta bien entrado enero; aquella floración a destiempo era una extravagancia biológica, probablemente el resultado de algún microclima estúpido provocado por el abrigo de la montaña o una veta de agua subterránea que retenía el calor del verano. Tocó el borde de un pétalo con el índice; la textura era fría, coriácea, real. No le dedicó más de diez segundos. Había viajado desde Vigo para tomar posesión de cuatro paredes y un tejado que probablemente se vendrían abajo en el próximo temporal de invierno, no para hacer inventario botánico.

Agarró el pomo de la verja. El hierro le dejó una costra de óxido en la palma de la mano. Tuvo que empujar con todo el peso del cuerpo, apuntalando los talones en el barro, hasta que los goznes

cedieron con un gemido metálico que debió oírse hasta en São Pedro.

La casa apareció tras una curva del sendero de carretas, una mole de dos plantas con la fachada cubierta de azulejos blancos que el tiempo había vuelto del color de los dientes viejos. Las ventanas de la planta baja estaban protegidas por contraventanas de madera gris, cerradas con pestillos de barra; las del piso superior mostraban cristales ahumados por la suciedad acumulada. En el centro del jardín, un naranjo raquítico crecía entre los restos de un cenador de hierro desmantelado.

La llave que los abogados de Lisboa le habían enviado por correo urgente era un pedazo de hierro de quince centímetros, pesado y romo, que guardaba en el bolsillo del abrigo junto al teléfono muerto. La cerradura de la puerta principal, de madera de castaño cuarteada por el sol y la humedad, tardó tres intentos en ceder. El mecanismo giró con un chasquido seco, una resistencia que obligó a Clara a apoyar el hombro contra el larguero hasta que la hoja se abrió hacia dentro.

El olor la recibió antes de que pudiera dar el primer paso. Era el aroma universal de los lugares abandonados —el papel deshecho por los hongos, el polvo asentado, la cera de abejas que se ha vuelto rancia en las esquinas—, pero debajo de esa primera capa flotaba una dulzura extraña, densa y nítida. No era el olor a cerrado ordinario; era algo almibarado, sutil, como si alguien hubiera roto un frasco de esencia de tocador en el pasillo media hora antes de su llegada.

El vestíbulo tenía el suelo de azulejos azules y blancos, con un dibujo geométrico que se repetía hasta el arranque de una escalera de madera con el pasamanos gastado por el uso. En la esquina, junto a una consola con las patas carcomidas por la polilla, descansaba un paragüero hecho con una pata de elefante disecada, la piel grisácea y agrietada, el borde superior rematado por un aro de latón donde aún quedaba una varilla de paraguas rota. Clara se quedó mirándolo un instante, con las cejas juntas. Qué espanto. Evitó dejar el bolso cerca del artefacto y avanzó por el pasillo

central, guiándose por la luz gris que se filtraba por los montantes de las puertas.

La biblioteca ocupaba el centro de la planta baja. Era una habitación rectangular, con las paredes cubiertas por estanterías de madera oscura que subían hasta el techo técnico. El suelo de tarima crujió bajo sus botas con una nota grave, el sonido de las tablas que han cedido bajo el peso de los años. Clara calculó a ojo unos dos mil libros, tal vez más, alineados en un desorden cronológico que a cualquier traductor le habría provocado un dolor de cabeza inmediato: lomos de piel cuarteada junto a ediciones baratas de los años cincuenta con las cubiertas de papel de fumar. El aire allí dentro parecía más denso, inmóvil, como si la niebla exterior hubiera encontrado una forma de solidificarse entre los estantes.

En el centro de la estancia había una mesa de roble alargada, lo bastante grande para albergar doce comensales, con la superficie cubierta por una fina película de polvo gris que desdibujaba las vetas de la madera. Al fondo, bajo el único ventanal grande que daba al jardín trasero, un banco corrido de piedra formaba un hueco donde se acumulaban hojas secas que habían entrado por alguna rendija.

Clara se acercó al ventanal. Las contraventanas interiores estaban encajadas con un pasador de hierro que se había soldado al marco por el óxido de las décadas. Apoyó las dos manos en la madera, que se sentía fría y ligeramente hinchada por la infiltración, y tiró hacia sí con un movimiento seco del torso.

El pasador saltó con un estallido que resonó en el techo alto de la biblioteca. Las hojas de madera se abrieron de golpe, dejando entrar la luz cenicienta de la tarde de Sintra, una claridad que iluminó de inmediato los lomos dorados de la sección este de la sala.

Detrás de ella se oyó un golpe seco. Un impacto sordo contra la madera del suelo.

Clara no se movió de inmediato. Se quedó con las manos apoyadas en el alféizar de la ventana, mirando el jardín trasero a través de los cristales sucios: el invernadero en ruinas al fondo, la silueta del pozo sellado y la wisteria marchita que colgaba de la pared sur. No había viento fuera. El Fiat Panda seguía aparcado junto al naranjo, inmóvil.

Se volvió despacio.

Junto a la pata derecha de la mesa de roble, a dos metros de donde ella se encontraba, un libro yacía abierto boca abajo sobre las tablas del suelo. Había caído de la tercera estantería empezando por abajo, en el paño de pared este. Clara se acercó y lo recogió por el lomo. Era un volumen pequeño, encuadernado en tela azul descolorida, con el título grabado en letras de molde que apenas se leían: La Vagabonde. Una edición francesa antigua.

Miró el hueco que había dejado en el estante. Los volúmenes contiguos estaban tan apretados que costaba imaginar cómo uno de ellos había podido deslizarse hacia fuera sin arrastrar a los demás. Pasó el índice por la madera del estante; estaba nivelada a simple vista, pero al bajar la vista hacia el suelo, notó la combadura de las vigas centrales. La tarima formaba una pequeña vaguada justo debajo de la mesa de roble; los extremos de la habitación quedaban casi dos centímetros más altos que el centro.

Dejó el libro sobre la mesa de roble, provocando una pequeña marca limpia en el polvo. Se llevó las manos a los bolsillos del abrigo y miró el techo, donde las molduras de yeso mostraban grietas finas como hilos de pescar.

Soltó una risa corta, un sonido seco que se apagó enseguida entre las paredes forradas de papel viejo. Los suelos estaban torcidos. Eso era todo. Una casa vieja construida sobre granito húmedo, con las vigas vencidas por el peso de dos mil volúmenes que nadie había movido desde la época de los trenes de vapor. No hacía falta buscar más explicaciones.

Se sentó en el borde de la mesa, sacó el teléfono negro del bolsillo y lo dejó junto al volumen francés. La pantalla seguía oscura, reflejando el techo agrietado y la luz gris que entraba por la ventana abierta. Estaba sola en Sintra, con una propiedad que no valía nada y un libro francés en el suelo. Era un comienzo tan bueno como cualquier otro.

CAPÍTULO 3
LISBOA, ABRIL DE 1932

La luz eléctrica en el salón de António Ferro carecía de la benevolencia del candil; poseía una fijeza blanca, casi médica, que parecía destinada a exponer las costuras de los abrigos vueltos a teñir y el cansancio secreto de las mujeres que nos sentábamos en las sillas de lino a esperar el anuncio de la cena. Henrique prefería esa claridad. Decía que los hombres del nuevo siglo debían acostumbrarse a la transparencia de las oficinas, aunque luego pasara las tardes en su despacho de Estrela con las maderas cerradas, protegiendo sus legajos del sol que subía desde el Tajo.

Aquella noche me sostenía por el antebrazo, justo por encima del puño del guante de cabritilla. Su mano era un peso tibio, regular, la presión exacta que un propietario ejerce sobre las riendas de un animal que no ofrece resistencia pero que requiere vigilancia. Me conducía entre los corrillos de abogados de la administración y directores de periódicos con una lentitud que el resto de los invitados confundía con la deferencia del recién casado. Yo conocía el ritmo de su paso; era el mismo con el que examinaba los límites de las dehesas de mi padre en el Alentejo antes de que los abogados firmaran la dote.

—Sonríe, Carmo —me dijo al oído, sin que la línea de su boca perdiera la curvatura social que reservaba para los subsecretarios—. El hombre de la izquierda es el nuevo censor de las publicaciones de Évora. Le interesa saber qué clase de poesía se lee ahora en las provincias.

—Ya sonrío, Henrique —respondí.

Mi voz permaneció baja, educada en esa mudez perfecta de las hijas de buena familia que han aprendido a aborrecer a sus maridos sin mover un solo músculo del rostro. Mi madre me había enseñado

que el odio auténtico no necesita aspavientos; se conserva mejor si se diluye en el caldo de las cenas oficiales, si se mantiene oculto tras un abanico de sándalo y una inclinación regular de la cabeza.

En el centro del salón, António Ferro gesticulaba ante un grupo de oficiales del ejército. Su cuerpo, menudo y nervioso, se movía con una urgencia que no pertenecía a la Lisboa de los viejos palacios; observaba a cada interlocutor midiendo el efecto de sus palabras, buscando el reflejo de su propia importancia en las pupilas de los militares. Nadie miraba las paredes, donde los cuadros modernos de la nueva escuela colgaban entre molduras doradas que todavía olían al barniz de la restauración. Los invitados se miraban los unos a los otros, vigilando quién se acercaba a la mesa del fondo y quién permanecía en la penumbra del pasillo.

Me solté de la presión de Henrique aprovechando el saludo de un notario de Coímbra. Me refugié en el extremo opuesto de la sala, donde una librería de madera de palisandro guardaba volúmenes que nadie había abierto durante la velada. Mis dedos buscaron el lomo de un libro pequeño, una edición en rústica con las páginas mal cortadas que descansaba entre dos tratados de derecho internacional. Era una traducción reciente.

—¿De Joyce o de cualquiera de nosotros? —La voz llegó desde mi hombro, desprovista de la modulación cantarina de las damas que frecuentaban el Chiado.

Me volví despacio. La mujer que permanecía de pie a mi lado no compartía la geometría del salón. Llevaba un vestido de lana oscura, de un corte severo que ignoraba las sedas traídas de París que lucían las demás, y unos zapatos de piel negra con cordones y suela de goma gruesa, un calzado destinado a resistir las piedras sueltas de las pendientes de la Alfama y no las alfombras de la estirpe de Ferro. Su rostro era enjuto, dominado por una nariz recta y unos ojos grises que no buscaban la aprobación de los hombres del centro de la estancia. No llevaba alhajas, salvo una sortija de plata lisa en el dedo índice.

—Es Joyce —respondí, manteniendo el libro contra el pecho—. Los muertos.

Ella miró mis manos, deteniéndose en la marca pálida que los dedos de Henrique habían dejado sobre la piel desarmada de mi muñeca, justo donde el guante blanco se abría en una pequeña hendidura.

—Conozco el texto —dijo ella, hablando directamente en castellano con un deje limpio, casi imperceptible, que delataba los inviernos pasados en los muelles de la orilla derecha del Sena—. El traductor cree que el frío de Dublín es el mismo que el de las noches de Guarda. No ha comprendido que la nieve de ese libro no cae sobre la tierra, sino sobre las mesas donde las familias esperan a que mueran los viejos para heredar las sábanas. Me llamo Inês.

No pronunció ningún apellido. Se quedó inmóvil, con las manos metidas en los bolsillos laterales de su vestido, una postura que mi tía habría calificado de inconveniente para una mujer soltera en una casa respetable. Su presencia tenía la fijeza de los objetos que no han sido colocados para agradar a las visitas.

—Este salón es una oficina de aduanas —continuó Inês, observando cómo un camarero retiraba las copas vacías de una consola de mármol—. Todos estos señores creen que están redactando el inventario de un imperio, pero solo están construyendo un archivo de provincias con ujieres que huelen a tabaco barato y a naftalina. Debería regresar a su casa, señora de De Sousa. Esta luz le va a apagar el color de las mejillas.

—Mi marido dice que es necesario acompañar el pulso de la época —contesté, sintiendo la rigidez del corsé bajo la seda verde de mi vestido.

—Su marido confunde el pulso con las circulares de los ministerios —dijo ella.

Se sacó las manos de los bolsillos con un movimiento rápido, desprovisto de la lánguida ceremonia con la que las esposas de los directores generales manejaban sus abanicos de encaje. Se acercó un paso, lo suficiente para que yo pudiera percibir el olor de la lana de su ropa, un aroma limpio, exento de las esencias de violeta que inundaban el centro del salón.

—No permita que la borren, Carmo —añadió, su tono descendiendo hasta convertirse en un roce apenas audible entre el

murmullo de los invitados—. El cuaderno que envió a la imprenta de Évora contiene tres composiciones que no pertenecen a la biblioteca de su padre ni a los códigos de su esposo. Las estrofas sobre las higueras de agosto son casi un peligro.

Antes de que pudiera articular una pregunta, antes de que lograra averiguar cómo conocía los versos que yo había dejado en el cajón del despacho del Alentejo bajo un nombre ficticio, Inês se dio la vuelta. Cruzó el vestíbulo hacia la puerta de salida con una agilidad que parecía un insulto a la gravedad reglamentaria de la reunión. No esperó a que los criados abrieran las puertas del comedor, donde las fuentes de arroz de pato y los pescados cubiertos de gelatina comenzaban a enfriarse bajo los candelabros.

Henrique regresó a mi lado cuando los primeros invitados se disponían a tomar asiento. Tenía las mejillas encendidas por el segundo vaso de vino de Carcavelos y el cuello de la camisa ligeramente arrugado por el calor de la discusión.

—¿Quién era esa mujer, Carmo? —me preguntó, tomándome de nuevo por el brazo con esa firmeza legal que ya formaba parte de mi rutina—. El subsecretario dice que la ha visto en los cafés de la rúa do Sé, con los tipógrafos que protestan por la jornada de ocho horas. Una desclasada. No es conveniente que te vean conversar con esa clase de personas.

—No conozco su nombre —mentí, devolviendo el ejemplar de Joyce al hueco oscuro de la estantería—. Me ha preguntado por la dirección de una modista en la rúa do Salitre.

Fue mi primera mentira deliberada, el primer verbo que decidí choisir, elegir en esa lengua francesa que utilizaba en mi diario para las cosas que carecían de permiso en nuestro idioma. Durante la cena, mientras el subsecretario detallaba la nueva tasa sobre las harinas del norte, permanecí con la vista fija en el espacio vacío que quedaba entre mi copa y la llama del candelabro. No supe su apellido hasta tres semanas más tarde, cuando encontré una traducción de Colette en las páginas de la Revista de Portugal que Henrique había arrojado a la papelera de su bufete. El margen de la

hoja estaba rasgado, como si alguien hubiera querido arrancar el nombre antes de deshacerse del papel: Inês Vasconcelos.

CAPÍTULO 4
TOMÁS

El despacho de Tomás en el piso superior de la Facultad de Letras de la Universidad de Coímbra conservaba el mismo aire estancado que las salas de lectura del siglo diecinueve: un olor espeso a papel deshecho por los ácaros, madera de castaño encerada y el barniz reseco de las estanterías que subían hasta el techo de bovedilla. Desde su ventana, estrecha y encajada entre sillares de granito, se divisaba una sección del curso gris del río Mondego y los tejados de la Baixa, difuminados por una llovizna fina que caía con la regularidad de un metrónomo desde primera hora de la mañana.

Sobre la mesa de trabajo, una superficie de roble sepultada bajo tres hileras de monografías descabaladas y fotocopias de la prensa literaria de los años treinta, el ordenador de torre emitía un zumbido sordo y constante. La pantalla iluminaba la penumbra del cuarto con un resplandor azulado que hacía parpadear a Tomás cada vez que levantaba la vista de las fichas de cartulina.

El aviso del correo electrónico entró con un leve tintineo metálico.

Tomás dejó el bolígrafo sobre el bloc de notas y estiró los dedos, entumecidos por las cuatro horas que llevaba transcribiendo las actas del Secretariado de Propaganda Nacional. El remitente era el Archivo Nacional de la Torre del Tombo. El asunto consistía apenas en una referencia numérica seguida de tres palabras: Inventario Bienes Almeida.

Hizo clic con el ratón. El documento adjunto era un archivo PDF pesado, una reproducción fotográfica en alta resolución de un legajo de papel timbrado del año 1938. Al deslizar la barra de desplazamiento, las páginas mostraron la caligrafía apretada y

picuda de los oficiales judiciales de la dictadura, una tinta azulada que el tiempo había vuelto del color de la herrumbre. En la página catorce, bajo el epígrafe de propiedades rústicas incautadas o sujetas a administración judicial por deudas fiscales del patrimonio de la familia Almeida, los ojos de Tomás se detuvieron en una línea subrayada con lápiz rojo:

Quinta dos Loureiros —Quinta de los Laureles—, situada en la Estrada da Pena, término municipal de Sintra. Finca compuesta de casa de vivienda de dos plantas, jardín amurallado, manantial propio y dependencias accesorias. Registrada a nombre de Maria do Carmo de Almeida de Sousa en virtud de escritura de dote del año 1931.

Tomás se reincorporó en la silla, sintiendo un latido rápido y repentino en la boca del estómago. Volvió a leer la dirección. Estrada da Pena. Durante tres años había rastreado las actas notariales de Évora, los registros parroquiales del norte del Alentejo y los archivos privados de los herederos de António Ferro en Lisboa, convencido de que los últimos cuadernos de Maria do Carmo —aquellos poemas que la censura salazarista había considerado «disolventes y contrarios a la moral de la nación»— se habían perdido en la quema de los graneros de la familia durante la reforma agraria o permanecían sepultados en el desván de algún bufete de abogados de la rúa do Gold.

Un pensamiento rápido cruzó su mente, una frase que no se permitió terminar del todo, deteniéndola antes de que adquiriera la forma de una certeza ridícula: Tres años buscando esto y resulta que estaba en un pueblo a dos horas de mi casa… No completó la reflexión porque la experiencia en los archivos le había enseñado que la proximidad geográfica solía ser la antesala de los mayores fiascos académicos; las cosas que se encuentran cerca de la rutina propia tienden a carecer de la épica que los departamentos universitarios exigen para justificar una beca de investigación.

Tomó el teléfono móvil que descansaba junto al teclado y marcó el número de su madre. El tono de llamada sonó cuatro veces antes de que la voz de Luisa respondiera, amortiguada por el bullicio de fondo de un televisor encendido en un canal de noticias.

—¿Tomás? Menos mal que llamas. Lia tiene treinta y ocho y medio. Le he dado el jarabe hace veinte minutos, pero no quiere tomarse la sopa de sémola. Dice que le duele la garganta al tragar.

Tomás se levantó de la silla, apartando el teclado con un movimiento brusco que desordenó una pila de folios.

—¿Tiene placas? Si quieres bajo ya, dejas las llaves en la consola y me quedo yo con ella esta noche. Puedo pedirle a la jefa de estudios que me mueva el seminario de mañana por la mañana.

—No seas exagerado, no es nada —la voz de Luisa sonó con esa firmeza seca, carente de adornos, que utilizaba cuando consideraba que su hijo estaba a punto de comportarse como un padre coraje pusilánime—. Son unas décimas de nada, el típico enfriamiento de Coímbra por salir de la escuela con la chaqueta abierta. Ya se ha dormido con el peluche del oso. Ve a hacer lo tuyo. Sé perfectamente que llevas semanas esperando ese maldito papel de Lisboa. Ve.

Tomás guardó silencio un instante, mirando las luces de los coches que empezaban a encenderse en el puente de Santa Clara, abajo en el río.

—Es en Sintra —dijo—. El registro sitúa la última propiedad a su nombre en la Estrada da Pena. Si salgo ahora por la autopista, puedo estar allí antes de que cierren las oficinas del catastro municipal o ver el perímetro de la casa desde el exterior.

—Pues coge el coche y muévete —dijo su madre. Hubo una pausa en la línea, rota únicamente por el sonido de un anuncio de detergente en la televisión de su casa. Cuando Luisa volvió a hablar, su tono había perdido la urgencia de la fiebre de la niña y había adquirido una gravedad directa, exenta de tacto—. Y de paso, Tomás, tendrías que volver a salir. Me refiero a salir de verdad. No a conducir doscientas semanas seguidas para mirar tapias de piedra y hablar con archiveros que huelen a sótano. Lia ya tiene ocho años; no necesita un guardaespaldas las veinticuatro horas, necesita un padre que no parezca un fantasma de la Facultad de Letras. La vida de esa poeta se terminó en los años cuarenta; la tuya se supone que sigue en el calendario.

Tomás no respondió. Mantuvo el teléfono pegado a la oreja, escuchando la respiración regular de su madre al otro lado de la línea, hasta que ella misma rompió la tensión con un suspiro corto.

—Te dejo las llaves de casa debajo de la maceta de los geranios por si vuelves de madrugada y no quieres despertar a la niña con el ruido de la cerradura. Conduce con cuidado. La autopista del oeste se pone impracticable cuando hay niebla.

—Gracias, mamá —dijo él, y colgó antes de que Luisa pudiera añadir otra consideración sobre su estado civil o la falta de muebles nuevos en su apartamento de la rúa Ferreira Borges.

Guardó el ordenador, metió el cuaderno de notas y la tableta en la mochila de lona y apagó el flexo de la mesa. El despacho quedó sumido de inmediato en esa oscuridad grisácea que precedía a la noche de Coímbra, una penumbra donde los lomos de los libros parecían formar un muro uniforme y mudo.

El viaje por la autopista del norte fue una sucesión de tramos de asfalto reluciente por la lluvia y camiones de gran tonelaje que levantaban cortinas de agua sucia al ser adelantados. Tomás conducía su viejo Peugeot con las manos fijas en el volante, ignorando la música de la radio y concentrado en las indicaciones de los paneles elevados que anunciaban la aproximación a la región de Lisboa. Al tomar el desvío hacia la rúa de circunvalación de Sintra, el paisaje cambió de golpe: las naves industriales y las gasolineras de la periferia dieron paso a la masa oscura de la sierra, una silueta de granito y arboleda densa que parecía retener la noche con una fijeza distinta a la del resto de la costa.

La Estrada da Pena era un camino angosto que ascendía entre muros de mampostería cubiertos de hiedra y helechos monumentales. Los faros del Peugeot apenas lograban perforar la niebla baja que subía desde el Atlántico, una humedad pastosa que obligaba a Tomás a meter segunda marcha en cada una de las curvas de herradura. El navegador del teléfono había perdido la señal tres kilómetros atrás, dejando la línea de ruta congelada en mitad de un cuadrante forestal sin rotular.

Se guió por la numeración borrosa de las fincas residenciales, unas placas de azulejos que aparecían de tarde en tarde entre los

pilares de las verjas.

Al llegar al tramo más alto de la rampa, donde la carretera se estrechaba hasta casi tocar las ramas de los castaños, divisó la entrada. Las dos hojas de hierro forjado de la verja estaban cubiertas por una capa compacta de óxido naranja que el agua de la niebla hacía brillar como si estuviera encendida. Tomás detuvo el coche en el arcén de tierra, dejando el motor al ralentí y las luces de posición conectadas.

Se bajó del vehículo, subiéndose el cuello de la cazadora para protegerse del aire húmedo y frío que descendía de las cumbres del palacio. El silencio de la montaña era absoluto, roto únicamente por el crujido de sus propios pasos sobre la alfombra de hojas deshechas y el goteo rítmico del agua sobre el capó del coche.

Se acercó a la verja. En el pilar derecho, la placa de latón desvaído confirmaba el hallazgo: Quinta dos Loureiros. Las letras, grabadas con la tipografía oficial de finales del siglo diecinueve, mostraban los bordes limpios de musgo, como si alguien hubiera pasado los dedos por el metal pocas horas antes.

Tomás levantó la vista hacia la masa oscura de la casa que se adivinaba tras la curva del camino de carretas. Era una estructura de dos plantas, con la silueta de los azulejos de la fachada reflejando la luz mortecina del cuadro de mandos de su coche. Debería haber sido una ruina deshabitada, un inmueble cerrado por orden judicial desde la muerte de los últimos parientes de la estirpe Almeida en los años setenta, una propiedad muerta que solo existía en las carpetas de la Torre del Tombo.

Sin embargo, en la ventana del piso superior, justo debajo de la cornisa de yeso agrietado, un resplandor amarillo recortaba la línea de las contraventanas de madera. Había una luz encendida dentro de la casa, una claridad trémula, del color de la cera de abejas o de una lámpara antigua, que no debería estar allí. Tomás se quedó inmóvil, con la mano apoyada en el hierro frío de la entrada, sintiendo cómo la niebla de Sintra le empapaba el cabello mientras mantenía los ojos fijos en el cristal iluminado.

CAPÍTULO 5
CLARA

El polvo de la biblioteca se le había metido bajo las uñas y en las comisuras de los labios, dejando un sabor alcalino y seco que ni el agua embotellada lograba quitar. Clara llevaba cuatro horas sentada ante la mesa de roble, iluminada únicamente por una lámpara de sobremesa con el pie de bronce verde que había encontrado en el despacho contiguo. La instalación eléctrica de la Quinta dos Loureiros era un milagro de cables forrados de tela que emitían un zumbido sordo detrás del papel pintado, pero la toma de la biblioteca funcionaba, arrojando una claridad amarilla y mortecina sobre las fichas de inventario que iba rellenando a lápiz.

Había clasificado cuarenta y dos volúmenes de literatura francesa del siglo diecinueve y seis anuarios comerciales de la región del Duero. El suelo seguía doliendo; cada vez que se levantaba para devolver un tomo a su sitio, sentía la inclinación de la tarima bajo las botas, una sutil fuerza de gravedad que empujaba sus pasos hacia el centro exacto de la sala, donde la mesa de roble parecía hundirse en una vaguada invisible. El volumen azul de Colette, La Vagabonde, permanecía en la esquina derecha de la mesa, un recordatorio mudo de la tarde. No había vuelto a caer ningún libro, pero el aire de la estancia conservaba esa densidad extraña, ese olor almibarado que no correspondía a una casa que llevaba cerrada desde que las cartillas de racionamiento eran ley en Lisboa.

A las ocho y veinte, un sonido áspero cruzó el pasillo principal.

No fue un golpe, ni el crujido ordinario de las vigas de castaño. Fue el tableteo metálico de un timbre de cuerda, un mecanismo antiguo cuyo cable corría por el exterior de la fachada dentro de un tubo de plomo oxidado. Sonó una sola vez, una nota discordante y

estridente, como la de una campanilla de bronce rajada que alguien hubiera sacudido con demasiada fuerza en mitad de un pozo.

Clara dejó el lápiz sobre la ficha. El silencio que siguió al eco del timbre pareció más frío, más físico que el de los minutos anteriores. Se levantó despacio, estirando las piernas cansadas, y cruzó el pasillo guiándose por la luz amarilla que salía de la biblioteca. Las baldosas del vestíbulo devolvieron el impacto de sus tacones con una fijeza que le devolvió la calma. No tenía motivos para alarmarse; la Estrada da Pena era una vía pública, no el fin del mundo, aunque la niebla exterior se empeñara en demostrar lo contrario.

Descorrió el cerrojo de hierro. La madera de la puerta principal protestó al abrirse, dejando entrar de golpe una bocanada de aire húmedo que hizo bailar la llama ficticia de la lámpara del pasillo.

Al otro lado del umbral, recortado contra el fondo blanco de la niebla, un hombre permanecía de pie con los hombros encogidos bajo una gabardina oscura que brillaba por el agua condensada. Tenía el cabello castaño, corto y empapado, pegado a la frente en mechones finos. Sus gafas de montura de carey estaban completamente empañadas, dos óvalos blancos que le impedían ver más allá de sus propios dedos. En la mano derecha sostenía una libreta de notas con las tapas de hule negro, protegida a medias bajo el ala de la manga.

El hombre parpadeó detrás de los cristales blancos, se quitó las gafas con un movimiento torpe y la miró con unos ojos grises, fijos y encendidos por una agitación que Clara reconoció de inmediato: la mirada monomaníaca de los opositores o de los hombres que pasan demasiadas horas en los archivos provinciales.

—Soy historiador de la Universidad de Coímbra —dijo el hombre en portugués, hablando con una prisa atropellada, como si temiera que la puerta se cerrara antes de terminar la sintaxis—. Creo que esta propiedad perteneció a la familia Almeida y que su interior esconde el archivo privado y los cuadernos inéditos de una poeta perdida de los años treinta. Necesito comprobar el inventario de la biblioteca antes de que la xunta municipal intervenga el inmueble.

Clara se cruzó de brazos, apoyando el hombro izquierdo en el marco de la puerta de castaño. El frío de la noche le atravesaba la

blusa, pero no hizo ademán de dejarle paso. Lo observó detenidamente: los zapatos de cuero blando deshechos por el barro del camino, la libreta húmeda cuyas páginas ya empezaban a curvarse por la infiltración de la niebla y esa suficiencia académica que pretendía transformar una propiedad privada en un bien de interés público mediante tres adjetivos bien articulados.

—Esta casa lleva ochenta años cerrada a los extraños —respondió Clara en un portugués perfecto, modulando las vocales con la precisión de quien ha pasado cinco años traduciendo actas notariales en la frontera de Tui—. Y usted, antes de exigir el inventario de mis libros a las ocho de la noche, podría haber empezado por presentarse y dar las buenas noches. Es lo que solemos hacer las personas normales cuando llamamos a una puerta ajena en mitad de la montaña.

El hombre se quedó en blanco. Sus labios permanecieron entreabiertos durante tres segundos exactos, suspendidos en mitad de una palabra que no llegó a articular. El color rojizo que la caminata por la Estrada da Pena de las rampas le había subido a las mejillas se transformó en un tono lívido, un rubor de humillación estudiantil que le bajó por el cuello de la camisa. Se limpió los cristales de las gafas con el revés de la manga de la gabardina, un gesto inútil que solo consiguió extender la grasa del agua sobre el cristal.

—Yo... lo lamento —dijo, volviendo a hablar en portugués, esta vez con la voz un tono más baja, despojada de la urgencia ministerial de su primera frase—. Me llamo Tomás. Tomás Rebelo. Trabajo en el Departamento de Literatura de Coímbra. He conducido desde allí porque acabo de recibir la confirmación del registro de la Torre del Tombo. No pretendía... no sabía que la Quinta tuviera un inquilino actual. Los registros de la delegación de Sintra daban la propiedad por abandonada desde el fallecimiento de los herederos colaterales.

—Pues ya ve que los registros de su delegación necesitan una revisión —dijo Clara, sin moverse un centímetro—. La propiedad tiene dueña. Tiene cerradura. Y tiene una persona dentro que está

intentando trabajar sin que los excursionistas de la universidad le vengan a explicar quiénes eran los antiguos dueños de sus muebles.

—No soy un excursionista —contesté Tomás, intentando recuperar algo de la dignidad profesional que se le había escurrido por los zapatos húmedos. Se colocó las gafas, que volvieron a empañarse casi al instante por el calor de su propia respiración—. Llevo tres años buscando el rastro de Maria do Carmo de Almeida. Su marido, el abogado De Sousa, destruyó toda su correspondencia pública y sus colaboraciones en la prensa de Lisboa tras su reclusión en el norte. Esta Quinta es el único lugar donde la policía política no realizó un registro sistemático en el año treinta y ocho. Si los cuadernos siguen aquí, su valor para la historia de la literatura de la dictadura es...

—Su valor me importa exactamente lo mismo que el motivo de su viaje por la autopista —le interrumpió Clara. Su tono era seco, eficiente, la clase de voz que empleaba para despachar a los procuradores que acudían al pazo de Vigo a discutir las lindes de las fincas de maíz—. Mis libros son míos. Los que están en las estanterías y los que están en el suelo. No sé quién es esa poeta de la que habla y no tengo ninguna intención de dejar que un desconocido pase la noche revolviendo el polvo de mi biblioteca porque ha tenido un arrebato de inspiración en su despacho de Coímbra.

Tomás miró el interior del pasillo por encima del homsped de Clara. La claridad amarilla de la biblioteca recortaba el perfil de la consola de madera y el extraño paragüero de pata de elefante que descansaba en la esquina. El olor dulce, ese rastro de almíbar y cera rancia que flotaba en la Quinta, llegó hasta él, cruzando el umbral de la entrada.

—Es una investigación oficial —insistió él, aunque la falta de convicción en su voz transformó la frase en una súplica—. Tengo las credenciales de la Facultad de Letras en el coche. Podría mostrárselas si me permite diez minutos. Solo necesito comprobar si los volúmenes de la sección este conservan las anotaciones en los márgenes.

Clara miró la niebla que ya empezaba a lamer los neumáticos del Fiat Panda aparcado bajo el naranjo. Luego volvió a fijar la vista en la libreta de Tomás, donde las líneas azules del papel estaban emborronadas por el agua de sus dedos.

—Haga una cosa, señor Rebelo —dijo Clara, sujetando el borde de la puerta con la mano derecha—. Vuelva mañana. Suba la cuesta a una hora en la que los servicios públicos estén abiertos, traiga un café que no sepa al agua destilada de las gasolineras de la circunvalación y prepare una explicación que contenga menos adjetivos históricos y más datos notariales. Si sus papeles son tan buenos como dice, tal vez le deje ver las cubiertas de los anuarios comerciales. Pero esta noche no.

—No tomo café —dijo Tomás, con una rigidez infantil que le hizo contraer la mandíbula.

—Pues traiga un té —concluyó ella—. O no traiga nada. Pero no vuelva a llamar a este timbre después de que se ponga el sol. Buenas noches.

La hoja de castaño se cerró con un impacto firme que hizo vibrar el marco de piedra de la entrada. El cerrojo de hierro corrió de inmediato, un sonido metálico y definitivo que resonó en el pasillo interior como una sentencia de juzgado.

Tomás permaneció inmóvil en el escalón de piedra durante varios segundos, escuchando el alejamiento de los pasos de Clara sobre las baldosas del vestíbulo. El frío de la sierra le recorrió la espalda, calándole la lana de la chaqueta bajo la gabardina. Se dio la vuelta despacio, bajando el sendero de carretas con la vista fija en el suelo para no tropezar con las raíces de los castaños que levantaban las piedras del camino.

Al llegar al Peugeot, el motor al ralentí emitía un ronroneo regular que le pareció el único elemento cuerdo de la Estrada da Pena. Se subió al habitáculo, cerró la portezuela y esperó a que la calefacción disipara la capa de humedad que se había instalado en el interior de los cristales. El cuadro de mandos iluminaba el espacio con un resplandor verde que hacía que sus manos parecieran las de un enfermo.

Abrió la libreta de hule negro sobre el volante. Tomó el bolígrafo de tinta de gel que llevaba en el bolsillo superior de la cazadora y, con una caligrafía rápida, deformada por el temblor de los dedos fríos, anotó en portugués en la primera página limpia:

Acento del norte. Gallega. Española. Cuidado.

Se quedó mirando las cuatro palabras durante un minuto, escuchando el goteo del agua de los pinos sobre el techo de chapa del coche. Luego, con un movimiento lento y deliberado del brazo, volvió a presionar la punta del bolígrafo sobre el papel y subrayó la última palabra dos veces, rompiendo casi la fibra del hule con el trazo del revés. Conectó la primera marcha y dejó que el coche se deslizara rampa abajo, perdiéndose en el fondo gris de la Estrada da Pena mientras la luz amarilla del piso superior de la Quinta permanecía fija detrás de la hiedra.

CAPÍTULO 6
LISBOA, JUNIO 1932

El calor de junio había transformado el Chiado en un espejo de caliza deslumbrante que hería los ojos. A las cuatro de las tardes, el aire de la rúa Garrett no corría; permanecía suspendido entre las fachadas de azulejos, cargado con el olor a alquitrán derretido de las vías del tranvía y el aroma amargo del café tostado que salía por las puertas abiertas de A Brasileira.

Yo me sentaba en una de las mesas de mármol del interior, lejos de la terraza donde los poetas oficiales y los críticos de la nueva situación discutían el futuro de la literatura nacional bajo la mirada de bronce de Fernando Pessoa. El interior del café era un remanso de penumbra, un laberinto de espejos empañados por el vaho de la cafetera y columnas de madera oscura que retenían el eco de las tazas de porcelana. Henrique me había dejado allí tres cuartos de hora antes, con la orden de esperarlo mientras él resolvía una escritura de partición en un bufete cercano de la rúa de la Oura.

—No te muevas de la mesa, Carmo —me había advertido en portugués antes de salir, ajustándose el sombrero de paja—. Este no es un lugar adecuado para que una mujer casada ande deambulando sola. La agitación del muelle está subiendo por las cuestas y no quiero que te confundan con una de esas mecanógrafas que asisten a los mítines.

Le había asegurado que no me movería. Y no lo hice, pero no por obediencia, sino por esa lasitud pesada que el verano de Lisboa instala en la sangre de quienes nacimos en el sur.

Inês apareció cuando el camarero acababa de dejar sobre el mármol mi vaso de agua con sirope de grosella. No traía sombrilla ni sombrero; su cabello oscuro, cortado con esa fijeza recta que los periódicos de la Iglesia calificaban de marimacho, mostraba las

puntas húmedas por el sudor de la caminata. Llevaba el mismo vestido de lino oscuro que le había visto una semana atrás en la rúa do Carmo, y sus zapatos de cordones, gastados por el uso, dejaron un rastro de polvo gris de la calzada sobre el suelo de madera del local.

Era la tercera vez que nos encontrábamos en tres semanas. La primera había sido el salón de António Ferro; la segunda, junto al mostrador de la librería Bertrand, donde ella fingió buscar un diccionario de francés mientras mis dedos rozaban las cubiertas de las novedades extranjeras. Tres encuentros en veintiún días eran demasiados para la geografía timorata de Lisboa, donde las familias de nuestra clase se cruzaban únicamente los domingos a la salida de la misa mayor de la Estrela. Sabía, con una certeza que no necesitaba confesiones, que aquellas coincidencias no pertenecían al azar. Inês conocía las rutinas de mi marido, los días en que sus pleitos lo obligaban a subir a la Baixa y las horas en que yo quedaba abandonada en las esquinas de los cafés como un paraguas olvidado.

—¿Está libre este lado del mármol, señora de De Sousa? —preguntó en portugués, aunque sus ojos grises ya daban por sentada la respuesta.

—Para usted siempre está libre, Inês —respondí, hablando también en la lengua de Lisboa, cuidando de que mi voz no cruzara el espacio de la mesa vecina, donde dos procuradores de la Audiencia repasaban un fajo de actas notariales.

Se sentó con esa ligereza suya que siempre me parecía una provocación contra la gravedad de mis faldas almidonadas. Cuando el camarero se acercó, Inês no pidió la bica tradicional, el café corto y espeso que los hombres tomaban de pie junto al mostrador; ordenó un servicio de té para dos, una petición que el empleado anotó con una mueca de fastidio, descontento por tener que encender la tetera de cobre en mitad de una tarde de bochorno.

Nos quedamos allí hasta el cierre. La luz blanca de la rúa Garrett fue tornándose del color del azafrán, luego de un violeta denso que borró los relieves de los azulejos de la acera de enfrente, y finalmente la noche cayó sobre el Chiado con la rapidez de una

cortina de teatro. Los procuradores se marcharon, los poetas de la terraza se dispersaron hacia las casas de comidas de la rúa de San Roque y los camareros empezaron a amontonar las sillas de paja sobre las mesas vacías del fondo, provocando un estrépito metálico que resonaba en los espejos como un aviso. Ninguna de las dos se movió. Henrique no regresó; un recado enviado por un ujier del juzgado me había avisado a las seis de que la junta de acreedores se prolongaría hasta la madrugada y que debía tomar un coche de punto para regresar a Estrela. Estaba libre, o al menos disfrutaba de esa libertad condicional que los maridos de Lisboa conceden cuando los negocios del Estado resultan más lucrativos que la vigilancia conyugal.

Inês habló durante horas de una mujer que vivía en un pueblo de la Picardía francesa y que firmaba sus libros con el apellido de su primer esposo: Colette. Su voz no tenía la urgencia política de los panfletos que los tipógrafos distribuían en los muelles; poseía una fijeza analítica, una claridad que transformaba la literatura en una cuestión de supervivencia personal.

—Escribe con la crueldad de quien no tiene nada que perder, Carmo —me dijo en portugués, sosteniendo la taza de porcelana entre las dos manos, sin importarle que el té ya estuviera completamente frío—. No busca la belleza de las metáforas que entusiasman a los académicos de Coímbra; busca la verdad de los cuerpos, el olor de las sábanas que no se han ventilado y el derecho de una mujer a marcharse de una casa donde solo se la quiere como un adorno de la chimenea. En París las mujeres no piden permiso para firmar sus contratos ni necesitan que un abogado verifique el tamaño de su entendimiento.

—Lisboa no es París, Inês —contesté, mirando mi propio reflejo en el espejo de la columna. Mi rostro parecía el de una extraña, una silueta desvaída entre las letras doradas de un anuncio de tabaco brasileño.

—Lisboa será lo que nosotras escribamos que sea —afirmó ella.

De la cartera de lona que llevaba colgada del hombro, Inês extrajo un volumen pequeño, encuadernado en una tela azul que el uso había desgastado en las esquinas. Me lo tendió por encima del

mármol, manteniendo los dedos apoyados sobre la cubierta un instante antes de soltarlo, como si estuviera entregándome un documento de contrabando. Era un ejemplar de La Vagabonde.

—Lléveselo —añadió en portugués, su tono descendiendo hasta convertirse en un roce apenas audible entre el ruido de los camareros que barrían el serrín del suelo—. Lo leí durante mi último invierno en Francia. Contiene marcas a lápiz en los márgenes. Son las líneas que yo necesitaba recordar cuando creía que el frío de los muelles terminaría por secarme las ideas. Ahora necesito que las lea usted.

Tomé el libro. El tejido de la tela se sentía áspero, impregnado con un aroma sutil a tabaco rubio y a la humedad de los sótanos que Inês habitaba en la rúa do Sé. Lo guardé en el fondo de mi bolso de piel, debajo del pañuelo de encaje y las llaves de la casa de Estrela, temiendo que la mirada del camarero que se acercaba a retirar la bandeja pudiera adivinar el contenido del pliego.

Llegué a la Quinta de Estrela pasadas las diez. La casa estaba sumida en esa mudez reglamentaria que Henrique imponía a las criadas a partir de la puesta del sol: las luces del pasillo central apagadas, las alfombras del Alentejo amortiguando cada sonido y el olor a cera rancia y a puros de fumar flotando en el despacho vacío. Mi marido aún no había regresado; su sombrero de copa no colgaba del perchero del vestíbulo, un signo de que la partición de los bienes de los condes seguía siendo disputada en los despachos de la Baixa.

Subí a mi dormitorio, me desvestí sin encender la lámpara de techo y me puse el camisón de lino grueso. El silencio de la casa me pareció más espeso que de costumbre, una masa física que me oprimía el pecho. Tomé el bolso, extraje el volumen azul de Colette y me dirigí al cuarto de baño del fondo del pasillo, el único espacio de la planta donde la cerradura de bronce interior funcionaba con un pestillo de seguridad que Henrique no había hecho sustituir.

Giré la llave. El chasquido metálico sonó limpio en la penumbra.

Para que las criadas no sospecharan de mi vigilia si Henrique regresaba antes de tiempo, dispuse una escena que justificara mi encierro. Vertí un chorro de agua de azahar en la jofaina de porcelana, dejé caer dos toallas húmedas junto al bidé y me senté

en el suelo de azulejos blancos y negros, apoyando la espalda contra la madera fría de la tina de baño. Era una postura imposible, incómoda, que me obligaba a doblar las rodillas contra el pecho y a mantener el cuello rígido para aprovechar la claridad mortecina de la única bombilla de diez bujías que colgaba del techo técnico. Si mi marido llamaba a la puerta, mi respuesta ya estaba ensayada en mi mente: un dolor repentino en el bajo vientre, un enfriamiento provocado por el sorbete de grosella de A Brasileira, esa clase de indisposición femenina que los hombres de leyes consideran un asunto privado y molesto que no requiere más indagaciones.

Abrí el libro por la mitad. Las páginas, amarilleadas por la mala calidad del papel de la edición francesa, mostraban una letra menuda, picuda, trazada con la punta de un lápiz de grafito blando. Inês había anotado fechas, nombres de calles de París y pequeñas exclamaciones en los márgenes que parecían un diálogo secreto con la autora.

En la página ochenta y cuatro, los ojos se me detuvieron en una línea subrayada con dos trazos enérgicos que casi habían perforado la fibra del papel. Era una frase corta, limpia, exenta de la retórica que Henrique empleaba en sus discursos de la asociación de abogados:

Tout ce qu'on n'écrit pas est perdu.

Todo lo que no se escribe se pierde.

Me quedé mirando aquellas palabras durante un tiempo que no supe medir. El agua de la jofaina se enfrió por completo, desprendiendo un olor ácido que se mezcló con el aroma de la tela del libro. La frase no era una observación estética; era una advertencia, una orden de detención dirigida contra el olvido que Henrique estaba construyendo a mi alrededor con sus silencios y sus circulares ministeriores. Si yo no anotaba los inviernos de Lisboa, las reuniones de la rúa do Sé, los zapatos de goma de Inês y el desprecio perfecto con el que servía el caldo en las cenas oficiales, todo aquel mundo desaparecería bajo el barniz de los tribunales de la dictadura, como si mi existencia hubiera sido apenas un apunte contable en los libros de dote de mi padre.

Saqué el cuaderno de tapas de hule que guardaba oculto entre las fajas del fondo del armario y, con el mismo lápiz de carpintero que empleaba para marcar las dimensiones de las telas, copié la frase en la primera página limpia, justo debajo de la dedicatoria ficticia que había redactado para mi primo de Portalegre. Mi mano no tembló. La caligrafía apareció recta, despojada de los adornos de la escuela, ocupando el centro del papel con una fijeza que me pareció casi un desafío.

CAPÍTULO 7
TOMÁS

Sintra en octubre no recibía visitantes; los expulsaba. La niebla carnívora que ascendía desde el Atlántico al caer la tarde se encajaba entre las pendientes de la sierra, trepaba por los muros de piedra cubiertos de musgo y terminaba por disolver los contornos de los palacios y las quintas como si fueran de azúcar. A las nueve de la noche, el pueblo parecía desierto, un decorado de baldosas húmedas y farolas amarillentas que parpadeaban bajo el peso del vapor.

Tomás había tardado casi una hora en encontrar un lugar donde pasar la noche. Las grandes residenciales de la rúa de Gil Vicente habían colgado el cartel de cerrado a finales de septiembre, y los hoteles más caros del centro exhibían salones vacíos donde las alfombras olían a naftalina y desuso. Al final, montaña arriba, cerca del camino que conducía al Castelo dos Mouros, dio con una vieja casa de huéspedes de fachada desconchada y ventanas de guillotina que milagrosamente mantenía la puerta abierta. El vestíbulo olía a sopa de col, a cera rancia para la madera y a esa humedad pacífica e invencible que en Sintra se transmite de generación en generación a través de los tabiques.

La dueña, una mujer enjuta que vestía un chal de lana negra a pesar de que el frío aún no era riguroso, le había entregado la llave de la habitación número cuatro sin pedirle el documento de identidad, limitándose a cobrarle por adelantado en billetes arrugados.

La habitación era un rectángulo estrecho con un techo excesivamente alto que multiplicaba las sombras. El mobiliario se reducía a un armario de pino que crujía con el cambio de presión, una silla de enea y una cama de hierro forjado cuyo colchón de muelles cedía en el centro como una hamaca. El radiador de hierro,

situado debajo de la ventana, emitía un siseo asmático cada diez minutos, pero apenas lograba templar el aire de la estancia; el frío se colaba por las rendijas de la madera vieja, arrastrando el olor de los eucaliptos de la sierra.

Tomás se sentó en el borde de la cama sin quitarse la chaqueta de pana. La rigidez del somier le recordó las pensiones de mala muerte en las que había recalado durante su primer año en el norte de Galicia, cuando la huida aún tenía la urgencia de una herida abierta y los días se medían por los kilómetros que conseguía interponer entre él y su antigua vida en Lisboa.

Sacó el teléfono del bolsillo. La pantalla, con su luz azulada y artificial, rompió la penumbra decimonónica del cuarto. Tenía dos llamadas perdidas de Lia. Miró la hora con cierta culpa; ya pasaban de las nueve y media, y a esa hora su hija ya debería estar metida en la cama en casa de su abuela, en Coímbra, esperando escuchar su voz antes de rendirse al sueño.

El tono sonó tres veces antes de que la voz de la niña apareciera, pequeña y extrañamente cercana, rompiendo el aislamiento de la montaña con esa timidez adormecida de los niños que se resisten a cerrar los ojos.

—¿Papá? Pensé que te habías olvidado. ¿Dónde estás? Suena raro, como si hablaras dentro de una caja.

—En Sintra, hija —respondió Tomás, bajando la voz por respeto a los invisibles huéspedes de las habitaciones contiguas—. El coche se ha cansado un poco al subir la cuesta de la montaña y he preferido parar hasta mañana. Estoy en una casa de huéspedes, cerca del castillo. No te preocupes, ya cené.

Al otro lado de la línea se oyó el crujido familiar de las sábanas y el roce del teléfono contra la almohada. Tomás se imaginó a Lia acurrucada en la cama prestada, abrazando el oso de felpa descolorido que la acompañaba a todas partes, con ese mechón de pelo oscuro cayéndole sobre la frente; el mismo mechón indomable que él le apartaba con los dedos cada noche mientras le inventaba historias de reinos sumergidos.

—¿Fuiste a la casa grande de los árboles? —preguntó ella, con esa curiosidad limpia que aún no sabía de secretos ni de ausencias

—. La abuela dice que estás buscando un libro viejo en una casa abandonada. ¿Había fantasmas, papá?

—No hay fantasmas, hija —admitió Tomás, permitiendo que una leve laxitud suavizara su tono, estirando las piernas sobre el suelo de madera—. Solo hiedra, muros de piedra gris y muchos árboles viejos. Mañana intentaré entrar si me dejan los guardeses.

Lia guardó silencio durante unos segundos, asimilando la respuesta con la seriedad de sus ocho años. Por el auricular se filtró el rumor lejano de la televisión encendida en el salón de su abuela, un eco doméstico que a Tomás le pareció pertenecer a otro continente.

—La tía dice que allí vive una señora de Galicia, de donde son los abuelos de mamá. Dice que cuida los papeles viejos de la casa pequeña. Papá... ¿cómo es la casa de la señora gallega?

Tomás cerró los ojos. El cansancio del viaje y el persistente olor a moho de la habitación le provocaron una punzada de dolor detrás de las sienes. No quería hablar de la mujer de Vigo. No quería ponerle nombre a la sospecha que lo había llevado hasta allí, ni explicarle a su hija —tan pequeña, tan ajena a los fantasmas que poblaban los apuntes de su padre— por qué el nombre de Maria do Carmo seguía apareciendo en los márgenes de los volúmenes que él compraba en los rastros de la frontera.

—No la conozco. Y no es nada, hija, mañana hablamos —dijo, cortando la frase con esa fijeza seca que empleaba instintivamente para protegerla de sus propias derivas—. Tienes que dormir ya.

—Está bien, papá. Que no se rompa más el coche. Buenas noches.

—Buenas noches, mi amor. Duerme bien.

Apagó el teléfono y lo dejó sobre la silla de enea junto a las llaves del viejo Peugeot. Luego se levantó, caminó hacia el interruptor de la pared y apagó la luz.

La oscuridad de Sintra entró de golpe en la habitación, una negrura densa, casi táctil, que la luz de la calle no lograba disolver debido al grosor de la niebla exterior. Tomás se metió entre las sábanas, que se sentían ásperas y ligeramente húmedas, como si hubieran sido secadas a la sombra de un porche en lugar de al sol.

Se cubrió hasta la barbilla con la manta de lana áspera, pero el frío parecía brotar del propio colchón, una corriente subterránea que le recorría la espina dorsal.

No durmió. El insomnio de Tomás no era el de los hombres que temen el futuro o los que arrastran deudas pendientes; era un insomnio estático, una vigilia limpia y desprovista de angustia que consistía en contemplar el paso de las horas a través de las rendijas de los postigos. En la penumbra, su mente se deslizó hacia los detalles del muro de la Quinta dos Loureiros que había examinado esa tarde: las hiedras que habían devorado las molduras de granito, el óxido de las verjas que se deshacía al tacto como tabaco seco y el silencio absoluto que reinaba más allá de los árboles.

A veces, las personas que lo habían conocido en sus años de profesor en Coímbra o durante su breve y desastroso paso por las editoriales de Lisboa se sorprendían al verlo convertido en un buscador de libros viejos, un hombre que viajaba en un coche destartalado con una maleta de cartón y que pasaba las semanas en pensiones donde el agua salía marrón por los grifos. Se compadecían de él en los cafés de la Baixa, atribuyendo su decadencia a la muerte de su esposa o al fracaso de su última monografía sobre los poetas del presocratismo portugués. Pensaban que Tomás se ocultaba del mundo por vergüenza, por el orgullo herido del intelectual que no ha sabido adaptarse a los nuevos tiempos del mercado.

Tumbado en la cama de la pensión, con los ojos fijos en el techo invisible, Tomás se permitió terminar un pensamiento que rara vez formulaba en voz alta, una certeza que se había convertido en el eje de su existencia:

«Hace cuatro años que no me importa cómo me ve nadie».

La frase tenía la solidez de una sentencia judicial. Cuatro años desde el día en que firmó la renuncia a la cátedra, devolvió las llaves del piso de la rúa de la Misericordia y quemó las galeradas del libro que le había llevado una década escribir. Había descubierto que la indiferencia ajena era el único espacio de libertad que le quedaba a un hombre de su edad. Cuando ya no esperas que nadie te apruebe, cuando el desprecio de tus antiguos colegas se convierte en un ruido

de fondo tan insignificante como el siseo del radiador, los días adquieren una nitidez maravillosa. Ya no había que sostener la impostura de la importancia, ni simular interés por las novedades literarias, ni cuidar el brillo de los zapatos antes de entrar en un aula. Podía ser el hombre invisible que cruzaba los pueblos de la raya con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta de pana.

Y sin embargo, al amanecer, cuando la luz gris de octubre empezó a recortar el perfil de la ventana de guillotina, Tomás se levantó de la cama con una prisa que contradecía su supuesta indolencia.

El cuarto de baño de la pensión estaba al final del pasillo, un espacio común con paredes de azulejos amarillentos y una bañera de patas de hierro que mostraba cercos de óxido alrededor del desagüe. El agua salía tibia, casi fría, pero Tomás se metió bajo el chorro sin vacilar, frotándose la piel con el jabón de glicerina barato que la dueña había dejado sobre la repisa. Se lavó el pelo, se afeitó frente al espejo empañado utilizando la vieja maquinilla de hojas intercambiables y regresó a su habitación para vestirse con la camisa limpia que llevaba en el fondo de la maleta.

Cuando terminó de abrocharse los puños, se miró las manos. Estaban limpias, pero las uñas mostraban los restos del polvo de los archivos que había estado consultando en la biblioteca municipal de Colares dos días antes. Descontento con el resultado, tomó la toalla gris de la pensión, regresó al baño del pasillo y volvió a abrir el grifo.

Se duchó por segunda vez. Esta vez dejó que el agua corriera durante diez minutos sobre sus hombros, utilizando el cepillo de cerdas duras para limpiarse las uñas hasta que la piel de los dedos se tornó rosada y dolorida. No había ninguna lógica en aquel empeño; el coche seguía teniendo la culata defectuosa, la Quinta dos Loureiros continuaba siendo una ruina devorada por la maleza y la mujer gallega de la que le había hablado Lia seguía siendo una completa desconocida a la que probablemente no vería jamás.

Pero mientras cruzaba el pasillo de madera hacia la salida, con el olor a jabón limpio flotando a su alrededor y el Peugeot arrancando a duras penas entre la niebla matinal de la rúa, Tomás sabía que

aquellas dos duchas no eran para él. Eran el último tributo que pagaba a un orden que ya no existía, el respeto instintivo del profanador que se lava las manos antes de entrar en una tumba que lleva ochenta años cerrada esperando a que alguien rompa el sello de lino encerado.

CAPÍTULO 8
CLARA

El olor de la cafetera italiana inundaba la cocina de la casa de guardeses, luchando contra la eterna exhalación de tierra húmeda que subía desde los cimientos de la Quinta dos Loureiros. Clara se quedó mirando la llama azul del gas, con la cuchara de madera suspendida en el aire. Había bajado esa misma mañana hasta el mercado del pueblo, desafiando la llovizna fina que lo emborronaba todo, solo para comprar un paquete de café de tueste natural en grano y pedir que se lo molieran allí mismo. El café soluble que venía tomando desde su llegada de Vigo, metido en un tarro de cristal con la etiqueta despegada, le pareció de repente una confesión de dejadez, el síntoma de una trabajadora provisional que se conforma con cualquier cosa.

No quería que ese hombre, Tomás, volviera a mirarla con esa superioridad cansada de los investigadores viejos que creen haberlo visto todo en los legajos de la Torre do Tombo. Le daba una rabia sorda, casi física, parecer una aficionada que jugaba a las casitas en una finca abandonada mientras redactaba un informe técnico para una fundación de Oporto que ni siquiera respondía a sus correos.

El reloj de la pared, que llevaba un retraso crónico de diez minutos, marcaba las once cuando el ruido de unos pasos sobre la grava mojada interrumpió el silbido de la cafetera. Clara apagó el fuego de inmediato. Se alisó el jersey de lana gris y caminó hacia la puerta de entrada antes de que él tuviera tiempo de llamar.

Tomás estaba allí, bajo el dintel de piedra, con una carpeta de cartón rígido sujeta bajo el brazo. A diferencia del día anterior, cuando parecía un náufrago recién bajado de un tren de cercanías, hoy traía el pelo corto y húmedo, un afeitado tan apurado que dejaba ver la piel enrojecida en la línea de la mandíbula y una

camisa de popelina clara cuyos cuellos asomaban limpios por encima de su habitual chaqueta de pana. Olía a algo limpio y mundano, un aroma a jabón de glicerina barato que chocaba contra el olor a vegetación podrida del jardín.

—Llega puntual —dijo Clara, apartándose para dejarlo pasar al pequeño vestíbulo.

—El Peugeot ha arrancado a la primera esta mañana. Cosas de la humedad de Sintra, supongo —contestó él, quitándose el sombrero de fieltro con un gesto breve—. Buenos días, Clara.

—Pase a la cocina. Está encendida la calefacción de gas y es el único sitio donde no hay que hablar con abrigo. He hecho café.

Tomás aceptó la invitación con un asentimiento silencioso. Dejó el sombrero sobre la silla del recibidor y la siguió por el pasillo estrecho. La cocina era pequeña, con azulejos blancos que mostraban grietas del tamaño de cabellos y una mesa de madera de pino donde Clara había despejado un espacio entre sus carpetas y el ordenador portátil.

Ella sirvió el café en dos tazas de loza blanca que había encontrado en el fondo de un armario. No ofreció azúcar ni leche; intuyó que Tomás pertenecía a la clase de hombres que consideran cualquier añadido al café una debilidad del carácter. Él tomó la taza, sopló la superficie oscura con paciencia y dio un sorbo largo antes de dejarla sobre la mesa. No dijo nada, pero el sutil relajamiento de sus hombros le indicó a Clara que el esfuerzo de bajar al mercado no había sido en vano.

—Traigo lo que le prometí —dijo Tomás, colocando la carpeta de cartón en el centro de la mesa, justo al lado de las tazas.

La abrió con dedos lentos, revelando una sola hoja de papel metida en una funda de plástico transparente. No era un documento original; era una fotocopia de alta resolución, reproducida con esa tinta grisácea y plana de las máquinas de archivo de las bibliotecas universitarias. El documento mostraba una carta mecanografiada en una máquina de escribir de caracteres antiguos, con varias tachaduras corregidas a mano y una firma elegante, de trazo ascendente, en la esquina inferior derecha.

—Es una copia del fondo de la editorial Éditions du Sagittaire, en París —explicó Tomás, su voz adquiriendo ese tono neutro, desprovisto de inflexiones, que emplean los catalogadores—. La fechó Inês Vasconcelos en octubre de 1939, apenas tres semanas después de la declaración de guerra y unos meses antes de que la censura francesa bloqueara las comunicaciones con el extranjero.

Clara se inclinó sobre la mesa, apoyando los codos en la madera, y tiró de la funda de plástico hacia su lado. Sus ojos se fijaron en las líneas escritas en un portugués que conservaba las grafías anteriores a la reforma ortográfica. Leyó el texto una vez, en silencio, sintiendo cómo el corazón le daba un vuelco extraño. Luego volvió al principio y lo leyó una segunda vez, deteniéndose en cada palabra, y una tercera, como si quisiera memorizar la inclinación de las letras.

En el segundo párrafo, en mitad de una queja sobre las dificultades para transferir divisas desde Lisboa, la tipografía de la máquina de escribir dejaba constancia de una frase que parecía flotar sobre el papel con un peso insoportable:

«...las cosas aquí en Lisboa son cada vez más difíciles, y la familia de M. ha hecho todo lo posible por borrar sus huellas. Pese a ello, sé que existe un tercer libro de M., escrito en un jardín de Sintra que acabó amando durante su último año de encierro. Está guardado donde los abogados no pueden llegar.»

—«Um terceiro livro de M.» —repitió Clara en voz alta, su acento gallego marcando las sibilantes—. Un tercer libro de Maria do Carmo.

—Así es —dijo Tomás, que la observaba sin moverse, con las manos entrelazadas sobre las rodillas—. La crítica oficial siempre ha sostenido que su producción literaria terminó con Cartas para Quem Não Existe en 1937, justo antes de que su marido la recluyera en la Quinta de Estrela y, posteriormente, en el sanatorio. Pero Inês habla aquí de 1938 o 1939. Habla de este jardín.

Clara levantó la vista de la fotocopia, clavando sus ojos oscuros en los de él. Sentía la excitación del descubrimiento, ese calor súbito que recorre los brazos de un investigador cuando una pieza encaja, pero también la desconfianza instintiva de quien ha pasado

demasiados años corrigiendo notas a pie de página de tesis doctorales ajenas.

—¿Y cómo sabe que este «jardín de Sintra» es la Quinta dos Loureiros? —preguntó, cruzándose de brazos y recostándose en la silla—. Sintra está llena de quintas. En los años treinta, media burguesía de Lisboa tenía casas aquí para el veraneo. Podría ser la Quinta da Regaleira, o la de Monserrate, o cualquier chalet de São Pedro. La letra «M» podría referirse a Margarita, a Mariana, a cualquier otra mujer cuyo nombre empiece por esa inicial. Inês Vasconcelos conocía a la mitad de las escritoras de la vanguardia portuguesa. No hay ningún nombre propio aquí, Tomás. Esto no pasaría el filtro de un comité editorial de historia literaria.

Tomás no se inmutó ante el escepticismo de Clara. Al contrario, una sombra de sonrisa, casi imperceptible, apareció en la comisura de sus labios, como si hubiera estado esperando exactamente esa objeción.

—Verá —dijo él, inclinándose hacia delante, su mano derecha señalando un pequeño código numérico que aparecía impreso en el margen superior izquierdo de la fotocopia, un registro de archivo casi invisible—. Esa es la signatura de entrada del negociado de control de correspondencia extranjera de la PVDE, la policía política de Salazar. Durante la investigación para mi monografía sobre el exilio interior, pasé seis meses revisando las cajas de los visados postales de la delegación de Sintra. Inês Vasconcelos envió esta carta desde la subestación de correos de São Pedro de Sintra, no desde Lisboa.

Hizo una pausa para dar otro sorbo al café, asegurándose de que ella seguía el hilo de su argumentación con la misma atención.

—Si cruza la fecha de la carta, doce de octubre de 1939, con el registro de la contribución industrial del municipio de Sintra de ese mismo año, descubrirá que la única propiedad de la zona de São Pedro que figuraba a nombre de un administrador judicial vinculado a la familia De Sousa —los abogados de Henrique, el marido de Maria do Carmo— era precisamente esta quinta. La alquilaron bajo un nombre interpuesto, un procurador de la Audiencia de Lisboa llamado Vasconcelos que, casualmente, era el tío carnal de Inês. Lo

hicieron para ocultar que Maria do Carmo no estaba en un sanatorio de Suiza, como le decían a las amistades de la Estrela, sino encerrada aquí, bajo la custodia de una enfermera gallega y dos sirvientes mudos, mientras se tramitaba la incapacitación legal por enajenación mental.

Clara lo escuchaba sin respirar. El detalle de la contribución industrial, el subestación de correos, el nombre del procurador interpuesto... Todo encajaba con una precisión matemática, desprovista de la retórica romántica que solía rodear los mitos de las escritoras malditas. No era la conjetura de un aficionado al misterio; era el trabajo de un cirujano del archivo, un hombre que sabía seguir el rastro del dinero y de las actas notariales para desenterrar las verdades que la historia oficial había querido sepultar bajo capas de silencio burocrático.

Se dio cuenta en ese instante —y vio, por la forma en que Tomás sostuvo su mirada, que él se daba cuenta de que ella se estaba dando cuenta— de que aquel hombre de la chaqueta de pana gastada era extraordinariamente bueno en su trabajo. Detrás de su aspecto de profesor derrotado y su coche destartalado había una mente analítica implacable, una capacidad de documentación que ya la quisieran para sí muchos de los catedráticos que firmaban prólogos en las ediciones críticas de Coímbra. Había algo intimidante en esa competencia silenciosa, pero también algo que provocaba una atracción extraña, la complicidad de dos personas que compartían el mismo vicio por los papeles viejos.

Ese fue el momento. La línea que separaba a la traductora recelosa del hombre que mendigaba una entrada al archivo se desvaneció entre el humo del café natural. La decisión de dejarlo entrar no fue el resultado de una negociación; fue una capitulación ante la evidencia de su inteligencia.

—La biblioteca principal está en el ala norte —dijo Clara, bajando la voz como si las paredes de la casa de guardeses pudieran oírla—. La verja de hierro del pasillo interior tiene una cerradura de paletón que conseguí abrir con un poco de aceite de motor la semana pasada. Hay unas treinta cajas de cartón que trajeron de Oporto hace dos meses, sin inventariar, llenas de la correspondencia privada

que Henrique de Sousa guardó tras la muerte de su esposa. La fundación solo me pidió que hiciera una lista de los libros impresos anteriores al siglo diecinueve, pero... nadie sabe lo que hay en el fondo de esas cajas.

Tomás recogió la fotocopia y la metió de nuevo en la carpeta con un movimiento preciso. Sus manos, que antes se veían cansadas, parecían haber recuperado una firmeza antigua.

—¿Mañana? —preguntó.

—A las nueve —contestó Clara, levantándose para acompañarlo a la salida—. Antes de que llegue el jardinero que viene dos veces por semana a limpiar las hojas de la entrada. No quiero tener que dar explicaciones a la empresa de seguridad del pueblo.

Caminaron en silencio por el pasillo hasta la puerta exterior. La llovizna de la mañana se había transformado en una niebla densa que borraba la base de los castaños del camino. Tomás se puso el sombrero de fieltro, se ajustó la carpeta bajo el brazo y dio un paso hacia la verja de hierro que limitaba la propiedad.

A mitad del camino de grava, justo antes de que la niebla lo devorara por completo, el hombre se detuvo. Se volvió sobre sus pasos, miró hacia la puerta donde Clara permanecía apoyada en el marco de madera y levantó una mano en un gesto de despedida.

—Su café estaba bien, Clara. Bastante mejor que el de la pensión.

Se dio la vuelta y cruzó la verja, el sonido de las cadenas oxidadas resonando en el silencio de la montaña como el cierre de un capítulo.

Clara cerró la puerta, apoyó la espalda contra la madera fría del vestíbulo y regresó a la cocina. Vio las dos tazas vacías sobre la mesa de pino, el olor a grano molido que aún flotaba en el aire y la funda de plástico que él había dejado olvidada a propósito sobre el ordenador. Se sentó en la silla que Tomás había ocupado y, por primera vez en muchas semanas, se rió sola en la cocina, una risa limpia y sonora que se perdió entre los azulejos agrietados de la

Quinta dos Loureiros, mucho después de que el Peugeot de Tomás se hubiera perdido en las curvas de la sierra.

CAPÍTULO 9
LISBOA, OTOÑO 1934

El otoño de 1934 entró en Lisboa con un viento del norte que limpió el cielo de la calima del verano, dejándolo de un azul pálido, casi transparente, como el cristal de una ampolla de farmacia. La luz ya no hería los ojos al subir por la rúa Garrett; ahora se arrastraba de soslayo, alargando las siluetas de los tranvías amarillos y proyectando las sombras de los transeúntes como figuras delgadas que pretendieran trepar por las fachadas de azulejos.

Hacía año y medio que Inês y yo nos veíamos todos los jueves. Aquella constancia se había convertido en la única arquitectura sólida de mi semana, un armazón invisible que sostenía los otros seis días de silencios reglamentarios y cenas de etiqueta en la Quinta de Estrela. Para Henrique, los jueves eran el día en que su esposa cumplía con los deberes de la piedad o el decoro: creía que yo asistía a las reuniones de la junta de damas de la parroquia o que pasaba las tardes midiendo encajes en el taller de la modista de la rúa Nova do Almada. Yo alimentaba su tranquilidad dejándole sobre la mesa del vestíbulo algún catálogo de telas o un folleto de oraciones impreso en papel barato. Eran los salvoconductos que pagaban mi tarde.

En realidad, nuestros encuentros ya no necesitaban el simulacro del azar. Nos encontrábamos a las cuatro en punto, a veces en las mesas del fondo de A Brasileira, otras en el banco de piedra del jardín de la Estrela, bajo la sombra de los banianos cuyas raíces levantaban el asfalto como monstruos ciegos. Durante esos dieciocho meses, Inês había ido desmontando, con la paciencia de un relojero, cada una de mis precauciones. Me había enseñado a hablar sin mirar a los lados, a leer los periódicos de París entornando los ojos para que nadie desde la mesa vecina pudiera distinguir los

titulares y a entender que la reclusión a la que Henrique me sometía no era una forma de amor, sino una estrategia de administración.

Ese octubre, sin embargo, las cosas eran distintas. Yo ya no era solo la esposa del abogado De Sousa que leía libros prohibidos en el cuarto de baño. Había publicado mi primer libro.

Se titulaba O Jardim Esquecido. Era un volumen pequeño, de tapas de cartón verde pálido, editado por una imprenta familiar de la Baixa gracias a una modesta dote que mi padre me había dejado en una cuenta de Portalegre y que Henrique no había considerado oportuno intervenir. Contenía veinticuatro poemas escritos durante mis primeros años de matrimonio; versos de cortejo familiar, elegías a las fuentes de piedra del Alentejo, variaciones sobre la melancolía del invierno en la costa y metáforas pulcras sobre camelias que se deshojaban en estanques mudos. No había nada incendiario en ellos. Ninguna palabra que pudiera alertar a los censores del Secretariado de Propaganda Nacional ni desbocarse en la sensibilidad de los procuradores que visitaban nuestro salón.

Henrique se había mostrado extrañamente complacido. Había comprado veinte ejemplares para regalárselos a las esposas de sus clientes más influyentes en el Ministerio de Justicia.

—Es un ejercicio muy digno, Carmo —me había dicho una noche mientras recortaba la punta de su puro con unas tijeritas de plata—. La poesía es un adorno aceptable para una mujer, siempre que mantenga la cabeza en el paisaje y no pretenda emular las excentricidades de los modernos. Además, el verde de la cubierta combina muy bien con las encuadernaciones en piel del despacho.

Yo le había dado las gracias, sintiendo una lasitud que se parecía demasiado a la gratitud de un prisionero al que se le permite dar diez pasos más en el patio.

El jueves de la tercera semana de octubre, le llevé un ejemplar a Inês. Nos reunimos en la pastelería Bernard, que a esa hora de la tarde estaba casi vacía, inundada por el olor a mantequilla tostada y el ruido de los platos de loza que las sirvientas fregaban detrás del mostrador de zinc. Inês tomó el libro entre sus manos limpias y sin anillos. No miró la dedicatoria que yo había escrito con tinta azul en la portadilla; pasó las páginas una a una, despacio, deteniéndose a

veces en un verso, su rostro permaneciendo tan inmóvil como el relieve de una moneda antigua. Su cabello oscuro, cortado de aquella manera recta que desafiaba las modas de la ciudad, caía hacia delante, ocultando sus ojos grises.

El silencio entre las dos se prolongó tanto que el té llegó a enfriarse, formando una fina capa brillante en la superficie de la porcelana. Yo mantenía las manos ocultas bajo la mesa, apretando el pañuelo contra las palmas para que ella no notara el temblor de mis dedos. Esperaba su aprobación con una urgencia que me avergonzaba; quería que me dijera que los versos eran hermosos, que la musicalidad del portugués que yo había empleado recordaba a los antiguos cancioneros, que mi sensibilidad era, a fin de cuentas, legítima.

Inês cerró el libro con un golpe seco. El sonido del cartón contra el mármol de la mesa me pareció tan fuerte como un disparo. Me miró fijamente, con una claridad desprovista de compasión que me obligó a enderezar la espalda contra el respaldo de la silla.

—No es lo que tienes dentro —dijo en portugués, su voz cayendo sobre mí con el peso de una losa fría—. Es la antesala.

No añadió nada más. No repasó los poemas, no criticó las rimas ni elogió el esfuerzo de la edición. Se limitó a dejar el volumen verde en mitad del mármol, como se deja un objeto inservible que se ha encontrado en la playa, y cambió de tema para hablarme de una traducción de las cartas de Katherine Mansfield que acababa de recibir de Francia.

Salí de la pastelería Bernard quince minutos después, excusándome con una falsa jaqueca que Inês no se molestó en desmentir. Bajé por la rúa do Carmo a pasos rápidos, casi huyendo de la sombra de los soportales. Al llegar a la esquina de la rúa da Assunção, el aire del río me dio de golpe en el rostro, un aire cargado de sal y de gasóleo que me pareció de una hostilidad insoportable.

Me detuve junto a la barandilla de un callejón sin salida, apartada del flujo de los empleados de comercio que regresaban a sus casas. Y allí, apoyando la frente contra el hierro frío de una farola, me eché a llorar.

Lloré con un llanto sordo, prolongado, que me sacudía los hombros por debajo del abrigo de paño. Lo más terrible era que lloraba sin saber por qué. No había ninguna razón lógica para aquella angustia: mi libro estaba expuesto en el escaparate de la librería Bertrand, mi marido estaba orgulloso de mi talento doméstico y mi vida seguía el curso pacífico que mis padres habían planeado para mí desde mi bautismo. Pero las palabras de Inês se habían quedado clavadas en mi entendimiento como un clavo ardiente. Es la antesala. Ella había visto a través de la gasa de mis versos perfectos; había adivinado el miedo, la cobardía de la escritora que pide permiso a su carcelero para elegir el color de las flores del poema. O Jardim Esquecido no era literatura; era el certificado de mi sumisión, la antesala de una vida que yo misma estaba ayudando a clausurar.

Llegué a la Quinta de Estrela al oscurecer. Durante la cena, Henrique habló extensamente sobre un decreto de reforma del código de comercio que el presidente del Consejo iba a firmar la semana siguiente. Yo asentí en los momentos precisos, serví la sopa de verduras con la mano firme y sonreí cuando él elogió la frescura del pescado. Parecía que nada había cambiado en el orden de la casa.

Sin embargo, a medianoche, cuando Henrique se durmió emitiendo ese ronquido regular y pesado que a mí siempre me recordaba el ruido de una máquina de tejer, me levanté de la cama sin hacer ruido. Crucé el pasillo con los pies descalzos, sintiendo el frío de las tablas de madera, y me encerré en el baño del fondo, girando el pestillo de bronce con la misma precaución que un ladrón.

No dispuse la escena del dolor de vientre esta vez. No vertí agua en la jofaina ni preparé toallas húmedas. Me senté directamente en el suelo de azulejos, saqué el cuaderno de tapas de hule que guardaba escondido detrás de las tuberías de plomo de la tina y apoyé el papel sobre las rodillas.

El lápiz de carpintero se sentía pesado entre mis dedos, pero mi mano ya no tenía el temblor de la tarde. Miré la página en blanco bajo la luz mortecina de la bombilla de diez bujías y, sin pararme a pensar en las reglas de la métrica ni en el juicio de los académicos

de Coímbra, escribí las primeras líneas de un poema que no se parecía en nada a las camelias de mi libro verde. Eran versos oscuros, directos, palabras que se clavaban en la carne como fragmentos de un espejo roto. Era el primer poema de Cartas para Quem Não Existe.

Escribía para alguien que no tenía rostro, para una sombra que se movía al otro lado de los muros de la Quinta, para la mujer que yo habría sido si hubiera tenido el valor de Inês o la crueldad de Colette. Escribía con la certeza de que nadie, ni Henrique, ni los críticos del Diário de Notícias, ni las damas de la Estrela, leerían jamás aquellas páginas. Era un manuscrito clandestino, una declaración de guerra contra la paz de mi matrimonio.

Cuando el reloj de la torre de la iglesia dio las tres de la madrugada, cerré el cuaderno. Mis muslos estaban entumecidos por el frío de las losas y el cuello me dolía por la postura forzada, pero sentía una lucidez que nunca antes había experimentado. Antes de guardar el cuaderno en su escondite, tomé la pluma estilográfica que utilizaba para las cuentas de la casa y anoté una última línea en mi diario privado, una frase que no iba dirigida al lector del futuro, sino a la propia noche de Lisboa que presionaba contra los cristales del baño:

«Hay una "I." en la puerta de mi vida, y no sé si dejarla entrar o si ya está dentro.»

CAPÍTULO 10
CLARA

Durante tres días seguidos, la biblioteca del ala norte de la Quinta dos Loureiros se convirtió en un territorio de fronteras invisibles pero estrictamente vigiladas. El orden se estableció sin necesidad de palabras: Clara se adueñó de la mesa auxiliar cercana a la ventana alta, donde la luz grisácea de octubre apenas lograba iluminar el teclado de su ordenador, mientras que Tomás ocupó el extremo opuesto de la gran mesa de castaño central, rodeado por las cajas de cartón que contenían el archivo privado de Henrique de Sousa.

El ritmo de las jornadas era mecánico, casi monacal. Clara abría un volumen, limpiaba el lomo con el cepillo de cerdas suaves, anotaba el año de edición, la imprenta y el estado de la encuadernación en su base de datos, y pasaba al siguiente. A unos metros de ella, el único sonido que producía Tomás era el crujido sutil del papel de barba de los años treinta y el roce de sus dedos al pasar las hojas de las cartas. Hablaban poco. Frases cortas, despojadas de cortesía vana, que se limitaban a las necesidades estrictas del espacio: «¿Te importa si abro un poco el postigo?», «Hay más polvo en este legajo de lo habitual», «Dejo esta caja aquí».

Sin embargo, Clara no podía evitar observarlo de reojo. Había una fijeza casi alarmante en la manera en que Tomás leía. No tomaba notas; permanecía inmóvil durante media hora ante un mismo pliego, con la barbilla apoyada en la palma de la mano, la mirada clavada en la tinta desvaída como si estuviera descifrando un mapa de carreteras en mitad de la noche. A veces, sus dedos se detenían en seco sobre una línea y Clara contenía la respiración, esperando que él dijera algo, que compartiera el hallazgo que

justificaba su presencia allí. Pero Tomás solo guardaba el documento en su funda protectora y pasaba al siguiente con una disciplina sorda.

El cuarto día, el jueves, la niebla no esperó a la tarde; cayó sobre la sierra a las tres, transformando los ventanales en muros de un blanco lechoso que borraron los castaños del jardín. Para cuando las luces amarillentas del techo técnico empezaron a parpadear debido a los habituales fallos de tensión de la red de Sintra, el reloj de la cocina ya había rebasado las ocho y media.

Clara cerró la tapa del ordenador con un chasquido que resonó en las bóvedas de la biblioteca. Tomás seguía con la última caja de la tarde abierta ante él, iluminado apenas por el reflejo de su propia lámpara de pinza.

—Tomás —dijo ella, levantándose y frotándose los brazos por encima del jersey—. Debería ir recogiendo.

Él parpadeó, como si la voz de Clara lo hubiera traído de vuelta de una distancia excesiva. Miró su reloj de pulsera, luego el ventanal ciego y finalmente la miró a ella.

—Se ha hecho tarde —comentó, con esa voz pastosa de quien lleva horas sin utilizar las cuerdas vocales.

—La única tasca del pueblo que abre en octubre cierra a las nueve —dijo Clara, cruzando los brazos—. Si baja ahora con el Peugeot, lo único que va a encontrar abierto es la gasolinera de la carretera de Colares, y dudo que tengan otra cosa que bolsas de patatas fritas rancias.

Tomás empezó a ordenar los papeles con gestos lentos, resignados.

—No pasa nada. Compraré algo mañana.

Clara lo miró un instante. Vio las marcas de cansancio debajo de sus ojos, la camisa que empezaba a perder la rigidez del afeitado matinal y esa especie de abandono físico que arrastraba como una gabardina demasiado pesada. Sintió una punzada de fastidio, pero también esa hospitalidad obligatoria que los gallegos heredan como una condición genética.

—Tengo un resto de sopa de couve en la cocina —añadió, entonando la frase con una brusquedad defensiva—. Y un pan de

hogaza que compré ayer en el mercado. No es que quiera invitarlo a cenar, de verdad, es por pura humanidad; me daría vergüenza dejar que un colega de archivos se alimente de aire en esta montaña. Además, la sopa está caliente y aquí nos estamos congelando.

Tomás la miró con una mezcla de sorpresa y recelo, pero el olor que ya empezaba a salir del pasillo —un aroma a caldo gallego, a patata cocida y a unto— terminó por vencer sus reservas.

—Acepto la sopa, Clara. Gracias.

Diez minutos después, la mesa de pino de la cocina de los guardeses estaba ocupada por dos cuencos de loza humeantes, una botella de vinho verde que Clara guardaba en la parte baja de la nevera y un trozo de pan cuya corteza requería el uso del cuchillo de sierra. El espacio era estrecho, pero el calor del hornillo de gas creaba una atmósfera de refugio que ninguno de los dos había experimentado en toda la semana.

Tomás tomó una cucharada de caldo, masticó un trozo de col con parsimonia y luego asintió con la cabeza, una aprobación silenciosa que a Clara le pareció más sincera que cualquier cumplido de salón.

—El pan está duro —advirtió ella, cortando una rebanada con energía—, pero si lo mojas en el caldo se puede comer. En Santiago decíamos que el pan de tres días es el mejor para la sopa porque no se deshace en el fondo del plato.

—En el Alentejo hacen lo mismo con las migas —comentó Tomás, sirviendo un poco de vinho verde en los vasos de cristal grueso—. El pan nunca se tira. Es una regla de la escasez.

El vino era áspero, joven, con esa aguja sutil que limpia la lengua y deja un rastro de manzana verde en el paladar. Con la tercera cucharada de sopa, la rigidez del archivo empezó a ablandarse. La conversación saltó de las dificultades de la catalogación municipal a las novedades editoriales de Lisboa, un territorio que ambos conocían pero que miraban desde orillas opuestas.

—He visto que tienes un par de novelas de Lobo Antunes en el estante del salón —dijo Tomás, señalando con el tenedor hacia la puerta—. No imaginaba que los traductores de gallego tuvierais

tiempo para perderlo con la prosa fragmentaria de los médicos militares.

Clara sonrió de lado, apoyando los codos en la mesa.

—Lobo Antunes no es una pérdida de tiempo, Tomás. Es lo mejor que le ha pasado a la lengua portuguesa desde la muerte de Pessoa, aunque a los académicos de Coímbra les revuelva las tripas tanta polifonía. Os Cus de Judas es una obra maestra de la neurosis de la posguerra.

—Una obra maestra que sufrió mucho cuando se tradujo al castellano en los años ochenta —replicó Tomás, dando un sorbo a su vaso de vino—. Recuerdo haber leído la versión que publicó Alfaguara. El traductor español intentó ordenar las cláusulas, suavizar el desorden de la sintaxis para que el lector de Madrid no se perdiera entre los delirios de Angola. Convirtió una avalancha de barro en un arroyo limpio. Un error de bulto.

Clara dejó la cuchara en el cuenco con un golpe seco, que hizo temblar el nivel del vino en los vasos. Lo miró con una autoridad absoluta, la mirada de la profesional que pisa su propio terreno y no está dispuesta a ceder un solo centímetro ante las generalizaciones de un historiador.

—No —dijo ella, con una fijeza que hizo que Tomás detuviera el tenedor a medio camino—. Eso no es verdad, Tomás. El traductor no eliminó ese ritmo por descuido ni por comodidad. Mario Merlino sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Si suavizó las cláusulas subordinadas no fue para facilitarle la lectura a nadie, sino porque la estructura del castellano no soporta la acumulación de gerundios del portugués sin convertirse en una parodia cacofónica. En portugués, el desorden de la memoria se sostiene sobre la fluidez de las vocales abiertas; en castellano, si no pones un punto y coma de vez en cuando, el texto no suena delirante, suena simplemente mal escrito. Merlino sacrificó la literalidad de la frase para salvar la música del libro. Para saber eso hay que haber sudado delante de una página en blanco, no solo haber consultado las fichas de una biblioteca.

Tomás se quedó inmóvil, con la mirada fija en Clara. El silencio regresó a la cocina, pero ya no era el silencio hostil de la biblioteca; era una pausa cargada de atención, el instante en que un esgrimista

reconoce la precisión del golpe de su oponente. Clara sostuvo la mirada, con las mejillas ligeramente encendidas por el vino y la vehemencia de su propia argumentación, esperando la réplica cínica o el desdén habitual del profesor.

Pero la réplica no llegó.

En su lugar, los ojos de Tomás se entrecerraron ligeramente y las arrugas de las esquinas de sus párpados se multiplicaron. Su boca, habitualmente cerrada en una línea amarga de desconfianza, se curvó hacia arriba de un modo limpio, franco, desprovisto de frenos o de segundas intenciones. Fue una sonrisa completa, la primera que Clara le veía desde que había aparecido en la verja de la Quinta con su sombrero húmedo. Una sonrisa que transformó su rostro de viejo catalogador en el de un hombre vivo, un destello de ironía y complicidad que borró de golpe los cuarenta años de archivos que llevaba a la espalda.

Clara se dio cuenta en ese mismo instante de que se había quedado desarmada. Y vio, por la forma en que él bajó la cabeza hacia el plato mientras seguía sonriendo, que Tomás sabía perfectamente el efecto que aquella tregua acababa de causar en la cocina.

—Está bien —dijo él, su voz perdiendo la aspereza académica—. Me rindo ante la especialista. Merlino queda absuelto.

La cena terminó poco después, entre los restos del pan duro y las últimas gotas del vinho verde. A las diez y media, Tomás se levantó de la mesa, recogió su chaqueta de pana y caminó hacia la puerta del vestíbulo. La llovizna de la tarde había cesado por completo, dejando paso a una noche de una claridad insólita para el mes de octubre. El cielo sobre la sierra de Sintra aparecía limpio, dominado por una luna llena enorme y blanca que recortaba las siluetas de los palacios con la nitidez de un grabado en negro.

—No necesitará los faros del Peugeot para bajar al pueblo —comentó Clara desde el umbral, mirando la luz plateada que inundaba el camino de grava.

—No voy a coger el coche —dijo Tomás, ajustándose el sombrero —. Con esta luz prefiero bajar andando por el camino del bosque.

Me vendrá bien para despejar la cabeza de tanta correspondencia judicial. Nos vemos mañana a las nueve, Clara.

—A las nueve. No llegue tarde.

Tomás se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la verja de hierro que limitaba la propiedad. Sus pasos sobre la grava mojada sonaban rítmicos, amortiguados por la humedad de la noche.

Al llegar a la salida, justo al lado del pilar de piedra donde la hiedra había devorado el escudo de los condes, Tomás se detuvo en seco. Un gato común, de pelaje atigrado y orejas rasgadas por las peleas del monte, estaba sentado sobre el muro de piedra, inmóvil bajo la luz de la luna, como si hubiera estado esperando exactamente ese momento para ver pasar al visitante. El animal no se asustó; se limitó a seguir el movimiento del hombre con sus ojos amarillos y brillantes.

Tomás se quedó mirando al gato durante unos segundos. El silencio de la montaña era absoluto, interrumpido únicamente por el goteo lejano del agua acumulada en las hojas de los eucaliptos. Sintió de golpe el frío de la noche calando en sus huesos, pero también una extraña ligereza en el pecho, una vibración desconocida que le recorría los brazos.

Hacía cuatro años que no hablaba tanto con nadie. Cuatro años de respuestas cortas en las tiendas, de silencios prolongados en las pensiones de la raya y de monólogos interiores que terminaban siempre en el mismo callejón sin salida. Esta noche, en la cocina de los guardeses, las palabras habían salido de su boca con una fluidez que casi había olvidado que poseía. Había discutido, había defendido una tesis y, lo que era más imperdonable, se había reído con otra persona frente a un plato de sopa fría.

«He hablado durante tres horas —pensó, sintiendo cómo la luz de la luna le golpeaba el rostro con la frialdad de un reproche—. Ana, perdóname».

La frase apareció en su mente con la fijeza de una costumbre antigua, el automatismo del superviviente que pide permiso al fantasma de su esposa para disfrutar de un instante de calor en una casa ajena. Pero esta vez, la petición de perdón no le trajo consuelo.

Al contrario; mientras reanudaba la marcha por la rampa adoquinada que bajaba hacia el centro del pueblo, Tomás sintió una oleada de rabia sorda que le subió por el cuello, un desprecio profundo hacia sí mismo por seguir encadenado a la necesidad de justificar su propia vida ante los muertos. Se odió por haber pedido perdón, se odió por la debilidad de su memoria y, sobre todo, se odió porque sabía que, a pesar de todo, mañana a las nueve volvería a cruzar la verja de la Quinta dos Loureiros buscando el olor a grano molido de aquella cocina.

CAPÍTULO 11
TOMÁS

El odómetro marcó exactamente ciento noventa y un kilómetros cuando detuve el coche frente al edificio del barrio de Celas, en la calle estrecha donde mi piso ocupaba el tercer rellano. Viernes por la noche. Veintitrés horas y doce minutos. El viaje desde Sintra se completa en menos de dos horas si los accesos de la A1 están despejados, pero la lluvia intensa a la altura de Pombal me obligó a reducir la velocidad a noventa. El motor del coche traqueteó un instante antes de quedar sordo.

El piso estaba frío. El termómetro del pasillo, un dial circular de plástico blanco instalado en 1974, marcaba catorce grados. Mi madre había dejado el calentador en la posición de ahorro antes de llevarse a Lia a su casa el jueves por la tarde. No lo toqué. Dejé la maleta junto al paragüero y caminé hacia la cocina. El linóleo conservaba ese brillo pálido y uniforme de los suelos fregados con lejía barata. Sobre la puerta de la nevera, tres dibujos de Lia permanecían sujetos por los imanes de resina que compramos en el Jardim Botânico. Uno mostraba un árbol con hojas moradas; los otros dos eran líneas cruzadas que se cortaban hasta rasgar el papel. Miré el dibujo de la casa. No tenía puerta. Solo tres rectángulos negros en la planta superior y un trazo grueso de cera marrón donde debía estar el tejado.

La fotografía de Ana seguía sobre el aparador del recibidor. Es una copia pequeña, de diez por quince, tomada en Ericeira durante el verano de 2015. Llevaba una camisa de lino amarillo y miraba un poco a la izquierda del objetivo, como si alguien la hubiese llamado desde la rampa de los barcos. Lia cambia el marco de sitio cada tres o cuatro días. Lo lleva a su mesilla de noche, lo conserva allí dos tardes y luego lo devuelve al pasillo principal. Nunca le hago

preguntas sobre eso. El marco de plata tiene una muesca profunda en la base izquierda, un golpe de la mudanza de Lisboa en 2022. Dejé las llaves del coche justo al lado. El metal contra la madera de castaño produjo un sonido seco que se extinguió de inmediato en el pasillo vacío.

El sábado transcurrió en el archivo general de la Universidade. Pasé siete horas revisando las actas de inspección del Secretariado da Propaganda Nacional correspondientes al invierno de 1936. Buscaba la fecha exacta en que Henrique de Sousa asumió las auditorías de los propietarios agrícolas del Alentejo. El papel era fino, gris, con esa consistencia quebradiza de la celulosa de preguerra. Mis yemas terminaron cubiertas por una capa de polvo grisáceo a las tres de la tarde. No encontré anomalías. Los registros oficiales de Henrique estaban limpios. Era un burócrata preciso; sus contratos de arrendamiento no dejaban márgenes ni anotaciones manuscritas. Comí un bocadillo de queso en el mostrador del pasillo. El pan estaba duro, la corteza demasiado firme para mis muelas. Recordé la sopa de Clara del jueves por la noche. Col gallega. Las hojas verdes cortadas en tiras tan finas que parecían hilos de seda suspendidos en el caldo graso. No le había preguntado dónde había aprendido a cortar la verdura con esa finura. Los gallegos suelen dejar los trozos más grandes. O quizá era solo su manera de manejar el cuchillo de cocina: rápido, rítmico, sin mirar la tabla.

El almuerzo del domingo es una regla fija. Rúa Ferreira Borges, número cuarenta y dos, tercer piso. Mi madre reside en ese piso desde octubre de 1985. El comedor mantiene el mismo olor a cera de abejas y a los sacos de lavanda que coloca entre las sábanas del armario empotrado. La mesa estaba dispuesta para tres personas. Una pieza de caoba maciza de 1962 que requiere dos sesiones anuales de aceite de linaza para que la madera no se cuartee con la calefacción. Mi madre ocupaba la cabecera, de espaldas al balcón que da a la oficina del banco. Lia se sentó a la izquierda, moviendo las piernas bajo el faldón de la mesa, con las rodillas cubiertas de costras del patio del colegio. Yo ocupé el lado derecho. La cuarta silla, la del tapizado de brocado verde con un desgarro en el borde

del asiento, permanecía pegada al aparador, debajo del retrato al óleo de mi abuelo. Nadie la movió.

El plato principal era arroz de pato. El vapor subía de la fuente de barro, espeso, cargado con el aroma del laurel quemado en el horno. Lia utilizaba las puntas del tenedor para apartar las rodajas de chouriço hacia el borde del plato. Cumplió ocho años en febrero. Sus dedos están perdiendo la forma infantil, volviéndose largos y delgados como los de Ana, pero mantiene la costumbre de morderse las uñas hasta dejar la piel rosada de las esquinas. —¿Ya encontraste el libro, papá? —preguntó, sin levantar la vista de la carne. —Todavía no, hija. Los libros viejos tardan en aparecer. Tienen su propio tiempo. —La señora gallega sabe dónde está —dijo ella, aplastando un grano de arroz con el reverso de la cuchara—. Las señoras que viven en casas con árboles grandes siempre saben dónde guardan las cosas. Yo sé dónde están mis pinturas aunque estén debajo de la cama. —La casa no es suya —respondí—. Es una herencia de un tío. Está llena de cajas de mudanza y polvo. Mi madre continuaba troceando su ración con el cuchillo de pescado. Es una manía que conserva de sus veranos en Estoril; sostiene que la carne de ave asada es demasiado blanda para el acero de los cuchillos de carne. Sus cubiertos pertenecen al juego de 1954, la plata que mi abuelo compró al obtener la plaza en el tribunal de apelación. —Pero hay algo, ¿verdad? —dijo, sin retirar la vista de las hebras de carne del plato. No respondí. El tenedor me pareció de repente un objeto pesado entre los dedos. El silencio se prolongó durante cuatro segundos, el tiempo exacto que el péndulo del Junghans de la pared necesita para completar dos oscilaciones. Mi padre adquirió ese reloj en una almoneda de Coímbra en 1981 y empleó tres semanas en limpiar los engranajes con un pincel de pelo de marta y gasolina de encendedor. Mi madre asintió una sola vez, un movimiento apenas perceptible de la barbilla. No repitió la pregunta. Conoce la diferencia entre mis silencios profesionales y los otros. Limpió las comisuras de los labios con la servilleta de hilo que conserva las iniciales de la familia y cambió de tema, preguntándole a Lia por los ejercicios de caligrafía de la escuela.

La llamada entró a las dieciséis horas y veinte minutos. Estaba en el despacho de mi piso, sentado frente a una pila de cuarenta y dos ensayos sobre la estructura corporativa del Estado Novo. El color azul de la tinta de los alumnos empezaba a emborronarse bajo la luz de la lámpara de flexo. El teléfono, situado en la esquina derecha de la mesa de trabajo, vibró tres veces, desplazando un pequeño recipiente de cerámica con clips dos centímetros hacia el borde. La pantalla reflejó un prefijo internacional: +44. Londres.

Era Alistair Finch. Asumió la dirección del departamento de Historia Moderna en King's College tras la jubilación de mi director de tesis hace tres años. No nos comunicábamos desde el funeral de Ana, exceptuando un mensaje formal que envió cuando registré mi renuncia a la plaza de profesor asociado en el Reino Unido. —Tomás. Lamento molestarte un domingo por la tarde —su voz conservaba esa cadencia plana, desprovista de énfasis, propia de los despachos que dan al Strand. —Alistair. No te preocupes. ¿Cómo van las cosas por el College? —Frías. El invierno se ha adelantado este año. Escucha, Tomás, no quiero ocuparte mucho tiempo, pero ha surgido un asunto en el archivo del departamento que considero que debes conocer. Hemos recibido una consulta formal esta semana. Dejé el bolígrafo sobre el papel. Una mancha circular de tinta azul comenzó a extenderse en el margen del folio de un alumno de segundo año. —¿Sobre qué? —Sobre Maria do Carmo Almeida. Una investigadora de Princeton. Se llama Maddox. Helena Maddox. Está preparando un volumen monográfico sobre las redes de evasión de refugiados españoles a través de la raya portuguesa entre 1936 y 1938. Ha solicitado acceso a los microfilmes de la colección privada de António Ferro que custodiamos en el fondo especial.

El aire de la habitación se volvió demasiado seco. El termómetro de la pared marcaba diecinueve grados, pero la piel de mis nudillos perdió el color. Princeton. Helena Maddox. Conocía el nombre. Su último artículo en la Hispanic Review sobre las escritoras del exilio había obtenido el premio de la asociación de historiadores americanos. Era rápida, minuciosa y disponía de fondos que en la Universidade de Coímbra no sabemos cuantificar. —¿Qué le has dicho? —pregunté. La conversación se deslizó al inglés sin una

decisión previa por parte de ninguno de los dos. El idioma de las reuniones de comité funcionaba como una estructura técnica, una forma de mantener los hechos separados de la respiración—. ¿Le diste los números de inventario? —Tuve que hacerlo, Tomás. Son registros públicos, —Alistair suavizó el tono, perdiendo la rigidez institucional—. Pero mencioné tu trabajo. Le advertí que llevas tres años con la biografía y que tenías la autorización de la rama familiar. Su respuesta no fue muy académica. Señaló que la familia Almeida carece de herederos directos en territorio portugués y que cualquier inmueble en Sintra se encuentra en situación de desuso legal. Conoce la existencia de la Quinta, Tomás. No sé cuál es su fuente, pero sabe que hay una casa cerrada en la Estrada da Pena. Cuenta con una beca de la Fundación Mellon y tiene previsto trasladarse a Lisboa el próximo mes. —No tiene la llave de la verja —dije. Mi mente se detuvo en la palabra Mellon. Fondos para contratar ayudantes locales, fondos para agilizar las copias en los registros notariales, fondos para reducir el tiempo de espera de los funcionarios de la Torre del Tombo. Un mecanismo engrasado. —Quizá no la necesite si encuentra los duplicados en los archivos del ministerio, amigo, —dijo Alistair—. Si ella entrega el manuscrito del artículo antes de que tú concluyas el catálogo de los libros, tu monografía será un dato secundario antes de llegar a la imprenta. Ya sabes cómo funciona esto. Publicar o desaparecer. —Gracias, Alistair. Te agradezco que hayas llamado. —Cuídate, Tomás. Dale un abrazo a Lia de mi parte.

El teléfono regresó a la madera de la mesa. El silencio del piso volvió a establecerse, pero ya no tenía la neutralidad del viernes por la noche. Contenía la fijeza de un plazo. Helena Maddox no vendría a Sintra a esperar que Clara abriesen las contraventanas de la biblioteca. Se presentaría con una credencial de la embajada o una recomendación del ministerio. Las instituciones americanas no solicitan acceso; lo ejecutan.

Entré en el dormitorio. La maleta de lona negra, una Samsonite de cabina que adquirí en Heathrow durante mi segundo año de estancia en Londres, estaba al fondo del armario de castaño, detrás de las cajas donde guardo el calzado de invierno de Ana. La

cremallera del bolsillo exterior estaba encallada por el óxido desde un viaje a los archivos de Aveiro, pero el cierre central cedió al primer intento. Comencé a introducir la ropa. Dos camisas de franela gris. Tres mudas de algodón. El jersey de lana gorda que mi madre me había tejido el invierno pasado. No seguí mi orden habitual. Normalmente doblo cada pieza alineando las costuras de los hombros, expulsando el aire atrapado entre las capas de tejido para asegurar que los cuellos no sufran deformaciones. Esta vez las introduje aplicando presión con los puños, enrollando los calcetines en esferas irregulares que arrojé contra las esquinas de la lona. Un roce en la tarima del pasillo me obligó a detener el movimiento. Lia permanecía de pie junto al marco de la puerta, con el pijama de franela azul y su cuaderno de dibujo sujeto contra el pecho. Tenía la vista fija en mis manos. —¿Te vas ya? —preguntó. Su voz descendió una octava, el tono que emplea cuando comprueba que la rutina doméstica se rompe antes del lunes por la mañana. —Tengo que regresar a Sintra, hija. Hay unos legajos en la biblioteca que requieren una comprobación antes de que abran los archivos oficiales. —¿La señora gallega se va a enfadar si no vas? —No. No tiene relación con ella. Es por el manuscrito. No se movió del umbral. Conserva esa costumbre de Ana, esa manera de vigilar las acciones de los adultos desde una distancia medida, como si evaluara la consistencia del suelo antes de dar un paso hacia el interior de la habitación. —Vas muy rápido —dijo, señalando el interior de la maleta con el dedo índice.

Tenía razón. El puño izquierdo del jersey gris había quedado atrapado entre los dientes metálicos del cierre. Tiré del cursor de plástico con demasiada fuerza, un movimiento brusco que hizo que las hebras de lana crujieran con un chasquido seco. Mierda. —Tengo prisa, Lia. Solo es eso. —Mamá también hacía las maletas rápido cuando le dolía la tripa —dijo ella, con una fijeza en los ojos que me congeló los dedos sobre el borde de la maleta.

No encontré una réplica. No existía ninguna ficha en mi fichero mental para responder a esa frase. Ana ordenaba su ropa en los bolsos de lona con esa misma velocidad la noche que ingresó en la unidad de oncología del hospital de Coímbra, ocultando las cajas de

parches bajo las camisas de repuesto para que la niña no distinguiera las etiquetas del servicio médico. El mismo pudor. La misma urgencia por clausurar un espacio antes de que el daño ocupara todo el terreno disponible.

Cerré la tapa de la maleta con un golpe seco de la palma de la mano. Los dos cierres de plástico encajaron con un sonido sordo que resonó en el pasillo. En la rúa Ferreira Borges, el Junghans de mi madre daría las nueve dentro de unos minutos, pero en mi salón el silencio era completo. El coche estaba abajo, en la pendiente de la calle. Ciento noventa kilómetros de asfalto gris hasta la Estrada da Pena. Si arrancaba ahora, cruzaría la verja oxidada de la Quinta dos Loureiros antes de las veintitrés horas y treinta minutos.

Metí las llaves en el bolsillo interior del abrigo. Al apagar el interruptor del recibidor, una duda quedó suspendida en la penumbra del pasillo, una pregunta que no me había atrevido a formular durante las cuarenta y ocho horas del fin de semana: ¿esta prisa respondía a la necesidad de salvar el archivo de Maria do Carmo Almeida antes de que Princeton lo redujera a una nota al pie de página, o era simplemente la urgencia de regresar a la loseta agrietada de una cocina que no me pertenecía?

CAPÍTULO 12
LISBOA, PRIMAVERA 1935

El agua de la lluvia tardía de abril corría por las vías del tranvía en la rúa de la Misericordia, dejando un rastro brillante que reflejaba los faroles de gas. Para llegar al tercer piso de Inês, en pleno corazón del Bairro Alto, había que aprender a negociar los escalones de piedra desgastada, siempre húmedos, que olían a carbón de coque, a sardinas asadas y al aliento denso de una Lisboa que se recogía temprano bajo el temor de la policía política.

Subí las escaleras despacio, sosteniendo el faldón de mi vestido de seda gris para que no rozara las paredes encaladas. Cada jueves, al dejar la casa de Henrique en Estrela, sentía que cambiaba de piel; allá abajo, en el salón de los techos altos y las alfombras traídas de Luanda, yo era la señora de Sousa, la mujer silenciosa que servía el té a los amigos del Secretariado y sonreía cuando los hombres discutían sobre los precios del trigo o la necesidad de un orden férreo para la nación. Aquí arriba, peldaño a peldaño, el corsé invisible de la educación de mi madre se iba aflojando hasta dejarme solo los huesos y el cuaderno de tapas negras escondido en el fondo del bolso.

Cuando Inês abrió la puerta, el olor de su piso me recibió antes que sus palabras. Era una mezcla invariable de tabaco de liar, tinta de imprenta fresca y el aroma dulzón del café barato que preparaba en una pequeña cafetera de hierro.

—Estás empapada, Carmo —dijo, haciéndose a un lado.

No usaba el "Maria" que todos anteponían a mi nombre; para ella yo era solo Carmo, una versión despojada de adornos familiares. Llevaba los mismos zapatos prácticos de cuero oscuro con los que la había visto por primera vez tres años atrás, y las mangas de su blusa blanca estaban remangadas hasta los codos, mostrando unos

brazos delgados pero firmes, marcados por las horas pasadas cargando resmas de papel en la tipografía clandestina de la rúa del Diario de Noticias.

El piso era tan pequeño que desde el umbral se podía dominar toda su existencia. Las paredes no se veían; estaban sepultadas bajo columnas inestables de libros que desafiaban la gravedad. Ejemplares en rústica de Gide, traducciones francesas de Pirandello, folletos políticos prohibidos por la censura y los tomos de Colette que ella vertía al portugués durante las madrugadas. En el centro de la estancia, sobre la única mesa de madera basta que servía de escritorio y comedor, una sola lámpara de mesa con pantalla de tela verde proyectaba un círculo de luz amarilla. Todo lo demás quedaba en una penumbra densa, benévola, donde los objetos perdían sus contornos afilados.

Un gato negro, grande y de orejas mordidas por las peleas de los tejados, apareció entre dos pilas de revistas literarias. Se acercó a mis tobillos sin emitir un sonido, rozando su lomo contra la seda de mi falda con una fijeza casi humana.

—Se llama Gato —dijo Inês, adivinando mi mirada—. No tiene nombre porque no le pertenece a nadie. Viene por el tejado cuando tiene hambre y se queda si la noche es demasiado fría. Hoy se quedará. Hace viento del Atlántico.

—En Estrela las ventanas vibran desde las seis —respondí, dejando el bolso sobre una silla que crujió bajo el peso—. Henrique dice que es buen tiempo para los viñedos del norte.

Inês no comentó nada sobre Henrique. Nunca lo hacía. Su nombre quedaba siempre fuera de este piso, como el barro que uno se limpia en el felpudo antes de entrar.

—Quédate a cenar —dijo, señalando una cacerola de barro que reposaba sobre la hornilla de gas—. No es gran cosa. Un poco de caldo verde y pan de centeno que compré en la panadería de la esquina. Pero tengo algo mejor.

Fue hacia la alacena y extrajo una botella oscura, sin etiqueta, cuyo vidrio grueso brilló bajo la lámpara verde.

—Vinho do Porto. Mi tío lo trajo de una quinta del Douro antes de que la confiscaran. Es del año en que naciste, Carmo. Mil

novecientos diez. El año de la República. Dice que el buen vino sabe mejor si sobrevive a los imperios.

Nos sentamos a la mesa, retirando previamente tres tomos de las Eneadas de Plotino para dejar espacio a los platos. El espacio era tan reducido que nuestras rodillas se buscaban bajo la madera, no por intención, sino por la geografía misma de la habitación. Inês sirvió el vino en dos vasos de cristal grueso, de los que se usan en las tascas del muelle; el líquido cayó con una densidad de jarabe, de un rubí tan oscuro que parecía negro fuera del círculo de la lámpara.

—Bebe —ordenó suavemente—. Tienes las manos frías.

El primer trago me quemó la garganta con un dulzor espeso, cargado de madera y pasas, que me bajó por el pecho como un hilo de fuego. Inês me observaba por encima del borde de su vaso. Sus ojos, de un marrón verdoso que cambiaba según la luz, no tenían la prisa de las mujeres de mi entorno; eran los ojos de alguien que sabe esperar el final de una frase o el secado de una página.

—He leído el poema que me dejaste el jueves pasado —dijo, rompiendo un trozo de pan con las manos—. El que escribiste después de la velada en casa de los Ferro.

Sentí que las mejillas me ardían, y esta vez no era por el oporto.

—¿Es malo? —pregunté, odiando la sumisión de mi propia voz.

—No es malo. Nada de lo que escribes es malo, Carmo. Pero tienes miedo. Escribes como si alguien estuviera mirando por encima de tu hombro mientras sostienes la pluma. Esos adjetivos... esa melancolía del jardín... es la antesala de lo que realmente quieres decir. Estás decorando la celda para no ver los barrotes.

—Es el único estilo que Henrique tolera —dije, mirando el círculo de luz de la mesa—. Si publico algo que no parezca un canto a la tradición o al paisaje, empezará a hacer preguntas. Ya sospecha de mis tardes en el Chiado. Piensa que me reúno con las mujeres de la Liga Republicana.

—¿Y no es así? —Inês sonrió, mostrando el espacio pequeño entre sus dientes frontales—. Estás aquí. Conmigo. Eso es mucho más peligroso para él que cualquier mitin en una plaza pública.

Apoyó los codos en la mesa, acercándose. El olor de su piel era distinto al de las colonias francesas que Henrique me compraba en

la rúa Garrett; olía a papel viejo, a la lluvia de la calle y a algo limpio, elemental, que no se podía comprar en ninguna tienda. El gato negro saltó sobre la columnata de libros a nuestra izquierda, haciendo que dos ejemplares de la Revista de Portugal cayeran al suelo con un golpe sordo. Ninguna de las dos se movió para recogerlos.

Inês alargó la mano y tomó la botella para rellenar mi vaso. El sonido del líquido al caer pareció amplificarse en el silencio del piso. Dos copas. La segunda se vaciaba más despacio, pero su efecto era más profundo; sentía una lasitud extraña en las piernas, una pérdida de peso en los hombros que me hacía desear reclinarme hacia delante, hacia el espacio iluminado por la pantalla verde.

—Carmo —dijo ella, y su voz bajó de tono, confundiéndose con el rumor del viento que golpeaba los cristales del balcón—. ¿Entiendes lo que está pasando aquí?

La pregunta no tenía la urgencia de un reproche, sino la fijeza de un hecho consumado. Miré sus dedos, manchados de una levísima sombra de tinta cerca de la uña del pulgar. Miré el pan cortado, el gato que nos observaba con sus ojos de ámbar desde la penumbra, las miles de páginas que nos rodeaban como un muro defensivo contra el mundo exterior. Pensé en la casa de Estrela, en la cama de matrimonio con el crucifijo de marfil sobre el cabecero, en las cenas donde mi única función era ser el reflejo del éxito de mi marido. Todo aquello, la vida entera que me habían construido desde el día de mi bautismo, parecía una fotografía ajena, el retrato de una mujer que compartía mis facciones pero no mi sangre.

—Sí —respondí. Mi voz fue apenas un soplo, pero la palabra quedó flotando en el aire de la cocina con la solidez de una piedra.

Inês guardó silencio un instante, dejando que el sonido del agua en el exterior llenara el hueco entre las dos. Su mirada no se apartó de la mía; descendió hacia mis labios y luego volvió a subir, lenta, midiendo la distancia que nos separaba, que no era de centímetros, sino de siglos de leyes no escritas y castigos silenciosos.

—¿Quieres que ocurra? —preguntó.

No respondí con palabras. El lenguaje, la herramienta con la que había intentado explicarme el mundo en mis cuadernos clandestinos,

se reveló de pronto inútil, una estructura demasiado rígida para contener el temblor que me recorría las manos. En lugar de hablar, dejé caer las manos sobre el regazo, entrelazando los dedos, y sostuve su mirada con una fijeza que no sabía que poseía. Era una rendición, pero también una demanda; el reconocimiento de que la mujer que había entrado en ese piso bajo la lluvia ya no era la misma que tendría que salir de él.

Inês se levantó de la silla despacio, sin apartar los ojos de los míos. El círculo de luz de la lámpara dejó su rostro en sombra por un segundo mientras rodeaba la pequeña mesa de madera. Se detuvo detrás de mí. Sentí el calor de su cuerpo antes de que sus manos tocaran mi piel; sus dedos, marcados por el trabajo de la imprenta, eran sorprendentemente suaves cuando se posaron sobre mis hombros, ejerciendo una presión levísima, un ancla que me sujetaba a la realidad de la habitación.

Su mano derecha subió por mi cuello, rozando la línea de la mandíbula con una lentitud que me hizo cerrar los ojos. Sus dedos buscaron la parte posterior de mi cabeza, allí donde el cabello oscuro permanecía sujeto desde la mañana en un moño estricto, el peinado propio de la esposa de un inspector de la propaganda.

Encontró la horquilla de metal. Era una pieza de alambre negro, vulgar, idéntica a las miles que mi madre me había enseñado a colocar para que ningún mechón escapara al control de la mirada pública. Con un movimiento limpio, imperceptible, Inês tiró de ella.

El peso de mi propio cabello cayó sobre mis hombros en una oleada fría que me rozó las mejillas. La sensación de liberación física fue tan intensa que ahogué un gemido en la garganta.

Inês sostuvo la pequeña horquilla entre el pulgar y el índice. Se inclinó sobre la mesa y la soltó sobre la madera desnuda, justo al lado del vaso que conservaba los restos del oporto del año de la República. El objeto de metal pareció flotar en el aire suspendido por la penumbra de la cocina; tardó una eternidad en descender, como si el tiempo en el tercer piso del Bairro Alto se hubiera dilatado para permitirnos presenciar la caída del último lazo que me unía a la cordura de la rúa de Estrela. Salió del círculo de luz con un leve tintineo metálico al tocar la caoba, y ese sonido sordo clausuró la

noche, dejando fuera el viento, la policía y los contratos de Henrique.

Y así fue como descubrí que mi vida había sido escrita por otra persona hasta esta noche.

CAPÍTULO 13
CLARA

El Peugeot de Tomás se había marchado a última hora de la tarde del viernes, con el motor cociéndose en una tos sorda que la niebla de la Estrada da Pena terminó por apagar a los pocos metros de la verja. Había regresado a Coímbra para el fin de semana; un asunto confuso relacionado con unas décimas de fiebre de su hija Lia, o tal vez, simplemente, la necesidad humana de escapar de la verticalidad húmeda de Sintra, que a partir de noviembre terminaba por pegarse a los huesos como un moho invisible.

Clara se había quedado sola. Durante las primeras horas, la quietud absoluta de la Quinta dos Loureiros le pareció una victoria pequeña y privada. Tenía la biblioteca entera a su disposición, la cocina libre del vapor de dos tazas de café y el silencio exacto que su trabajo de catalogación exigía, sin el sutil peso de otra respiración al fondo de la gran mesa de roble. No tenía que negociar los postigos, ni disculparse por el estrépito de su ordenador portátil al cerrarse, ni soportar esa fijeza casi obsesiva con la que Tomás examinaba cada pliego de papel de barba.

Sin embargo, para el mediodía del sábado, el vacío de la casa comenzó a mudar de carácter. No era la ausencia hostil y erizada que Clara recordaba de sus últimos meses en Madrid, cuando Daniel abandonaba el piso tras una discusión, dejando tras de sí un rastro de portazos y un aire denso que tardaba horas en ventilarse. Esto era diferente. Al deambular por el pasillo central, esquivando instintivamente la consola carcomida y el espantoso paragüero de pata de elefante, Clara se sorprendió a sí misma mirando hacia el rincón del recibidor donde Tomás solía dejar su paraguas chorreando agua, o esperando el siseo familiar de sus pantalones de pana contra las tablas del suelo.

Se descubrió extrañándola. Aquella constatación la asaltó mientras esperaba a que la cafetera italiana terminara de subir en la cocina de la casa de los guardeses. Era una sensación extraña, casi incómoda por lo imprevista: extrañaba una presencia que, curiosamente, no la incomodaba. Toda su vida adulta, desde los primeros noviazgos en Santiago hasta los seis años de convivencia con Daniel, había asociado la cercanía de un hombre con una sutil invasión del territorio propio, un ejercicio constante de resistencia para no dejarse recortar los márgenes. Daniel siempre había ocupado demasiado espacio; corregía sus comas, modulaba su condescendencia en los restaurantes de Chueca y la trataba como a una nota a pie de página en su propia vida. Tomás, en cambio, con sus dedos manchados de tinta ferrogálica y sus camisas que olían a jabón de glicerina barato, simplemente existía a su lado, en una línea paralela que no pretendía cruzarla ni corregirla. Su silencio en la biblioteca no era un arma defensiva; era un terreno compartido.

Miró el teléfono móvil sobre la mesa de madera de pino. La pantalla reflejaba la luz verdosa y mortecina que bajaba de la sierra. Sintió una repentina necesidad de escuchar una voz que perteneciera a su propio mundo, una coordenada limpia que la sacara de aquel estancamiento de azulejos desvaídos y camelias carmesíes que florecían fuera de temporada.

Marcó el número de la casa de Vigo. Era la hora en que su madre solía sentarse junto al radiador de fundición, con el bolso sintético ya guardado en el armario y los ojos fijos en el telediario de la tarde.

La línea dio tres tonos largos, profundos, con ese eco metálico que tienen las llamadas que cruzan la frontera del Miño. Luego se oyó un chasquido rudo.

—¿Sí? —La voz de Pilar apareció de golpe, desprovista de preámbulos.

—Mamá, soy yo. Clara.

—Ah. Hola, niña. ¿Qué pasa? ¿Estás bien? —Pilar habló con una prisa inusual, un ritmo atropellado que no encajaba con su habitual parsimonia de mujer de la costa.

—Sí, estoy bien. Trabajando en la biblioteca.

—Dijeron en la televisión que iba a entrar un temporal por el sur, por la parte de Lisboa. Aquí en Vigo ya empezó a desconfiar el cielo. Tienes que mirar bien los canalones de esa casa, Clara, que las techumbres viejas no avisan cuando se van abajo.

Clara frunció el ceño, apoyando el hombro contra el azulejo frío de la cocina. Había algo raro en la vibración de la voz de su madre; una delgadez defensiva, como si estuviera doblando un papel en secreto mientras hablaba. Pilar jamás se preocupaba por los temporales ajenos a su propio patio.

—Los canalones están bien, mamá —interrumpió Clara, buscando el tono directo que usaba cuando liquidaban los timbres del Estado en la notaría—. Escúchame. Llevo días revisando las cajas del ala norte. Hay cientos de cartas, documentos de administración de los años treinta, particiones de fincas en el Alentejo... Todo viene a nombre de la familia Almeida. De una mujer llamada Maria do Carmo.

Al otro lado del hilo telefónico no hubo respuesta. Solo el siseo estático de la línea, un murmullo constante que imitaba el ruido del oleaje en los muelles de Vigo.

—¿Mamá? ¿Sigues ahí?

—Sí —dijo Pilar. Una sola sílaba, seca como una rama de pino muerta.

Clara tomó aire, apretando el auricular contra la oreja hasta que el plástico le dolió en el cartílago. No quería más silencios pesados que se incorporasen al pan de la cena, ni más claudicaciones aplazadas durante treinta años.

—¿Tú sabías que mi tío tenía esta casa?

La pregunta cayó entre las dos con la fijeza de una piedra lanzada a un pozo ciego. El silencio que se instaló a continuación fue absoluto, denso, un vacío físico que pareció congelar el aire dentro de la cocina de los guardeses. No era el silencio de quien busca una fecha o un nombre en la memoria, sino la inmovilidad terca de quien ha sido descubierto en mitad de la penumbra y decide no respirar para no revelar su posición. Clara pudo imaginar perfectamente las falanges de su madre apretándose blancas alrededor del asa de su

bolso, la línea de la mandíbula endurecida bajo la luz fluorescente de la cocina gallega.

—Mamá, contéstame —insistió Clara, sintiendo un latido rápido en la boca del estómago—. El notario de Vigo me dijo que esto era de un pariente de papá, alguien que guardó lo que no era suyo. Pero tú estuviste en Sintra en el setenta y seis. Conoces este sitio. Sabes perfectamente de quién era este suelo.

Cuando Pilar volvió a hablar, su voz había recuperado esa fijeza de roca de la costa que ha aprendido a no retener el agua de las olas, esa armadura de los Mendes que ninguna pregunta lograba agrietar.

—Hablamos cuando vuelvas —dijo, sin una sola inflexión de afecto o de reproche.

—No, mamá, no me vas a colgar otra vez...

—Hablamos cuando vuelvas. Cuídate, niña.

El clic de la comunicación cortada sonó limpio, un impacto sordo que dejó a Clara escuchando el tono discontinuo de la línea muerta. Se quedó mirando el teléfono durante un minuto entero, con las cejas juntas, sintiendo el peso de la omisión en el pecho, un hueco donde las verdades familiares se amontonaban sin orden ni concierto.

Como si el rechazo de su madre hubiera sido la señal que la montaña esperaba para romper amarras, la primera oleada de lluvia violenta golpeó los cristales del ventanal de la cocina. No era la llovizna fina y paciente de las mañanas de Coímbra, sino un aguacero del Atlántico, espeso y repentino, que emborronó de inmediato la silueta del invernadero en ruinas y transformó los castaños del jardín en fantasmas plomizos.

La casa pareció encogerse a su alrededor. La luz se volvió del color del aceite rancio y el frío de la serra entró por las rendijas de las gomas viejas con un silbido asmático. Clara guardó el teléfono en el bolsillo del abrigo y caminó hacia el vestíbulo central. El silencio de la Quinta, ahora que Tomás no estaba y su madre se había negado a responder, se le antojaba una provocación. No quería volver a la mesa auxiliar de la biblioteca, ni enfrentarse a las ediciones francesas de Colette que parecían caerse solas de los

estantes torcidos. Necesitaba moverse, romper la regularidad monacal que la mantenía sujeta a la planta baja.

Levantó la vista hacia el arranque de la escalera de madera de castaño.

Llevaba semanas en la propiedad, pero jamás había subido más allá del primer piso, allí donde el pasamanos se interrumpía y los escalones se estrechaban para conducir al desván, bajo la techumbre de tejas desgastadas. Tomás concentraba sus esfuerzos en las cajas de la biblioteca, convencido de que el archivo judicial de Henrique de Sousa contenía el inventario definitivo de los cuadernos de la poeta perdida. El desván era un territorio ignorado, una estancia que el propio sustituto de la notaría había descrito como un nido de ácaros y vigas vencidas.

Clara comenzó a subir. El granito del vestíbulo dio paso a la tarima fría. Al asentar la bota en el tercer peldaño, la madera emitió una nota alta, un crujido agudo que resonó en las bóvedas vacías como un disparo antiguo. Se detuvo un instante, con la mano apoyada en la pared encalada que olía a cal húmeda, y luego continuó, decidida a no dejarse intimidar por la geografía de una casa muerta.

La puerta del desván era baja, estrecha, hecha con tablas de pino sin desbastar que la humedad de la montaña había hinchado hasta encajarlas en el marco. El picaporte de latón estaba cubierto por una costra verde de verdigris que le dejó un rastro amargo en la palma de la mano. Tuvo que apoyar todo el peso del cuerpo contra el travesaño, apuntalando los talones, hasta que los goznes cedieron con un doble chasquido seco.

Un vaho de aire helado, cargado con el olor universal del papel deshecho por los hongos, lana podrida y cera rancia, la recibió en el rostro.

El desván era una galería alargada y lúgubre que seguía la línea del tejado. La luz era casi inexistente; apenas una claridad cenicienta que se filtraba por dos claraboyas redondas y cubiertas de hollín. Encima de su cabeza, el estrépito de la lluvia contra las tejas era ensordecedor, un galope constante que hacía vibrar las vigas de castaño que cruzaban el techo como las costillas de un animal

varado. Clara avanzó agachándose un poco para no rozar las telarañas que colgaban de los puntales. El espacio estaba abarrotado de los restos del inventario de una familia extinguida: sillas de enea con las patas rotas, jofainas de loza agrietada, somieres de hierro forjado y fajos de periódicos viejos —el Diário de Notícias de los años cuarenta— atados con alambres que la herrumbre había disuelto sobre las portadas.

Cerca de la segunda claraboya, medio oculta tras un armario de tres lunas cuyos espejos estaban ahumados por la humedad, distinguió una pequeña caja de madera de embalaje. Dentro, entre unos trapos de cocina endurecidos por la grasa y una lata vacía de betún, asomaba una caja de zapatos de cartón rígido. Era una pieza sólida, de una antigua zapatería del Chiado que probablemente había cerrado antes de la guerra, con los cantos reforzados con tela gris. Estaba firmemente atada con un cabo de cordel de cáñamo, asegurado con un nudo doble y apretado que el tiempo había endurecido hasta volverlo casi de piedra.

Clara se arrodilló sobre las losas polvorientas. Una gota de agua filtrada por el tejado le cayó exactamente en la nuca, un latigazo frío que la hizo estremecerse, pero no apartó las manos del cartón. Tiró del cordel con un movimiento seco del torso; el hilo bramante crujió, cedió y el nudo se deshizo, dejando caer una costra de polvo gris sobre sus rodillas de pana.

Retiró la tapa.

Un aroma sutil y almibarado, una mezcla de lavanda rancia y vinagre de tocador, subió del interior, idéntico al olor extraño que la había recibido el primer día al abrir la puerta trasera de la Quinta. La caja estaba llena de pliegos de papel amarillento, doblados en tres partes y ordenados con una fijeza militar.

Tomó el primer fajo. Eran aburridos. Papeles de la finca, facturas de una botica de la rúa Garrett fechadas en el invierno de 1934, recibos del carbón de coque para la cocina económica y notificaciones de un procurador de Évora sobre los lindes de un olivar en el Alentejo. Todos llevaban en el reverso la caligrafía apretada, picuda y regular de Henrique de Sousa, sus notas marginales de hombre de leyes que no toleraba un error en los

decimales. Clara sintió una oleada de decepción que le subió por el cuello; era el mismo esqueleto burocrático que Tomás ya había catalogado en las cajas de abajo, el inventario de un matrimonio muerto que no explicaba nada sobre el destino de los cuadernos.

Pasó las hojas con los dedos lentos, descartando recibos de contribuciones rústicas y pólizas de seguros contra el granizo. Quedaban apenas tres documentos en el fondo del cartón. Estuvo a punto de cerrar la caja y bajar a la cocina, vencida por el frío que ya le entumecía las falanges, cuando sus dedos tocaron un pliego suelto que descansaba contra el fondo.

A diferencia de las facturas de papel de barba, este sobre era de un lino azulado, grueso, el tipo de papel que las mujeres de buena familia empleaban para la correspondencia privada que no pasaba por los despachos. No tenía sello, ni dirección postal, ni el membrete del Secretariado de Propaganda. Solo una palabra escrita en el centro con una tinta violeta, intensa, que no había virado al marrón de la ferrogálica:

Carmo.

La caligrafía era limpia, despojada de las curvas ornamentales de la época, trazada con la línea recta y la fijeza de una aguja de coser. Una mano moderna, feroz, que Clara reconoció antes de procesar el nombre.

Extrajo el pliego con un temblor repentino en las yemas de los dedos. Se acercó a la claraboya sucia, buscando el último reflejo gris de la tarde de Sintra que se apagaba detrás de los pinos de la Estrada da Pena.

La última carta no era un recibo. La última empezaba:

"Perdóname por llamarte como él ya no te llama."

Clara contuvo la respiración, sintiendo cómo el corazón le daba un vuelco violento contra las costillas. Las palabras se clavaron en sus ojos de traductora con la nitidez de una revelación botánica, idéntica a la camelia roja que florecía en el naranjo amargo. Había en esa primera línea una intimidad salvaje, un derecho absoluto que borraba de un plumazo los contratos de Henrique, las leyes de la dictadura y las opiniones del doctor Soares.

Bajó la vista a toda prisa por el papel satinado, devorando las líneas donde la tinta violeta parecía aún fresca en mitad de la penumbra del desván. En la esquina inferior derecha, el trazo final era apenas un rasguño ascendente, una firma corta que clausuraba la noche:

Inês.

Clara se apoyó contra la viga de castaño, con la carta temblando entre sus manos, mientras arriba, sobre las tejas rotas de la Quinta, la lluvia de Sintra continuaba cayendo sin descanso.

CAPÍTULO 14
TOMÁS

La luz del lunes entró en la biblioteca de la Quinta dos Loureiros desprovista de cualquier matiz dorado; era una claridad cenicienta, un resplandor de agua sucia que se filtraba a través de los cristales empañados por la niebla de la sierra. Afuera, el viento del Atlántico continuaba su monólogo monótono entre los pinos de la Estrada da Pena, un susurro áspero que Tomás ya había aprendido a registrar como el ruido de fondo de su propio encierro.

Llevaba desde las ocho de la mañana sentado en el extremo de la mesa de roble, rodeado de legajos cuya tinta ferrogálica parecía disolverse bajo la luz de su lámpara de pinza. Tenía los dedos fríos, entumecidos por la humedad invencible que subía de las losas inferiores, y un cansancio sordo le pesaba en la nuca, un recordatorio de las horas pasadas en la pensión de la rúa de Gil Vicente revisando sus propias notas de Coímbra. El ritmo que habían establecido durante la última semana era regular, casi monacal. Al otro lado de la mesa, justo en la pequeña vaguada donde la tarima vieja se combaba bajo el peso de los miles de volúmenes, Clara trabajaba en silencio ante la pantalla azulada de su ordenador. El único sonido que compartían era el crujido intermitente del papel de barba y el tecleo rápido, rítmico, de la traductora.

A las once y media, el tecleo se detuvo.

Tomás no levantó la vista de inmediato; estaba concentrado en la transcripción de un inventario de bienes del año treinta y seis, buscando un nombre, una pista menor en los márgenes que justificara la prórroga de su estancia en Sintra. Sin embargo, la alteración del silencio en la sala fue tan brusca que acabó por romper su fijeza. Escuchó el arrastre sutil de la silla de pana de Clara

sobre las maderas torcidas del suelo. Luego, el eco de sus pasos, despaciosos y firmes, acercándose por el lateral de la gran mesa.

Cuando Clara se detuvo a su lado, Tomás levantó los ojos. Ella no llevaba el ordenador ni el cepillo de cerdas suaves que utilizaba para limpiar los lomos de las ediciones francesas. Sostenía entre las manos un pliego de papel suelto, un folio de tacto grueso y bordes ligeramente deshilachados que el tiempo había vuelto del color del hueso viejo. Supe, antes de que abriera la boca, que no se trataba de otro documento administrativo de los abogados de Lisboa.

—Mira esto —dijo Clara. Su voz sonó más baja que de costumbre, despojada de la aspereza defensiva con la que solía marcar las distancias entre su propiedad y la investigación de Tomás.

Él dejó el bolígrafo sobre el bloc de notas. Clara depositó el papel sobre el tablero de roble, justo encima de las fichas de cartulina limpia. Tenía la caligrafía menuda, picuda, desprovista de las curvas ornamentales de la escuela portuguesa; una línea recta que parecía trazada con la fijeza de una aguja de coser. Era la letra de Inês Vasconcelos. Tomás reconoció el trazo al instante, el mismo rasguño enérgico que había visto semanas atrás en los márgenes arrancados de la Revista de Portugal.

Tomás extendió la mano, pero no llegó a tocar el papel. Se limitó a inclinar el torso hacia delante, ajustándose las gafas con un movimiento automático. Leyó sin hablar, conteniendo la respiración para que el vaho de su propia boca no empañara la superficie del folio.

Las palabras se sucedían en un francés limpio, exento de la retórica oficial de la época, un idioma elegido para las cosas que carecían de permiso en la Lisboa de la dictadura. Inês hablaba allí de las habitaciones alquiladas en el Barrio Alto, del frío de los mitones de lana gris y del manuscrito clandestino, de las treinta y dos cartas encerradas en el lino encerado que Maria do Carmo había ocultado bajo el naranjo del jardín amurallado antes de que el automóvil de Henrique llegara para trasladarla al sanatorio del Buçaco. Cada línea era un mapa; cada adjetivo, una confirmación biológica de una existencia que el bufete de la Estrela había intentado reducir a un apunte contable en los libros de dote.

El silencio de la biblioteca se volvió espeso, una masa física que presionaba contra los tímpanos de Tomás. Podía oír el siseo asmático del radiador al fondo del pasillo y el goteo constante del agua de la sierra sobre el techo de chapa del Fiat Panda aparcado en el exterior. Terminó la última línea, donde la firma de Inês quedaba reducida a una inicial temblorosa, y se quedó inmóvil, con los ojos clavados en la madera de roble.

—Existe —dijo al fin.

La palabra salió de su boca como un susurro seco, un espasmo de aire que apenas logró romper la penumbra del cuarto.

Clara, que seguía de pie junto a él con los brazos cruzados sobre el jersey de lana, arrugó el entrecejo. No entendía. Para ella, habituada a la fijeza de los textos impresos y a los plazos de las editoriales de Madrid, aquel folio era solo una pieza más del desorden de la Quinta, un fragmento de correspondencia privada entre dos mujeres muertas.

—¿Qué existe, Tomás? —preguntó ella, dando un paso hacia la mesa.

Tomás se enderezó despacio en la silla, sintiendo un latido rápido y violento en la garganta. Se quitó las gafas y las dejó a un lado, frotándose los ojos con los nudillos antes de volver a mirar a la traductora.

—Llevo tres años defendiendo esto —explicó, y su voz, habitualmente pastosa por el desuso, adquirió una vibración extraña, una urgencia que no utilizaba desde sus primeros seminarios en Coímbra—. Tres años sosteniendo en los congresos, en los artículos que la facultad se negaba a publicar y ante los directores de la Torre del Tombo, que Maria do Carmo de Almeida escribió más de lo que se conserva en las ediciones oficiales de su marido. Henrique de Sousa se encargó de esterilizar su memoria; quemó sus diarios, confiscó sus colaboraciones en la prensa de las provincias y convenció a los críticos de Lisboa de que su poesía era solo un adorno aceptable para las veladas de António Ferro. Querían que pareciera una mujer de su estirpe, una enferma de los nervios cuyo espíritu se había extenuado por leer demasiados libros extranjeros.

Se inclinó de nuevo sobre la mesa, señalando el papel con el índice, sin llegar a rozar la fibra.

—Todos mis colegas decían que yo estaba persiguiendo una sombra, una invención romántica para justificar una tesis doctoral sin base empírica. Me pedían pruebas, Clara. Documentos públicos, actas de aduana, testamentos visados por notarías legítimas. Y yo nunca había encontrado nada que lo probara de verdad. Nada más que deducciones basadas en silencios y márgenes rasgados.

Hizo una pausa, tomando aire, mientras la luz cenicienta del ventanal acentuaba las marcas de cansancio de su rostro.

—Esta carta lo prueba. Inês lo dice aquí, explícitamente. Habla del volumen, del huerto, de las palabras verdaderas que exigen una línea recta. El manuscrito existió. No fue una invención de la censura ni una rabieta de patio de colegio; Maria do Carmo escribió para que alguien, un día, supiera quién había sido ella fuera del inventario de su marido.

Tomás extendió los dedos y, esta vez, posó las yemas sobre el borde inferior del folio, con la delicadeza de quien toca la piel de un recién nacido. Al levantar el papel para devolverlo al centro de la mesa, su mano derecha sufrió una sacudida, un temblor fino e involuntario que hizo que las esquinas del folio oscilaran levemente bajo la luz de la lámpara. Era el estremecimiento del superviviente que encuentra una grieta en el muro de su propio confinamiento, la quiebra de la disciplina sorda que había arrastrado como una gabardina pesada desde su salida de Galicia.

Clara lo notó. Vio la rigidez de los tendones de su muñeca, la palidez de los nudillos y la forma en que Tomás apretaba los dientes para contener el espasmo de sus propios dedos. Sin embargo, no dijo nada. En las cocinas de la costa de Pontevedra, de donde ella venía, las quiebras emocionales de los hombres no se sancionaban con consuelos melodramáticos; se respetaban mediante un silencio pesado que permitía al otro recuperar la fijeza sin tener que pedir perdón por su debilidad. Clara se limitó a mantener los ojos fijos en la marca limpia que el libro francés había dejado en el polvo de la mesa de roble, otorgándole a Tomás los segundos necesarios para que la herrumbre de su rutina volviera a encajar en su sitio.

Tomás dejó la carta sobre el tablero. El temblor remitió despacio, dejando tras de sí una lasitud que le vació los hombros. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta de pana y extrajo el teléfono móvil, cuya pantalla negra reflejó por un instante el techo agrietado de la biblioteca.

—¿Me das permiso? —preguntó, levantando el aparato con un gesto tímido, casi de mendigo—. Solo una foto. Para el archivo del departamento. Necesito guardar la referencia antes de que los abogados de la fundación decidan qué hacer con estas cajas.

Clara se movió entonces. Dio un paso decisivo, anulando la distancia de seguridad que había mantenido durante los últimos tres días en la mesa auxiliar. Extendió su mano, una mano acostumbrada a la fijeza del teclado, y tomó el folio por el revés, retirándolo con suavidad del alcance del objetivo del teléfono.

Tomás se quedó quieto, con el brazo suspendido en el aire, mirándola a través de los cristales limpios de sus gafas. Esperaba la réplica previsible, el recordatorio contractual de que la Quinta y todo su contenido pertenecían al legado Mendes y que la universidad carecía de derechos de reproducción antes de la liquidación de la herencia jacente.

Pero Clara no guardó la carta en su carpeta ni volvió a su ordenador. Sostuvo el papel entre sus dedos, sintiendo el frío de la fibra satinada, y miró al investigador con esa fijeza terca de quien ya ha visto venir demasiados temporales desde el cabo.

—No la fotografíes —dijo ella, y su voz recuperó la cadencia gallega, descalza y real, que Daniel había intentado borrar en los restaurantes de Madrid—. Tradúcela conmigo.

CAPÍTULO 15
LISBOA, VERANO 1936

El verano de 1936 entró en Lisboa como una mano de hierro calentada al fuego. El asfalto de la rúa de la Misericordia se ablandaba bajo las ruedas de los automóviles y el aire que subía del Tajo traía un olor denso a lodo estancado, a pescado frito y a la impaciencia sorda de una ciudad que fingía dormir bajo el orden del Estado Novo. En la casa de Estrela, las persianas de madera permanecían bajadas desde las diez de la mañana, transformando el gran salón de Henrique en un acuario de penumbra donde los muebles de caoba de Angola parecían flotar en una fijeza de museo.

Hacía ya más de dos años que mi vida se había dividido en dos mitades perfectas, separadas por una frontera invisible que cruzaba cada jueves por la tarde. Dos años de pasos calculados, de mirar el reloj de pulsera antes de subir al tranvía y de aprender a sostener la mirada de los ujieres del Secretariado de Propaganda sin que me temblaran las pestañas. Para el mundo que cenaba en nuestra mesa, yo seguía siendo la perfecta encarnación de la esposa del inspector: silenciosa, devota de las obras de caridad de la parroquia y conforme con el destino decorativo que mi madre había pactado en los salones de Évora. Nadie sospechaba que bajo el forro de seda de mis abrigos de invierno, y ahora entre las páginas de mis cuadernos de música, crecía un animal completamente distinto.

Henrique, sin embargo, poseía el instinto de los hombres que viven de vigilar las palabras ajenas. No tenía pruebas, no manejaba nombres ni fechas, pero su naturaleza burocrática acusaba cualquier sutil alteración en el orden doméstico. Lo notaba en la forma en que me observaba por encima del borde de su taza de caldo durante las cenas a solas; una fijeza fría, de entomólogo que descubre un trazo irregular en las alas de una mariposa disecada. Notaba que mi

cabello ya no guardaba la rigidez estricta de antes, que mis dedos pasaban las páginas de los libros con una lentitud que lindaba con la rebeldía, y que mi melancolía, esa dolencia aceptable que él siempre había atribuido a mi debilidad femenina, se había transformado en una ausencia densa, un muro donde sus comentarios sobre la política nacional rebotaban sin causar la menor hendidura.

Fue durante esas noches de insomnio veraniego, mientras Henrique dormía al otro lado de la gran cama de matrimonio con la respiración regular de los hombres que tienen la conciencia visada por el ministerio, cuando empecé a escribir el manuscrito. No utilizaba los cuadernos de tapas negras que guardaba en el Chiado; escribía en hojas sueltas de papel cebolla, tan finas que podía esconderlas entre las partituras de Chopin que descansaban sobre el piano del salón. Lo titulé Cartas para Quem Não Existe. Era un libro nacido de la imposibilidad de enviar la verdad por correo, una recopilación de fragmentos dirigidos a una sombra, a una lectora ideal que tal vez nacería cincuenta años más tarde, cuando la cal de los muros de Lisboa se hubiera desmoronado del todo. Sabía, con una certeza que me helaba la sangre, que aquellas páginas jamás verían la luz mientras Henrique controlara las prensas del país, pero la necesidad de fijar mi propia voz en la superficie blanca del papel se había convertido en mi único método para asegurar que seguía viva. Aquel texto, que maduraba en el secreto de la penumbra, estaba destinado a ser mi testamento antes de que el invierno de 1937 terminara por clausurar mi libertad.

En julio, el mundo exterior terminó por quebrar la aparente calma de la península. Al otro lado de la frontera, en España, la guerra civil estalló con un estrépito de fusilería que repercutió de inmediato en los despachos del Secretariado. En la rúa de Estrela, los teléfonos no dejaban de sonar a altas horas de la madrugada; Henrique regresaba de las oficinas del Gobierno con los puños de la camisa manchados de tinta de calcar y los ojos encendidos por el entusiasmo de los hombres que ven en la violencia ajena la confirmación de sus propios dogmas. Los periódicos oficiales se llenaron de proclamas sobre la cruzada peninsular y la necesidad de blindar los puertos portugueses contra la barbarie republicana.

Para Inês, la caída de Madrid fue un hachazo físico. Su pequeño piso del Bairro Alto, que antes olía a Colette y a café de contrabando, se transformó en pocas semanas en una estación de paso para el dolor humano. Ella, cuya francofilia no era una moda literaria sino una militancia del espíritu, comenzó a coordinar los hilos de una red discreta, casi invisible, que operaba en las dehesas de Badajoz y en las estaciones secundarias del Alentejo. Empezaron a llegar hombres y mujeres con las alpargatas rotas por las piedras de la raya, con los ojos vacíos de quienes han visto arder sus pueblos antes del amanecer y cuyas bocas solo se abrían para pedir un vaso de agua o una dirección en los muelles del Tajo.

Inês los escondía entre sus columnas de libros prohibidos, les conseguía mitones para cubrir las manos llagadas por los alambres de espino y pasaba las noches en vela falsificando salvoconductos con la misma tinta violeta que utilizaba para escribirme a mí. Pero la red requería algo que la tipografía clandestina no podía imprimir: dinero limpio. Hacían falta escudos para pagar los billetes de tren hacia Oporto, para comprar el silencio de los patrones de los barcos de pesca que cruzaban a Galicia y para asegurar que los niños refugiados tuvieran un trozo de pan de centeno que llevarse a la boca durante el viaje.

—No me queda nada que vender, Carmo —me dijo Inês un jueves de agosto, mientras sostenía una taza vacía entre sus manos delgadas—. He entregado los tomos de la enciclopedia francesa y el reloj de plata de mi abuelo. Si no conseguimos tres mil escudos antes del lunes, el grupo que espera en el olivar de Elvas será entregado a la policía internacional en la frontera.

No lo dudé. El dinero era la única parte de la estructura de Henrique que me pertenecía de manera legal; cada mes, su apoderado ingresaba en una cuenta del Banco de Lisboa una asignación personal destinada a mis gastos de vestuario, mis visitas a la modista del Chiado y las donaciones obligatorias a la congregación de las Hermanas de los Pobres. Era una suma generosa, el precio que mi marido pagaba para que su esposa luciera las sedas adecuadas en las recepciones del embajador de España.

Durante las dos semanas siguientes, vacié la cuenta en tres retiradas sucesivas. Llevaba los billetes de quinientos escudos escondidos en el fondo del bolso de piel, envueltos en pañuelos de encaje para que los ujieres no notaran el bulto metálico de las transacciones. Se los entregaba a Inês en sobres de papel kraft que ella hacía desaparecer de inmediato bajo la madera basta de su escritorio. No sentí miedo; la visión de una joven madre extremeña que dormía en el suelo del piso del Bairro Alto, con el rostro cubierto por una costra de polvo rojo y los brazos aferrados a un niño que no emitía un solo sonido, me despojó de cualquier escrúpulo religioso. El dinero de Henrique, por primera vez desde que nos casaron, servía para comprar algo que poseía un valor real: la vida de un ser humano.

El error fue contable, como no podía ser de otra manera con un hombre de leyes.

El último lunes de agosto, al regresar de una reunión benéfica en el hospicio de la rúa de San Ciro, encontré el sombrero de Henrique en el perchero del recibidor. Era inusual; nunca abandonaba el ministerio antes de las siete de la tarde. Las luces del pasillo estaban apagadas, pero una claridad amarillenta escapaba por la rendija de la puerta de su despacho, el cuarto prohibido donde se guardaban los archivos de la censura y los registros de la propiedad de Évora.

—Entra, Maria do Carmo —dijo su voz desde el interior, antes incluso de que mis dedos tocaran la manilla de latón.

Henrique estaba sentado detrás de su mesa de caoba. No se había quitado la chaqueta del traje gris, a pesar del calor sofocante que hacía que las cortinas de terciopelo se pegaran a los marcos de las ventanas. Sobre el tapete verde, perfectamente alineados, reposaban tres documentos: el libro de contabilidad de la casa, los extractos mensuales del Banco de Lisboa y una pequeña nota manuscrita con el sello de la sucursal de la rúa del Oro.

Tenía las manos cruzadas sobre el vientre, los pulgares tocándose con un ritmo lento, casi musical. Sus ojos, dos cuentas de vidrio oscuro bajo las cejas grises, se clavaron en mi rostro con una paciencia que me hizo recordar los tribunales de la comarca.

—He estado revisando los balances del trimestre antes de firmar las pólizas de la Quinta de Sintra —empezó a decir, con ese tono modulado, exento de prisa, que utilizaba para corregir los discursos de los secretarios—. Hay un descuadre notable en tu cuenta personal, Maria do Carmo. Una salida de tres mil quinientos escudos en menos de veinte días. Tres retiradas consecutivas en metálico, efectuadas por ti misma en la oficina central.

Me quedé de pie ante la mesa, con el bolso de piel colgado del antebrazo. El olor a cera de abejas y a papel viejo del despacho pareció cerrarse sobre mi cuello como un lazo de cáñamo. Podía oír el latido de mi propio corazón, un golpe sordo que resonaba en mis sienes.

—El apoderado me ha confirmado que no ha habido pagos a la casa de modas de la rúa Garrett, ni pedidos de telas a Oporto —continuó Henrique, entrelazando los dedos con una presión que volvió blancos sus nudillos—. Tampoco consta ninguna donación extraordinaria en los libros de las Hermanas de los Pobres. Es una cantidad considerable de dinero, Carmo. El sueldo de un año de dos tipógrafos del ministerio. ¿Dónde están esos escudos?

No había sospecha política en su voz; para su mente patriarcal, la posibilidad de que su esposa colaborara con una red de asistencia a los refugiados de la República española era una idea tan aberrante que ni siquiera lograba formularse en su cerebro. Sus sospechas apuntaban a una debilidad moral más previsible: el chantaje de un pariente arruinado del Alentejo, una deuda de juego contraída por mi hermano menor o la adquisición secreta de alguna joya cuya procedencia yo no quisiera declarar. Trató la escena como una investigación administrativa, un interrogatorio menor destinado a restablecer el orden presupuestario de su hogar.

Lo miré a los ojos. Por primera vez en mi vida, no busqué el suelo ni permití que mis pestañas bajaran para ocultar el temblor de mis pupilas. Vi la fijeza de sus rasgos, la línea dura de su boca acostumbrada a prohibir las palabras de los demás y la absoluta seguridad del hombre que se cree dueño no solo de mis días, sino también de mis pensamientos. En ese instante, la imagen de la carta de Inês con su caligrafía violeta y el recuerdo del tintineo de la

horquilla sobre la mesa de la cocina del Bairro Alto acudieron a mi mente con la fuerza de un escudo de armas.

—Los gasté en mí, Henrique —dije. Mi voz sonó limpia, desprovista de la sumisión habitual, con una regularidad que me sorprendió a mí misma.

Henrique entrecerró los ojos, inclinando el torso hacia delante.

—¿En ti? ¿Tres mil escudos en mitad de agosto? No seas ridícula. ¿En qué?

—En el doctor Bensaude —respondí, inventando el nombre del médico cuya placa de bronce había visto cien veces en la rúa Nova do Almada—. He estado visitando su consulta en Sintra durante las últimas tres semanas. Para mis nervios. Tú mismo dijiste el mes pasado que me encontraba pálida, que mi melancolía estaba empezando a resultar molesta para tus invitados. El doctor me ha recetado un tratamiento especial de baños de agua salada y unas emulsiones que traen de una farmacia francesa de Gibraltar. Exigía el pago en metálico y por adelantado para asegurar la reserva de los frascos. No quise decírtelo porque sé cuánto te desagrada que se hable de mis dolencias fuera de esta casa.

La mentira flotó en el aire del despacho con una consistencia asombrosa, una pieza de arquitectura perfecta que encajaba de manera exacta en el hueco de sus propios prejuicios. Henrique odiaba la mención de mis crisis nerviosas; para él, la salud mental de su esposa era una imperfección biológica que convenía ocultar bajo el palio de la discreción eclesiástica. La mención de un médico privado y de un tratamiento costoso justificaba el gasto sin obligarle a realizar más preguntas que pudieran resultar embarazosas para su propia reputación en el ministerio.

Me observó durante diez segundos que parecieron durar un siglo. Buscó una quiebra en mi voz, un parpadeo, la huella del rubor en mis mejillas que delatara la invención. Pero no encontró nada. La Carmo que lo miraba ya no era la muchacha asustada de los olivares de Évora; era la autora secreta de un libro que no existía para el registro de la propiedad, la mujer que había aprendido a sostener la respiración mientras la horquilla de metal caía sobre la caoba.

Henrique relajó los hombros, exhalando un suspiro de fastidio que desinfló la tensión del cuarto. Tomó la nota del banco, la dobló en cuatro partes y la guardó en el cajón interior de su escritorio con un golpe seco de la llave.

—Podrías haber pedido una recomendación al médico del Secretariado —dijo, sin levantar la vista del libro de contabilidad—. Las emulsiones francesas son una extravagancia de la que se puede prescindir en tiempos de guerra. Que no vuelva a repetirse, Maria do Carmo. El orden de esta casa es el reflejo del orden de la nación. Puedes retirarte.

Di la vuelta despacio, sosteniendo el faldón de mi vestido de verano para que no rozara los archivistas de madera de la pared. Salí al pasillo oscuro, cerrando la puerta del despacho detrás de mí con un clic imperceptible, y caminé hacia el gran salón donde las partituras de Chopin guardaban el papel cebolla de mis verdades.

Mentí por primera vez sin sentirme culpable. Fue lo más libre que he hecho desde que me casé.

CAPÍTULO 16
CLARA

La biblioteca de la Quinta dos Loureiros parecía haber encogido bajo el peso de la noche, reducida apenas al círculo de luz amarilla que proyectaba el flexo de pinza sobre el tablero de roble. Fuera de ese perímetro de claridad, las estanterías de castaño se hundían en una penumbra densa, un muro invisible de lomos de cuero y polvo antiguo que amortiguaba el estrépito de la lluvia contra los ventanales. Sintra, a esas horas de un lunes de noviembre, ya no era un pueblo de veraneo; era una masa de piedra y hiedra sumergida en una niebla tan espesa que borraba los contornos del jardín y convertía el invernadero en una ruina sumergida.

Clara había arrastrado su silla de pana hacia el extremo de la mesa donde Tomás tenía desplegados sus cuadernos de notas. Por primera vez en tres semanas, las dos mitades del escritorio no funcionaban como territorios independientes separados por una fosa de aire frío. Las carpetas de la notaría y el ordenador portátil de Clara habían quedado relegados a la penumbra, sustituidos en el centro del tablero por el pliego de lino azulado que ella misma había bajado del desván. La carta de Inês Vasconcelos descansaba sobre una cartulina limpia, expuesta a la luz del flexo como un mapa cuya escala tuvieran que descifrar juntos.

Trabajaban con los codos casi juntos, compartiendo el mismo espacio de respiración. La proximidad física era tan inusual que Clara podía percibir el sutil cambio de temperatura en el aire que los separaba; cada vez que Tomás se inclinaba para examinar una tachadura en el margen del papel, su hombro rozaba levemente la manga del jersey de lana de ella. Era una cercanía sin urgencia, una convivencia técnica dictada por la necesidad de descifrar una

caligrafía que el tiempo y la humedad de la sierra habían empezado a difuminar en los pliegues del lino.

Fue en uno de esos silencios prolongados, mientras la lluvia redoblaba su insistencia sobre las tejas rotas del ala norte, cuando Clara percibió su olor. No era la fragancia afilada y artificial de las colonias francesas que Daniel solía comprar en los aeropuertos para camuflar el tufo a tabaco de liar; tampoco el rastro agrio de las pensiones de estudiantes. Tomás olía a algo limpio y elemental que ella no lograba identificar con precisión. Era un aroma que recordaba a las sábanas blancas secadas al sol de la mañana en los patios de granito de la costa gallega, mezclado con un rastro sutil de agua de lluvia fría y el olor vegetal, casi amargo, del jabón de glicerina que utilizaban los guardeses de la finca. Era un olor descalzo, desprovisto de pretensiones, que parecía formar parte de su piel de la misma manera que las manchas de tinta ferrogálica formaban parte de las yemas de sus dedos.

—Esta palabra de aquí —dijo Tomás, señalando el inicio del tercer párrafo—. No es el verbo sentir habitual. Inês escribe con una grafía más antigua, casi medieval. Creo que está usando una variante del Alentejo.

Clara se inclinó sobre el papel, apoyando el peso de su cuerpo en los antebrazos. Sus rostros quedaron a escasos centímetros bajo la pantalla verde de la lámpara.

—Es francés, Tomás —corrigió ella, sintiendo el calor de la respiración de él en la mejilla—. Inês piensa en portugués pero escribe en el idioma de Colette para burlar el primer filtro de la censura postal. Lo que tú lees como una grafía antigua es simplemente el trazo de una pluma estilográfica estilizada, una b que parece una l. Dice: «Nuestra noche no tiene jurisprudencia». Es un término legal adaptado a la literatura privada.

Tomás guardó silencio, asimilando la corrección con esa paciencia sorda que Clara ya había aprendido a respetar. No hubo el menor ademán de soberbia intelectual, ninguna de las réplicas condescendientes que Daniel habría ensayado para proteger su territorio académico. Tomás se limitó a tomar su cuaderno de tapas

duras y anotó la traducción con su letra menuda y regular, dejando un margen generoso para las dudas de Clara.

—Pásame el bolígrafo negro, por favor —pidió ella, señalando el cubilete de latón que quedaba en el lado del investigador.

Tomás alargó la mano, tomó el instrumento de plástico y se lo tendió por el revés. Al realizar el intercambio, el movimiento de la biblioteca pareció suspenderse. Las yemas de los dedos de Clara rozaron la piel de los nudillos de Tomás; un contacto levísimo, apenas una caricia involuntaria de la fibra contra la carne fría, pero dotada de una intensidad que congeló el aire entre las dos sillas.

Ninguno de los dos se movió durante un segundo entero. Las manos permanecieron suspendidas en el espacio iluminado por el flexo, unidas por el cilindro de plástico negro, mientras el ruido de la tormenta en el exterior parecía retirarse hacia el fondo de la sierra, dejando la sala sumergida en una quietud absoluta. Clara miró los dedos de Tomás, marcados por el frío de Coímbra y las horas de archivo; vio una pequeña cicatriz blanca que cruzaba el nacimiento de la uña del pulgar y sintió una corriente extraña, una vibración limpia que le recorrió el antebrazo y le devolvió el recuerdo de una vitalidad que creía sepultada bajo los contratos de la notaría. Tomás no retiró la mano; sostuvo la mirada de Clara a través de los cristales limpios de sus gafas, con una fijeza desarmada que no pedía disculpas ni ensayaba conquistas. Era un reconocimiento mudo, la constatación de que la distancia que los separaba ya no era la misma que al principio de la semana.

Después, con la misma lentitud con la que se disuelve la niebla sobre los castaños, el contacto se rompió. Clara tomó el bolígrafo y Tomás regresó a su cuaderno, apoyando los codos de pana sobre el roble con un leve suspiro que se confundió con el siseo del radiador de agua.

—¿Por qué dejaste de escribir, Clara? —preguntó él, sin levantar la vista de la página donde acababa de anotar el término de Inês.

La pregunta llegó sin preámbulos, con la naturalidad de quien continúa una conversación iniciada horas atrás en el desván. Clara se quedó con la punta del bolígrafo suspendida a un milímetro del papel cebolla. Sintió el impulso automático de levantar el muro, de

despachar la curiosidad del filólogo con una respuesta corta sobre los plazos de las oposiciones, el volumen de trabajo de las particiones de herencia en Vigo o la falta de tiempo crónica que padecían los profesionales de su edad. Era la defensa que había ensayado durante cuatro años ante sus antiguos compañeros de facultad en Madrid.

Sin embargo, al mirar la carta de Inês y percibir el olor limpio que emanaba de la ropa de Tomás, la mentira administrativa se le antojó inútil, una estructura de yeso que no resistiría la humedad de Sintra.

—Porque el espacio se llenó de otra persona —contestó ella. Se sorprendió de la limpieza de su propia voz, de la ausencia de rencor o de autocompasión en sus palabras—. Daniel... mi pareja de entonces... ocupaba todas las habitaciones de la casa con sus proyectos, sus reseñas y sus opiniones sobre lo que debía ser una prosa moderna. Cada vez que yo abría un cuaderno en la cocina, él se acercaba para corregirme un adjetivo o para recordarme que la traducción era una ocupación más segura para alguien con mi temperamento. Acabé por creerle. Es fácil volverse invisible si pasas los días traduciendo las certezas de los demás. Al final, las palabras propias te parecen una impertinencia, un ruido innecesario en un piso donde ya no queda sitio para ti.

Tomás la escuchó con los ojos fijos en el trazo de la tinta violeta. No hizo comentarios analíticos sobre Daniel, ni ensayó un consuelo solidario de manual. Se limitó a pasar la página de su cuaderno con un roce seco del papel.

—Inês dice en una de sus notas marginales que la poesía es el único suelo que no se puede hipotecar en una notaría —dijo Tomás, con una media sonrisa que le suavizó las arrugas de la frente—. Tal vez esta casa no sea un encargo administrativo, Clara. Tal vez sea tu oportunidad de recuperar el derecho a la primera línea.

Clara no respondió. Se limitó a sumergirse de nuevo en el texto de la carta, pero la fijeza de sus dedos sobre el bolígrafo era distinta; sentía que las palabras en portugués y en francés que cruzaban el pliego de lino ya no eran solo el objeto de una herencia

vacía, sino los hilos de un puente que empezaba a sostener su propio peso.

Siguieron trabajando así, hora tras hora, mientras la noche de Sintra se cerraba del todo sobre la Quinta de los Loureiros. La traducción avanzaba despacio, línea a línea, un ejercicio de arqueología íntima donde cada término consensuado era una victoria pequeña contra el olvido que Henrique de Sousa había decretado en los salones de la Estrela. El reloj de pared del vestíbulo central, una pieza de péndulo pesado que rara vez andaba a la hora exacta, dio las doce campanadas con un eco sordo que vibró en las maderas de la biblioteca.

Tomás se detuvo en mitad de una frase sobre las dehesas de Badajoz. Miró el reloj de pulsera, parpadeó con el asombro del hombre que descubre que ha permanecido bajo el agua más tiempo del permitido y comenzó a recoger sus cosas con movimientos pausados, casi rituales. Guardó los cuadernos de notas en su vieja cartera de cuero gastado, cerró la estilográfica con un clic preciso y apagó el flexo de pinza, devolviendo la biblioteca a la inmensidad gris de la penumbra lunar que entraba por los ventanales.

Clara lo acompañó por el pasillo central, esquivando el paragüero de pata de elefante y la consola carcomida que la luz de la niebla transformaba en sombras grotescas. El aire del recibidor era gélido, cargado con la humedad pura de la montaña que se colaba por las rendijas de la gran puerta de madera de castaño.

Tomás se colocó la gabardina gris, cuyos botones de hueso estaban flojos por el uso, y tomó su paraguas mojado del rincón. Con la mano apoyada en el picaporte de hierro forjado, se detuvo. La claridad de la farola exterior, amortiguada por la cortina de agua, le iluminaba el perfil de la cara, destacando la línea limpia de su mandíbula y la fijeza tranquila de sus ojos detrás de las gafas.

Se volvió hacia Clara.

—Mañana traigo cena yo —dijo.

No era una pregunta. No llevaba la inflexión de una cortesía aplazada ni el tono de una negociación de horarios entre dos investigadores que comparten un archivo. Era una declaración de intenciones, una certeza técnica e indiscutible, dicha con la misma

regularidad con la que había anotado la variante léxica del Alentejo en su cuaderno de Coímbra.

Clara lo miró desde el umbral del pasillo, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y el pelo oscuro cayéndole suelto sobre los hombros, libre ya de la rigidez de las oficinas de Vigo. Sintió el frío de la sierra en los tobillos, pero también el rastro persistente de aquel olor limpio que se había quedado flotando en el ambiente de la biblioteca.

Asintió en silencio.

Tomás abrió la puerta y se hundió de inmediato en la penumbra lluviosa de la Estrada da Pena, dejando tras de sí el chasquido del paraguas al abrirse y el rumor constante del agua cayendo sobre los pinos de la sierra. Clara echó la llave de la Quinta despacio, escuchando cómo el pestillo de hierro cerraba la noche, y regresó sola hacia la biblioteca, donde el papel de lino azulado la esperaba bajo la última claridad de la tormenta.

CAPÍTULO 17
TOMÁS

El aceite de oliva humeaba en la sartén de hierro con un chasquido rudo, un siseo violento que llenaba la cocina de los guardeses de una neblina densa y azulada. Tomás, con las mangas de la camisa de pana remangadas hasta los codos y la frente perlada de sudor, removía el montón de bacalao desmigado con una cuchara de madera que ya había tomado el color oscuro del tizne. A su lado, en un plato de loza desconchada, aguardaba el batido de cuatro huevos y una bolsa de patatas paja industriales que había comprado a última hora en el colmado de la rúa de Padarias, bajo una lluvia sorda que no había dejado de castigar las aceras en todo el día.

Cocinar nunca había sido una disciplina técnica para él; era, a lo sumo, un trámite de supervivencia que en Coímbra despachaba entre legajo y legajo con latas de atún y arroz hervido sin sal. Pero aquella noche era diferente. Al mediodía, mientras revisaba las actas notariales de la Estrela, se había descubierto a sí mismo planificando la cena con la fijeza obsesiva que solía reservar para las variantes lingüísticas del Alentejo. Quería un bacalhau à brás. Un clásico limpio, una estructura portuguesa elemental que sirviera de adoquín firme sobre el que asentar la noche.

El desastre, sin embargo, comenzó a fraguarse en el instante en que vertió los huevos batidos sobre el aparejo. La sartén de hierro retenía demasiado calor. En lugar de la crema suave y untuosa que debía ligar las hebras de pescado y el crujido de las patatas, el huevo cuajó de golpe, transformándose en una costra ruda, un revuelto de consistencia gomosa que se pegó al fondo con un rastro de carbonilla negra. Por si fuera poco, el bacalao, que supuestamente llevaba veinticuatro horas en remojo en el poyo de la

ventana, desprendió una salinidad tardía, un aroma espeso a sal de salina que inundó el cuarto como una bofetada atlántica.

Cuando Clara entró en la cocina, atraída por el olor a quemado y el vapor denso que escapaba hacia el pasillo, se detuvo en el umbral. Llevaba el jersey gris de cuello alto y los ojos cansados de pasar la tarde frente a las cartas de Inês, pero la rigidez habitual de sus facciones se quebró al ver el escenario.

Tomás seguía de pie junto al hornillo, con la cuchara de madera suspendida en el aire y una expresión de desconcierto absoluto, contemplando aquella masa grisácea, reseca y salpicada de briznas negras que humeaba en la sartén.

—Es un atentado contra la gastronomía de la República —dijo Clara.

Intentó mantener la voz seria, el tono funcionarial de las mañanas en la biblioteca, pero la comisura de sus labios cedió de inmediato. Miró el plato, miró el delantal improvisado con un trapo de cocina que Tomás se había atado a la cintura y, de repente, soltó una carcajada limpia, un sonido alto y vibrante que Tomás jamás le había escuchado.

No fue una sonrisa de cortesía. Fue una risa rota, desbocada, que comenzó en el pecho y terminó por inundarle los ojos de lágrimas. Clara se apoyó contra el marco de la puerta, con los hombros sacudidos por el espasmo, tapándose la boca con las manos mientras señalaba el fondo de la sartén de hierro. La solemnidad de la Quinta dos Loureiros, el peso muerto de Henrique de Sousa y la distancia administrativa que habían construido durante semanas se disolvieron en ese instante, arrastrados por el ridículo de un revuelto de cuajada seca.

Tomás la miró y, por primera vez en muchos meses, sintió que la herrumbre de su propio rostro cedía. Sonrió con timidez, una mueca torpe que terminó por convertirse en una risa muda, avergonzada pero real.

—La receta del manual de Coímbra parecía más flexible —consiguió decir, dejando la cuchara sobre el azulejo.

Terminaron cenando aquello en la mesa de pino de la cocina, bajo la luz mortecina de una bombilla sin tulipa. Fue su primera

comida real juntos, desprovista de las fiambreras individuales y los cafés tomados de pie en el vestíbulo. El bacalao estaba incomible; sumamente salado, seco como el corcho de los alcornoques de la sierra y con un persistente sabor a ahumado rancio. Cada bocado exigía un trago largo de agua de la jarra de barro que compartían en el centro de la mesa. Cenaron entre bromas cortas sobre la intolerancia al sodio y la necesidad de pedir asilo político en la embajada española si el dueño del colmado se enteraba de lo que Tomás había hecho con sus patatas paja.

Sin embargo, cuando las fuentes se vaciaron y solo quedaron las raspas flotando en el aceite del fondo, el tono de la cocina mudó de piel. El silencio regresó, pero ya no era la distancia erizada de los primeros días; era una quietud limpia, un espacio ventilado por la risa previa.

Tomás retiró su plato hacia un lado, apoyó los antebrazos en la madera basta y miró el vaso de agua. No hubo preguntas por parte de Clara. Ella se limitó a recogerse el pelo detrás de las orejas, esperando, como quien ve venir un cambio de viento en la barra del río.

—Ana murió en el invierno de 2022 —dijo Tomás.

La frase cayó sobre la mesa con la fijeza de una coordenada geográfica. Su voz sonó neutra, despojada de cualquier adorno melodramático, modulada con la misma regularidad con la que habría leído un acta de defunción en el archivo de Coímbra.

—Fue un linfoma de células grandes. Duró ocho meses exactos desde el primer diagnóstico en el hospital general. El tratamiento de quimioterapia no llegó a completar la segunda fase porque los riñones fallaron a las tres semanas. Murió una madrugada de martes, mientras llovía sobre el botánico. Tenía treinta y cuatro años.

Clara no se movió. Mantuvo las manos unidas alrededor de su vaso de agua, con los ojos fijos en los nudillos de Tomás.

Él continuó hablando, ofreciendo los datos como si estuviera inventariando un legado ajeno. Le contó el tamaño del piso que compartían cerca de la Universidad Nova, la marca del coche que tuvo que vender para pagar los gastos de la clínica privada y la

forma en que el seguro de decesos tardó cuatro meses en tramitar la repatriación de los libros de ella a la casa de sus padres en el norte. Le dio los hechos desnudos: el día del entierro, el nombre del cementerio de piedra gris en las afueras de Braga y el inventario de las cajas de ropa que aún permanecían selladas con cinta de embalar en el trastero de su pensión.

No le habló del dolor. No mencionó el vacío físico que sentía en los costados cada vez que se despertaba a las cuatro de la madrugada en una cama extraña, ni la culpa sorda, esa rabia animal que le subía por el cuello cada vez que se descubría a sí mismo disfrutando del sabor de una sopa o de la risa de otra mujer en una cocina de Sintra. Guardó la herida bajo el forro de su discurso factual, protegiendo el núcleo de su duelo con una armadura de fechas y términos médicos.

Clara escuchó hasta el final, asintiendo levemente con la cabeza, asimilando cada cifra sin intentar suavizar los márgenes de la historia con consuelos de oficina. Cuando Tomás calló, ella tomó aire, miró la mancha de grasa que la sartén había dejado en el azulejo y empezó a hablar con la misma fijeza descalza.

—Daniel y yo rompimos en marzo —dijo—. Llevábamos seis años viviendo juntos en un piso de la calle Hortaleza, en Chueca. Él es crítico literario en un suplemento nacional y coordina los talleres de una fundación privada. Los tres primeros años fueron buenos, supongo; el tipo de vida que esperas tener cuando sales de la facultad y crees que el mundo se divide entre los que leen y los que no.

Hizo una pausa corta, rozando el borde del vaso con la uña.

—En marzo descubrí que llevaba catorce meses manteniendo una relación con una de las becarias de la editorial. No hubo una gran discusión, ni portazos, ni reproches en el pasillo. Daniel manejaba la condescendencia con una precisión profesional; intentó explicarme que aquello era una consecuencia natural de mi alejamiento, de esa fijeza terca con la que yo me encerraba en las traducciones para no tener que enfrentarme a la realidad de la casa. Me dejó la mitad del alquiler pagado hasta mayo, como quien liquida una indemnización por despido, y se llevó la colección de la Pléiade

en tres cajas de mudanza. Dejé Madrid a la semana siguiente. No volví a llamarlo.

Tampoco ella entró en lo profundo. No habló de la humillación sorda de sentirse un mueble prescindible, una nota a pie de página en la vida de un hombre que corregía sus adjetivos mientras vaciaba el armario de los abrigos. Ofreció el armazón de la ruptura, la estructura legal del naufragio, dejando que el silencio de la cocina completara los huecos que las palabras no debían tocar.

Era la primera vez que cada uno de ellos hablaba en voz alta de su pasado inmediato con alguien que no perteneciera al círculo estrecho de la familia o a las obligaciones del luto oficial. Al pronunciar los nombres de Ana y de Daniel en aquella cocina de los guardeses, bajo el olor a bacalao quemado y el ruido de la tormenta de Sintra, ambos supieron que acaban de cruzar una frontera invisible. El pacto de silencio profesional que los había mantenido a salvo de sí mismos durante las últimas semanas había quedado revocado por completo. Habían mostrado las cartas del origen; habían enseñado las cicatrices exteriores del tejido antes de empezar a traducir el manuscrito clandestino. Era el punto de no retorno.

A medianoche, Tomás recogió su cartera de cuero y se abrochó los botones flojos de la gabardina gris. La lluvia había remitido en el exterior, sustituida por una niebla baja y densa que ascendía desde los valles de la serra, cubriendo los troncos de los castaños con una mortaja de vapor húmedo.

—Hasta mañana, Clara —dijo desde el umbral, con el paraguas cerrado bajo el brazo.

—Hasta mañana.

Tomás cruzó la verja de hierro y sus pasos se perdieron de inmediato en la rampa adoquinada que bajaba hacia el centro del pueblo, un eco apagado que la niebla tardó pocos segundos en absorber por completo.

Clara se quedó sola en la entrada de la Quinta. Al ir a entornar la pesada puerta de madera de castaño, un destello blanco entre el follaje oscuro del portal llamó su atención. Se detuvo, sosteniendo el picaporte de hierro forjado con la mano fría.

La camelia del portal, un arbusto viejo y nudoso cuyas raíces levantaban las losas del camino, había florecido otra vez. En una rama lateral, una guía delgada que esa misma mañana estaba pelada, seca y cubierta por el moho gris de la humedad, se abría ahora una única flor de pétalos carnosos, un blanco limpio y herido que desafiaba la penumbra del invierno de Sintra.

Clara contempló la flor durante un largo minuto, sintiendo el aire helado de la sierra en el rostro. Luego, cerró la puerta despacio, escuchando el clic seco del pestillo al encajar en el marco de piedra.

No subió a la biblioteca, ni encendió el ordenador portátil para revisar los correos de la notaría. Se sentó en el primer escalón de la escalera de granito, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo de lana y la espalda apoyada en la pared encalada que olía a cal húmeda. El teléfono móvil permaneció apagado en el fondo de su bolso. No llamó a su madre a Vigo, ni buscó el refugio de ninguna voz conocida en la distancia. Se limitó a quedarse allí, inmóvil en mitad de la quietud de la casa muerta, escuchando el goteo constante de la niebla sobre los cristales del vestíbulo.

CAPÍTULO 18
LISBOA, PRIMAVERA 1937

Hubo un invierno entre las hojas escondidas y la decisión de imprimirlas, un invierno largo, sordo, donde el papel cebolla amontonado bajo las partituras de Chopin comenzó a amarillear por los bordes y a deshacerse en los pliegues. Yo bajaba al salón a primera hora de la mañana, antes de que Henrique se levantara, y constataba el deterioro silencioso del manuscrito como quien vigila el avance de una enfermedad en la piel de una hija. Comprendí entonces que el secreto absoluto era una forma de censura mucho más eficiente que la del Estado Novo. Si nadie iba a leer aquellas cartas, daba lo mismo haberlas escrito o no. Mi obstinación por sobrevivir a Henrique en la penumbra de las madrugadas se convertiría, llegado el mes de mayo, en un montón de fragmentos quebradizos que la criada barrería un sábado cualquiera sin sospechar que estaba arrojando a la basura el único testimonio fiel de mi paso por Lisboa.

La carta del notario de Portalegre llegó en febrero. Mi tía Mariana, la hermana menor de mi padre, había muerto sola en su casa de la rúa do Comércio una tarde de Reyes, sin más compañía que una sirvienta sorda y un canario de Canarias. No tenía descendencia. Su testamento, redactado en 1928 cuando todavía conservaba el juicio claro, me dejaba a mí una pequeña suma en metálico depositada en una caja del Banco Espírito Santo de Évora, un dinero que su apoderado había mantenido al margen de la administración general de mi padre para asegurar que ninguna de las disposiciones afectara a la dote de su sobrina favorita. Eran ochocientos escudos. Una cantidad modesta, irrelevante para los balances del bufete de Henrique, pero suficiente para pagar la tirada de doscientos ejemplares en una imprenta familiar de la Baixa que

aún no figuraba en los listados oficiales del Secretariado de Propaganda. Cobré el legado en Évora durante una visita protocolaria al cementerio de mi familia, escondí los billetes en el forro del bolso de viaje y los entregué en mano al tipógrafo a finales de febrero. Henrique nunca llegó a inventariar aquella herencia. Su apoderado consideraba que las cuentas testamentarias de las parientes solteras del Alentejo eran asuntos privados que no merecían ocupar las páginas de los libros mayores.

La primavera de 1937 entró en Lisboa con una timidez de lluvia fina y un olor a azahar que bajaba de los huertos de la Estrela, pero en las librerías del Chiado el aire seguía oliendo a papel húmedo y a tinta barata. A mediados de abril, mi libro, Cartas para Quem Não Existe, apareció finalmente en el escaparate de la librería Bertrand. Era un volumen modesto, de cubiertas de cartulina gris y lomo pegado a mano, editado por una pequeña imprenta de la rúa del Diario de Noticias que solía subsistir imprimiendo folletos litúrgicos y traducciones defectuosas de novelas francesas de misterio. Doscientos ejemplares. Esa había sido la tirada máxima que los escudos que me quedaban habían podido costear, tras el riguroso examen de un censor de segunda fila que apenas se había detenido en las metáforas líricas, encontrándolas demasiado vagas y neblinosas para constituir un peligro contra el orden moral corporativo.

Las críticas en la prensa oficial de Lisboa fueron tan tibias como la estación. El redactor de O Século despachó el volumen en cuatro líneas, encuadrándolo dentro de lo que denominó «la consabida melancolía del espíritu femenino contemporáneo, propenso a las ausencias y a los soliloquios abstractos». Para el mundo literario del Chiado, que se reunía en las mesas del café A Brasileira a discutir las proclamas de António Ferro y el destino de la nueva poesía imperial, aquellas páginas mías eran solo el capricho inofensivo de una dama de la burguesía, una distracción menor para las tardes de bordado y piano.

Nadie sospechaba la carga de profundidad que conllevaba el título. Nadie sospechaba que cada una de aquellas cartas sin fecha

era un testimonio de resistencia contra el silencio de piedra que Henrique había edificado a mi alrededor.

Durante las primeras semanas de mayo, pensé que el peligro había pasado. Los pocos ejemplares que no se habían vendido permanecían amontonados en un rincón del armario de la biblioteca, envueltos en papel kraft, y Henrique no había hecho la menor mención al volumen durante nuestras comidas. Supuse que su mente, absorta en los informes confidenciales sobre la frontera de Elvas y la llegada de cargamentos diplomáticos desde Salamanca, carecía de tiempo para detenerse en las naderías de su esposa.

Me equivocaba. Henrique nunca dejaba de leer lo que caía bajo su techo.

Fue un jueves por la noche, después de una cena especialmente silenciosa en la que el servicio nos había retirado los platos de porcelana de Macau con una timidez que casi parecía un presagio. Al pasar al salón principal, la noche se presentaba fresca; las ventanas que daban al jardín de los naranjos estaban cerradas y el único ruido en la estancia era el crujido rítmico de los troncos de olivo que el mozo había encendido en la chimenea para combatir la humedad del río.

Henrique no se sentó en su escritorio de despacho, como era su costumbre antes de las diez. Se acomodó en el orejero de cuero marrón, justo bajo el retrato al óleo de su abuelo paterno. Cuando entré en el cuarto con mi chal de seda sobre los hombros, vi que sobre el tapete de la mesa auxiliar descansaba el volumen gris de Cartas para Quem Não Existe. El libro tenía varios puntos de lectura marcados con tiras de papel de calcar, el mismo papel que él utilizaba en el ministerio para revisar los textos de los periódicos de las provincias.

Me quedé de pie junto al piano, sintiendo el frío del marfil bajo las yemas de mis dedos.

—Es una prosa curiosa, Carmo —empezó a decir, sin levantar los ojos del fuego. Tenía las manos apoyadas en los brazos del sillón, los dedos largos y limpios fijos en el cuero—. Una prosa extraña para una mujer que apenas ha salido de las dehesas del Alentejo y de los

salones de esta casa. Hay aquí una fijeza que no es la de tus antiguos cuadernos de música.

Tomó el volumen entre sus manos, pasándole el pulgar por el borde deshilachado de las páginas con una parsimonia que me encogió el estómago.

—Me he tomado la molestia de leerlo dos veces —continuó, y su voz mantuvo esa modulación funcionarial, exenta de prisa, que utilizaba en las salas de audiencias—. Al principio pensé que se trataba simplemente de esa imitación de los autores franceses que tanto os gusta a las mujeres de tu generación. Esa necesidad de inventar dolores donde solo hay comodidad y buen gusto. Pero en la página cuarenta y tres hablas de una correspondencia secreta, de unas visitas al Barrio Alto y de una mujer a la que llamas «I.».

Se volvió despacio en el sillón, fijando sus ojos de vidrio oscuro en mi rostro. La luz de las llamas de la chimenea le cruzaba la cara, acentuando la línea dura de su mandíbula y la palidez de sus sienes grises.

—Esa «I.» aparece en siete capítulos, Carmo. Hablas de sus mitones de lana gris, de su caligrafía violeta y de la forma en que te ayudó a ocultar ciertas realidades bajo las partituras del salón. No conozco su apellido, por supuesto. El censor que firmó el visado de este libro es un imbécil que solo busca consignas marxistas en las portadas, pero yo sé leer entre las líneas de mi propia casa. ¿Quién es esa mujer, Maria do Carmo? ¿Quién es la «I.» que te acompaña en tus paseos clandestinos por las rampa del Chiado mientras yo estoy en el ministerio?

El silencio del salón se volvió espeso, una masa física que me presionaba el pecho con la fuerza de un corsé demasiado apretado. Podía oír el siseo de la resina del olivo al arder y el latido rápido de mi propia sangre en las sienes. Recordé la promesa que le había hecho a Inês en la cocina del Barrio Alto, bajo la luz violeta de la tarde; recordé las vidas de los refugiados de Badajoz que dependían de que su nombre siguiera siendo una inicial anónima en los registros del Estado Novo.

—No es nadie, Henrique —dije. Mi voz sonó delgada, pero firme, con una regularidad que me costó un esfuerzo biológico sostener—.

Es solo un artificio literario. Una abstracción que tomé de las lecturas de Virginia Woolf que Inês Vasconcelos me prestó hace años en Coímbra. La «I.» representa la intuición, la mirada interior que busca salir de la fijeza de los días. No hay ninguna mujer real detrás de esa inicial. Todo es inventado, como las cartas y el huerto del que hablo en el prólogo. Es literatura, nada más.

Henrique no parpadeó. Sostuvo mi mirada durante un tiempo infinito, buscando la quiebra habitual en mis pupilas, el temblor de la comisura de los labios que delatara la invención. Esperé el golpe. Esperé que se levantara del orejero, que arrojara el libro al fuego de la chimenea o que me sujetara por las muñecas con esa violencia sorda y contenida con la que a veces reclamaba mi presencia en las recepciones oficiales. Sabía que los hombres de su estirpe lavaban las desobediencias domésticas con una crueldad física que no dejaba marcas en el cuello pero que destruía el espíritu de las mujeres durante meses.

Pero Henrique no me pegó.

En lugar de eso, una sonrisa finísima, casi benévola, dibujó una curva extraña en sus labios delgados. Dejó el libro sobre la mesa auxiliar con una delicadeza espantosa, se puso de pie con movimientos lentos y caminó hacia la consola de palisandro donde guardaba los licores de contrabando que le enviaban desde el puerto de Oporto.

—Literatura —repitió, como si saboreara la palabra antes de tragarla.

Tomó la frasca de cristal tallado y virtió un hilo de líquido espeso y de color ámbar oscuro en dos copas de jerez. El olor dulce, medicinal y pesado del oporto viejo inundó de inmediato el aire del salón, tapando el perfume del azahar del jardín. Caminó hacia mí, me tendió una de las copas y me rozó los dedos con la yema de su mano fría.

—Bebe, Carmo —dijo, con un tono de voz que pretendía ser tierno, una amabilidad administrativa que resultaba más aterradora que cualquiera de sus gritos en el pasillo—. Tienes las manos como el granito de la raya. Estás exhausta. Tu melancolía está volviéndose

peligrosa para tu salud y este libro es la prueba de que tu cabeza trabaja demasiado en la penumbra de este salón.

Bebí un sorbo corto, sintiendo cómo el alcohol me quemaba la garganta sin llegar a templarme el pecho. Henrique me observó beber, manteniendo su copa a la altura del pecho, como si estuviéramos celebrando un acuerdo notarial beneficioso para ambas partes.

—Vamos a Sintra el sábado —dijo entonces, dando la vuelta para regresar hacia la chimenea—. A la Quinta dos Loureiros. A descansar. Has trabajado mucho con esto.

La palabra «esto» salió de su boca acompañada de un leve gesto del índice que señalaba el volumen gris sobre el tapete verde.

Al escuchar el nombre de Sintra, sentí que el suelo del salón se combaba bajo mis pies. La Quinta dos Loureiros era la propiedad de veraneo de su familia, una casa de muros de piedra vieja y pinos gigantescos aislada en mitad de la Estrada da Pena, un lugar donde la niebla de la sierra permanecía pegada a los cristales incluso durante las semanas centrales del verano. Sabía perfectamente lo que significaba aquella orden disfrazada de vacación. La palabra «descansar» en la boca de Henrique no significaba alivio ni paseos por los jardines del palacio; significaba confinamiento. Significaba apartarme de las librerías del Chiado, cortar los hilos discretos que me unían al piso del Barrio Alto y ponerme bajo la custodia sorda de los guardeses de la finca, unos hombres cuyo sueldo dependía directamente de los informes que enviaban cada lunes al ministerio. Quería encerrar a la autora de las cartas antes de que la inicial de «I.» adquiriera un apellido real ante los tribunales de Lisboa.

—Me parece una buena idea, Henrique —respondí, dejando la copa vacía sobre el piano—. El aire de la sierra me vendrá bien para los nervios.

Tres horas más tarde, las luces de la casa de Estrela se apagaron por completo.

En la gran cama de matrimonio, la oscuridad era un bloque sólido que olía a lavanda y a la respiración regular, pesada y rítmica de Henrique, que dormía a mi lado con la fijeza de un cadáver visado por el gobierno. Yo permanecía inmóvil, boca arriba, con las

manos cruzadas sobre el vientre y los ojos clavados en las molduras del techo que la luz de la farola de la calle dibujaba en la penumbra como las rejas de una celda.

No sentía miedo; sentía una lucidez fría, una urgencia matemática que me encendía las sienes. Sabía que el sábado, al subir al automóvil que nos trasladaría a la sierra, la primera parte de mi vida quedaría clausurada para siempre. En Sintra no habría imprentas clandestinas ni paseos por el muelle del Tajo. Estaría sola frente a la niebla y los ojos de los guardeses.

Miré de reojo el perfil oscuro de Henrique en la almohada y comencé a calcular. Calculé los días que me quedaban antes del traslado, las horas de sol que pasaría sola en el salón mientras él cerraba los despachos del ministerio y el número de hojas de papel cebolla que aún conservaba escondidas entre las partituras de Chopin. Tenía que escribir la verdad. Tenía que fijar las treinta y dos cartas finales, la historia real de la frontera y el nombre verdadero de Inês antes de que los cerrojos de la Quinta se cerraran sobre mi cabeza. Tenía que escribir contrarreloj, en la penumbra de las madrugadas, midiendo cada trazo de la tinta para tener tiempo de esconder lo que aún no había escrito en un lugar donde las manos del inspector jamás pudieran llegar.

CAPÍTULO 19
CLARA

Tres semanas bastaron para que la Quinta dos Loureiros se habituara al ritmo de una respiración doble. El tiempo en Sintra, a finales de noviembre, había perdido su curso lineal, diluido en una sucesión de días grises donde la niebla de la sierra no llegaba a levantarse del todo antes del mediodía y los muros de piedra absorbían la humedad con la fijeza de una esponja vieja. La casa, que al principio de la mudanza le había parecido a Clara un bloque de granito hostil y clausurado, comenzó a articularse en torno a un conjunto de horarios estrictos, casi conventuales, que ninguno de los dos había necesitado pactar de manera explícita.

Tomás llegaba a las diez de la mañana. Clara aprendió a reconocer el chirrido exacto de la verja de hierro antes de que el filólogo alcanzara el porche; un golpe metálico, seco, seguido por el sonido de sus botas de suela de goma sobre las lajas cubiertas de musgo de la entrada. Subía directo a la biblioteca sin llamar, con su cartera de cuero gastado bajo el brazo y las solapas de la gabardina salpicadas por las gotas de la cordillera. A las nueve de la noche, el ordenador portátil de Clara se cerraba con un chasquido sordo y ambos bajaban a la cocina de los guardeses. Las cenas ya no eran los experimentos accidentados de los primeros días; se habían convertido en un territorio de tregua donde se compartían panes de centeno comprados en el mercado, sopas de legumbres que templaban el frío de los azulejos y restos de queso de Azeitão que cortaban sobre la misma mesa de pino. A las once, Tomás recogía sus cuadernos, se abrochaba los botones flojos de la chaqueta y se marchaba por la Estrada da Pena bajo la luz mortecina de las farolas de gas.

Sin embargo, las once dejó de ser un límite exacto a mediados de la segunda semana.

Primero fueron veinte minutos robados para terminar de contrastar un registro de la aduana de Badajoz; después, media hora larga discutiendo la traducción de una metáfora sobre los limoneros que Maria do Carmo había intercalado en su vigésima carta. El regreso de Tomás hacia su pensión de Colares se fue deslizando hacia la medianoche con la regularidad de una marea lenta. Ninguno de los dos hacía mención al retraso; simplemente, la biblioteca parecía retenerlos en su círculo de luz amarilla, volviendo el mundo exterior —las llamadas de la notaría de Vigo que Clara seguía ignorando, las llamadas del departamento de Coímbra que Tomás despachaba con monosílabos— algo lejano y desprovisto de sustancia real.

La noche del último martes de noviembre, la tormenta que llevaba tres días madurando en el Atlántico descargó con furia contra el ala norte de la Quinta. El viento del sudoeste golpeaba los ventanales de la biblioteca con un silbido agudo, haciendo crujir las maderas del techo y obligando a Clara a colocar un brasero eléctrico cerca de sus pies para evitar que el aire gélido que se filtraba por las rendijas le entumeciera los dedos.

Estaban trabajando en el pliego de las cartas finales, aquellas que Maria do Carmo había escrito a contrarreloj en las madrugadas de la Estrela antes del confinamiento de Sintra. La caligrafía de la escritora se había vuelto allí más afilada, despojada de las curvas de la instrucción burguesa, como si la inminencia del traslado le hubiera restado tiempo para las formas.

—Mira este trazo —dijo Tomás, inclinándose tanto sobre el tablero que Clara pudo percibir el roce sutil de su manga de lana contra el brazo de ella—. No es una prisa mecánica. Es el pulso de alguien que sabe que la puerta del despacho se va a abrir en cualquier momento. Fíjate en cómo la tinta ferrogálica se clarea al final de la línea; no recargaba la pluma para no perder el hilo de la frase.

Clara se volvió hacia él. Sus rostros quedaron expuestos a la claridad cruda del flexo de pinza. El cansancio de las últimas horas

se les notaba en las ojeras oscuras y en la fijeza de la mirada, pero había entre ambos una corriente de atención limpia, una complicidad técnica que se sostenía sin esfuerzo en mitad de la penumbra de la gran sala.

—Dice que Henrique ha comprado un billete para el rápido de las ocho —comentó Clara, leyendo directamente sobre el lino azulado—. Sabía que le quedaban menos de cuarenta y ocho horas en Lisboa.

Tomás exhaló un suspiro largo, un sonido que se confundió con el eco del radiador de agua. Se quitó las gafas, se pasó la mano por los ojos con un gesto de fatiga profunda y miró el reloj de pulsera.

Las agujas de acero marcaban las dos menos cuarto de la madrugada.

El silencio de la casa se impuso de golpe, roto únicamente por el estrépito de las ramas de los castaños sacudidas por el vendaval contra los cristales exteriores. La niebla se había pegado tanto a los ventanales que el jardín parecía haber desaparecido, sustituido por una pantalla blanca e impenetrable que borraba cualquier rastro de los caminos de la sierra.

Clara observó las llaves del coche de Tomás, que descansaban sobre el tapete verde junto al cubilete de latón. Pensó en las curvas cerradas de la Estrada da Pena, un laberinto de adoquines mojados y desprendimientos de tierra donde la visibilidad a esas horas debía de ser nula. Pensó también en el espacio vacío que Daniel solía dejar en las habitaciones del piso de Madrid, una ausencia que siempre exigía justificaciones o reproches. Con Tomás, la presencia no requería explicaciones; se asentaba en las maderas de la Quinta con la misma naturalidad con la que el polvo se depositaba en los lomos de los libros antiguos.

—Es la una y media —dijo Clara, adelantándose a la realidad horaria con una voz tranquila, desprovista de vacilación—. No vas a manejar con esta niebla por la sierra, Tomás. Quédate aquí.

Tomás se quedó inmóvil, con las gafas aún en la mano. Miró la ventana, donde los goterones gruesos estallaban contra el vidrio con la fuerza de la granizada, y luego regresó la vista hacia Clara. Hubo un segundo de deliberación muda en sus ojos, un cálculo técnico

donde sopesó la incomodidad del regreso frente a la quiebra que suponía pernoctar bajo aquel techo.

—El sofá de la biblioteca es ancho —añadió ella, señalando el orejero de pana verde que quedaba fuera del círculo del flexo—. Hay un par de mantas de lana en el armario del pasillo. Estarás más caliente que en la pensión de Colares.

Tomás asintió despacio, volviendo a colocarse las gafas con un movimiento preciso.

—Está bien —contestó—. Gracias, Clara. No me parece sensato tentar a la carretera esta noche.

La decisión se ejecutó con una sobriedad radical, un respeto absoluto por las distancias que ambos habían levantado como un cortafuegos. No hubo gestos equívocos, ni prolongaciones innecesarias del contacto visual en mitad de la penumbra. Clara bajó al primer piso y regresó a los pocos minutos con una manta de lana escocesa, pesada y con olor a limpio, y una almohada de hilo que colocó en el extremo del sofá de pana. Tomás la ayudó a retirar las carpetas de apuntes que quedaban en la mesa auxiliar, moviéndose por la sala con una discreción cuidadosa, casi invisible, procurando que el volumen de sus pasos no alterara la quietud que se había adueñado del ala norte.

—Si necesitas algo, estoy arriba, en la segunda planta —dijo Clara, dando dos pasos hacia el umbral de la puerta de castaño—. El baño del pasillo tiene toallas limpias en el estante de abajo.

—No te preocupes. Tengo todo lo que necesito —respondió él, sosteniendo la manta entre las manos—. Buenas noches, Clara. Y gracias de nuevo.

—Buenas noches, Tomás.

Clara dio la vuelta y comenzó a caminar por el pasillo central, un corredor largo de azulejos mudéjares donde la luz de la luna, filtrada por la tormenta, dibujaba una geometría de líneas grises en el suelo. Llegó al pie de la escalera de granito, la estructura de caracol cuyas piedras conservaban el frío del invierno de la sierra, y apoyó la mano en la barandilla de hierro forjado.

Había subido los tres primeros escalones cuando el sonido de la voz de Tomás detuvo su movimiento.

—Clara.

Su nombre sonó limpio en el hueco de la escalera, una palabra corta, desprovista del tono profesional de las mañanas, que vibró en las paredes encaladas con una resonancia inesperada.

Clara se detuvo, manteniendo un pie suspendido en el aire de piedra. Se volvió despacio, agarrándose a la barandilla con una presión que le volvió blancos los nudillos, y miró hacia abajo, hacia la entrada de la biblioteca donde la claridad del flexo recortaba la silueta de Tomás en la penumbra del pasillo.

Él no se había movido del umbral. Tenía la gabardina quitada, la camisa de pana desabrochada en el cuello y los ojos fijos en ella a través de la distancia de los escalones. Permaneció en silencio durante tres segundos que parecieron estirarse con la misma fijeza del lino encerado de las cartas. Clara esperó la frase que debía seguir a su nombre; esperó una justificación, una disculpa tardía por quedarse en la casa, o tal vez una confesión factual sobre Ana que el bacalao de la cena hubiera dejado pendiente en el fondo de la cocina.

Pero Tomás no dijo nada más. Su boca permaneció cerrada en una línea recta, una fijeza tranquila que no pedía concesiones ni ensayaba cercanías que las cartas de Inês no hubieran autorizado previamente.

Clara tampoco habló. Sostuvo la mirada del filólogo desde la altura de la escalera, asimilando el peso de su propio nombre en el aire frío del recibidor, y tras un instante de reconocimiento mudo, asintió levemente con la cabeza.

Se volvió y terminó de subir los escalones con pasos regulares, escuchando el crujido de sus propias suelas contra el granito hasta alcanzar el rellano de la segunda planta.

Veinte minutos más tarde, la Quinta dos Loureiros quedó sumergida en una oscuridad total.

Clara permanecía metida en la cama de su dormitorio, una estancia amplia de techos altos que daba hacia los pinos de la Estrada da Pena. No había cerrado la puerta del todo; la había dejado entreabierta, apenas una rendija de tres dedos que conectaba el interior del cuarto con el vacío del pasillo y el hueco de

la escalera de caracol. El viento del Atlántico seguía batiendo contra los tejados de la Quinta, pero en el interior de la estructura de piedra, el silencio se había vuelto absoluto, una fijeza acústica donde cada sutil alteración del aire cobraba una nitidez casi biológica.

Boca arriba, con las mantas subidas hasta la barbilla y los ojos fijos en la penumbra del techo, Clara permaneció despierta en mitad de la noche. Concentró toda su atención en el vacío del pasillo, aislando el silbido de la tormenta y el goteo constante de la niebla en los cristales.

Y entonces, desde el fondo de la casa, cruzando los dos tramos de la escalera de granito y las maderas viejas del primer piso, le llegó el sonido. Era un ritmo regular, pausado, un eco levísimo de aire que entraba y salía de unos pulmones masculinos dos plantas más abajo. No era el ronquido rudo de los hombres que duermen sin escrúpulos, sino una respiración limpia, una cadencia técnica y constante que demostraba que Tomás, en el sofá de la biblioteca, también permanecía en vela bajo el peso de la manta escocesa.

Clara cerró los ojos, acomodando el cuerpo a ese compás ajeno que ahora habitaba su misma estructura de piedra. Por primera vez desde que había abandonado el piso de la calle Hortaleza, la presencia de otra persona en su espacio no le trajo la necesidad de volverse invisible. Al contrario; mientras escuchaba aquel pulso lejano que subía por el caracol de granito, sintió que las paredes de la Quinta se volvían más firmes, un suelo seguro y compartido sobre el que empezar a escribir, al día siguiente, las líneas que Henrique de Sousa había intentado sepultar bajo la niebla de Sintra.

CAPÍTULO 20
TOMÁS

El armazón de madera de la Quinta dos Loureiros parecía poseer su propio lenguaje nocturno, una gramática sorda de crujidos y dilataciones que se activaba a medida que el frío de la sierra ganaba terreno a la humedad de la tormenta. Sentado, o más bien hundido en el orejero de pana verde de la biblioteca, Tomás escuchaba cómo las vigas de castaño del techo cedían un milímetro bajo el peso de la niebla estancada en las tejas. El brasero eléctrico, colocado a un metro de sus pies, proyectaba una rejilla de líneas anaranjadas en el parqué encerado, un temblor de luz caliente que apenas lograba arañar la inmensidad grisácea que envolvía las estanterías de libros.

Llevaba más de dos horas inmóvil, con la manta escocesa subida hasta el pecho y los ojos fijos en el vacío del techo. No había intentado dormir. La fijeza de la casa, sumada a la conciencia de que Clara descansaba dos plantas más arriba tras la rendija de su puerta entreabierta, había despertado en él una lucidez afilada, una vigilia técnica y desprovista de nerviosismo.

Fue entonces, cuando el silencio de la madrugada se volvió tan denso que casi podía oírse el goteo de la resina en los pinos exteriores, cuando el pensamiento de Ana llegó.

No apareció como solía hacerlo en las pensiones de la raya o en las salas de espera de los hospitales de Oporto: como un hachazo súbito, una intrusión violenta de la memoria que le obligaba a tensar los músculos del cuello y a buscar un cigarrillo para camuflar el ahogo. Esta vez, el recuerdo de su esposa entró en la biblioteca de manera mansa, con la regularidad de una marea baja que se asienta en la arena sin causar estrépito. Llegó y, por primera vez en cuatro años, se quedó.

Tomás no intentó apartarlo. No activó el automatismo del superviviente que recurre a las fechas de los informes o a las variantes del Alentejo para blindar la cabeza contra el fantasma. Dejó que la imagen de Ana ocupara el espacio vacío entre el sofá y la mesa de roble. La vio con una nitidez que le devolvió el tacto de su chaqueta de pana marrón, el olor vegetal de su pelo recién lavado en las mañanas frías de Coímbra y aquella costumbre suya, tan limpia, de morderse el labio inferior cuando un texto en latín se resistía a la primera traducción. Sin embargo, la ausencia de la culpa no aligeró el peso en el pecho de Tomás; al contrario, lo volvió algo mucho más complejo de sostener. Durante cuarenta y ocho meses, la culpa había funcionado como una armadura invisible, una estructura de reproches e insomnios autoimpuestos que, paradójicamente, le mantenía unido al cadáver de su esposa. Sentir culpa era una forma de asegurar que Ana seguía ejerciendo una jurisprudencia real sobre sus días, que su muerte seguía siendo el único acontecimiento válido de su existencia.

Ahora, tras haber pronunciado su nombre en voz alta frente a Clara en la cocina, tras haber reducido el naufragio a un inventario factual de fechas y diagnósticos médicos, esa armadura se había desmoronado. Lo que quedaba en el fondo del sofá de la biblioteca no era el reproche del fantasma, sino algo más difícil de digerir: la constatación de su propia supervivencia. Ana estaba muerta, sepultada bajo el granito gris de Braga, y él seguía allí, respirando el aire gélido de Sintra, sintiendo el calor del brasero eléctrico en los tobillos y compartiendo el techo con una mujer que acababa de descubrir la cicatriz de sus propios dedos.

El llanto le sobrevino sin preámbulos, desprovisto del desgarro animal de los primeros meses. Fue un llanto silencioso, técnico, una liberación de agua que le resbaló por las sienes y le empapó la tela basta de la almohada de hilo sin que su respiración perdiera el ritmo pausado que subía por la escalera de caracol. Lloró por la juventud perdida de Ana, por las cajas de mudanza que aún apestaban a cinta de embalar en el trastero de Colares, y por la terrible, por la imperdonable certeza de que el mundo continuaba girando a pesar de las tumbas. Lloró, sobre todo, porque sabía que consentir aquella

paz, aceptar que la memoria de su esposa pudiera habitar una cocina ajena sin exigir sacrificios, era el primer paso para dejarla marchar del todo.

Cuando las lágrimas se secaron en sus mejillas, dejando un rastro de tirantez fría bajo los cristales de las gafas, la luz de la biblioteca comenzó a mudar de piel. La niebla de la sierra, compacta y blanca, empezó a teñirse de un tono perlado, una claridad sucia que entraba por los ventanales del ala norte y borraba la rejilla anaranjada del brasero eléctrico. Amanecía en Sintra. El viento del Atlántico había amainado, sustituido por un silencio húmedo y forestal que pesaba sobre los castaños del jardín. Tomás sintió entonces que el cansancio acumulado durante semanas de archivos y madrugadas de lino encerado se le asentaba en los párpados con la fuerza de un plomo. Cerró los ojos, encogiéndose bajo la lana escocesa, y se quedó dormido justo cuando el primer pájaro de la sierra emitía un silbido corto entre la hiedra del porche.

Un chasquido metálico, sordo y lejano, lo devolvió a la superficie. Tomás parpadeó, con la mirada empañada por el sueño acumulado y el frío de la mañana pegado a las solapas de la camisa. La biblioteca estaba inundada por una claridad gris de acuario, una luz limpia que devolvía a las estanterías de castaño sus contornos precisos. El flexo de pinza seguía encendido, pero su bombilla parecía ahora un punto amarillo e inútil frente a la claridad de la sierra.

Desde el fondo de la casa, cruzando el pasillo de los azulejos mudéjares y subiendo por el hueco de la escalera de granito, llegó un rumor conocido. Era el roce seco de una cuchara de metal contra el aluminio de una cafetera moka, seguido por el sonido del agua al arrancar el hervor en el hornillo y el aroma denso, amargo y familiar del grano molido que comenzaba a ventilar las habitaciones muertas de la Quinta. Clara estaba en la cocina. Tomás permaneció inmóvil bajo la manta durante diez segundos enteros. Tenía el cuerpo entumecido por la rigidez del sofá de pana, los hombros fríos y el sabor amargo del agua de la víspera en la boca. Por un instante, un segundo de amnesia pura y biológica, su mente no logró registrar la geometría del cuarto. No reconoció los lomos de cuero de los libros de Henrique de Sousa, ni las carpetas de apuntes que descansaban

sobre el tablero de roble, ni el lino azulado de las cartas de Inês Vasconcelos. No sabía si estaba en su pensión de Coímbra, en el piso de estudiantes de Oporto o en la casa natal de los veranos del Alentejo. Estaba completamente perdido en mitad de una geografía desconocida.

Y por un segundo, sentirse así, despojado de sus fechas obligatorias, extraviado en el umbral de una mañana cualquiera donde el único norte era el olor a café que subía por el caracol de piedra, fue la sensación más limpia que había experimentado en cuatro años. La fijeza del luto, esa estructura rígida donde cada mañana comenzaba con el peso exacto del reproche, se había quebrado bajo el techo de la Quinta dos Loureiros. Tomás se retiró la manta escocesa del pecho, apoyó los pies descalzos en el parqué frío y sonrió con una timidez sorda hacia el ventanal donde la niebla de Sintra comenzaba a abrirse para dejar paso al día. Estaba vivo. Fuera lo que fuese lo que quedaba al otro lado de la puerta de la biblioteca, el suelo de la casa volvía a sostener su propio peso.

CAPÍTULO 21
SINTRA, AGOSTO 1937

El ruido del Citroën se extinguió en el segundo recodo de la Estrada da Pena, justo donde el granito de la montaña duplica el eco de los motores antes de que la carretera baje hacia São Pedro. La mancha de aceite que el automóvil de Henrique dejó en la grava del patio tardó tres días en secarse, un cerco denso e irisado que las hormigas evitaban en sus trayectos hacia el pie del camelio. Henrique no se despidió con un beso; se limitó a ajustar el botón superior de sus guantes de piel de gamo mientras observaba, desde el umbral del recibidor, la disposición de las sillas cubiertas con fundas de hilo blanco. Antes de salir, dejó su bastón de malaca en el paragüero de pata de elefante que su padre había traído de las colonias, un objeto pesado cuya presencia en el vestíbulo otorgaba a la entrada un aire de aduana provinciana. Su paso por la casa siempre dejaba esa fijeza, una ordenación implícita de las cosas que impedía que los visillos de lino se movieran incluso cuando el viento del Atlántico soplaba con fuerza desde las crestas de la sierra.

—Volveré el próximo sábado, Carmo —dijo antes de subir al estribo, sin mirarme, con los ojos fijos en la gorra del chófer—. Procura que la costurera no te fatigue con las medidas del abrigo de invierno. El doctor Soares insiste en que el aire de Sintra solo es provechoso si se acompaña de un descanso absoluto.

No respondí. En los matrimonios de nuestra clase, el silencio no es una ausencia de palabras, sino una estructura jurídica que protege el patrimonio de las familias frente a las indiscreciones del servicio. Joana permanecía de pie junto a la puerta de vaivén de la cocina, con las manos ocultas bajo el delantal de sarga gris. No miraba las maletas de cuero que el chófer acomodaba en el portaequipajes; me miraba a mí. Tenía diecinueve años y una hija de

tres, la pequeña Eulália, que en ese momento jugaba en el patio trasero con los carozos de melocotón caídos sobre las losas del pozo ciego. Joana poseía esa fijeza de los nacidos en las huertas de Colares, unos ojos oscuros que registraban el movimiento de mis pestañas antes incluso de que yo decidiera retirar la taza de porcelana de la mesa auxiliar. Era la encargada de vigilar que mi melancolía no adoptara formas que pudieran incomodar a los procuradores en Lisboa, un testigo silencioso cuyos informes Henrique recibía los sábados junto con el libro de gastos domésticos.

Tras el cierre de la verja exterior, la luz de las cuatro de la tarde cayó sesgada sobre los azulejos azules y blancos del vestíbulo, partiendo en dos el reflejo de las figuras de caza que adornaban el friso. El olor al tabaco de Virginia de Henrique permaneció suspendido en el recibidor, mezclado con el aroma rancio de la cera de abejas que Joana aplicaba los martes en los pasillos de la planta baja, una sustancia espesa que se adhería a las suelas de mis botas con una resistencia casi vegetal.

A las cinco de la mañana, la claridad de agosto entra por el tragaluz del desván con la fijeza de una lámina de zinc, iluminando las vigas de castaño que sostienen el tejado y el cerco grisáceo que las lluvias del último invierno dejaron en la pared oeste. Subo los peldaños de madera desnuda con las botas en la mano, cuidando de no apoyar el peso en el lado izquierdo del tercer escalón, cuya juntura de pino emite un chasquido seco que resonaría en el piso inferior. El desván conserva el calor acumulado en las tejas durante la tarde anterior, un aire denso que huele a resina vieja y al polvo de los legajos de la testamentaría de los Almeida. Es aquí, junto a un baúl de madera de pino que ostenta mis iniciales, MdCA, grabadas a fuego en la tapa, donde he comenzado a escribir las páginas de O Pomar.

Empleo un cuaderno de papel de barba que adquirí en la papelería Progresso de la rúa do Ouro antes de que Henrique decidiera que mis estancias en Lisboa debían reducirse a las veladas oficiales en casa de António Ferro. Escribir aquí, con la tinta ferrogálica que tomé de su despacho de Estrela y una pluma de ganso cuya punta recorto con el cortaplumas de plata de mi padre,

es el único acto que no requiere la ratificación de un contrato. Écrire. El verbo, cuando lo trazo en mi mente en francés, carece de la gravedad médica que el doctor Soares le otorgó en su última consulta; aquí es solo un rastro grisáceo que se fija en la fibra celulosa del papel, una línea recta que avanza sin pedir permiso a los manuales de urbanidad que mi tía me obligaba a copiar en las tardes del Alentejo. Estas páginas no buscan el alejandrino perfecto que los críticos de la capital alaban en las revistas literarias; son fragmentos de una conversación que mi marido cree haber clausurado con sus amenazas de confinamiento, una correspondencia dirigida a una mujer cuya distancia mido por el número de estaciones de ferrocarril que separan la rúa do Sé de las habitaciones del Barrio Alto.

Las respuestas de Inês llegan los jueves con el correo ordinario, embutidas entre las circulares del sindicato agrícola y los recibos del proveedor de carbón de São Pedro. El sobre es siempre de un papel común, áspero, de la calidad que emplean las mujeres de la limpieza para comunicarse con sus aldeas del Minho. En el reverso, una caligrafía inclinada y tosca finge la rúbrica de una prima inventada: Leonor Almeida, con una dirección inexistente en una dehesa de Elvas.

Joana me entrega el fajo en el salón, demorando el gesto un segundo más de lo necesario para comprobar la textura del sobre antes de dejarlo caer sobre la bandeja de plata del recibidor. Sabe que mi familia no conserva parientes en el norte que utilicen esa tinta de escuela pública; su silencio forma parte del inventario de la Quinta, un servicio que Henrique remunera cada fin de mes con una regularidad de ujier de tribunal. Desde la ventana de la biblioteca, observo cómo regresa al patio para recoger a la pequeña Eulália, cuyos dedos están manchados con el jugo negro de los higos que caen del árbol de la pared sur. Ambas se mueven entre los camelios con una familiaridad que a mí me está vedada, una pertenencia a la tierra que no necesita la mediación de un título de propiedad.

Leo cada pliego junto al ventanal este de mi dormitorio, allí donde el sol revela las impurezas de la pasta de papel y los filamentos de lino que la prensa no logró alisar. Inês escribe de

madrugada, mientras las imprentas clandestinas hacen temblar los cristales del callejón donde se refugian los tipógrafos. Sus líneas no hablan de Colette ni de los versos que publicamos antes de que la frontera se llenara de guardias; describen los bultos de ropa vieja que acumula en su pasillo para los refugiados que cruzan desde España, los nombres de los hombres que llegan con las alpargatas rotas por el granito y los ojos fijos en la llanura de Badajoz. Me pide dinero, la parte de mi asignación personal que Henrique cree que gasto en los encajes de Flandes y los sombreros de paja italiana de las tiendas del Chiado, libras que entrego discretamente en la rúa do Sé para financiar pasajes de barco hacia Vigo o pasaportes falsos sellados con el escudo de la República Francesa.

Al terminar la lectura, bajo a la cocina con el pliego oculto en el dobladillo de la manga de lana. El fuego de la cocina económica consume el papel con una rapidez monacal; la llama muerde las esquinas grises, transformando las palabras de Inês en una costra de ceniza negra que deshago con el atizador de hierro antes de que Joana regrese del mercado con las hortalizas. Observo los restos grises que flotan sobre el hollín del tiro, la desaparición de una caligrafía que ha dejado de existir en el mundo exterior para conservarse únicamente en la fijeza de mi memoria.

Sin embargo, la carta que llegó el segundo jueves de agosto no terminó en el fogón.

El sobre era idéntico a los anteriores, pero el papel interior carecía de los detalles del consulado francés o de las noticias de los libreros de la rúa Garrett. Contenía una sola línea, trazada con la prisa de quien escribe sobre el mostrador de una estación de paso antes de que los mozos de equipaje retiren las pasarelas del convoy nocturno:

Si algún día lees esto, que sepas que elegí.

Permanecí sentada en el banco de granito bajo el naranjo durante una hora entera, sosteniendo el papel entre las palmas de las manos mientras el viento del Atlántico movía las hojas secas de los camelios con un sonido idéntico al del lienzo cuando se despliega sobre una mesa de costura. Choisir. El verbo no figuraba en las instrucciones que mi tía me dictaba en el caserón de Évora, ni en los

contratos de arrendamiento que Henrique redacta para sus clientes de la frontera. En el Alentejo las mujeres no eligen; aceptan la sequía de las tierras en agosto, el nombre de los hijos que mueren antes de cumplir los dos años y el marido que los hombres de la casa acuerdan en las notarías de la Baixa como quien liquida una deuda de ganado.

Conservar ese papel era una imprudencia que el doctor Soares habría añadido a su informe como la prueba definitiva de mi trastorno, una justificación legal para ordenar el traslado inmediato a las estancias del norte. Un pliego puede ser descubierto en un registro de armarios; Henrique posee la fijeza de los hombres de leyes que buscan la falta en el margen, el céntimo que falta en los libros de la contribución industrial. Pero destruir esa línea habría sido una forma de borrar a Inês del único espacio donde su nombre no va precedido por un decreto del gobernador civil o por una sospecha de la policía política.

Crucé el pasillo de la planta baja con el calzado limpio, evitando la loseta agrietada que se encuentra junto a la cocina económica, una costumbre antigua que me permite moverme por las estancias sin dejar marcas en el inventario de mi marido. En la biblioteca, el aire conservaba el olor al cuero viejo de las ediciones de los clásicos y al polvo de los estantes que nadie había limpiado desde la muerte de mi tío. En la tercera balda de la pared este, justo al lado de los volúmenes encuadernados en piel de la jurisprudencia comercial de Lisboa, descansaba el libro de cuentas de la Quinta correspondiente al año 1928, un tomo de tapas de cartón rígido cubierto de tela negra donde se habían anotado las jornadas de la vendimia y el coste de las reparaciones del invernadero.

Abrí el libro por la mitad. Las páginas de papel pautado mostraban una tinta descolorida, un rastro sepia donde los números se alineaban con la regularidad de los postes de un viñedo viejo. Deslicé el pliego de Inês entre las páginas treinta y dos y treinta y tres, justo donde una anotación marginal indicaba el precio de la cal viva empleada para sellar el brocal del pozo del jardín.

CAPÍTULO 22
CLARA

La una de la madrugada en Sintra nunca es un espacio vacío; es una acumulación de densidades. La niebla se había pegado a los cristales del piso superior con la consistencia de una gasa húmeda, borrando los perfiles de los cedros y transformando la noche exterior en una masa blanca, opaca, que parecía empujar los muros de la Quinta dos Loureiros hacia dentro. Clara se despertó con la garganta seca, un dolor áspero y limpio que se le agarraba a la raíz de la lengua, como si hubiera estado respirando el polvo suspendido de los manuales antiguos que abarrotaban las estanterías de la planta baja.

Permaneció inmóvil bajo la colcha durante unos segundos, escuchando el crujido apenas perceptible de las vigas de castaño. La casa se asentaba en el granito de la sierra con una pesadez biológica, un ritmo de dilataciones y contracciones que ella ya había aprendido a descifrar tras sus semanas de aislamiento. No había viento. El Atlántico quedaba lejos, mudo detrás de las cumbres de la Estrada da Pena, y el único norte era el goteo rítmico del agua de la condensación cayendo desde los canalones de plomo sobre la tierra del patio trasero.

Se incorporó despacio, buscando con los pies descalzos el tacto frío de las losetas. Se echó por encima la chaqueta de lana gris y cruzó el umbral del dormitorio. El pasillo estaba sumido en una penumbra cenicienta, rota únicamente por el reflejo mortecino que subía desde el hueco de la escalera.

Descendió peldaño a peldaño, apuntalando el peso del cuerpo contra el pasamanos de madera gastada. Al llegar al tercer escalón, torció el pie izquierdo de manera automática hacia el extremo exterior de la tabla. Era un reflejo técnico, una costumbre que se le

había incorporado al cuerpo casi sin darse cuenta: ese era el escalón que crujía con una nota alta, un estallido seco que en el silencio monacal de la Quinta habría resonado como un disparo en mitad de la noche. La casa exigía esa clase de sumisiones geográficas; requería que uno conociera sus heridas de herraje y cal para moverse por ella sin despertar a los fantasmas o a los vivos.

Al pasar junto a la puerta de la biblioteca, vio que la hoja de castaño estaba entornada. Un hilo de claridad gris, tamizado por la niebla de los ventanales, cruzaba el pasillo central como una línea de tiza. Clara se detuvo un instante y miró hacia el interior.

Tomás dormía en el sofá de pana verde otra vez esa noche. Se había quitado las gafas, que ahora descansaban sobre la mesita auxiliar junto a su estilográfica y un fajo de papeles, y mantenía el cuerpo encogido bajo la manta de lana escocesa. Su respiración era regular, un siseo leve y desprovisto de agitación que apenas alteraba la quietud del ala norte. Tenía el cabello oscuro revuelto sobre la almohada de hilo y una de las manos, con los dedos marcados por el rastro de la tinta de sus investigaciones, sobresalía por el borde del tejido, rígida y pálida en mitad de la penumbra.

Clara lo observó desde el umbral con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Había algo extrañamente limpio en su presencia. Toda su vida en Madrid, durante los seis años de convivencia con Daniel, la proximidad física de un hombre en la casa había significado una sutil invasión de sus márgenes, un ejercicio constante de resistencia para que sus comas no fueran corregidas y sus opiniones no quedaran reducidas al tamaño de una nota a pie de página. Daniel siempre ocupaba el centro de las estancias, modulaba su condescendencia con el tono exacto de los editores acostumbrados a mandar y convertía el silencio en un reproche aplazado. Tomás, en cambio, existía allí abajo en una línea paralela. No pedía justificaciones ni ofrecía consuelos; se asentaba en las maderas de la Quinta con la misma regularidad con la que el polvo se depositaba en los lomos de las ediciones antiguas. Era una presencia que no exigía espacio, que no recortaba el territorio propio.

Pensó en llamarlo. Pensó en acercarse al sofá y tocarle el hombro, decirle que el frío de la madrugada estaba bajando por las colinas con demasiada prisa y que la sed la había devuelto a la vigilia. Pero la fijeza de su sueño le pareció un pacto sagrado, una estructura de cansancio acumulado que ella no tenía derecho a quebrar. Dio un paso atrás, con cuidado de que la suela de sus calcetines no frotara la tarima combada, y continuó su camino hacia la cocina.

La cocina era el único espacio de la planta baja que conservaba un rastro de calor, gracias a la pequeña estufa de gas que Clara mantenía encendida para proteger sus papeles de la humedad de la montaña. Olía a pan frío, a los posos del café de la tarde y a esa cal húmeda que subía de los cimientos tras las últimas lluvias. Los azulejos blancos, cruzados por grietas finas como cabellos, reflejaban la luz cenicienta que entraba por el ventanal que daba al jardín trasero.

Tomó un vaso de loza de la repisa y abrió el grifo. El agua salió con un borboteo asmático, un chorro fino y gélido que vibró en las tuberías viejas antes de estabilizarse. Se llevó el vaso a los labios y bebió despacio. El frío del agua le devolvió la lucidez biológica que el insomnio le arrebataba por momentos; sintió el recorrido del líquido por la garganta, un alivio limpio que parecía despejarle el pecho del peso de las viejas discusiones y de las llamadas perdidas que aún arrastraba en la memoria.

Fue en ese instante, mientras sostenía el vaso vacío contra el granito del fregadero, cuando lo oyó.

No fue un crujido de las maderas ni el golpe sordo de un pájaro nocturno contra el tejado del invernadero en ruinas. Fue un sonido líquido, denso, un murmullo espeso que venía del exterior, del centro exacto del jardín amurallado. Un chapoteo rudo, un siseo violento de agua moviéndose en la oscuridad.

Clara se quedó paralizada. Los dedos de su mano derecha se cerraron alrededor de la loza con tanta fuerza que las falanges se le marcaban blancas, rígidas. Contuvo la respiración, inclinando la cabeza hacia el cristal sucio de la ventana, forzando su oído de traductora —ese hábito disciplinado entrenado para buscar la

diferencia exacta entre el peso de una sílaba y otra— a aislar el ruido en mitad de la penumbra de la serra.

Allí fuera, bajo el naranjo que ocupaba el patio, el sonido se repitió. Era el rumor inconfundible de un agua turbia que se agita contra las paredes de piedra, un oleaje sutil pero constante que subía desde las profundidades de la tierra, como si una corriente subterránea estuviera empujando el nivel del líquido hacia la superficie con una urgencia desmedida.

El sonido procedía del pozo.

Clara sintió un escalofrío nítido, una línea de hielo que le recorrió la espina dorsal hasta la nuca. Aquello era una imposibilidad física, una quiebra absoluta de la regularidad geográfica de la finca. El pozo del jardín trasero no era un pozo activo; era una estructura cegada, un agujero sellado con una losa de hormigón y grava desde principios de los años cincuenta, cuando la propiedad quedó clausurada y el tiempo se detuvo entre sus muros. Ella misma había examinado la superficie dos días atrás: la boca del pozo estaba cubierta por una costra de musgo tan gruesa que parecía una alfombra, y la hiedra vieja había soldado los bordes del cemento a los pilares de granito con una fijeza que habría exigido una maza de hierro para ser levantada. No había conductos abiertos, no había brocales libres. Debajo de esa losa solo debería haber tierra agria, cascotes de mampostería y el silencio acumulado de décadas de olvido.

Sin embargo, el agua se movía. Clara podía escuchar el roce del líquido contra la piedra sumergida, un vaivén pastoso, sordo, idéntico al de las olas del mar cuando rompen contra los pilares de un muelle abandonado en las noches de temporal. Era un movimiento real, un peso denso que empujaba desde abajo, una masa física que parecía reclamar su espacio entre las raíces del naranjo y los restos del cenador de hierro oxidado.

Un pensamiento rápido, casi automático, la impulsó a dejar el vaso en el fregadero y correr hacia la biblioteca. Tomás estaba allí. Tomás tenía las botas puestas junto al sofá, Tomás conocía las actas notariales e históricas de la región. Su mente técnica, habituada a clasificar datos y linderos, encontraría una explicación hidrológica;

diría que la serra de Sintra estaba perforada por vetas de agua calcárea, que la humedad de las últimas tormentas había creado una bolsa de presión en los cimientos o que las tuberías viejas estaban sufriendo un reflujo provocado por la altitud. Él reduciría el misterio a un dato factual, a una nota a pie de página que le permitiría volver a taparse con la manta escocesa sin que la disciplina de su cabeza sufriera un rasguño.

Pero Clara detuvo el movimiento de su propio cuerpo antes de cruzar el umbral de la cocina. ¿Por qué despertarlo? Introducir la mirada de Tomás en aquella madrugada significaba renunciar a la pureza del acontecimiento, someter el temblor de sus manos a la jurisprudencia de los archivos lógicos. Daniel siempre había hecho eso con ella: cada vez que Clara intentaba describir la textura de una intuición o el ritmo de una frase que no encajaba en los moldes secos del lenguaje ordinario, él intervenía con su condescendencia medida, recordándole que sus impresiones eran solo exageraciones, detalles menores de una mente cansada. No quería que Tomás hiciera lo mismo, aunque fuera con la timidez sorda de sus modales silenciosos. Este sonido le pertenecía a ella. Era la primera cosa real, desprovista de contratos editoriales y de legados notariales, que caía bajo su techo desde que había llegado a Sintra.

Permaneció de pie junto al ventanal durante diez minutos enteros, inmóvil en mitad de la cocina gris. El agua del pozo continuó su danza subterránea durante un pasaje largo, un murmullo denso que pareció lamer el revés de las losas del patio antes de empezar a retirarse. El siseo se volvió más delgado, una nota alta y lejana que se fue hundiendo de nuevo en la vaguada del suelo, dejando tras de sí un silencio más espeso que el de la una de la madrugada, un vacío cargado con el rastro sutil de la humedad que subía de los valles.

Cuando el silencio de la serra volvió a establecerse por completo, Clara soltó un suspiro largo, un aire contenido que le entibió los labios. Tenía las manos frías, pero la agitación del pecho ya no era la turbación del miedo; era una fijeza nueva, una obstinación limpia que le electrizaba los dedos.

No subió a su dormitorio. Se acercó a la mesa de madera de pino, apartó con un movimiento seco de la mano las carpetas de las traducciones ajenas y el ordenador portátil cerrado, y buscó en el fondo de su bolso de lona. Encontró una libreta pequeña de tapas de cartón negro, un cuaderno que había comprado hacía tiempo y que había permanecido mudo, con las páginas en blanco, durante todos estos meses de parálisis.

Abrió la libreta por la primera página. El papel se ponía ligeramente rugoso bajo la humedad de la montaña, sintiéndose áspero bajo la yema de sus dedos. Tomó un bolígrafo y apoyó la punta sobre el papel.

Sus dedos, acostumbrados a la fijeza mecánica del teclado y a la sumisión de traducir las palabras y los adjetivos de otros autores, dudaron un instante antes de trazar la primera letra. El lenguaje, la herramienta con la que había intentado explicarse el mundo sin éxito, se le presentó de pronto como una estructura maleable, una línea recta que no necesitaba pedir permiso a nadie.

Comenzó a escribir.

Anotó la hora exacta: la una de la madrugada. Describió el peso del agua bajo el cemento, el sonido rudo del líquido chocando contra el granito sellado desde los años cincuenta y la textura de la niebla pegada a los cristales como un sudario blanco. No buscó las florituras ornamentales que el mercado o la buena educación le habrían exigido. Buscó la línea recta, la fijeza de una aguja que fija la verdad de una experiencia en mitad de una geografía desconocida. Escribió sobre el frío de sus propios tobillos, sobre la silueta del naranjo que parecía vigilar la boca del pozo y sobre el eco del agua moviéndose en el jardín.

Escribió durante casi dos horas sin levantar la vista del papel. La tinta temblaba levemente en las curvas de las letras, dejando un rasguño irregular sobre el folio blanco que no se parecía en nada a su caligrafía de los informes profesionales. Era una línea limpia, despojada de la mirada crítica de su pasado y de las obligaciones del entorno; una marca propia que se asentaba en el papel con el mismo peso con el que la Quinta sostenía sus cimientos de piedra.

Al terminar, Clara dejó el bolígrafo sobre la madera de pino y se miró las palmas de las manos. Estaban frías, pero sentía en la punta de los dedos el latido rápido de su propia sangre. Miró por la ventana; la niebla de Sintra comenzaba a abrirse de tarde en tarde, dejando paso a una claridad cenicienta que anunciaba la mañana sobre las colinas lejanas.

Cerró la libreta de tapas negras con un golpe sordo y la apretó contra el pecho, sintiendo el relieve del cartón contra el tejido de su ropa. Sonrió con una timidez sorda hacia el ventanal vacío. Por primera vez en ocho meses, desde que se había quedado sola y en silencio, no estaba encajando las palabras de otro. Estaba anotando algo propio.

CAPÍTULO 23
TOMÁS

El primer rumor del día llegó a través del parqué. No fue un sonido limpio, sino la suma desordenada de la cafetera moka empezando a subir, el roce de una cuchara contra el aluminio y el siseo del hornillo de gas que Clara mantenía encendido para mitigar la humedad de la planta baja. Tomás abrió los ojos con la lentitud de quien teme romper el equilibrio frágil de un objeto recién colocado. La manta escocesa le pesaba sobre las clavículas con una fijeza desconocida; el sofá de pana le había marcado una línea sorda a la altura del riñón izquierdo y los muelles del bastidor crujieron cuando intentó mover el cuello.

Había dormido. Había dormido de verdad, sin la interrupción habitual de las tres y media, sin el inventario silencioso de los fracasos que solía desfilar por la pared blanca del dormitorio de Coímbra. La constatación lo dejó quieto durante un instante, casi receloso, como un hombre que recibe una herencia y desconfía de su procedencia. Por las rendijas de las contraventanas entraba una claridad grisácea, lechosa, que dibujaba líneas oblicuas sobre los lomos de cuero del armario de Henrique de Sousa. Era la luz del día. Era una mañana cualquiera. Y por primera vez en cuatro años, ese hecho elemental no le pareció un reproche.

Se incorporó despacio, sintiendo el crujido de sus propias vértebras protestar contra el descanso improvisado. La biblioteca, que durante las semanas anteriores le había parecido un templo erigido a la censura y al olvido de Henrique de Sousa, amanecía hoy con una luz diferente, una claridad cenicienta que suavizaba la severidad de los estantes de madera oscura. Se pasó las manos por el rostro, apartando las briznas del cansancio acumulado, y se abrochó los botones superiores de la camisa de pana, que aún

conservaba el aroma sutil de la leña y el granito húmedo de la noche anterior.

Al cruzar el pasillo central, esquivó por instinto el paragüero de pata de elefante disecada, aquel trofeo grotesco que parecía vigilar la entrada como un recordatorio de las excentricidades coloniales de la familia. El siseo de sus pantalones de pana contra las losetas agrietadas del suelo era el único sonido que competía con el goteo rítmico de la niebla condensada en los aleros exteriores. Siguió el rastro del grano molido, una línea invisible que lo condujo directamente hacia la cocina de la casa de los guardeses.

Clara ya estaba allí. Sostenía una taza de loza blanca entre las manos, con la mirada fija en el vapor que ascendía de la superficie oscura del líquido. El ordenador portátil permanecía cerrado a su izquierda, rodeado por las habituales carpetas de cartón y las galeradas impresas, pero había algo en la rigidez de sus hombros que delataba que su vigilia no había comenzado con el alba, sino mucho antes.

Tomás se detuvo en el umbral, observándola sin avanzar. Recordaba haber despertado en mitad de la madrugada, arrastrado por el frío persistente de la sierra. A través de la rendija de la puerta de la biblioteca, había vislumbrado un reflejo pálido y azulado temblando en la penumbra del pasillo. Era Clara, recortada contra la ventana del salón, tecleando con una velocidad febril, casi desesperada, que no encajaba con el ritmo monacal y pausado de la catalogación diaria. No era la caligrafía limpia y despojada que buscaban en los textos antiguos; era otra cosa, un torrente silencioso volcado sobre el teclado antes de que la luz del día pudiera juzgarlo.

—Buenos días —dijo él, dando un paso hacia la mesa de pino.

Clara se sobresaltó levemente, parpadeando como si tratara de sacudirse una imagen persistente. Forzó una sonrisa corta y le indicó con un movimiento de cabeza la cafetera italiana que descansaba sobre la cocina económica.

—Buenos días, Tomás. Hay café recién hecho. Sírvete.

Él tomó una taza limpia, vertió el líquido espeso y se sentó en la silla de enfrente. Sopló la superficie con la paciencia minuciosa que

aplicaba a los legajos más dañados por los hongos y, tras el primer sorbo largo, dejó la loza sobre la madera.

—¿Qué escribías esta madrugada? —preguntó Tomás, manteniendo la voz en un tono neutro, desprovisto de cualquier matiz de fiscalización.

Clara no levantó los ojos de inmediato. Sus dedos rodearon la taza con más fuerza, apretando las asas hasta que las falanges se le marcaron blancas, un gesto mecánico que Tomás ya había aprendido a identificar como su armadura particular.

—Correo —contestó ella, intentando dotar a la palabra de una intrascendencia burocrática—. Unos correos pendientes para la delegación de la editorial en Madrid. Asuntos pendientes sobre los créditos de la contracubierta de Madalena Vilas-Boas. Ya sabes cómo se ponen con los plazos cuando se acerca noviembre.

Tomás la observó en silencio, deteniéndose en el sutil temblor de sus pestañas. Sabía que mentía. Lo sabía por una razón puramente geográfica y factual: la Quinta dos Loureiros carecía de cobertura desde hacía días. El indicador del teléfono permanecía completamente vacío bajo la niebla de la montaña, y pretender que se habían enviado correos electrónicos a las tres de la mañana desde aquella mesa era una fantasía que las infraestructuras de Sintra no permitían. Pero también lo sabía por el tono de su voz. Era la misma mentira administrativa, la misma estructura de yeso que Clara levantaba cada vez que el pasado inmediato amenazaba con desbordar los límites del trabajo. Era el reflejo defensivo de quien había pasado años viendo cómo un hombre llamado Daniel corregía cada una de sus palabras en las mesas de Chueca.

Tomás no insistió. Dio otro sorbo al café amargo, aceptando el muro que ella decidía volver a colocar entre los dos. Comprendía el valor de los secretos necesarios; él mismo guardaba los suyos bajo el luto oficial de Coímbra.

Antes de que la conversación pudiera desviarse hacia los pliegos de papel de barba de la biblioteca, un golpe seco en la puerta trasera de la cocina interrumpió la quietud de la estancia. No fue un picaporte ordinario, sino el impacto rudo de unos nudillos acostumbrados a tratar con la madera rústica.

La hoja cedió sin esperar permiso, hinchada por la humedad de la sierra, y dio paso a doña Eulália.

A sus noventa y un años, la anciana avanzaba con una lentitud que poseía la fijeza terca de las rocas de la costa. Vestía un chal negro de lana basta que le cubría los hombros encorvados y un delantal de percal oscuro donde sostenía, recogidos contra el vientre, media docena de membrillos de su propia huerta. El aroma de las frutas inundó la cocina de inmediato, una fragancia densa, agria y almibarada que ahogó el olor del grano molido y trajo consigo la realidad de la tierra húmeda del exterior. Eran piezas grandes, irregulares, cubiertas por esa pelusa grisácea y áspera que protege la pulpa dorada antes del invierno.

Doña Eulália se acercó a la mesa de pino y, con un movimiento parsimonioso, soltó los extremos del delantal. Los membrillos rodaron sobre la madera, uno de ellos golpeando suavemente la carcasa cerrada del ordenador de Clara.

La anciana clavó sus ojos en la traductora. Eran dos puntos negros y afilados en mitad de un rostro surcado por arrugas profundas, limpias de cualquier condescendencia urbana. Luego, despacio, desvió la mirada hacia Tomás. Lo examinó con una lentitud anatómica, deteniéndose en sus manos gastadas por el papel, en la línea cansada de su mandíbula y en esa fijeza casi alarmante que delataba a los hombres que habitaban más en los desvanes de la memoria que en el presente. Tomás se sintió extrañamente expuesto bajo aquel escrutinio ancestral, como si la anciana estuviera leyendo el inventario de sus pérdidas directamente de las arrugas de su camisa.

Doña Eulália volvió a mirar a Clara. Cuando habló, su voz no trajo las sibilancias arrastradas del portugués de Lisboa, ni la cadencia administrativa de los notarios. Habló en un gallego perfecto, cerrado y antiguo, la lengua que pertenecía al otro lado de la frontera de la infancia de Clara:

—El hombre está limpio, niña. Pero tiene el corazón a la mitad.

Las palabras cayeron entre las tazas de loza con la fijeza de una sentencia inapelable.

Clara se quedó muda. El color desapareció de sus mejillas, dejándole la piel del color de la cera de abejas. Abrió la boca ligeramente, pero no logró articular una sola sílaba; se limitó a clavar la vista en la mesa, inmóvil, como si la anciana hubiera desenterrado algo que llevaba oculto bajo el suelo de la cocina desde el setenta y seis.

Tomás arqueó las cejas, mirando a una y a otra. Había cazado las primeras palabras —el hombre está limpio—, intuyendo un diagnóstico sobre su propia decencia o la ausencia de malicia en su presencia en la casa. Pero el resto del enunciado, su sentido cortante, la geometría exacta del veredicto, se le escapaban por completo, difuminados por la distancia filológica y su propia falta de familiaridad con los modismos del norte. Percibió, sin embargo, el impacto físico que aquella sentencia había causado en Clara. La atmósfera de la habitación se había vuelto espesa, fría, idéntica a la niebla que lamía los cristales del ventanal exterior.

Doña Eulália no esperó réplica ni agradecimiento por los membrillos. Se ajustó el chal sobre el pecho con un tirón seco de sus manos nudosas, dio media vuelta y cruzó el umbral hacia el jardín amurallado. El eco de sus botas pesadas contra el caracol de piedra fue disminuyendo hasta quedar amortiguado por la llovizna fina de la serra.

El silencio regresó a la cocina, pero ya no era el vacío pacífico de las mañanas de trabajo. Olía a membrillo dulce y a verdades familiares sin ordenar.

Tomás tamborileó con los dedos sobre el borde de su taza vacía.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, rompiendo la inmovilidad de Clara —. No he llegado a entender el final. ¿Qué significaba exactamente?

Clara alargó la mano derecha y rozó la piel rugosa de una de las frutas amarillas, siguiendo el contorno de las imperfecciones con la yema del índice. No levantó la cabeza para mirarlo; su rostro seguía cerrado, protegido por esa fijeza de roca de la costa que se negaba a retener el agua del temporal.

—Nada —contestó ella, con una voz remota, desprovista de inflexiones—. Cosas de viejos de la serra. Solo decía que el otoño viene retrasado en la huerta.

Clara no le tradujo. Prefirió dejar la verdad de doña Eulália sumergida en la penumbra de la casa, manteniendo la distancia necesaria para que Tomás no tuviera que enfrentarse al espejo de su propia mitad rota.

CAPÍTULO 24
SINTRA, SEPTIEMBRE 1937

La luz de septiembre en Sintra no entra en las habitaciones; se derrama como un aceite espeso, frío y dorado que parece ralentizar el movimiento de las cosas. En la planta superior de la Quinta dos Loureiros, el silencio tenía una densidad mineral. Desde la ventana de la alcoba, Maria do Carmo podía ver las copas de los cedros envueltas en jirones de una niebla que ascendía desde el valle de Colares, lenta como el humo de un hogar apagado. Abajo, en el camino de carruajes, las hojas secas de los plátanos empezaban a formar una alfombra crujiente que nadie se molestaba en barrer. La casa se iba quedando sola, desprovista del trasiego de los veraneantes de Lisboa, replegándose sobre sus propios cimientos de granito y cal.

Maria do Carmo soltó la pluma. El tintineo del metal contra el borde del tintero de vidrio sonó desproporcionadamente alto en la quietud del cuarto. Tenía las yemas de los dedos índice y pulgar de la mano derecha teñidas de un violeta oscuro, casi negro, el rastro indeleble de la tinta ferrogálica que Henrique compraba por arrobas para los registros de la propiedad. Se miró la palma de la mano, la delgadez de las venas azules que cruzaban la muñeca como hilos de seda bajo una piel que se había vuelto del color del papel de barba.

Sabe que no le queda tiempo. No era una intuición mística ni un temor infundado; era una certidumbre física que le subía por el pecho cada mañana en forma de una tos seca, áspera, que le dejaba un sabor a hierro en la raíz de la lengua y un cansancio que ninguna hora de reposo lograba mitigar. El médico que había subido desde Estoril la semana anterior no había necesitado decir gran cosa; sus

modales urbanos y la prisa con la que había guardado el estetoscopio en el maletín de cuero habían sido lo suficientemente elocuentes. La tuberculosis no entendía de linajes ni de la fijeza de los muros de Sintra. El mundo exterior, además, se estaba cerrando. A menos de cien kilómetros de allí, al otro lado de la frontera de Badajoz, los hombres morían en las cunetas con las alpargatas rotas, y el eco de los fusilamientos en la dehesa llegaba hasta la serra en los susurros de los criados y en el miedo que Henrique intentaba ocultar tras sus contratos de arrendamiento.

Sobre la mesa de pino descascarillado descansaba el último pliego. Había terminado el primer borrador de O Pomar.

Eran treinta y dos secciones, un laberinto de cartas y fragmentos de una conversación que jamás sería enviada por correo ordinario. Las palabras contenían los inviernos de Lisboa, el frío de las habitaciones alquiladas en el Barrio Alto donde Inês pasaba las noches traduciendo a Colette con los dedos envueltos en mitones de lana gris. Pero, sobre todo, contenían la verdad desnuda de un tiempo que se desmoronaba. Si Henrique encontraba esos papeles, si las patrullas de la policía política que ya empezaban a vigilar las estaciones de tren sospechaban de la red de refugio que ella había ayudado a tejer desde la sombra de la quinta, todo quedaría reducido a cenizas en la estufa de hierro de la cocina. El pensamiento de que su propia voz, la única zona de su existencia que no había sido confiscada por los deberes del apellido, pudiera desaparecer sin dejar rastro le resultaba más intolerable que la propia perspectiva de la muerte.

Por eso había tomado una decisión disciplinada, una tarea técnica que le había consumido las últimas fuerzas de las madrugadas anteriores. No bastaba con escribir el libro; era necesario duplicarlo, crear una geometría de la supervivencia que pusiera las palabras a salvo de la humedad de la serra y de la codicia de los hombres.

Había trabajado en dos copias hechas enteramente a mano.

La primera era la copia limpia. Utilizando los pliegos de papel de algodón de la mejor calidad que había podido sustraer del despacho de Henrique, Maria do Carmo había transcrito cada línea con una

caligrafía regular, despojada de las curvas ornamentales y las florituras que su tía le obligaba a trazar en los cuadernos de infancia en el Alentejo. Había buscado la línea recta, la fijeza de una aguja de coser. Cada letra se asentaba en el papel con el peso exacto de una sentencia definitiva. No había tachaduras, no había vacilaciones en los márgenes. Era el texto definitivo, el testamento que debía esperar el momento idóneo para ser leído cuando la niebla del siglo se hubiera disipado.

La segunda copia era el cuaderno de borradores. Un volumen de tapas de cartón negro, gastado por los bordes, que contenía las primeras versiones de las frases, las palabras tachadas con líneas violentas de tinta, las anotaciones marginales de las noches de fiebre y los esquemas lógicos de la correspondencia con Inês. Era el cuerpo vivo del libro, el andamiaje sangrante que demostraba cómo se había levantado cada muro de la narración. Tenía las páginas ligeramente abarquilladas por el uso y un olor persistente a tabaco de liar y a la cal de las estancias bajas de la casa.

Maria do Carmo se levantó de la silla apoyando las dos manos en la mesa para evitar el mareo que le provocaba el cambio de postura. Tomó el cuaderno de borradores entre sus manos flacas, sintiendo el relieve rústico del cartón contra la piel. El reloj de péndulo del pasillo dio las cuatro de la tarde; era la hora en que Henrique solía bajar al pueblo para entrevistarse con el notario y los criados se retiraban a las dependencias traseras de la cocina vieja. La casa era suya por un breve pasaje de tiempo.

Salió de la alcoba con el cuaderno oculto bajo el chal de lana negra. Descendió las escaleras con cuidado, evitando los escalones centrales que sabía que crujían con una nota alta, un eco que habría delatado su presencia ante la mirada inquisitiva del ama de llaves. Cruzó el salón principal, donde los muebles cubiertos con fundas de lino gris parecían sudarios en mitad de la penumbra cenicienta, y salió al exterior por la puerta de servicio que daba al patio del invernadero.

El invernadero de la Quinta dos Loureiros aún conservaba en 1937 parte de su antigua dignidad de hierro y cristal, aunque la herrumbre ya había empezado a devorar los marcos superiores y

varias de las lunas altas estaban agrietadas por los temporales del Atlántico. En el interior, el aire era cálido, espeso, cargado con el olor dulce y pastoso de los geranios silvestres y la tierra de castaño podrida que llenaba las jardineras de obra.

Maria do Carmo avanzó hasta el rincón noroccidental, el punto más alejado de la puerta de entrada, allí donde las estanterías de hierro forjado sostenían docenas de macetas de barro vacías. Detrás de la tercera hilera de estantes, la pared del invernadero no estaba hecha de la piedra granítica regular del resto de la finca, sino de un aparejo de mampostería más antiguo, revestido de una cal que se desprendía a pedazos por la acción de la humedad capilar.

Conocía el lugar exacto. Dos meses atrás, mientras buscaba unos bulbos de invierno, había descubierto que uno de los sillares calizos de la hilera inferior estaba suelto. Bastaba con presionar el extremo izquierdo de la piedra para que esta pivotara levemente sobre su eje, revelando una oquedad profunda, un nicho seco y oculto entre el muro del invernadero y el contrafuerte exterior de la casa de los guardeses.

Se arrodilló sobre la grava fina del suelo, sintiendo el dolor agudo de sus articulaciones contra las piedras. Con un esfuerzo que le arrancó una línea de sudor frío en las sienes, desplazó las macetas de barro y empujó el sillar. La piedra cedió con un raspón sordo, dejando al descubierto el vacío oscuro. Introdujo la mano en la oquedad para comprobar que seguía seca; no había rastro de filtraciones, solo el polvo fino de la cal muerta.

Tomó el cuaderno de borradores de tapas de cartón negro, lo envolvió en un pañuelo de seda vieja para protegerlo del roce y lo deslizó en el fondo de la falsa pared. Volvió a colocar el sillar de caliza en su posición original, presionando el borde hasta que la junta quedó perfectamente alineada con las demás piedras del muro. Luego, con una parsimonia meticulosa, recolocó las macetas de barro en la estantería, asegurándose de que el polvo acumulado en la madera no delatara que alguien había alterado la geografía del rincón.

La primera copia estaba a buen recaudo. El cuaderno de borradores descansaba ahora detrás del tercer estante del rincón

noroeste del invernadero, empotrado en la cal del sillar inferior.

Maria do Carmo regresó a la casa principal con el pecho agitado por el esfuerzo. En la cocina vieja, junto al fregadero de granito, preparó el aparejo para la segunda copia, la limpia.

Había encendido un pequeño hornillo de gas y colocado sobre la llama un bote de cobre que Henrique utilizaba para derretir la cera de los sellos de los documentos comerciales. Introdujo en el bote tres pastillas de cera de abejas pura, mezcladas con unos fragmentos de resina de pino que había recogido en la serra. La sustancia poseía un punto de fusión bajo; apenas unos minutos bastaron para que el calor licuara la mezcla, desprendiendo un olor denso, dulce y resinoso que inundó la estancia.

Tomó los pliegos de la copia limpia de O Pomar y los alineó con un golpe seco contra la madera de la mesa. Cortó un pedazo de hilo bramante, sumergió el cabo tres veces en el bote de cobre hirviendo y tensó el nudo sobre el pliego final, uniendo los treinta y dos capítulos en un solo bloque compacto. Luego, envolvió el bulto con un lienzo de lino crudo que había cortado de una sábana vieja. Con una paleta de madera, fue vertiendo la cera caliente sobre la tela, extendiéndola con cuidado para que el tejido la absorbiera por completo, creando una costra grisácea, impermeable y dura que protegería las hojas de la voracidad de la humedad subterránea. Los cantos del papel perforaron levemente la tela caliente antes de que la sustancia solidificara del todo, dejando un rastro irregular que delataba la urgencia de sus manos.

Esperó a que el lino encerado se enfriara, volviéndose rígido y pálido como la piel de un ahogado. Tomó una pequeña paleta de jardín de hierro oxidado y salió al patio trasero.

El jardín amurallado de la Quinta dos Loureiros estaba dominado por un naranjo viejo, un árbol plantado a finales del siglo pasado cuyas raíces habían levantado las losetas de piedra del patio circundante. Sus ramas, cargadas de frutas verdes que nunca llegarían a endulzar por la falta de sol directo, proyectaban una sombra perpetua sobre la boca del pozo cegado.

Maria do Carmo se dirigió al espacio que quedaba entre el tronco del naranjo y la pared de la cocina, el ángulo muerto que no era

visible desde los ventanales de la planta superior ni desde el camino de la entrada. Se arrodilló bajo la copa del árbol, donde la tierra estaba blanda, cubierta por una capa densa de hojas podridas y musgo oscuro.

Comenzó a cavar. La tierra agria, húmeda por las últimas lloviznas de la serra, cedía con facilidad ante la hoja de hierro de la paleta. Cavó un agujero de unos cuarenta centímetros de profundidad, justo en el espacio que quedaba entre las dos raíces más gruesas que se extendían hacia el norte, buscando la cimentación de la casa. El olor de la tierra removida, mezclado con la fragancia ruda de los membrillos que crecían en la huerta vecina de doña Eulália, le provocó un violento acceso de tos que tuvo que ahogar presionando el chal contra su boca.

Cuando el fondo del agujero estuvo limpio de piedras y raíces secundarias, Maria do Carmo tomó el paquete de lino encerado que contenía la copia limpia de O Pomar. Lo depositó en el fondo del hueco con una delicadeza extrema, como quien acuesta a un niño en una cuna de piedra. Con las manos desnudas, fue empujando la tierra húmeda de nuevo hacia el interior, compactándola con los puños hasta que el nivel del suelo volvió a ser regular. Cubrió la superficie con las mismas hojas secas y los restos de musgo que había apartado, borrando cualquier rastro de la excavación.

La segunda copia, el texto definitivo, quedaba enterrada exactamente a cuarenta centímetros de profundidad, entre las dos raíces principales del flanco norte del naranjo viejo, junto al muro de la cocina.

Maria do Carmo se puso en pie con dificultad, sacudiéndose la tierra de las faldas del vestido oscuro. Miró el cielo de Sintra, donde la claridad de la tarde empezaba a disolverse en una penumbra cenicienta que bajaba desde el castillo de los Moros. Se limpió las manos con el chal negro, dio media vuelta y entró en la cocina, cerrando la puerta tras de sí con un golpe sordo que dejó el jardín amurallado entregado de nuevo al silencio de la serra. Su labor

había concluido. El libro ya no era suyo; pertenecía a la tierra y al tiempo.

CAPÍTULO 25
CLARA

La propuesta de Tomás llegó un martes por la tarde, cuando la luz de la biblioteca ya se había vuelto de un color ceniza impenetrable y los lomos de los libros parecían fundirse con las sombras de los estantes. Clara estaba ordenando las fichas manuscritas del inventario de Henrique de Sousa cuando él dejó los catálogos sobre la mesa de roble y, sin sentarse, se apoyó en el borde del tablero con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta de pana.

—Hay tres cajas de correspondencia comercial de la naviera de los Vasconcelos que no están digitalizadas —dijo él, con esa voz pausada que utilizaba para justificar los desvíos metodológicos—. Están depositadas en los sótanos de la Biblioteca Nacional, en Campo Grande. Si queremos entender por qué Henrique bloqueó las cuentas de la quinta en el verano del treinta y siete, tenemos que revisar los libros de fletes de esos meses. He pensado que podríamos ir a Lisboa este fin de semana.

Clara interrumpió el movimiento de sus dedos sobre las cartulinas. Sostuvo una ficha entre el pulgar y el índice, sintiendo el tacto áspero del papel secante. Ir a Lisboa significaba romper la rutina monacal de la Quinta dos Loureiros, abandonar el perímetro de seguridad que la niebla de la serra construía a su alrededor y regresar a una ciudad donde cada esquina conservaba el eco de una prisa que ya no le pertenecía. Miró a Tomás. Él no la presionaba; mantenía esa distancia académica y respetuosa que la abuela Eulália había diagnosticada con tanta crudeza dos días antes en la cocina. El hombre limpio con el corazón a la mitad.

—Es eficiente —contestó Clara, devolviendo la ficha a su cajón con un golpe seco—. Si vamos los dos, podemos duplicar la

velocidad de la transcripción y vaciar el índice de las cajas en cuarenta y ocho horas. Ahorraremos una semana de consultas cruzadas por correo.

Es eficiente. Utilizó la palabra como un escudo de metal frío, una justificación burocrática para ocultar que la idea de pasar dos días fuera de Sintra, compartiendo las horas del almuerzo y los trayectos en tren, le provocaba una vibración extraña en la base del estómago. No era miedo; era la sospecha de que el orden estricto que había levantado tras su salida de Madrid comenzaba a mostrar sus primeras grietas.

Tomás asintió, conforme con la explicación técnica.

—Yo me encargaré de reservar los billetes del convoy en la estación de Rossio. Y las habitaciones. Supongo que preferirás que busquemos opciones independientes.

—Sí —dijo Clara de inmediato, sin dejarle terminar—. Hoteles separados. En zonas diferentes, si es posible. No quiero que mezclemos los gastos de representación de la editorial con las dietas del archivo.

Era otra mentira administrativa, pero Tomás la aceptó con una inclinación de cabeza. Sabía leer los silencios de Clara tan bien como los palimpsestos de los legajos coloniales.

Lisboa los recibió el viernes por la mañana con una claridad deslumbrante que a Clara le pareció casi agresiva después del encierro ceniciento de Sintra. La luz del Tajo rebotaba en las fachadas de azulejos de la Baixa, creando una refracción blanca que obligaba a entornar los ojos. Se instalaron en sus respectivos alojamientos: Tomás en una pequeña pensión de techos altos cerca de la plaza de la Figueira; Clara en un hotel funcional y despersonalizado en las inmediaciones de la plaza del Marqués de Pombal, un lugar de moqueta gris y ventanas con doble acristalamiento que no guardaba ninguna relación con la historia de Portugal.

A las diez ya estaban sentados en la sala de lectura de los Fondos Especiales de la Biblioteca Nacional. El silencio allí era diferente al de la Quinta dos Loureiros; no era el vacío de una casa abandonada, sino el murmullo colectivo de una docena de

investigadores pasando páginas de microfilmes y consultando índices manuscritos bajo los flexos de luz verde.

Durante ocho horas, la distancia entre ellos fue estrictamente profesional. Tomás le pasaba las carpetas numeradas y Clara se encargaba de cotejar los nombres de los barcos que habían salido de los muelles de Alcântara con destino a los puertos del norte de España durante el invierno de la guerra civil. Trabajaban sin hablar, intercambiando notas en tiras de papel amarillo cuando encontraban una coincidencia en los apellidos o una firma que recordaba a los trazos enérgicos de Henrique de Sousa.

La primera cena fue un trámite pacífico. Eligieron una pequeña casa de comidas en la rúa de São José, un local de manteles de papel y olor a aceite de oliva donde los parroquianos discutían sobre el campeonato de fútbol local. Hablaron del estado de los pliegos de condiciones de la editorial, de la nueva traducción de Madalena Vilas-Boas que Clara debía revisar antes de noviembre y de las dificultades para descifrar la caligrafía de los contables de los años treinta. Fue una conversación plana, desprovista de relieves personales, una línea recta que los devolvió a sus hoteles a las nueve de la noche con la sensación de haber cumplido con un horario de oficina.

El sábado, sin embargo, el archivo empezó a ceder sus secretos. En la última caja de la tarde, escondido entre unos recibos de aduana de la frontera de Elvas, Tomás encontró un pliego de papel de algodón que no llevaba el sello de la naviera, sino una anotación marginal hecha con tinta violeta: «Para los gastos de la señora en el norte. Sin registro en el libro mayor». La caligrafía era idéntica a la de los borradores que Maria do Carmo había ocultado en la finca.

Cuando la biblioteca cerró sus puertas a las seis, el cansancio que arrastraban tenía el peso dulce del hallazgo.

—Tenemos que celebrar que hemos encontrado el hilo —dijo Tomás mientras bajaban las escaleras de granito del edificio—. Conozco un sitio en el Barrio Alto donde sirven un bacalao aceptable y el ruido de la calle no llega hasta las mesas del fondo.

Clara aceptó. Sentía las yemas de los dedos resecas por el polvo de los documentos y una necesidad física de caminar para sacudirse

el entumecimiento de las horas de silla.

La segunda cena se prolongó más allá de lo previsto. El restaurante era un sótano abovedado donde la luz de las velas suavizaba la severidad de las facciones de Tomás. Después de la segunda jarra de vino verde, la conversación abandonó los márgenes del inventario comercial. Tomás habló de su época de estudiante en Coímbra, de las noches en que la fijeza del luto aún no se había instalado en su familia y de cómo la historia había sido, al principio, una forma de entender los silencios de su propio padre. Clara lo escuchó apoyando la barbilla en la palma de la mano, descubriendo en el arqueo de sus cejas una vulnerabilidad que no había intuido bajo el techo rígido de Sintra. Por primera vez en meses, no pensó en Daniel, ni en las correcciones minuciosas que él solía imponerle en las mesas de Chueca, ni en la humillación de haber sido tratada como una pieza subalterna en una maquinaria ajena.

Salieron del restaurante cerca de la medianoche. El aire de Lisboa se había vuelto fresco, arrastrando una humedad salina desde el río que limpiaba la atmósfera de la ciudad.

—Podemos volver andando —sugirió Tomás, señalando hacia la pendiente que bajaba hacia el Chiado—. La noche está limpia y tu hotel no queda lejos si cruzamos la Avenida da Liberdade.

Clara asintió, ajustándose el cuello de la gabardina. Caminaron despacio por el empedrado de la calçada portuguesa, escuchando el eco de sus propios pasos contra las fachadas oscuras. La ciudad a esa hora tenía una quietud señorial, interrumpida solo por el siseo lejano de algún tranvía que regresaba a las cocheras de Amoreiras.

Al llegar a la rúa Garrett, la silueta de la cafetería A Brasileira apareció recortada bajo las farolas de gas. Las mesas exteriores estaban vacías, recogidas contra los ventanales de madera oscura y bronce que daban a la plaza. La estatua de bronce de Fernando Pessoa permanecía inmóvil en su rincón, con el sombrero ladeado y la mirada fija en un punto indefinido del suelo.

Tomás se detuvo junto a la barandilla de hierro que delimitaba la terraza.

—Es aquí —dijo, mirando el granito de la acera con una fijeza que llamó la atención de Clara.

—¿El qué?

—Porque soy historiador, supongo que tiendo a buscar las coordenadas exactas de los textos —dijo él, forzando una sonrisa corta que no llegó a ocultar la seriedad de sus ojos—. En las cartas de Inês Vasconcelos que revisamos la primera semana en Sintra, hay una mención a una mesa de la esquina, la que queda justo detrás de la puerta de entrada, junto al espejo de madera de nogal. Ahí era donde se encontraban ella y Maria do Carmo las tardes de los jueves, cuando Henrique creía que su esposa estaba en las reuniones de la Liga de la Divina Providencia en la iglesia de los Mártires.

Clara dio un paso hacia el ventanal de la cafetería. Pegó el rostro al cristal frío, protegiéndose de los reflejos de la farola con las manos abiertas a los lados de los ojos. El interior de A Brasileira estaba a oscuras, pero la luz de la calle alcanzaba a iluminar la hilera de mesas de mármol y las sillas de madera curvada. Buscó con la mirada el espejo de nogal del fondo, imaginando la geometría de dos mujeres de los años treinta compartiendo una jarra de café de Angola mientras el mundo exterior se preparaba para la guerra. Podía verlas casi con nitidez: Maria do Carmo con los dedos manchados de tinta ferrogálica y el chal de lana negra sobre los hombros; Inês traduciendo a Colette en el reverso de las facturas de fletes de los barcos que salían hacia Badajoz.

—Venían aquí porque era el único lugar de Lisboa donde una mujer podía sentarse a escribir sin que un camarero le preguntara por el nombre de su marido —continuó la voz de Tomás, que ahora sonaba más cercana, justo detrás de su hombro derecho.

Clara no se movió de la ventana. Sintió el calor del cuerpo de Tomás antes de escuchar su respiración. Él se había colocado inmediatamente detrás de ella, siguiendo su misma línea de visión hacia el interior del local vacío. La distancia entre los dos se redujo a unos quince centímetros, el espacio exacto donde el aire de la noche se volvía denso y la vibración de la gabardina de pana de Tomás rozaba el lino de su propio abrigo.

Ninguno de los dos se movió. El silencio de la rúa Garrett se volvió absoluto, una fijeza mineral que pareció detener el curso de las manecillas de las iglesias cercanas. Clara podía sentir el latido de su propio pulso en la garganta, un ritmo rápido y asustado que contrastaba con la inmovilidad de sus piernas. Bastaba con dejarse ir un palmo hacia atrás, con reclinar los hombros sobre el pecho de Tomás, para que la estructura defensiva que había construido durante el último año se viniera abajo como un castillo de naipes húmedos. Sabía que él estaba esperando, inmóvil como la estatua de bronce de la plaza, con las manos firmes a los lados de su cuerpo, ofreciendo un refugio que no exigía condiciones ni correcciones marginales. El hombre con el corazón a la mitad estaba allí, entero para ella, en mitad de la noche de Lisboa. Pasaron diez segundos completos. Diez segundos en los que la Quinta dos Loureiros, los libros de fletes, las sospechas de la abuela Eulália y los errores de Madrid quedaron suspendidos en un vacío sin gravedad. Estuvieron a punto. La proximidad de sus cuerpos contenía la posibilidad de un inicio, el falso punto álgido de una historia que reclamaba su propio espacio entre los fantasmas de 1937.

Entonces, Clara cerró los ojos con fuerza y respiró el aroma resinoso de la cera de abejas que parecía impregnar el aire. Recordó la mesa de pino de la cocina, la soledad limpia de su habitación en Sintra y el miedo a volver a ser corregida por los ojos de otro.

Eligieron no. Clara abrió los ojos, apartó las manos del cristal de A Brasileira y dio un paso firme hacia adelante, rompiendo la línea invisible de los quince centímetros y saliendo hacia el centro de la acera empedrada. Se ajustó los guantes con un movimiento rápido, mecánico, y miró hacia la pendiente que conducía a la Avenida da Liberdade sin volver la cabeza hacia Tomás.

—Vamos —dijo, con una voz que recuperó de golpe la neutralidad técnica de las mañanas de archivo—. Es tarde y mañana el tren hacia Sintra sale a las ocho y media. Tenemos que terminar de ordenar las fichas antes de que empiece la niebla de la tarde.

Tomás tardó un segundo en reaccionar. Luego, metió de nuevo las manos en los bolsillos de su chaqueta de pana, asintió hacia la

plaza vacía y se colocó a su lado, manteniendo la distancia reglamentaria de un metro que el trabajo exigía. Bajaron la rúa Garrett en silencio, dejando atrás el espejo de nogal y el rincón donde las dos mujeres del pasado ya habían aprendido, hacía muchas décadas, que los secretos mejor guardados son aquellos que nunca se llegan a pronunciar en voz alta.

CAPÍTULO 26
TOMÁS

La habitación número doce de la pensión cercana a la plaza de la Figueira olía a cera vieja, a la humedad estancada de los caños antiguos y al lino lavado con jabón de sosa que cubría el jergón. Era un cuarto de techos desmesuradamente altos, decorado con unas molduras de yeso grisáceo que amenazaban con desprenderse cada vez que el tranvía nocturno torcía la esquina hacia la rúa de los Fanqueiros. Tomás se había quitado los zapatos y la chaqueta de pana, pero permanecía sentado en el borde del colchón de muelles, con las medias puestas sobre el parqué gastado y la espalda encorvada hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

La luz que entraba por las lamas de la persiana de madera dibujaba una geometría de líneas doradas y cenicientas sobre las sábanas blancas. Venía de las farolas de gas de la plaza, una claridad pública e indiferente que acentuaba la fijeza de su propia reclusión. En mitad de aquella penumbra, Tomás se sentía como un náufrago que acaba de salvarse de un oleaje imprevisto solo para descubrir que la orilla a la que ha llegado está completamente vacía.

Todavía conservaba en la palma de la mano el tacto frío del cristal de A Brasileira y, en la memoria del cuerpo, la certeza milimétrica de esos quince centímetros que lo habían separado de Clara bajo la llovizna invisible del Chiado. Durante diez segundos enteros, el aire de Lisboa se había vuelto tan denso que había creído escuchar el latido de la sangre en las sienes de la traductora. Había estado a punto de alargar los dedos, de rozar el lino de su abrigo o de pronunciar ese nombre que ella defendía con la meticulosidad de un archivero militar. Había estado dispuesto a ofrecerle su propia mitad rota, el luto oficial de Coímbra que arrastraba por las estancias de Sintra como un reproche mudo. Pero ella había dado un paso

adelante. Un paso eficiente, limpio, desprovisto de nostalgia. Un simple «vamos» que había devuelto las cosas a su lugar reglamentario.

Tomás metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó el teléfono. La pantalla se encendió con una violencia azulada que le dolió en los ojos, quebrando la penumbra del cuarto. Abrió la aplicación de mensajería. El nombre de Clara encabezaba la lista de conversaciones recientes, pero al entrar en el chat, el historial era un desierto burocrático: dos enlaces a los índices digitalizados de la Biblioteca Nacional y una nota breve sobre el horario del convoy de Rossio. No había rastro de las horas compartidas en la mesa de comidas de la rúa de São José, ni del vino verde, ni del espejo de nogal que reflejaba los fantasmas de Maria do Carmo e Inês Vasconcelos.

Apoyó los pulgares en el teclado virtual. Quería escribir. Necesitaba tender un hilo, por delgado que fuera, que uniera la inmovilidad de esa habitación de pensión con el hotel de moqueta gris donde Clara debía de estar deshaciendo la maleta.

Escribió: Me alegro de haber venido a Lisboa.

Se quedó mirando las palabras. Le parecieron burdas, casi una confesión de vulnerabilidad que ella recibiría con ese arqueo de cejas tan suyo, dispuesta a corregir el desvío emocional con una frase sobre los créditos de la contracubierta de Madalena Vilas-Boas. Borró el mensaje.

Escribió entonces: El pliego del treinta y siete aclara muchas cosas sobre Henrique.

Lo borró también. Era otra mentira administrativa, un refugio de historiador que no hacía justicia a la fijeza de lo que había permanecido suspendido entre los dos frente a la terraza vacía de la cafetería.

Pasaron los minutos. El gran reloj de péndulo que presidía el pasillo de la pensión dejó caer la media con un eco sordo, metálico. Tomás seguía allí, con el cursor parpadeando en la pantalla blanca, una línea vertical que aparecía y desaparecía con la regularidad de un pulso artificial. Le tomó diez minutos enteros reducir la

complicación de sus pensamientos a tres palabras desnudas, una cortesía mínima que no admitía réplica ni exigía explicaciones.

Gracias por hoy.

Pulsó el botón de envío. El silbido del mensaje saliendo hacia el espacio de la ciudad sonó desproporcionadamente alto en el silencio del cuarto. Tomás dejó caer el teléfono sobre la colcha de piqué, exhalando un suspiro largo, preparándose para la habitual parsimonia con la que Clara solía demorar sus respuestas, ese silencio defensivo que había aprendido a levantar tras sus años de cautiverio en Madrid.

Pero no hubo espera.

A los dos segundos exactos, el aparato vibró sobre la tela con un zumbido seco. La pantalla volvió a encenderse. Tomás alargó la mano, con el corazón acelerado por un resorte absurdo.

Gracias a ti.

Se quedó con el teléfono en la mano, fijos los ojos en esas doce letras impresas a la velocidad del reflejo. El impacto físico de la respuesta lo dejó inmóvil. Clara tampoco dormía. Clara no estaba revisando las galeradas impresas ni organizando las carpetas de cartón. Estaba al otro lado de la noche de Lisboa, en su hotel despersonalizado, sosteniendo el teléfono contra el pecho, esperando el mismo hilo que él acababa de lanzar. La inmediatez de su réplica era una confesión más nítida que cualquiera de las frases que habían evitado pronunciar en la rúa Garrett. Habían elegido no, sí, pero la fijeza de esa renuncia seguía vibrando en mitad de la madrugada.

Tomás apagó la pantalla y dejó el teléfono sobre su regazo. La quietud regresó al cuarto, pero era una quietud cargada, agria como el olor de los membrillos que la abuela Eulália había dejado sobre la mesa de la cocina en Sintra. La conciencia de su propia mitad rota se le clavó en el pecho con la fuerza de un diagnóstico antiguo. Sintió la necesidad de escuchar una voz que no supiera nada de traducciones, ni de manuscritos enterrados bajo los naranjos, ni de los silencios eficientes de las mujeres que huyen de su pasado. Una voz que le recordara quién era antes de convertirse en el guardián de los desvanes de la Quinta dos Loureiros.

Buscó en la agenda el número de la casa de su madre en Coímbra. Era tarde, pasada la una, pero en esa casa el luto había abolido los horarios regulares hacía cuatro años. El tono de llamada resonó tres veces en el auricular, un eco metálico y distante que cruzaba las provincias del norte. Al cuarto tono, la línea se abrió con un chasquido rústico, pero la voz que llegó a través del cable no fue la de su madre, cansada y monacal, sino una respiración más corta, rápida, que Tomás reconoció de inmediato con un vuelco en el estómago.

Lia estaba despierta.

—¿Papá? —preguntó la niña, con esa limpieza de las vocales que no conoce la doblez del idioma.

Tomás se enderezó en el jergón, sintiendo que la rigidez del sofá de pana de Sintra se le trasladaba a los huesos del cuello.

—¿Lia? ¿Qué haces despierta a estas horas, mi amor? Deberías estar en la cama. Tu abuela se va a enfadar.

—La abuela se ha quedado dormida en el sillón con el rosario —contestó la niña, con la naturalidad implacable de sus siete años—. Yo estaba terminando el dibujo del barco que me dejaste en el escritorio. El de las velas grandes. ¿Dónde estás?

—En Lisboa, en un hotel cerca de la plaza de la Figueira —dijo Tomás, intentando forzar un tono de normalidad doméstica que le sonaba extraño en su propia boca—. He estado trabajando en la Biblioteca Nacional. Revisando unos papeles muy viejos.

—¿Papá?

—Dime, Lia.

—¿Vuelves mañana? —La pregunta de la niña llegó sin reproche, pero traía consigo el peso acumulado de todas las semanas en que Tomás había preferido el polvo de los archivos de Henrique de Sousa a las tardes de domingo en el jardín de Coímbra.

—Sí, vuelvo mañana —contestó él, cerrando los ojos contra las líneas doradas de la persiana—. Tomaré el convoy de Rossio por la mañana y pasaré por casa antes de subir de nuevo a la serra. Te llevaré un dulce de la Baixa. Un pastel de nata de los que te gustan.

Lia guardó silencio un instante, asimilando la promesa del dulce con la parsimonia de los niños que han aprendido a esperar. Luego,

con una inflexión diferente en la voz, preguntó:

—¿La señora gallega sigue contigo?

Tomás abrió los ojos. La imagen de Clara en la cocina amurallada, muda ante las palabras en gallego antiguo de doña Eulália, regresó al cuarto con una nitidez casi dolorosa.

—Sí —dijo, midiendo el alcance de su respuesta—. Ha venido conmigo al archivo. Hemos estado revisando las cajas juntos.

—¿Es maja? —insistió Lia.

Tomás recordó la firmeza de sus dedos sobre la loza blanca, la mentira sobre el correo que no podía enviarse por falta de cobertura y la dignidad desolada con la que se había apartado de él frente a la estatua de Pessoa. Recordó el diagnóstico de la anciana de noventa y un años: el hombre está limpio.

—Sí, Lia —dijo Tomás, con una suavidad remota—. Es muy maja. Es una persona limpia.

La niña no dudó. Para ella, el mundo seguía estando dividido entre las cosas que se rompen y las que pueden salvarse con un gesto sencillo. El auricular devolvió el rumor de su respiración pequeña antes de que pronunciara la sentencia:

—Pues entonces tráela. Tráela a casa un día. Quiero que vea mi dibujo del barco.

Tomás no contestó. El silencio se instaló entre Lisboa y Coímbra como una fosa infranqueable. La idea de traer a Clara a la casa de su madre, de sentarla a la mesa donde las ausencias tenían el peso del granito húmedo, le pareció una imposibilidad biológica. Su estructura de reproche no admitía invitados; su corazón a la mitad no tenía espacio para hospedar a nadie que no compartiera el inventario de su pérdida.

—¿Papá? ¿Sigues ahí? —preguntó Lia, extrañada por la mudez del cable.

—Tengo que colgar, mi amor —dijo Tomás, con una voz que parecía venir de un desván lejano—. Acuéstate ya. Mañana nos vemos.

Sin esperar la réplica de la niña, apartó el teléfono de la oreja y pulsó el botón rojo, interrumpiendo la comunicación con un golpe seco.

El cuarto quedó entregado de nuevo al siseo del tranvía exterior y al olor a cera vieja de la colcha. Tomás dejó caer el aparato sobre la mesilla, junto al vaso de agua intacto que reflejaba la claridad de la farola. Se tumbó cuan largo era, sin quitarse los pantalones de pana ni desabrocharse los botones de la camisa, mirando las molduras agrietadas del techo. Pensó en la inocencia de su hija, en esa facilidad con la que los niños ofrecen el territorio de su afecto.

A Lia le bastaría con una frase mía para perdonarme. Yo todavía no me he perdonado.

CAPÍTULO 27
SINTRA, OCTUBRE 1937

El viento de octubre traía desde el Atlántico una lluvia menuda, agria y constante, que se pegaba a los cristales de la Quinta dos Loureiros como una capa de grasa fría. La serra se había borrado por completo tras un telón de niebla sucia que olía a hojarasca podrida y a la combustión lenta de los hornos de carbón de los guardeses. En el interior del salón principal, la humedad bajaba por las esquinas de las paredes revestidas de seda polvorienta, dejando cercos oscuros que nadie se molestaba en limpiar.

Maria do Carmo escuchó el siseo de los neumáticos del automóvil sobre la grava del camino de entrada antes de que el motor se detuviera con un estallido sordo. No se alteró. El ritmo de su corazón no se aceleró, porque la prisa y el miedo eran lujos que su cuerpo, consumido por la fiebre de las tardes, ya no podía permitirse. Cerró los ojos un instante, respiró el aire espeso del cuarto y tragó la saliva amarga para calmar la contracción de la laringe. No podía toser. No ahora. El pañuelo que guardaba en el puño de la manga izquierda ya tenía tres manchas circulares de un rojo herrumbre, secas bajo el encaje.

Se acomodó en el sillón de orejas de terciopelo verde, junto al ventanal que daba al jardín trasero. Sobre su regazo descansaba un volumen encuadernado en piel de cabra: las Meditaciones de Bossuet, un libro que su tía le había regalado en el Alentejo y cuyas páginas contenían la fijeza moral que Henrique consideraba adecuada para una esposa enferma. Pasó la página con un movimiento deliberado, liso, asegurándose de que sus dedos violetas no temblaran contra el papel de hilo. Cuando la puerta de doble hoja del salón se abrió con un chasquido rústico de la serrallería, su

rostro era una máscara perfectamente compuesta, un lienzo de cal muerta donde la voluntad había sustituido a la salud.

Henrique de Sousa entró sin quitarse el sombrero de fieltro gris ni el abrigo de paño inglés, que venía salpicado por las gotas de la tormenta. Traía los ojos encendidos por esa fijeza contable de los hombres acostumbrados a buscar el error decimal en los márgenes de los libros de fletes. Traía consigo el olor de los despachos oficiales de Lisboa: tabaco de estanco, tinta ferrogálica y el rastro rancio del cuero de los maletines donde guardaba las órdenes de embargo.

—La estación de Rossio está tomada por la policía —dijo, sin mediar saludo, dejando los guantes de cabritilla sobre la mesa de caoba con un golpe seco—. Buscan a un tipógrafo de Setúbal que dicen que ha estado pasando pasquines para la frontera. Un asunto sucio de la Federación Anarquista.

Maria do Carmo no levantó los ojos del libro de inmediato. Terminó de leer el párrafo sobre la brevedad de las glorias terrenales antes de ofrecerle su mirada limpia, despojada de cualquier relieve personal.

—Buenas tardes, Henrique —dijo, con una voz que poseía la neutralidad técnica de una sentencia notarial—. Espero que el convoy no haya tenido retraso por culpa de los controles. Los criados dicen que las vías del norte están reservadas para los suministros militares.

Henrique no contestó. Se quedó de pie en mitad de la estancia, mirando a su alrededor con una desconfianza zoológica, como un perro de caza que regresa a una dehesa conocida y detecta el rastro de una pieza que no puede ver. Su mirada recorrió las molduras del techo, las alfombras de Arraiolos gastadas por los pasos y la hilera de secretarios de madera de nogal donde ella solía guardar las cartas de la Liga de la Divina Providencia. Había algo en la quietud de la casa que no cuadraba con sus informes. Las cuentas de la naviera Vasconcelos indicaban un desvío de fondos que él no conseguía justificar, una línea de sombra que moría en los muelles de Alcântara y que sospechaba que se transformaba en pan y calzado para los hombres que cruzaban por Badajoz.

—Voy a revisar los inventarios de la planta alta —anunció él, con una dureza militar—. El administrador me ha dicho que hay goteras en el desván viejo y que la humedad del Alentejo está empezando a pudrir los marcos de las ventanas. No quiero sorpresas antes de que empiece el invierno crudo.

—Me parece eficiente —contestó ella—. Las llaves del secretario del despacho están en el cajón de la cocina, junto a la loza blanca.

Henrique no esperó. Dio media vuelta y sus botas de montar resonaron en la escalera de granito con una cadencia regular, sorda, que hacía vibrar las lunas del invernadero exterior.

Comenzó entonces la inspección. Maria do Carmo permaneció inmóvil en su sillón, escuchando el eco de la violencia burocrática de su marido a través de los techos de yeso. Escuchó el arrastre de los arcones de cedro, el golpe seco de los cajones al ser extraídos de sus guías y el susurro de los pliegos de papel comercial al ser removidos con prisa. Henrique buscaba con rabia. Buscaba una tachadura en los libros mayores, un cuaderno de tapas de cartón negro, una carta manuscrita con la caligrafía despojada de Inês Vasconcelos o el olor dulce de la cera de abejas mezclada con resina de pino que delatara la existencia de un bloque compacto de treinta y dos capítulos.

Entró en el dormitorio de ella, abrió el armario de lino, hundió las manos entre las faldas de lana gris y los chales negros, buscando el tacto áspero del papel de algodón. Subió al desván, donde las vigas de pino sudaban una resina densa, y removió las cajas de los antiguos registros de la propiedad. Bajó a las estancias bajas de la cocina vieja, miró el fregadero de granito y el hornillo de gas, buscando el bote de cobre donde ella había derretido la cera. Nada. No había rastro de O Pomar. Las palabras verdaderas se habían disuelto en la geografía del secreto que ella había construido dos meses atrás con una disciplina de enterrador.

Cuando Henrique regresó al salón, dos horas más tarde, estaba furioso. La falta de pruebas le provocaba una hinchazón en las venas de las sienes que volvía su rostro de un color rojizo, casi obsceno. Traía los puños de la camisa manchados de polvo gris y una brizna de paja pegada al paño del abrigo. Se sentó en la silla de caoba

frente a ella, respirando con una agitación que denotaba la humillación de la derrota. No había encontrado nada. La casa, esa noche, había sabido proteger lo que la ley no contemplaba.

Maria do Carmo cerró el Bossuet sin hacer ruido. Se levantó de la silla apoyando los dedos en el brazo de madera para disimular el latido rápido de sus sienes. Cruzó la estancia hasta el aparador de nogal y tomó una botella de vidrio tallado que contenía un oporto denso, oscuro como la sangre de buey.

Sirvió dos copas cortas con una parsimonia meticulosa. Dejó una de ellas al alcance de la mano de Henrique y retuvo la otra entre sus propios dedos finos, sintiendo el peso del cristal.

—Debes estar cansado —dijo, con una suavidad remota, sentándose de nuevo a una distancia reglamentaria—. La serra es dura en octubre. He estado pensando en lo que me dijiste la última vez sobre las tierras bajas de Colares. El administrador cree que deberíamos cambiar el plan para la cosecha del año que viene.

Henrique levantó los ojos, desconfiado, pero la palabra cosecha actuó en su mente con el efecto de un resorte familiar. Su vanidad de propietario, esa estructura rígida que medía el mundo en fanegas y quintales de uva, no pudo resistirse al cebo.

—¿Qué dice ese ignorante? —preguntó, tomando la copa de oporto con un movimiento brusco—. Las viñas de Colares necesitan la fijeza de la arena. Si alteramos los turnos de la poda, el viento del Atlántico quemará la hoja antes de que el fruto tome el azúcar necesario.

—Dice que el suelo del pomar está agotado —continuó Maria do Carmo, manteniendo la mirada fija en el líquido oscuro de su copa—. Que el naranjo viejo del patio trasero ya no dará fruta dulce a menos que cavemos una zanja profunda a lo largo del muro de la cocina para sanear las raíces principales del flanco norte. Ha propuesto traer a los peones de Sintra el mes que viene.

Henrique soltó una carcajada áspera, un sonido seco que no traía alegría.

—Ese hombre es un estúpido. Si cavan junto al muro de la cocina, levantarán las losetas de granito y desestabilizarán la cimentación de la casa vieja. El naranjo se queda como está. Que

muera si tiene que morir; la madera de cítrico sirve para los hornos de cal. No voy a gastar un solo escudo en un árbol que no produce beneficio neto. El plan para el año que viene incluye la ampliación del viñedo de Ramisco, nada más.

La táctica había funcionado. Al introducir el debate sobre la rentabilidad de las tierras, Maria do Carmo había desviado la corriente de su sospecha hacia el territorio seguro de su avaricia. Durante el resto de la tarde, Henrique habló de contratos de arrendamiento, de los fletes de la naviera y del precio del trigo en el Alentejo, convencido de que la mujer pálida que tenía enfrente no era más que un cuerpo enfermo que se apagaba sin otra preocupación que el orden doméstico de la finca.

Cenaron en silencio un caldo de gallina frío y un trozo de pan de centeno que el ama de llaves les sirvió sin mirarlos a los ojos. Henrique se retiró a su despacho antes de las diez para repasar las facturas de aduana, y al día siguiente, con las primeras luces grises de la mañana, volvió a subir a su automóvil con destino a los muelles de Lisboa, sin haber descubierto una sola línea del manuscrito.

Maria do Carmo lo vio marchar desde la ventana de la alcoba. Cuando el ruido del motor se disolvió en mitad de la niebla de la serra, se dejó caer sobre el jergón con las fuerzas rotas. Un violento acceso de tos le sobrevino entonces, un espasmo largo que le llenó la boca de ese sabor a hierro que ya conocía tan bien. Presionó el chal contra sus labios hasta que el aire volvió a entrar en sus pulmones con un silbido asmático.

Se miró las manos desnudas. Sabía leer los gestos de Henrique mejor que sus propios libros de cuentas. Había ganado una batalla, sí; las dos copias estaban a salvo bajo la cal y la tierra, pero la mirada con la que él se había despedido en el umbral de la puerta no era la de un hombre convencido, sino la de alguien que aplaza una decisión administrativa. Henrique volvería. No tardaría mucho en darse cuenta de que el desvío de los fondos comerciales continuaba y de que la fijeza de la quinta ocultaba una lealtad que él no podía comprar.

Entendió que le quedaban, como mucho, seis meses. Seis meses antes de que la tos se volviera definitiva o de que Henrique regresara de Lisboa no con un cuaderno de inventarios, sino con un médico urbano y una orden firmada para declararla incapacitada, encerrándola en un sanatorio de la costa donde nadie pudiera escuchar la voz de O Pomar. Se giró hacia el jardín amurallado, buscando con los ojos la silueta del naranjo viejo bajo la lluvia de octubre. Seis meses eran suficientes para morir; el tiempo justo para dejar que la tierra hiciera su trabajo y el pasado esperara, bajo las raíces, a que alguien viniera a desenterrarlo.

CAPÍTULO 28
CLARA

La luz de Vigo en otoño no cae del cielo; parece subir de la ría, un reflejo grisáceo, espeso y salado que se adhiere a las fachadas de granito de la rúa de Alfonso XII y tiñe los cristales de los miradores con una pátina de grasa marítima. Al bajar del autobús en la estación, Clara sintió el impacto de ese aire familiar en la raíz de los dientes: un frío húmedo, cargado de gasóleo y sargazo podrido, que no tenía la dignidad mineral de la niebla de Sintra ni la fijeza señorial de la Quinta dos Loureiros. Era el norte puro, rústico, desprovisto de mitos. El territorio del que había huido hacia Madrid tres años atrás, convencida de que las distancias geográficas bastaban para simplificar los inventarios de la memoria.

Caminó despacio hacia el piso de su madre, arrastrando la maleta de lona por las aceras mojadas. El fin de semana en Lisboa con Tomás seguía vibrando en el fondo de sus ojos como una quemadura leve. Recordaba los quince centímetros que los habían separado frente al ventanal oscuro de A Brasileira, los diez segundos de fijeza absoluta en los que el aire de la rúa Garrett se había vuelto denso como la cera de abejas, y la limpieza con la que ella había decidido dar el paso hacia adelante. Hemos elegido no, se repetía a sí misma como una sentencia administrativa mientras cruzaba la plaza de Compostela. Había regresado a Sintra en el tren del domingo por la noche solo para descubrir que las estancias de la quinta se habían vuelto demasiado estrechas para albergar su silencio y los desvanes de Tomás. Necesitaba una línea recta, un ancla limpia que la devolviera a la lógica de las cosas tangibles. Por eso había tomado el convoy hacia el norte el viernes por la tarde. Para preguntar.

El piso de Pilar era una tercera planta de techos bajos en un edificio de postguerra cerca del puerto comercial. En el pasillo olía a lo de siempre: a cera para el parqué, a café de filtro y a ese vinagre blanco que su madre utilizaba para limpiar los rodapiés con una insistencia monacal.

Pilar la recibió en la cocina sin grandes efusiones, como si Clara se hubiera marchado a comprar el pan la tarde anterior y no tres meses atrás. Era una mujer de sesenta y cinco años, de facciones enérgicas y manos nudosas, marcadas por las varices de quien ha pasado media vida al frente de una gestoría administrativa, ordenando los desastres fiscales de los armadores locales. Tenía la misma mirada técnica de Clara, esa capacidad de observar un balance de situación o una página impresa buscando el error marginal, la línea torcida que delata la quiebra.

—Has adelgazado —dijo Pilar, dejando una taza de caldo de pescado sobre la mesa de hule—. En Portugal debéis de comer aire. Esa serra de la que hablas en las cartas solo sirve para criar musgo en los pulmones.

Clara se sentó, retirándose el abrigo de lino. Tomó la cuchara, sintiendo el calor del caldo contra los dedos resecos por el polvo del archivo de Lisboa.

—En la quinta se trabaja bien, mamá. El inventario está casi terminado. Tomás ha encontrado los libros de fletes de la naviera del treinta y siete y yo estoy cerrando las notas de la traducción. Pero no he venido a hablar de los pliegos de condiciones de la editorial.

Pilar interrumpió el movimiento de la cafetera de goteo. Se quedó de espaldas, con la silueta recortada contra el azulejo blanco de la cocina, rígida como una de las figuras de luto que Tomás describía en sus notas sobre Coímbra.

—¿Y a qué has venido entonces? —preguntó, sin volverse—. Los billetes de tren desde Oporto no son baratos y la editorial no debe de andar sobrada de fondos si seguís editando a esos poetas que solo leen los profesores de instituto.

—He venido a que me hables de la casa —dijo Clara, apoyando las dos manos en el borde de la mesa, buscando la fijeza del hule—. De la Quinta dos Loureiros. De por qué el juzgado de Sintra me

notificó en Madrid que era la única heredera de una propiedad de la que jamás habías dicho una sola palabra en esta cocina. No quiero más evasivas burocráticas, mamá. Sé que la casa no cayó del cielo.

Pilar exhaló un suspiro largo, un sonido áspero que pareció arrastrar la humedad de toda la ría. Dejó la cafetera sobre el mármol, se dio la vuelta y se sentó frente a ella, retirando la taza de caldo a un lado con un movimiento seco, definitivo. Sus ojos, del mismo gris que las piedras del puerto, sostuvieron la mirada de Clara sin pestañear. El inventario de los silencios familiares comenzaba a desmoronarse.

—La quinta perteneció siempre a la rama portuguesa —dijo Pilar, con una voz baja, despojada de adornos—. Los Almeida. Tu abuelo era primo hermano de la madre de ellos, pero tras la guerra civil las familias se cortaron como se cortan los caminos cuando hay aduanas de por medio. Ellos se quedaron en su lado de la frontera, con sus viñedos de Colares y sus notarías en Lisboa, y nosotros nos quedamos aquí, con los astilleros y la cartilla de racionamiento. El dinero no entiende de parentescos cuando hay un río de por medio.

Clara escuchaba sin moverse, anotando mentalmente los nombres en esa geografía invisible que intentaba reconstruir desde hacía meses.

—La propiedad se transmitió siempre por línea masculina —continuó Pilar, apoyando los puños en la mesa—. Una estructura de testamento cerrado que venía del siglo pasado, para evitar que las tierras de Ramisco se dividieran entre las hijas que se casaban fuera del distrito. Pasó de padres a hijos hasta llegar a Joaquim. Joaquim Almeida. Tu tío segundo. El último varón de esa estirpe de contables y navieros que Henrique de Sousa levantó a golpe de embargos.

—¿Joaquim? —Clara pronunció el nombre con extrañeza. No figuraba en ninguna de las cartas de Inês Vasconcelos ni en los márgenes de los libros de fletes del treinta y siete—. Tomás no ha encontrado ninguna mención a él en los archivos de la naviera.

—Porque Joaquim no quería saber nada de los barcos ni de los despachos de Lisboa —dijo Pilar, forzando una sonrisa amarga que le marcó las líneas de la boca—. Joaquim era... diferente. Vivió solo siempre en esa quinta de Sintra, entre los libros viejos y el

invernadero de los guardeses. La familia en Portugal lo trataba como si estuviera hecho de cristal fino o de cal muerta; lo nombraban lo justo en las reuniones y jamás le pidieron que firmara un balance de la sociedad comercial. No se casó. No tuvo hijos. En los años sesenta, cuando las cosas en Lisboa se volvieron difíciles para los hombres que eran como él, se encerró tras los muros de los Loureiros y dejó que la maleza hiciera el trabajo de ocultarlo. Murió hace tres años, en una cama de hierro de la planta alta, solo con el ama de llaves gallega para cerrarle los ojos.

El silencio regresó a la cocina de Vigo, pero ya no era un silencio defensivo; era la mudez limpia de las cosas que han sido expuestas a la luz. Clara imaginó a ese hombre solo, recorriendo las mismas estancias donde ella ahora corregía las galeradas de Madalena Vilas-Boas, pisando el parqué gastado que conservaba el rastro de la tos de Maria do Carmo.

—Si la propiedad venía por línea masculina y Joaquim era el último —dijo Clara, sintiendo que la lógica administrativa empezaba a fallar—, la lógica dice que la casa debería haber pasado al Estado portugués o a los acreedores de la naviera. ¿Por qué dejó la casa en herencia a la única mujer de la familia que conocía aunque fuera de lejos? A la hija de su prima Pilar. A mí. Yo no lo vi en mi vida, mamá. No sabía ni que existía hasta que llegó el cartero con el pliego judicial a Chueca.

Pilar levantó la mano derecha y se frotó las sienes con un movimiento mecánico, como si intentara borrar el cansancio de una jornada de balances. Miró hacia la ventana, donde los barcos de pesca entraban en el canal de la ría con las luces de posición encendidas en mitad de la tarde cenicienta.

—Porque yo se lo pedí —dijo Pilar, con una rotundidad que dejó a Clara muda—. Joaquim vino a Vigo una sola vez, en el invierno del noventa y seis, para firmar los últimos poderes de la disolución de la sociedad de fletes. Se quedó dos noches en este piso. Estaba viejo, tenía las manos grises de la cal de Sintra y un miedo espantoso a morir sin que nadie supiera qué había pasado dentro de esos muros. Nos sentamos en esta misma mesa. Me preguntó por la familia, por cómo nos iban las cosas en el norte. Y yo le hablé de ti.

—¿De mí? —El pulso de Clara se aceleró en la garganta—. ¿Qué podías decirle de mí en el noventa y seis? Yo era una estudiante que se pasaba las noches traduciendo fragmentos de prosa francesa en el suelo de la habitación.

—Le conté que escribías —dijo Pilar, volviendo los ojos hacia ella, fijos, desprovistos de reproche—. Le dije que te pasabas las horas muertas llenando cuadernos que luego escondías debajo del colchón para que tu padre no los viera. Le dije que tenías esa fijeza de los que buscan la línea recta en el papel, esa terquedad que no sirve para ganar dinero en una gestoría pero que te mantiene viva cuando todo lo demás se rompe. Joaquim me escuchó sin decir nada, tomando su taza de café en este mismo rincón. Al año siguiente, cambió el testamento en la notaría de Cascais. Dejó escrito que la Quinta dos Loureiros debía ser para ti, porque una casa donde una mujer había muerto escribiendo solo podía pertenecer a otra mujer que entendiera el peso de las palabras de verdad.

Clara se quedó inmóvil en la silla. Las palabras de su madre cayeron sobre la mesa con la fuerza de un bloque de granito húmedo. Porque le conté que escribías. La frase se le clavó en el pecho como un diagnóstico antiguo, quebrando la estructura defensiva que había levantado tras su salida de Madrid. Ella, que se había convertido en traductora para no tener que firmar con su propio nombre; ella, que había aceptado la humillación de ser tratada como una pieza subalterna en los proyectos de Daniel; ella, que se creía eficiente por el simple hecho de borrar su propia voz en los márgenes de las galeradas ajenas. Resultaba que la propiedad de Sintra, el laberinto de piedra y niebla que compartía con los fantasmas de Maria do Carmo e Inês, no era un flanco del azar o un error legal. Era un legado directo a su propia mitad rota. Un desván que la esperaba porque alguien, hacía treinta años, había creído en su capacidad para nombrar el mundo sin pedir permiso a nadie.

No hubo más preguntas esa noche. El caldo de pescado se enfrió en las tazas y el olor a vinagre blanco de los rodapiés pareció disolverse en mitad de la penumbra de la cocina.

Al día siguiente, el sábado por la mañana, Clara tomó el tren de vuelta hacia Portugal. No quiso quedarse a pasar el domingo en

Vigo; la claridad de la ría se le había vuelto extraña y sentía una urgencia física por regresar a la serra, por pisar el parqué de los Loureiros con la certeza de quien conoce la anchura de sus cimientos.

El convoy Celta cruzó la frontera de Valença bajo una lluvia fina, mansa, que borraba los campos de maíz del Miño y devolvía el paisaje a esa neutralidad gris que compartían los dos países. Clara iba sentada junto al ventanal del coche de segunda clase, con la maleta de lona a los pies y el abrigo de lino sobre las rodillas.

Sobre el tablero de madera del asiento descansaba un volumen gastado que había rescatado del desván de su madre antes de salir: una vieja edición en prosa de las cartas de Virginia Woolf, un libro que no formaba parte de los encargos de la editorial ni llevaba el sello de las revisiones de Daniel.

Clara alargó la mano, tomó el libro y lo abrió por la mitad. Durante años, sus dedos habían sostenido las páginas siempre acompañados por un lápiz de mina blanda y una tira de papel amarillo, dispuesta a anotar el desvío, a corregir el giro lingüístico, a trabajar para la voz de otro. Era su rutina eficiente. Su escudo de metal frío.

Esta vez, sin embargo, las manos de Clara estaban vacías. Sus dedos desnudos rozaron el relieve rústico del papel de hilo sin más propósito que el de dejarse llevar por la corriente de las frases. Comenzó a leer despacio, escuchando el eco de las palabras en el silencio de su propia mente. No leía para traducir. No leía para informar a una editorial comercial ni para cotejar los nombres de un inventario del pasado. Leía para sí misma, por primera vez en mucho tiempo, redescubriendo el placer limpio de la línea recta que avanza por la página sin pedir explicaciones a la prisa del siglo.

El tren torció la curva hacia Viana do Castelo, cobrando velocidad sobre los raíles húmedos, mientras la luz de la tarde empezaba a disolverse en una penumbra cenicienta que bajaba desde el monte de Santa Luzia. Clara no levantó los ojos del libro. El pasado respiraba bajo sus pies, sí, pero por primera vez en su vida, la traductora sentía que el suelo de la casa vieja comenzaba a

sostener su propio peso, entero y limpio, en mitad de la noche que se abría hacia el sur.

CAPÍTULO 29
TOMÁS

La casa de su madre en Coímbra conservaba una fijeza que no dependía de las estaciones, sino del ritmo regular con el que las sombras de los cipreses del cementerio de la Conchada cruzaban las ventanas de la planta alta. Era un orden antiguo, vertical, hecho de pasillos estrechos que olían a alcanfor, cera para el nogal y ese silencio espeso de las estancias donde las ausencias han sido catalogadas como si fueran escrituras de propiedad.

Tomás se había instalado en el antiguo escritorio de su padre, un tablero de caoba con las esquinas desgastadas por los puños de los camisones coloniales y una lámpara de bronce cuya tulipa verde proyectaba un círculo de luz fija sobre el parqué. En el suelo, junto a sus pies descalzos, descansaba el dibujo del barco que Lia había terminado la noche anterior: un trazo enérgico de lápiz grueso, con las velas desproporcionadamente grandes y una línea de flotación torcida que recordaba a las mareas sucias del puerto de Vigo. La niña dormía aún en el cuarto del fondo, bajo el arrullo monótono de los hilos de agua que bajaban por las canaletas de la rúa Ferreira Borges.

Frente a él, la pantalla del ordenador portátil parpadeaba con la frialdad de un instrumento clínico. Había entrado en el correo institucional de la Universidad de Coímbra solo para revisar si la secretaría de la facultad había tramitado la prórroga de su excedencia para el inventario de Sintra, pero el primer mensaje de la bandeja de entrada no llevaba el membrete burocrático de la administración académica. Venía de una dirección limpia, un dominio rematado por el sufijo invisible de las corporaciones del este de los Estados Unidos: @princeton.edu.

El remitente era Helena Maddox.

Tomás leyó el nombre dos veces, sintiendo una contracción seca en la base de la garganta. No le tomó por sorpresa; Alistair Finch lo había mencionado por teléfono semanas atrás, la tarde del domingo en que ordenaba la maleta en el piso de Celas. Lo que sí lo era era la velocidad con la que el cerco se había estrechado: ya no se trataba de una consulta a los microfilmes de King's College, ni de una mención lateral en una conversación entre colegas. Maddox no era una investigadora marginal ni una doctoranda en busca de una nota a pie de página en una revista de provincias. Era la titular de la cátedra de Estudios Ibéricos en Princeton, una mujer cuyas monografías sobre las redes de resistencia femenina durante el salazarismo habían reconfigurado el canon de la historiografía peninsular en la última década. Sus libros no se editaban en los talleres modestos de Coímbra o Santiago; llevaban el sello de las grandes prensas universitarias anglosajonas y se distribuían en redes comerciales que Tomás solo conocía a través de los catálogos internacionales.

El texto del mensaje estaba escrito en un portugués impecable, desprovisto de esos giros brasileños que delataban a los académicos norteamericanos que habían aprendido el idioma en las playas de Río. Era una prosa afilada, limpia, armada con la cortesía implacable de quienes están acostumbrados a dirigir departamentos con presupuestos de siete cifras.

«Estimado profesor Rebelo», comenzaba el correo. «Ha llegado a mi conocimiento, a través de una nota marginal en el boletín de la Asociación de Archiveros de Lisboa, que se encuentra usted coordinando el vaciado de los fondos documentales de la familia Almeida en la zona de Sintra, específicamente los legajos relacionados con la naviera Vasconcelos y las propiedades de la Quinta dos Loureiros. Como sabrá por mis trabajos anteriores (The Silent Border, 2018), mi equipo lleva tres años rastreando las redes de financiación que la Liga de la Divina Providencia utilizó para el traslado de refugiados políticos hacia el norte de España durante el invierno de 1937».

Tomás apoyó la espalda en el respaldo de caoba, sintiendo el frío de la madera a través de la camisa. Bajó el cursor.

«La coincidencia de nuestros marcos de investigación es evidente», continuaba Maddox. «Nuestros modelos cuantitativos sugieren que los libros de fletes de esos meses contienen la clave para entender el bloqueo de las cuentas que detuvo las evacuaciones en octubre de ese año. Me gustaría proponerle una colaboración formal. Nuestro departamento dispone de una partida presupuestaria específica para la digitalización de alta velocidad y el análisis de datos mediante reconocimiento de caracteres manuscritos. Podríamos incorporar sus hallazgos a nuestro repositorio central, garantizándole, por supuesto, una coautoría secundaria en el volumen colectivo que editaremos el próximo año en Nueva York. Estaré en Lisboa la semana que viene para una conferencia en la Fundación Gulbenkian; sería un placer reunirme con usted para cerrar los términos del acuerdo».

Tomás se quedó inmóvil, con los ojos fijos en la frase «coautoría secundaria».

Reconocía el tono a la perfección. Había pasado los suficientes años en los pasillos de la facultad para saber que lo que Helena Maddox llamaba «colaboración» no era más que una orden de captura académica. El mecanismo era viejo y eficiente: una universidad transatlántica, armada con dólares, escáneres de última generación y un ejército de becarios postdoctorales, desembarcaba en un archivo periférico, absorbía el trabajo de campo de un investigador local sin plaza fija, y lo transformaba en un producto indexado de alto impacto donde el descubridor original quedaba reducido a una mención de agradecimiento en el prólogo o a un segundo nombre sepultado bajo el peso institucional de la cátedra de Princeton.

Se levantó de la silla y caminó hacia la ventana. Abajo, en el patio interior, su madre estaba tendiendo una sábana blanca que el viento de Coímbra agitaba con un chasquido sordo, húmedo. Tomás la miró sin verla. La propuesta de Maddox lo colocaba frente a una encrucijada donde todas las salidas implicaban una amputación.

Si compartía los datos ahora, si abría el acceso a las treinta y dos cartas de Inês Vasconcelos y al cuaderno de borradores de O Pomar que dormían bajo el suelo del invernadero, perdería de inmediato el

control del descubrimiento. El misterio de Maria do Carmo, la dignidad desolada de su resistencia y la estructura exacta de la renuncia que él y Clara estaban intentando desenterrar en Sintra serían procesados por la maquinaria analítica de Princeton, convertidos en estadísticas de género y teoría de redes sociales para el consumo de los comités de evaluación americanos. Su proyecto, la justificación de su encierro en los Loureiros, dejaría de pertenecerle.

Pero si no compartía, si decidía levantar el mismo muro defensivo que Joaquim Almeida había construido en los años sesenta, el precio a pagar sería la muerte civil en el entorno académico. Helena Maddox tenía el poder suficiente para bloquear cualquier artículo que Tomás intentara publicar en las revistas de impacto internacional; un simple informe negativo de sus evaluadores ciegos bastaría para etiquetar su trabajo en Sintra como «erudición local de corto alcance», condenándolo a la marginalidad de los boletines de provincia. Sin la legitimidad que otorgaba el circuito anglosajón, su plaza definitiva en Coímbra seguiría siendo un espejismo y su nombre continuaría asociado al luto oficial de una familia que ya no esperaba nada de él.

Regresó al escritorio. El cursor seguía parpadeando junto a la firma de Maddox, una línea vertical que parecía medir el tiempo que le quedaba antes de que la máquina se pusiera en marcha.

Pulsó el botón de responder. Dejó el recuadro del texto en blanco durante dos minutos. Su mente, habituada al orden estricto de los palimpsestos, buscó una justificación metodológica para ganar tiempo, una respuesta plana que no fuera un sí pero que tampoco cerrara la puerta de golpe.

«Estimada profesora Maddox», empezó a escribir. «Agradezco su interés por el inventario de la Quinta dos Loureiros. En este momento, los fondos documentales se encuentran en una fase preliminar de catalogación y el acceso a los pliegos del treinta y siete está restringido por orden de la propiedad legal de la finca. Le propongo que pospongamos nuestra reunión hasta que hayamos cerrado el índice definitivo del vaciado».

Borró las últimas dos líneas. Sonaban demasiado definitivas, casi un desafío. Volvió a redactar el párrafo utilizando esa neutralidad

técnica que Clara tanto detestaba: «Tomamos nota de su propuesta de colaboración. Evaluaremos los términos de la compatibilidad de nuestros sistemas de almacenamiento antes de su llegada a Lisboa».

No envió el correo. Decidió dejarlo en la carpeta de borradores, congelado en ese limbo administrativo que permitía a los archiveros retrasar las sentencias de los tribunales. Necesitaba volver a Sintra, pisar el parqué de la biblioteca y mirar el sillar suelto del invernadero antes de entregar una sola línea del manuscrito a nadie.

Cerró la tapa del ordenador con un golpe seco que hizo vibrar la tulipa de bronce.

Pensó en Clara. Pensó en el tren que a esa misma hora debía de estar bajando desde Vigo hacia el sur, con la traductora leyendo las cartas de Virginia Woolf junto al ventanal de segunda clase. ¿Qué diría ella si supiera que Princeton estaba llamando a la puerta de la quinta? Clara acababa de descubrir, por boca de su madre, que la casa le pertenecía por un hilo secreto de lealtad literaria; estaba empezando a recuperar su propia voz, desgajándose del control que Daniel había ejercido sobre sus traducciones en Madrid. Si le contaba lo de Maddox, si introducía la urgencia de la rapiña académica en la mesa de roble de la biblioteca, la frágil complicidad que habían restaurado tras la noche de Lisboa se rompería de inmediato. Ella vería en la propuesta una nueva amenaza, otra maquinaria ajena dispuesta a expropiarle sus silencios. O peor aún: pensaría que Tomás estaba utilizando el inventario de sus antepasados como una moneda de cambio para comprar su propia redención en la facultad de Coímbra.

Decidió no contárselo. Ocultaría el correo de Maddox bajo el mismo inventario de mentiras burocráticas que utilizaba para justificar sus noches en el sofá de pana. Al fin y a la postre, se dijo a sí mismo para calmar el reproche de su conciencia, el trabajo de campo era suyo; él había encontrado los libros de fletes y él debía proteger el perímetro del descubrimiento hasta que la cosecha estuviera a salvo.

La puerta del despacho se abrió y Lia asomó la cabeza, con los ojos pequeños por el sueño y el pelo revuelto sobre los hombros.

—Papá —dijo, arrastrando los pies hacia la mesa—. La abuela dice que el desayuno está listo. ¿Has terminado ya con tus papeles viejos?

Tomás cerró los ojos, tomó el dibujo del barco del suelo y lo colocó sobre la tapa cerrada del ordenador, tapando el logotipo de la marca que lo conectaba con el resto del mundo. Sonrió a su hija, sintiendo que el corazón a la mitad le daba un vuelco áspero, agrio como el luto de la casa.

—Sí, mi amor —dijo, levantándose para tomarla en brazos—. Ya he terminado. Vámonos a la cocina.

Subió las escaleras hacia el comedor sintiendo el peso de la frase que no había enviado, un secreto nuevo que quedaba plantado en la geografía de Sintra como una semilla sucia, dispuesta a brotar en mitad de la niebla antes de que el invierno diera su última vuelta de llave.

CAPÍTULO 30
SINTRA, NOVIEMBRE 1937

Noviembre había despojado a la serra de sus últimos matices verdes, dejando los contornos de la Quinta dos Loureiros reducidos a una osamenta de ramas desnudas y piedra cubierta de moho gris. La niebla ya no subía desde el Atlántico como una marea limpia; se estancaba en los pasillos de la casa, un aire espeso y helado que olía a cal muerta y a la combustión incompleta de las chimeneas que los criados encendían tarde, casi con desgana. La tos de Maria do Carmo había adquirido una fijeza mineral. Cada acceso le dejaba en la boca un sabor a hierro viejo y una fatiga sorda en los huesos que la obligaba a pasar las mañanas inmóvil en el gran comedor, el único espacio de la planta baja donde el frío no parecía adherirse de inmediato a la seda de las paredes.

El automóvil no llegó con el estrépito habitual de las visitas de Henrique. El siseo de los neumáticos sobre la grava húmeda fue un rumor blando, una línea recta de sonido que se detuvo justo bajo los arcos del porche.

Maria do Carmo no levantó la vista del mantel de hilo que estaba remendando. Sus dedos, entumecidos por la falta de circulación, movieron la aguja con una regularidad mecánica, una disciplina que había aprendido a oponer al desorden de su propio cuerpo. Escuchó la apertura de la puerta principal, el eco de los pasos en el vestíbulo de granito y, tras ellos, un segundo par de pisadas, más cortas y desiguales, que no pertenecían a la servidumbre ni al administrador de Colares.

Henrique entró en el comedor sin quitarse el sombrero de fieltro. Su gabardina inglesa venía empapada, despidiendo un olor acre a lana húmeda que inundó la estancia de inmediato. Detrás de él, manteniéndose un paso por detrás en la penumbra del umbral,

apareció un hombre menudo, de facciones borrosas y un abrigo oscuro cuyos puños mostraban el deshilachado gris de los trajes de oficina de la Baixa. Sostenía contra el pecho una cartera de cuero agrietado, sujeta con una correa de lona sucia. Un detective. Un profesional de la sospecha contratado en los callejones que mueren en los muelles de Alcântara.

—Puedes dejar los pliegos sobre la caoba, Silva —dijo Henrique. Su voz no traía la urgencia de la rabia, sino la frialdad plana de un secretario judicial que lee un acta de embargo.

El hombre menudo avanzó con timidez. Sus zapatos gastados dejaron un rastro de huellas opacas sobre el parqué encerado. Abrió la cartera con dedos rápidos y extrajo un fajo de rectángulos de papel fotográfico, revelados de prisa, que aún desprendían un vago aroma a ácido acético y a sótano de almacén. Los colocó en el centro de la mesa de comedor, alineándolos con una fijeza contable de hombre acostumbrado a inventariar la vida de los demás.

—Es todo, señor de Sousa —susurró el detective, sin mirar a Maria do Carmo—. El registro de las tardes de los jueves es completo. Desde la rúa Garrett hasta la pensión de la rúa do Sé.

—Es eficiente —contestó Henrique, despidiendo al hombre con una inclinación de cabeza apenas perceptible—. Espera en el vestíbulo. El chófer te entregará el recibo de los honorarios.

La puerta se cerró con un chasquido rústico. El silencio que regresó al comedor era tan denso que el crujido de la madera de caoba bajo el peso de las fotografías pareció un estallido.

Henrique se acercó a la mesa. Con el dedo índice de su guante de cabritilla, fue desplazando las imágenes una a una, extendiéndolas sobre el hilo blanco del mantel como si estuviera mostrando los planos de una nueva vía ferroviaria o los albaranes de una carga de trigo del Alentejo.

Maria do Carmo dejó la aguja clavada en la tela. Se inclinó hacia adelante, apoyando las manos desnudas en el borde de la madera para sostener el peso de sus hombros fríos. Miró las fotos.

La traición estaba allí, fijada en la emulsión de plata con una nitidez obscena. La primera imagen mostraba la rúa Garrett bajo una llovizna gris; en la esquina de la terraza de A Brasileira, junto al

ventanal de madera oscura, la silueta de Inês Vasconcelos aparecía recortada contra la claridad de una farola, con el sombrero ladeado y los dedos envueltos en los mitones de lana gris que Maria do Carmo le había regalado el invierno anterior. En la segunda fotografía, la escala cambiaba: se veía el reflejo del espejo de nogal del interior de la cafetería, y en él, las caras de las dos mujeres unidas por la proximidad de una jarra de café de Angola. Sus rostros estaban demasiado cerca; la distancia entre ambas era una línea de sombra que ningún detective necesitaba explicar.

Había más. Una toma borrosa junto al portal de la rúa do Sé, donde la mano de Inês descansaba sobre la gabardina de Maria do Carmo con una familiaridad que no admitía justificaciones burocráticas ni mentiras piadosas sobre las reuniones de la Liga de la Divina Providencia. La última era un plano corto de un reverso de factura comercial, donde la caligrafía limpia de Inês trazaba las líneas de la traducción de Colette entre los números de los fletes de los barcos de Badajoz.

Maria do Carmo recorrió cada una de las imágenes con una fijeza desprovista de miedo. No sintió la necesidad de ocultar las manos ni de buscar una disculpa administrativa que aliviara la tensión de las sienes. En ese instante, bajo el techo rígido de los Loureiros, la verdad dejó de ser un manuscrito enterrado entre las raíces del naranjo viejo para convertirse en un hecho consumado, una línea recta que cruzaba el comedor con la fuerza de un diagnóstico definitivo.

Levantó los ojos hacia Henrique. Su marido permanecía de pie al otro lado de la mesa, con las manos hundidas en los bolsillos de la gabardina, observándola con la misma neutralidad zoológica con la que examinaba las viñas enfermas de Colares antes de ordenar la poda de raíz.

—No vas a negar nada, supongo —dijo él, sin alterar el tono monótono de su respiración.

Maria do Carmo enderezó la espalda. Sintió el dolor agudo de la fiebre en la base del cuello, pero su rostro conservó la máscara de cal muerta que había construido durante los meses de encierro.

Sostuvo la mirada del hombre con el corazón a la mitad, el burócrata que había convertido su matrimonio en un inventario de ausencias.

—Eu amo-a, Henrique.

Las palabras cayeron sobre la mesa con la limpieza de una aguja de coser que perfora el lino caliente. No hubo temblor en su voz; fue una declaración despojada de adornos ornamentales, un fragmento de conversación verdadera que no buscaba el perdón ni la compasión del propietario de la finca.

Henrique no se alteró. Sus cejas ni siquiera se arquearon ante la audacia de la frase. Para él, la confesión de su esposa no era un agravio de la sangre o una ofensa al honor que exigiera la violencia rústica de los hombres del norte; era, simplemente, un error de contabilidad, una partida defectuosa en el libro mayor de su reputación que debía ser subsanada con la máxima eficiencia posible para evitar que el descrédito afectara a sus contratos con el ministerio en Lisboa. Cruzó el comedor hacia el aparador de nogal, donde la botella de vidrio tallado descansaba junto a las copas cortas. Sirvió dos oportos con la misma parsimonia meticulosa que Maria do Carmo había empleado tres semanas antes para distraerlo. El líquido oscuro, espeso como la sangre de buey, reflejó la luz mortecina de las ventanas de la serra. Regresó a la mesa, dejó una de las copas junto al fajo de fotografías y retuvo la otra entre sus dedos enguantados.

—El doctor Soares vendrá la semana que viene —anunció Henrique, tomando un sorbo corto del vino—. He hablado con él esta mañana en el Club de Lisboa. Está de acuerdo en que el aire de la costa, en el sanatorio de la Línea de Estoril, será mucho más adecuado para el tratamiento de tu afección respiratoria. El clima de Sintra es demasiado húmedo para unos pulmones tan frágiles como los tuyos.

Maria do Carmo sintió un frío mineral en la boca del estómago. El sanatorio del doctor Soares no era un hospital para tísicos; era un edificio amurallado entre los acantilados de la costa, un lugar de ventanas con rejas de hierro y pasillos silenciosos donde las familias de la alta burguesía de Lisboa sepultaban a las mujeres que mostraban desvíos emocionales o terquedades que la ley no

alcanzaba a corregir. Entrar allí significaba el borrado definitivo de su nombre, la pérdida de la tutela de cualquier pliego de condiciones y el aislamiento absoluto en una habitación de yeso donde nadie escucharía la voz de O Pomar. Henrique iba a ser discreto. No habría tribunales ni escándalos en los pasillos de la naviera Vasconcelos; solo una orden médica firmada por un apellido ilustre y un traslado nocturno en un automóvil oficial.

—Irá todo bien —continuó Henrique, mirando el cristal de su copa con una fijeza administrativa—. La familia mantendrá la asignación para los gastos de representación de la finca, pero las cuentas de la naviera quedarán bloqueadas a partir de mañana por la mañana. Inês Vasconcelos no volverá a recibir un solo escudo de los fletes del norte. He firmado la orden de rescisión de sus contratos de traducción esta misma tarde en el registro de aduanas. No tendrá donde ir cuando el invierno empiece de verdad.

Maria do Carmo asintió despacio. No había espacio para la réplica en la estructura de crueldad civilizada que su marido había desplegado sobre la mesa. Sabía que los seis meses que había calculado en octubre se habían reducido, por el azar de un detective de la Baixa, a unos pocos días de gracia. Su cuerpo estaba roto por la tos, sí, pero su mente conservaba la línea recta de las cosas que deben ser terminadas antes de que la noche se cierre por completo. Necesitaba el tiempo justo para envolver las treinta y dos cartas en el lienzo encerado con resina de pino y bajarlas al jardín amurallado, poniéndolas a salvo bajo las raíces principales del naranjo viejo, donde el pasado pudiera esperar a que alguien viniera, algún día, a desenterrarlo. Henrique dejó la copa vacía sobre la caoba, justo encima de la fotografía que mostraba el espejo de A Brasileira. Se ajustó el cuello de la gabardina húmeda y caminó hacia la puerta del salón, con las botas de montar resonando de nuevo en el parqué gastado. Antes de salir, se detuvo en el umbral, sin volver la cabeza, con la silueta recortada contra la penumbra del pasillo de granito.

—Tens tempo até segunda. Aproveita.

La puerta de doble hoja se cerró con un golpe seco, definitivo, que hizo vibrar las lunas del invernadero exterior. El rumor del motor del automóvil se encendió bajo el porche y se disolvió en mitad de la

niebla de la serra, dejando el comedor entregado de nuevo al siseo de la lluvia menuda y al olor a ácido acético de los rectángulos de papel. Maria do Carmo se quedó sola frente al oporto intacto. Miró sus manos desnudas, manchadas por la tinta ferrogálica de los borradores que aún descansaban detrás del sillar suelto del invernadero, y una serenidad extraña, fría como la cal de los muros, se instaló en su pecho en mitad de la tarde de noviembre.

Me di cuenta de que tenía más suerte que muchas. Henrique era un hombre civilizado. Otros maridos habrían usado otras palabras.

CAPÍTULO 31
CLARA

La niebla de noviembre se había instalado en los jardines de la Quinta dos Loureiros con la fijeza de un inquilino definitivo. No era la humedad mansa de los meses de verano, sino un vapor frío, espeso y con un vago olor a granito mojado que se filtraba por las rendijas de los ventanales de la biblioteca, empañando las vitrinas de nogal y volviendo áspero el tacto de las galeradas pendientes de Madrid. La rutina había regresado a la casa con la cadencia de un péndulo antiguo, despojada de las urgencias del viaje pero cargada con el peso de todo lo que ambos habían elegido silenciar tras su regreso de la frontera.

Clara y Tomás trabajaban en los extremos opuestos de la gran mesa de roble, separados por una geografía de carpetas clasificadoras, fichas bibliográficas y cajas de cartón sin ácido. Apenas se hablaban, salvo para coordinar cuestiones técnicas del inventario o para pedir el paso de un diccionario de términos comerciales. Sin embargo, el silencio ya no era el mismo de las primeras semanas. Estaba habitado por una tensión invisible, una línea de sombra que moría en los márgenes de los documentos y que delataba los desvanes que cada uno custodiaba por su cuenta.

Clara sentía la fijeza de las palabras de su madre en la raíz de los dedos: «Le conté que escribías». Desde su vuelta de Vigo, cada vez que abría un pliego de condiciones o revisaba una traducción, sentía que el parqué de la quinta ya no era un escenario ajeno, sino un legado directo que la obligaba a interrogarse sobre su propio derecho a nombrar el mundo. Miraba de reojo a Tomás, que pasaba las hojas de los libros mayores con una insistencia monacal, con los ojos hundidos por el insomnio y esa rigidez en los hombros que delataba un cansancio moral absoluto. Clara intuía que algo se había

quebrado en él durante el fin de semana en Coímbra. Había una opacidad nueva en sus gestos, una reserva administrativa que lo llevaba a cerrar el ordenador portátil cada vez que ella se levantaba a por café, como si custodiara un balance defectuoso que no pudiera permitir que nadie examinara.

Tomás, por su parte, guardaba el correo de Helena Maddox en el rincón más oscuro de su carpeta de borradores, sintiendo el siseo de la sospecha como una quemadura fría en las sienes. Sabía que cada día que pasaba sin responder a Princeton reducía su margen de maniobra en la facultad, pero la sola idea de abrir el perímetro del descubrimiento a la maquinaria analítica transatlántica le provocaba una repulsión física. Miraba a Clara trabajar, concentrada en el cotejo de las fechas de la naviera Vasconcelos, y sentía el reproche de su propia mentira. Ella estaba allí por una lealtad pura, desenterrando los silencios de sus antepasados con una limpieza que a él le resultaba inalcanzable, atrapado como estaba en las redes de la supervivencia académica.

A las cuatro de las tarde, la luz de la serra comenzó a disolverse en una penumbra cenicienta que obligó a Clara a encender la lámpara de bronce de su lado de la mesa. Frente a ella descansaba una torre de libros de cuentas viejos, encuadernados en cartón negro con esquinas de badana, que Tomás había bajado del desván de la planta alta aquella misma mañana. Eran los registros anteriores a la guerra, la prehistoria de la fortuna de Henrique de Sousa, una época en la que la naviera de Lisboa aún no transportaba suministros militares y se limitaba al tráfico regular de corcho y mineral entre Setúbal y los puertos del norte de España.

Clara tomó el volumen correspondiente al año 1928. El cuero de la lomera estaba reseco, agrietado por sesenta años de olvido, y desprendía un polvo grisáceo que le hizo cosquillear la garganta. Lo abrió por la mitad con un movimiento deliberado, buscando la regularidad de las líneas azules que dividían las columnas de los ingresos y los gastos. Las páginas contenían la caligrafía despojada de un tenedor de libros anónimo: asientos de carbón, facturas de arboladura, salarios de los peones del muelle de Alcântara. Una

contabilidad plana, limpia, donde el mundo quedaba reducido a una relación exacta de números y fechas obligatorias.

Pasó varias hojas, sintiendo el crujido del papel de hilo contra las yemas de sus dedos. Al llegar a la sección de los balances del mes de octubre, el lomo del libro cedió con un chasquido sordo y un rectángulo de papel doblado en dos se deslizó desde el hueco de la costura, cayendo sobre el parqué con el aleteo blando de una hoja seca.

Clara se inclinó para recogerlo. Era un trozo de papel de algodón ligero, de un tono azulado que contrastaba con el amarilleo crudo de las páginas del registro. No era una factura comercial ni un albarán de aduanas. Estaba doblado con una parsimonia meticulosa, casi de costura, y no llevaba ningún membrete oficial.

Lo desdobló sobre la madera de roble, bajo el círculo de luz fija de la lámpara.

La caligrafía la golpeó antes de que pudiera procesar el sentido de las palabras. Era una escritura de trazo firme, desprovista de curvas ornamentales, armada con una fijeza de aguja de coser que Clara reconocía a la perfección. Era la misma mano que había redactado el manuscrito de O Pomar en los márgenes de los pliegos del treinta y siete; la misma caligrafía limpia y despojada que había resistido las inspecciones de Henrique en el comedor amurallado. La letra de Maria do Carmo.

El texto constaba de una sola línea, trazada con una tinta ferrogálica que se había vuelto de un color marrón herrumbre con el paso de las décadas. Estaba escrito en portugués, una frase corta que cruzaba el papel con la fijeza de una sentencia notarial:

«Si algún día lees esto, que sepas que elegí.»

Clara leyó la frase una vez. El aire de la biblioteca pareció volverse denso, espeso como la cera de abejas mezclada con resina de pino que olía en el prólogo de los textos. La leyó una segunda vez, recorriendo con el índice el relieve áspero que la pluma había dejado en el reverso del algodón. La leyó una tercera vez, en voz baja, sintiendo que las palabras poseían una neutralidad técnica que, sin embargo, abría una grieta profunda en la estructura de la tarde. Si algún día lees esto, sabe que elegí.

—Tomás —dijo. Su voz no fue más que un susurro, pero la mudez de la estancia la amplificó hasta convertirla en una llamada urgente.

Tomás levantó los ojos de su ficha de catalogación. Al ver la fijeza en el rostro de Clara y el rectángulo azulado que ella sostenía entre los dedos, dejó el bolígrafo sobre la caoba y se levantó de la silla con un movimiento lento, casi temeroso. Cruzó el espacio que los separaba, rompiendo la distancia reglamentaria que habían mantenido desde su regreso de Coímbra, y se detuvo a su lado, inclinándose sobre el tablero de roble.

—¿Qué es? —preguntó, con la respiración contenida en la garganta.

Clara no contestó. Desplazó el papel hacia el centro del círculo de luz, permitiendo que Tomás leyera la caligrafía de cal muerta.

Tomás se quedó inmóvil. Su mirada se fijó en las palabras «que sepas que elegí» y, durante tres segundos enteros, Clara pudo escuchar el silencio absoluto de sus pulmones. No respiraba. La rigidez de sus hombros se acentuó hasta volverse militar, y sus ojos se dilataron con el impacto de una revelación que parecía desmoronar todas las clasificaciones de su memoria de archivero.

—Es... es esa frase —susurró él, con una voz que había perdido toda su neutralidad técnica.

—¿Qué frase, Tomás? —Clara lo miró, buscando la línea recta de sus ojos.

Tomás apoyó las dos manos en el borde de la mesa, con los nudillos blancos por la presión. Su mente estaba procesando un palimpsesto invisible, uniendo los hilos de una geografía que cruzaba las décadas.

—En la carpeta tres —dijo, hablando de prisa, como si temiera que el descubrimiento pudiera disolverse si no lo nombraba de inmediato—. Las cartas que catalogamos antes de marchar a Coímbra. Hay un pliego de Inês Vasconcelos, fechado en diciembre del treinta y siete, una semana después de que Henrique ordenara el bloqueo de las cuentas comerciales. Inês escribe desde su habitación del Barrio Alto, destrozada porque no sabe dónde han llevado a Maria do Carmo. En los márgenes del papel, cita una

conversación que mantuvieron en la pensión de la rúa do Sé, la última tarde que pasaron juntas antes de que el detective pusiera las fotografías sobre la mesa.

Tomás tragó saliva, sintiendo el sabor amargo del café frío en la boca.

—Inês dice que Maria do Carmo la miró a los ojos y le repitió una frase que había dejado escrita años atrás, cuando entendió el carácter de Henrique y el tipo de matrimonio al que la habían condenado. Una frase que era su escudo de metal frío contra todo lo que vendría después. Es esta, Clara. Exactamente esta: «Si algún día lees esto, que sepas que elegí».

Las dos puntas de la historia se acababan de tocar bajo la lámpara de bronce de la Quinta dos Loureiros. El año 1928, el momento en que Maria do Carmo había tomado la decisión de no ser una simple pieza subalterna en los balances de su marido, se unía con el invierno de 1937, el instante de la traición civilizada y el encierro definitivo en el sanatorio de la costa. No había sido un desvío del azar; no había sido el apagamiento pasivo de un cuerpo enfermo que aceptaba la humillación de la derrota sin otra preocupación que el orden doméstico de la finca. Había una voluntad detrás de la cal. Una elección consciente, una línea recta trazada en mitad de la opresión de la época, que cruzaba las décadas para reclamar su derecho a ser escuchada por la mujer que ahora sostenía el papel.

Clara sintió que el suelo de la casa vieja comenzaba a temblar bajo sus pies, pero no era el temblor de la ruina; era el peso de una verdad entera que la inundaba por completo. Miró la caligrafía de Maria do Carmo y, de repente, la imagen de su propia vida en Madrid, las humillaciones silenciosas junto a Daniel, los cuadernos escondidos bajo el colchón de los que le había hablado su madre y el miedo constante a firmar con su propio nombre se fundieron en un solo nudo ciego que le oprimió el pecho.

Una lágrima gorda, limpia, rodó por su mejilla y cayó sobre la madera de roble, justo al lado del rectángulo azulado. Clara no intentó ocultarla ni buscó el pañuelo en la manga del abrigo. Comenzó a llorar sin saber del todo por qué, con un llanto sordo,

desprovisto de dramatismo ornamental, que brotaba de una veta profunda que había mantenido clausurada desde hacía tres años. Lloraba por Maria do Carmo, por la dignidad desolada de su resistencia entre las raíces del naranjo; pero lloraba también por sí misma, por la traductora que por fin entendía que la herencia de la quinta no era una casualidad burocrática, sino un espacio que la esperaba para que volviera a escribir sin pedir permiso a nadie.

Tomás la observó desde su fijeza de luto. Por primera vez en todos los meses que llevaban compartiendo el archivo de Sintra, el muro defensivo de su propia culpa, esa estructura rígida con la que se protegía del recuerdo de su mujer y de las exigencias de la facultad, pareció ceder ante la limpieza del dolor de Clara. Vio sus hombros temblar bajo la luz de la lámpara y entendió que las palabras de verdad no admitían más clasificaciones técnicas ni retrasos administrativos.

Levantó la mano derecha de la caoba. Fue un movimiento lento, torpe, que delataba la falta de costumbre de un cuerpo que llevaba años habitando el aislamiento absoluto de los sofás de pana. Cruzó el aire frío de la biblioteca y posó los dedos sobre el hombro de Clara.

Solo el hombro. Un contacto firme, plano, desprovisto de intenciones dobles o de la urgencia del consuelo fácil. Era un ancla. Una forma de decirle que el suelo de la casa volvía a sostener su propio peso y que, en mitad de la niebla de la serra, ya no estaba sola para ordenar los desastres de la memoria.

Clara sintió el calor de los dedos de Tomás a través del lino del abrigo. No se apartó ni se volvió para mirarlo. Continuó mirando el papel azulado, dejando que las lágrimas limpiaran el contorno de las letras de herrumbre, mientras la mano de él permanecía allí, fija y reglamentaria, como un hito de piedra que marcaba el final de una frontera invisible y el comienzo de un territorio nuevo donde los dos finales de la historia se disponían a librar su última batalla.

CAPÍTULO 32
TOMÁS

El sofá de pana de la biblioteca conservaba la rigidez de un mueble auxiliar, un armatoste pensado para las esperas de los procuradores más que para el descanso de un hombre. Bajo la manta escocesa, Tomás permanecía inmóvil, con los ojos fijos en el techo alto de bovedilla donde la penumbra borraba las molduras de yeso. La casa no guardaba silencio; el silencio de la Quinta dos Loureiros era una estructura articulada, hecha del siseo de la niebla contra los cristales, el crujido mineral de los sillares de caliza y el latido sordo de las tuberías de plomo que bajaban desde los baños de la planta alta.

No podía dormir. El encuentro de la tarde junto al tablero de roble seguía vibrando en el centro de su pecho como una descarga lenta. Recordaba el tacto áspero del papel azulado de 1928, la fijeza de la tinta herrumbre y, sobre todo, la limpieza con la que Clara había dejado caer la primera lágrima sobre la madera. «Que sepas que elegí». La frase de Maria do Carmo había actuado como un resorte contable, uniendo las dos mitades de la historia con una precisión que desmoronaba cualquier intento de clasificación técnica. Las puntas se habían tocado y, al hacerlo, habían dejado al descubierto el perímetro de sus propias mentiras. Tomás sentía el peso del correo de Helena Maddox en la carpeta de borradores de su ordenador, una línea sucia de silencio que lo separaba de Clara justo en el instante en que la verdad de la quinta comenzaba a exigir una lealtad absoluta.

A las tres de la mañana, la sed se le volvió física, una contracción agria en la laringe que sabía que no se calmaría permaneciendo quieto bajo la lana. Se retiró la manta con un movimiento lento, asegurándose de que el crujido de los muelles no rompiera la mudez

de la biblioteca. Apoyó los pies descalzos en el parqué frío, sintiendo la humedad de la serra en las plantas, y caminó hacia la puerta sin encender el flexo de bronce.

El pasillo que conducía a la zona de servicio era una galería de granito oscuro, donde el aire olía a la cera vieja de los rodapiés y a la combustión lenta de la estufa de fundición que los criados habían apagado a las diez. Tomás avanzó guiándose por el reflejo blando que subía por el caracol de piedra desde la planta baja. Una claridad ámbar, mortecina, que no pertenecía a la luna sino a la resistencia eléctrica del hornillo de la cocina.

Cuando entró en la estancia, no se sorprendió.

Clara estaba allí, sentada en una de las sillas de pino sin pintar, junto a la mesa de fregar de mármol blanco. Llevaba el abrigo de lino gris por encima del camisón y sostenía entre las manos una taza de loza vacía, con los dedos entumecidos apretados contra el barro frío. El pelo le caía sobre los hombros en un desorden liso, desprovisto de la fijeza reglamentaria de las tardes de trabajo. Frente a ella, una tetera de hierro fundido dejaba escapar un hilo delgado de vapor que se disolvía de inmediato en mitad del aire espeso del cuarto.

Ninguno de los dos dijo nada durante diez segundos enteros. No había espacio para la extrañez o las disculpas burocráticas; sus órbitas nocturnas se habían sincronizado meses atrás, unidas por la costumbre de los insomnios compartidos y por los desvanes que cada uno arrastraba desde el otro lado de la frontera.

—¿Quieres té? —preguntó Clara. Su voz tenía la neutralidad plana de las sentencias notariales, pero traía también una suavidad remota, limpia de la prisa del día.

—Sí —contestó Tomás, sentándose en la silla de enfrente, al otro lado del mármol—. Gracias.

Clara se levantó sin prisa. Tomó otra taza del anaquel, vertió el agua caliente sobre las hojas de tila y dejó el recipiente al alcance de la mano de Tomás. El olor dulce de la hierba medicinal se mezcló con el rastro rancio del gas del hornillo y la humedad de la cal húmeda de los muros.

Tomás rodeó la taza con las manos, buscando el calor del barro para calmar la rigidez de sus dedos. Miró el perfil de Clara, recortado contra el ventanal que daba al patio interior, y entendió que el inventario de las distancias se había agotado por completo aquella tarde en la biblioteca. Ya no bastaba con hablar de Maria do Carmo, de los fletes de la naviera del treinta y siete o de las cartas de Inês Vasconcelos. La casa exigía otra cuota de verdad.

—Nunca me has preguntado cómo fue —dijo Tomás. No nombró a Ana, pero el nombre flotó entre las dos tazas con la fijeza de un objeto pesado que cae en mitad de un aljibe.

Clara volvió la cabeza despacio. Sus ojos grises, fijos y limpios de reproches, sostuvieron la mirada de él.

—Pensé que preferías el orden del archivo —contestó ella, apoyando los codos en el mármol—. Las fechas obligatorias. El luto oficial que se guarda en las carpetas de Coímbra.

Tomás forzó una sonrisa amarga que le marcó las líneas de la boca.

—Esa es mi rutina eficiente, Clara. Mi escudo de metal frío. Es más fácil catalogar los desastres de una naviera muerta en el treinta y siete que revisar el balance de situación de una cama de hospital en Oporto.

Dio un sorbo corto al té, sintiendo que el calor le abría el pecho, quebrando la estructura rígida que había mantenido clausurada durante cuatro años. Y entonces, por primera vez de verdad, empezó a hablar.

No habló de la fecha del entierro ni de los trámites de la excedencia en la facultad, esos datos administrativos que repetía ante los comités de evaluación. Habló de la luz sucia de las cinco de la tarde en la séptima planta del hospital de Santo António; del ruido monótono del respirador artificial, que sonaba igual que el siseo de los neumáticos del coche de Henrique sobre la grava húmeda; de la fijeza con la que Ana le había soltado la mano cinco minutos antes de que el monitor cardíaco trazara la última línea recta sobre la pantalla. Habló del sentimiento de quiebra, de esa culpa burocrática del que sobrevive y regresa a una casa vacía en Coímbra solo para

descubrir que los libros de su padre conservan el mismo olor a alcanfor pero ya no significan nada.

—Lo peor no es la ausencia —susurró Tomás, con la voz rota por un espasmo seco que le subió desde el estómago—. Lo peor es la regularidad con la que el mundo sigue funcionando. Que la secretaría de la facultad te envíe un pliego de condiciones para el curso siguiente, que la portera te pida el recibo de la comunidad y que tú tengas que seguir pareciendo un hombre civilizado, un archivero eficiente que sabe dónde colocar cada legajo, cuando por dentro solo eres un montón de cal muerta que el viento de la serra está deshaciendo.

Las lágrimas le llegaron de golpe, sin el preámbulo de los sollozos. Eran lágrimas gruesas, calientes, que le bajaron por las mejillas y le mancharon los puños de la camisa gris. Tomás no intentó ocultarlas con las manos ni buscó la neutralidad de un pañuelo. Se quedó allí, con la cabeza inclinada sobre el mármol de la cocina, entregado a la humillación del dolor con la misma crudeza con la que Clara había llorado horas antes frente al papel azulado de Maria do Carmo.

Clara lo escuchó sin moverse. No realizó ninguno de los gestos ornamentales que la cortesía urbana consideraba obligatorios en esos casos; no se levantó de la silla para rodearle la espalda con un abrazo invasivo ni pronunció ninguna de las palabras planas con las que los vivos intentan amortiguar el luto de los demás. Permaneció en su sitio, manteniendo la distancia justa que respetaba la dignidad de su quiebra.

Sin embargo, cuando el llanto de Tomás se volvió un silbido asmático, una respiración corta que denotaba el agotamiento absoluto de sus fuerzas, Clara alargó el brazo derecho a través del mármol.

Fue un movimiento deliberado, limpio, armado con la misma fijeza de aguja de coser que definía sus notas de traducción. Posó la palma de la mano en la nuca de Tomás. Solo la nuca. Un contacto plano, firme, donde la piel de sus dedos rozó el nacimiento del pelo áspero de él. Tomás sintió el frío inicial de la mano de Clara y, de

inmediato, el calor de su peso entero, un ancla mineral que pareció detener la vibración de sus sienes.

Uno. Dos. Tres. Cuatro segundos.

Clara mantuvo la mano allí el tiempo justo para que la estructura del suelo volviera a sostener su propio peso, sin añadir un sologramo de compasión innecesaria. Luego, retiró los dedos con la misma neutralidad técnica con la que cerraba un volumen de las cartas de Virginia Woolf y regresó a su taza de loza.

Tomás respiró hondo, sintiendo que el hierro de la laringe se había disuelto por completo. Se limpió los ojos con el dorso de la mano, avergonzado pero aliviado por la firmeza de esos cuatro segundos. El silencio que regresó a la cocina de la quinta ya no era un silencio de fletes ni de correos ocultos de Princeton; era la mudez limpia de las cosas que han sido nombradas en mitad de la noche.

—Deberías volver al sofá —dijo Clara, con suavidad, mirando hacia el ventanal—. Mañana hay que cerrar el índice del mes de noviembre y la letra de Henrique es difícil de descifrar si no tienes los ojos descansados.

—Sí —contestó Tomás, levantándose de la silla—. Tienes razón. Buenas noches, Clara.

—Buenas noches, Tomás.

Tomás caminó de vuelta hacia la biblioteca, arrastrando los pies por la galería de granito. Al tumbarse de nuevo bajo la manta escocesa, la rigidez de la pana ya no le pareció una condena administrativa; era simplemente el contorno de un mueble viejo en una casa que empezaba a conocer la anchura de sus propios cimientos. Cerró los ojos y, por primera vez en cuatro años, el luto no fue una línea recta de reproches, sino una penumbra mansa que le permitió quedarse dormido antes de que la niebla diera su última vuelta de llave.

En la cocina, Clara permaneció inmóvil junto a la mesa de fregar. No apagó la resistencia del hornillo ni regresó a su alcoba de la planta alta. Se quedó de pie, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo de lino, mirando a través de los cristales empañados hacia el rincón noroeste del patio amurallado.

La lluvia de noviembre había cesado por completo, dejando las losetas de piedra cubiertas de una capa de agua brillante que reflejaba la claridad cenicienta del cielo de la serra. Allí abajo, junto al muro de la cocina vieja, las raíces del naranjo permanecían ocultas bajo la tierra agria, custodiando el manuscrito de O Pomar. Pero un poco más allá, en el centro del arriate de piedra, el arbusto de la camelia mostraba una alteración en su inventario. El capullo que la semana anterior colgaba seco de la guía principal se había desprendido con las últimas tormentas, pero en otra rama, una rama lateral, baja y resguardada del viento del Atlántico, un botón de pétalos blancos acababa de abrirse por completo, limpio y firme en mitad de la noche de Sintra.

CAPÍTULO 33
SINTRA, DICIEMBRE 1937

Diciembre trajo a la serra la helada definitiva, una costra de escarcha que fijó la maleza de los jardines en una rigidez de vidrio soplado y volvió el granito de la Quinta dos Loureiros tan frío que los criados necesitaban usar guantes de lona solo para limpiar los pasamanos. La niebla se había vuelto densa, un vapor con sabor a salitre y carbón quemado que bajaba desde el castillo de los Moros y se estancaba en las estancias bajas, desafiando la combustión de las chimeneas. La tos de Maria do Carmo ya no era un síntoma; era la medida de su tiempo, un metrónomo mineral que marcaba la velocidad con la que sus pulmones se llenaban de la cal muerta de la serra.

Las semanas que siguieron a la noche de las fotografías transcurrieron bajo una apariencia de orden administrativo. Henrique había regresado a sus despachos de Lisboa, regresando a Sintra apenas los viernes por la tarde para revisar los libros de fletes y cenar en silencio al otro lado de la caoba. Cumplía su promesa de discreción con una crueldad civilizada. No hubo más menciones a Inês Vasconcelos, ni gritos en el comedor, ni registros violentos en las alacenas. El doctor Soares había pospuesto el traslado al sanatorio de la Línea de Estoril hasta la primera semana de enero, argumentando que las tormentas del Atlántico desaconsejaban los viajes por la carretera de la costa para una enferma en su estado.

—Ten paciencia, Maria do Carmo —le había dicho Henrique la última noche de diciembre, mientras se recortaba las uñas junto a la lámpara de bronce—. Los papeles del internamiento ya están sellados por el ministerio. Enero es un mes limpio para los traslados. Todo se hará con la fijeza que corresponde a nuestro apellido.

Maria do Carmo no contestaba. Asentía despacio, con las manos ocultas bajo el chal de lana, sintiendo el peso exacto de los días que le quedaban en libertad. No necesitaba más tiempo; necesitaba el tiempo justo para terminar la estructura.

Pasaba las noches en vela, aprovechando las horas en que Joana dormía en el ala del servicio y la casa quedaba entregada al siseo de la carcoma en las vigas. Sobre la mesa auxiliar de su alcoba, bajo la luz mortecina de una bujía de sebo, Maria do Carmo completaba la copia final de O Pomar. Sus dedos, enflaquecidos por la fiebre, movían la pluma con una regularidad de aguja de coser, trasladando las frases desde los cuadernos de borradores emborronados al pliego limpio de papel de algodón que había comprado en la Baixa antes del bloqueo de las cuentas. Cada línea era una elección consciente, una línea recta que oponía a la destrucción de su propio cuerpo. Escribía sobre los inviernos de Lisboa, sobre las habitaciones frías del Barrio Alto donde Inês se envolvía las manos en mitones de lana gris para traducir a Colette, y sobre el dinero que habían desviado para los hombres que cruzaban la frontera por las dehesas de Badajoz. No era un diario de luto; era un pliego de condiciones, el testimonio entero de una mujer que había decidido no ser una pieza subalterna en los balances de su marido.

Una mañana de primeros de enero, el cielo de la serra se abrió en una claridad cenicienta, fría y limpia de niebla. Henrique se encontraba en los astilleros de Setúbal y Joana había bajado al mercado de Colares a por el suministro de manteca y bacalao, dejando la quinta sumida en esa mudez vegetal que precedía a las grandes heladas.

Maria do Carmo esperó a escuchar el siseo del coche de línea disolverse en la carretera baja. Se levantó de la cama, se envolvió en el abrigo de lino gris y tomó el cuaderno de borradores entre las manos. Las tapas de cartón negro estaban gastadas por el roce de sus dedos febriles y las esquinas de badana conservaban el olor rancio de la tinta ferrogálica. Era el plano original, el mapa de todas sus dudas y de los fragmentos que no habían entrado en la copia definitiva.

Caminó despacio por la galería de granito, sosteniéndose en los muros para no caer cuando un acceso de tos la obligaba a doblar la espalda. Bajó el caracol de piedra y cruzó el patio interior hacia el invernadero de los guardeses. El aire allí dentro era un bloque de humedad verde, un espacio donde las plantas exóticas que Henrique importaba de las colonias morían lentamente bajo los cristales cubiertos de verdín.

Se dirigió al rincón noroeste, justo detrás del cajón de los helechos secos. Allí, el sillar de caliza cedió al tercer intento, movido por la presión de sus dedos delgados. El hueco era un nido de tierra negra y cochinillas que se dispersaron ante la luz.

Maria do Carmo se arrodilló en el suelo de piedra. Introdujo el cuaderno de borradores en el fondo de la oquedad, empujándolo hasta que el cartón negro tocó el núcleo de granito del muro exterior. Luego, de un balde de madera que los jardineros habían dejado junto a las herramientas, tomó un puñado de cal muerta y lo mezcló con la tierra agria del arriate, añadiendo unas gotas de agua del aljibe hasta formar una argamasa espesa, grisácea y rústica.

Con las manos desnudas, sin importarle que la mezcla le quemara la piel de las uñas, fue rellenando las juntas del ladrillo falso, alisando la pasta con la palma hasta que la piedra recuperó su fijeza reglamentaria. El sillar quedó nivelado con el resto de la hilera, integrado en la estructura de la casa vieja como un secreto contable que solo la paciencia de otro archivero podría descifrar.

Cuando terminó, se puso en pie con dificultad, frotándose las manos manchadas de yeso en el lino del abrigo. Al salir del invernadero, la claridad de la tarde la obligó a entornar los ojos. Cruzó el arriate de piedra hacia la cocina y, al pasar junto al arbusto de la camelia, se detuvo de golpe.

El arbusto, una planta baja y resguardada del viento del Atlántico que Henrique daba por muerta, mostraba una alteración en su inventario. En una rama lateral, un botón de pétalos blancos acababa de abrirse por completo. Era una flor limpia, firme, desprovista de adornos ornamentales, que desafiaba la geometría helada de la serra.

Maria do Carmo la miró durante un minuto entero, escuchando el siseo de su propia respiración rota. Por primera vez en su vida, no registró la flor como un simple accidente de la botánica o una fecha obligatoria en el calendario de la finca. La registró como un hito. Como una señal de que la voluntad de las cosas verdaderas posee un punto de fusión que la cal de los muros no logra apagar. La camelia florecía porque el suelo de la casa seguía sosteniendo su propio peso, entero y limpio, a pesar de la noche que se abría hacia el sur.

Esa noche, la última que pasaría en la Quinta dos Loureiros antes de que el automóvil del doctor Soares entrara por el porche de granito, Maria do Carmo se sentó a la mesa de la cocina vieja. El olor a pan frío y a cal húmeda de las últimas lluvias de enero llenaba la estancia, un aroma rústico que despojaba a la noche de sus mitos burgueses.

Sobre la mesa descansaba el pliego final de O Pomar y las treinta y un cartas que Inês le había enviado desde el Barrio Alto durante los meses de la resistencia. Faltaba una. La última.

Tomó la pluma, mojó la punta en la tinta ferrogálica y comenzó a escribir en una hoja de algodón ligero, de un tono azulado tenue. No era una carta de despedida; era una línea recta de ordenación final.

«Inês», escribió, con la fijeza de una aguja que perfora el lino caliente. «Mañana vendrá el coche de Lisboa. Henrique cree que la discreción del sanatorio es un triunfo de su contabilidad, pero no sabe que las estancias de esta casa ya no le pertenecen. He puesto a salvo nuestras palabras. Si algún día lees esto, que sepas que elegí. Elegí el frío de esta cocina antes que la neutralidad de su mesa; elegí el desastre de nuestros barcos antes que la seguridad de sus balances. No guardes luto oficial por mi ausencia. Busca la línea recta en las páginas de Colette y recuerda que una casa donde una mujer ha muerto escribiendo siempre esperará a otra que entienda el peso de la verdad».

No firmó el papel. No era necesario. Dejó secar la tinta bajo el aire helado de la cocina, dobló el rectángulo azulado en dos con una parsimonia de costura y lo colocó encima del pliego de O Pomar,

sumándolo a las otras treinta y dos cartas que componían el inventario de su vida.

Maria do Carmo encendió la pequeña hornilla de cobre y colocó sobre ella el bote de resina de pino mezclada con cera de abejas. El punto de fusión era bajo; apenas el calor de la bujía bastó para que la sustancia comenzara a licuarse, despidiendo un olor dulce y medicinal que se adhirió a las maderas de la cocina. Tomó un cabo de hilo bramante, lo sumergió tres veces en el líquido espeso y esperó a que se tensara.

Envolvió el manuscrito y el fajo de cartas en el lienzo de lino encerado, apretando los nudos con una firmeza que le hizo sangrar los dedos secos. Los cantos del papel de algodón perforaron levemente la tela caliente, dejando un rastro grisáceo que solidificó de inmediato bajo el frío de la cocina. El bulto quedó sellado, un paquete estanco y definitivo, preparado para resistir la humedad de un siglo entero de olvido.

Salió al patio a las tres de la mañana, bajo una llovizna mansa que comenzaba a borrar la escarcha de los senderos. No llevaba farol. Se guio por el instinto de sus pies descalzos en las losetas húmedas hasta detenerse frente al naranjo viejo, el árbol central cuyo tronco conservaba la torsión de las mareas del Atlántico.

Con una pequeña paleta de hierro, apartó la tierra agria del arriate, hundiéndose entre las raíces principales del árbol hasta abrir un espacio lo bastante profundo para albergar el lino. Colocó el bulto en el fondo, sintiendo el frío de la tierra negra contra sus muñecas febriles. Lo cubrió despacio, presionando el suelo con las palmas hasta que la superficie recuperó la neutralidad técnica del resto del jardín.

Al enderezarse, la tos la golpeó con una violencia definitiva, tiñendo el pañuelo de un rojo espeso que brilló bajo la claridad cenicienta de la madrugada. Maria do Carmo miró hacia la ventana de la cocina, donde la resistencia del hornillo seguía parpadeando en la penumbra, y una serenidad mineral, desprovista de reproches, se instaló en sus ojos.

El trabajo estaba hecho. El suelo de la Quinta dos Loureiros custodiaba ya los cimientos de su propia historia, entera y limpia, esperando a que la noche diera su última vuelta de llave en mitad de la serra.

CAPÍTULO 34
CLARA

Tres semanas pueden reducir la inmensidad de una casa señorial a una obsesión puramente geométrica. Durante veintiún días, Clara había medido la Quinta dos Loureiros no por la belleza decadente de sus azulejos o por la luz romántica que la niebla de la serra filtraba a través de los tilos, sino por el grosor de sus dobles muros, el hueco ciego de las alacenas y la profundidad de los zócalos de madera de palisandro. El manuscrito de O Pomar existía; esa ya no era una conjetura de Tomás para justificar su excedencia ni una fantasía literaria de Clara para huir del recuerdo de Daniel en Madrid. Las treinta y dos cartas de Inês Vasconcelos y el rectángulo azulado de 1928 que había caído del libro de contabilidad eran un acta notarial: Maria do Carmo había escrito una copia final, un pliego estanco y definitivo, y lo había ocultado dentro del perímetro de la finca antes de que el automóvil del doctor Soares la borrara del mundo.

El problema era que la quinta se defendía con la terquedad de la cal muerta.

Habían empezado por la biblioteca, desmontando metódicamente las baldas de nogal, golpeando los paneles traseros con los nudillos para buscar el eco hueco de los dobles fondos. Tomás había aplicado una plantilla topográfica al suelo de la estancia, una cuadrícula eficiente con la que pretendía agotar las posibilidades del parqué, pero las maderas solo devolvían el crujido seco de los clavos herrumbrados. Luego habían subido al desván. Bajo las vigas podridas que olían a guano y a lluvia vieja, Clara había pasado tardes enteras abriendo arcones de castaño que contenían ajuares victorianos deshechos por la polilla, mantones de Manila acartonados por la humedad y colecciones de sermones religiosos que nadie había leído desde el siglo XIX. Habían vaciado los armarios

empotrados de los dormitorios principales, retirando los espejos de azogue gastado y buscando registros ocultos en los travesaños de las perchas. Nada. El rastro de Maria do Carmo se detenía siempre en el umbral de su última confesión, como si la estructura de la casa se hubiera tragado sus palabras para protegerlas de la rapiña del tiempo.

Esa tarde, el cansancio había adquirido una fijeza física en los hombros de Clara. Sentada ante la mesa de roble, contemplaba sus propias manos, que mostraban pequeñas rozaduras grises provocadas por el polvo de los legajos y el roce de los herrajes viejos. A su lado, los diccionarios de trabajo permanecían cerrados, cubiertos por una fina capa de ceniza que caía de la chimenea. La rutina del inventario se había transformado en una guardia de trinchera; ya no catalogaban por el placer del descubrimiento, sino por la pura resistencia contra el desánimo.

Tomás trabajaba a tres metros de ella, bajo el círculo de luz de la lámpara de bronce. Tenía un plano catastral de la quinta de 1942 extendido sobre la caoba y trazaba líneas rojas con una regla de metal, intentando encontrar alguna discrepancia entre las escrituras de propiedad y la planta real del edificio. Su rostro conservaba esa opacidad administrativa que Clara había aprendido a descifrar tras la noche de la cocina; sabía que Tomás seguía sin dormir, que el sofá de pana se le estaba clavando en las vértebras y que arrastraba un secreto nuevo, una reserva que lo llevaba a mirar el teléfono móvil con una fijeza tensa cada vez que el aparato vibraba sobre la mesa. Clara intuyó que el circuito académico de Coímbra estaba estrechando el cerco, exigiendo resultados o balances que Tomás no podía ofrecer sin entregar la dignidad del perímetro.

—No está dentro de la casa —dijo Clara. Su voz sonó plana, desprovista de la urgencia del reproche, pero cortó el silencio de la biblioteca con la limpieza de una aguja que perfora el lino caliente.

Tomás no levantó la vista del plano. La regla de metal dejó de moverse sobre el papel.

—Tiene que estar aquí, Clara —contestó él, con esa neutralidad técnica que utilizaba para tapar su propia quiebra—. Maria do Carmo no tenía acceso a las llaves de los almacenes del puerto y Henrique

controlaba cada carruaje que salía hacia Colares. Si el manuscrito hubiera salido de la finca, Silva lo habría registrado en sus informes de la Baixa. Está aquí. Solo necesitamos una metodología más exhaustiva para los sótanos de la zona de servicio.

Clara se reclinó en la silla, apoyando la nuca en la madera fría. Miró el ventanal empañado, detrás del cual la noche de Sintra se cerraba como un bloque de granito oscuro. Pensó en la frase azulada: «Si algún día lees esto, que sepas que elegí». Maria do Carmo no había elegido una metodología; había elegido una línea recta, un espacio de libertad absoluta en mitad de la opresión civilizada de su marido. Buscarla con reglas de metal y planos catastrales le parecía, de repente, una falta de respeto hacia la inteligencia de la muerta.

Se quedó mirando a Tomás. Observó el desgaste de los puños de su camisa, la fijeza con la que sostenía el bolígrafo y esa rigidez defensiva que lo acompañaba siempre, como si el luto por Ana fuera un uniforme oficial que no pudiera quitarse nunca delante de los vivos. Se dio cuenta de que, en esas tres semanas de encierro, la presencia de Tomás se había vuelto tan necesaria para el parqué de la quinta como la propia luz de la serra. Ya no eran dos archiveros obligados por un contrato de traducción; eran dos náufragos que compartían el mismo trozo de balsa, unidos por los silencios que cada uno había dejado al otro lado de la frontera.

—Tomás —llamó ella, despacio.

Él dejó la regla sobre el mapa con un chasquido sordo. Esta vez sí levantó la cabeza, sosteniendo la mirada con sus ojos hundidos, limpios de la prisa del día.

—¿Sí?

Clara entrelazó los dedos sobre el abrigo de lino gris. La pregunta le había subido desde la raíz de las uñas, despojada de adornos ornamentales o de la cautela que guardaban en las carpetas del inventario.

—Si no estuviéramos buscando nada... si mañana descubriéramos que el manuscrito se quemó en el treinta y ocho o que Henrique lo destruyó antes del internamiento... ¿seguirías viniendo a la Quinta dos Loureiros?

La estancia pareció perder su temperatura de golpe. El siseo de la madera en la chimenea se apagó y el silencio que regresó a la biblioteca fue una estructura pesada, mineral, donde cada segundo medía la distancia exacta entre sus vidas.

Tomás tardó en responder. Clara contó mentalmente los segundos, viendo cómo la manzana de Adán de su garganta se movía en una contracción seca, igual que el día que leyó el papel azulado. Su mente de archivero pareció buscar una justificación burocrática, un retraso administrativo que le permitiera ponerse a salvo detrás de una ficha de catalogación. Pero la limpieza de la mirada de Clara no admitía evaluaciones ciegas. El flexo de bronce proyectaba una claridad fija sobre sus manos unidas, desnudando la verdad de sus cimientos.

—Sí —dijo Tomás. Su voz fue un susurro áspero, un fragmento de conversación verdadera que no buscaba el perdón ni la compasión de nadie—. Seguiría viniendo.

Clara asintió despacio. Una serenidad mansa, fría como la cal de los muros pero enteramente limpia, se instaló en su pecho en mitad de la noche de noviembre. No se movió de la silla, ni estiró el brazo para repetir los cuatro segundos de la nuca, pero sus ojos grises permanecieron fijos en los de él, marcando el final de una frontera invisible.

—Yo también te dejaría entrar —dijo ella.

La frase cayó sobre el tablero de roble con el peso de una sentencia definitiva. No era una promesa de futuro ni una declaración romántica de consumo urbano; era un hito de piedra, la aceptación de que el suelo de la casa volvía a sostener una complicidad que ya no dependía de los desastres de la memoria ni de los fletes de una naviera muerta. Tomás la miró y, por un instante, Clara pensó que la rigidez de sus hombros iba a ceder del todo, revelando al hombre que habitaba debajo del luto oficial de Coímbra.

Pero el silencio que siguió fue demasiado ancho. Era un espacio habitado por la sombra de Ana, por el correo congelado de Princeton y por el miedo físico de dos cuerpos que llevaban años utilizando el aislamiento como una disciplina defensiva. Las palabras verdaderas

exigían una línea recta, sí, pero también un respeto sagrado por el perímetro de las heridas.

Tomás rompió el contacto visual de golpe. Se levantó de la mesa con un movimiento lento, casi militar, y comenzó a recoger sus fichas de catalogación, alineándolas dentro de la carpeta clasificadora con una parsimonia meticulosa que delataba la agitación de sus dedos. Cerró la tapa del ordenador portátil con un golpe seco que hizo vibrar la tulipa verde de la lámpara.

—Es tarde —dijo, sin modular la respiración—. Deberíamos dejar el índice de noviembre para mañana por la mañana. La luz de la serra no ayuda a revisar los borradores a estas horas.

Clara lo observó desde su fijeza. Vio cómo tomaba su abrigo oscuro del respaldo del sofá de pana y cómo se ajustaba el cuello con las manos todavía temblorosas. Esa noche no iba a quedarse a dormir bajo la manta escocesa. No iba a ocupar el espacio auxiliar que la biblioteca le ofrecía para resguardarse de la niebla.

Caminó hacia la puerta de doble hoja, deteniéndose en el umbral con la silueta recortada contra la penumbra del pasillo de granito. No volvió la cabeza para mirarla, pero su mano derecha descansó en el marco de madera con una firmeza que Clara comprendió de inmediato.

Tomás se marchaba a su casa de huéspedes de Sintra, abandonando el calor de la chimenea para enfrentarse a la helada de la carretera baja. Pero no huía porque no quisiera quedarse en los Loureiros; no se marchaba por un impulso de rechazo o por el regreso de su neutralidad técnica. Se marchaba precisamente porque sí quería quedarse. Se marchaba porque la frase de Clara había abierto una grieta tan profunda en su estructura defensiva que permanecer en el sofá de pana, a tres metros de su respiración, habría significado derribar los muros antes de que la cosecha estuviera a salvo. Era un acto de reverencia hacia la anchura de lo que acababa de nacer entre ambos, una forma de proteger el perímetro de la verdad retirándose a tiempo hacia la frontera.

—Hasta mañana, Clara —susurró, antes de que sus pasos resonaran en el caracol de piedra.

—Hasta mañana, Tomás.

La puerta principal de la quinta se cerró con un eco sordo que hizo vibrar las lunas del invernadero exterior. El rumor de sus pisadas sobre la grava húmeda se disolvió de inmediato en mitad de la niebla de la serra, dejando la casa entregada de nuevo al siseo de la lluvia menuda.

Clara se quedó sola frente a las dos tazas de loza vacías. No encendió la resistencia del hornillo ni subió a su alcoba de la planta alta. Se levantó de la mesa de roble, caminó hacia el gran ventanal y apoyó la frente contra el cristal frío, mirando hacia el patio interior amurallado.

Abajo, las losetas de piedra brillaban bajo la claridad cenicienta del cielo de la noche, reflejando el contorno oscuro del naranjo viejo cuyas raíces custodiaban el lino encerado de Maria do Carmo. Un poco más allá, en el arriate de piedra, el arbusto de la camelia permanecía inmóvil bajo el agua corriente. La flor blanca que había florecido en la rama lateral seguía allí, firme y limpia, desafiando la geometría del invierno con una fijeza que ya no pertenecía al pasado, sino al territorio nuevo que los vivos se disponían a desenterrar antes de que la noche diera su última vuelta de llave.

CAPÍTULO 35
TOMÁS

El regreso a Coímbra los viernes por la tarde siempre tenía para Tomás el carácter de una capitulación administrativa. Dejar atrás la niebla espesa de la serra de Sintra y conducir hacia el norte, costeando la línea del Atlántico hasta adentrarse en el valle del Mondego, era como pasar de un pliego de condiciones manuscrito a un libro de contabilidad ya cerrado. Coímbra era la geografía de su orden civilizado: las calles empinadas cubiertas de calcada escurridiza, el piso con olor a cera vieja y alcanfor en el barrio de Celas, y la fijeza gris de los pasillos de la facultad, donde los ujieres ordenaban las actas con la misma parsimonia desde el siglo XIX.

Sin embargo, este fin de semana la regularidad de la casa se sentía alterada por una corriente invisible.

Lia lo había esperado junto a la barandilla del porche, envuelta en su chaqueta de lana azul, con esa fijeza en los ojos oscuros que había heredado de Ana y que a Tomás siempre le provocaba una contracción fría en la laringe. A sus ocho años, la niña poseía una capacidad notarial para registrar los cambios en el inventario doméstico. No había necesitado que él dijera nada durante el trayecto en coche desde la estación; le había bastado con observar la soltura nueva de sus hombros bajo el abrigo oscuro y la ausencia de esa rigidez defensiva con la que su padre solía regresar de los archivos coloniales.

El domingo por la tarde, la luz cenicienta del otoño se disolvía sobre los tejados de la Alta con una mudez mansa. En el salón, el siseo de la pequeña estufa de gas era el único contrapunto a la regularidad de las horas. Tomás revisaba unas fichas de catalogación atrasadas en la mesa camilla, rodeado por el olor dulce de las manzanas asadas que la portera les había subido a media tarde.

Frente a él, Lia dibujaba en un cuaderno de espiral, moviendo los lápices de colores con una concentración monacal que imitaba, sin saberlo, la disciplina de los archiveros.

De pronto, la niña dejó el lápiz verde sobre el hule y apoyó la barbilla en las manos, mirando fijamente a su padre a través del círculo de luz de la lámpara.

—Papá —dijo. Su voz no traía la urgencia de los niños que buscan atención, sino la neutralidad limpia de quien expone un balance de situación.

Tomás levantó los ojos de su legajo, apartando el bolígrafo con su habitual parsimonia técnica.

—¿Sí, hija?

—La señora gallega —soltó Lia, sosteniendo la mirada con una nitidez que desmoronaba cualquier perímetro defensivo—. ¿Te hace feliz?

Tomás se quedó inmóvil, con los dedos congelados sobre el papel de hilo. La designación de Clara como «la señora gallega» —un término que Lia utilizaba con esa mezcla de distancia geográfica y curiosidad infantil para referirse a la traductora española de la que su abuela le había hablado— cayó en mitad del salón con el peso de un objeto herrumbrado. Tomás sintió que el suelo del piso de Celas, ese parqué que llevaba cuatro años custodiando la memoria intacta de las medicinas de Ana y los trajes negros del luto oficial, temblaba levemente.

Buscó una respuesta reglamentaria, un desvío burocrático que le permitiera ponerse a salvo detrás de las obligaciones del inventario de Sintra.

—Filha, no es eso —contestó, forzando una seriedad administrativa que ya no poseía cimientos reales—. Clara es una colega de Madrid. Es una traductora a la que han contratado para ordenar los pliegos de Maria do Carmo. Trabajamos juntos en la biblioteca de la quinta porque los documentos exigen un cotejo bilingüe. Es una cuestión de metodología, nada más.

Lia no pestañeó. Continuó mirándolo con esa fijeza de cal muerta que desnudaba las mentiras civilizadas de los adultos.

—Vale —dijo la niña, encogiéndose de hombros con una madurez desprovista de adornos ornamentales—. Pero ¿te hace feliz?

La pregunta volvió a cruzar la mesa, limpia de fletes, correos de Princeton o justificaciones académicas. Tomás miró las manos de su hija, manchadas de grafito, y luego desvió la vista hacia el ventanal, donde las luces de la Universidad comenzaban a encenderse en la penumbra de la colina. Pensó en las tres semanas de encierro en Sintra, en el tacto del papel azulado de 1928, en los cuatro segundos en que la mano de Clara había permanecido fija en su nuca en mitad de la cocina vieja, y en la mudez de la última noche en que se había marchado a la casa de huéspedes solo porque permanecer allí habría significado derribar el perímetro antes de tiempo.

Entendió que la contabilidad de las ausencias ya no admitía más retrasos.

—Sí —contestó Tomás. Fue un monosílabo corto, desprovisto de dramatismo, pero pronunciado con la línea recta de las verdades enteras—. Sí, Lia. Me hace feliz.

Lia asintió despacio, como si estuviera estampando el sello de entrada en un registro oficial. Volvió a tomar el lápiz verde, pero antes de inclinar la cabeza sobre el cuaderno, miró de reojo a su padre con una pequeña sonrisa que le iluminó las comisuras de la boca.

—Entonces no es eso —sentenció la niña, con una lógica aplastante—. Es lo otro.

Tomás se quedó mirándola durante un segundo entero, procesando la anchura de la frase de su hija. Y de repente, algo cedió en su pecho. No fue la quiebra del llanto asmático de la cocina de Sintra, sino todo lo contrario: una vibración limpia, un impulso retenido que le subió desde el estómago y se transformó en una carcajada abierta, sonora y profunda que llenó las cuatro esquinas del salón de Celas.

Era la primera vez que Tomás se reía así delante de su hija en cuatro años de luto institucional. Era una risa despojada de culpas burocráticas, una risa que rompía la regularidad de la pana y el alcanfor, devolviendo a la estancia una temperatura viva que la niña registraría en su memoria como el hito exacto en que su padre había

regresado del territorio de los muertos. Lia lo miró sorprenderse de su propio eco y acabó sumándose a la risa con la limpieza de los niños que ven un ancla caer por fin en el fondo del aljibe.

El lunes por la mañana, Coímbra amaneció cubierta por una llovizna mansa que volvía gris el granito de la Facultad de Letras. Tomás subió las escaleras del departamento a las ocho en punto, arrastrando los pies con esa rutina eficiente que le permitía avanzar por los pasillos sin necesidad de mirar las placas de los despachos. Llevaba la cartera de cuero bajo el brazo, cargada con las fichas del mes de noviembre que Clara debía revisar aquella misma tarde a su regreso a Sintra.

Se detuvo ante la puerta de su despacho, el número 214, una estancia estrecha que olía a papel de filtro y a tabaco de pipa de los antiguos catedráticos. Introdujo la llave de paletón en la cerradura, giró el bronce con un chasquido mecánico y empujó la madera.

La habitación permanecía en la penumbra regular de los fines de semana. Dejó la cartera sobre la mesa de caoba, se quitó el abrigo oscuro y encendió el ordenador portátil, esperando a que la conexión de la universidad completara la verificación de las credenciales de la facultad.

Cuando la bandeja de entrada se actualizó con un siseo electrónico, Tomás se inclinó sobre la pantalla, con la taza de café caliente todavía suspendida a mitad de camino de la boca.

Había dos correos nuevos en la parte superior del índice, dos líneas de texto que congelaron de inmediato la fluidez de la mañana.

El primer email procedía de la Universidad de Princeton. Llevaba el membrete oficial del Departamento de Español y Portugués y venía firmado directamente por Helena Maddox. El texto era breve, armado con esa cortesía corporativa y transatlántica que Tomás tanto temía:

«Estimado profesor Rebelo:

Tras evaluar los materiales preliminares que nos remitió sobre la correspondencia de la naviera Vasconcelos, nuestro comité de investigación ha determinado el valor excepcional del fondo. Comprendemos su reserva a la hora de abrir el perímetro del

archivo, pero creemos que una gestión compartida es la única vía para garantizar la indexación internacional del hallazgo.

Por ello, nos complace ofrecerle formalmente la coautoría del proyecto de edición crítica de O Pomar, con una estancia financiada de dos años en nuestra institución a partir del próximo semestre. Adjunto el pliego de condiciones de la fundación. Esperamos su propuesta de adenda antes del viernes».

Tomás sintió el sabor amargo del café frío en la lengua. La oferta de la académica norteamericana era el reconocimiento definitivo, la regularización de su carrera y el pasaporte para salir de la mediocridad de los departamentos de Coímbra. Sin embargo, la palabra coautoría sonaba en sus oídos con el siseo sucio de una traición civilizada. Aceptar aquel contrato significaba entregar los cuadernos de Maria do Carmo a la maquinaria analítica de Princeton, rompiendo la limpieza de la búsqueda que compartía con Clara en los Loureiros. Era la confirmación de que la sospecha académica había estrechado el cerco alrededor de su excedencia.

Apartó la mirada de la propuesta de Maddox y fijó los ojos en el segundo correo.

Este no venía de los Estados Unidos; procedía de una dirección interna del Arquivo Nacional da Torre do Tombo, en Lisboa. El remitente era Jorge Anjos, un viejo compañero de la escuela de archiveros con el que Tomás había compartido las campañas de digitalización de los fondos coloniales en los años noventa y al que le había pedido, de manera extraoficial, que revisara los índices de sanatorios de la posguerra.

El texto de Jorge era despojado, desprovisto de adornos institucionales, propio de los hombres que conocen el peso real de los legajos olvidados:

«Tomás, hermano:

Tenías razón con lo de la Línea de Estoril. Henrique de Sousa pagó los fletes del traslado en enero del treinta y ocho, pero Maria do Carmo nunca llegó a ingresar en el hospital de la costa. Hubo un desvío en la hoja de ruta del chofer, una orden judicial de urgencia que los médicos de la familia taparon con un diagnóstico de tuberculosis avanzada.

Apareció el expediente. Ha tardado tres semanas en subir de los sótanos de la Torre do Tombo porque estaba clasificado bajo el fondo de la policía política (PVDE) y no en Sanidad. Te confirmo que el certificado de defunción original de Maria do Carmo de Sousa está registrado en el sanatorio militar del Buçaco, con fecha de junio de 1942».

Tomás dejó la taza de café sobre el tablero de caoba con un golpe seco que hizo saltar unas gotas sobre el teclado. Sus ojos se clavaron en la última línea del correo, donde Jorge había transcrito un detalle técnico que desmoronaba la geometría de toda la investigación:

«Hay una alteración en el margen izquierdo del pliego, Tomás. Una nota manuscrita por el médico de guardia del turno de noche, fechada tres horas antes de que se firmara el entierro en la fosa común. La letra está semioculta por el sello de la censura militar, pero el reactivo químico la ha vuelto limpia. Dice textualmente: "Muerte inducida"».

Muerte inducida.

Tomás se reclinó en la silla de su despacho de Coímbra, sintiendo que la regularidad del lunes se disolvía en una penumbra mineral, fría y cargada de herrumbre. El bucle de Maria do Carmo no se había cerrado con el apagamiento pasivo de una enferma recluida entre la cal de un sanatorio costero; se había cerrado con una ejecución civilizada en mitad del bosque del Buçaco en mitad de la guerra. La historia de la Quinta dos Loureiros ya no era un inventario de cartas de amor descarriadas y fletes de corcho; era el registro de un crimen de Estado que ahora cruzaba las décadas para exigir su última cuota de verdad a los vivos.

Fuera, la llovizna de Coímbra continuaba golpeando los cristales empañados de la facultad, mientras Tomás permanecía inmóvil frente a la pantalla, entendiendo que el perímetro de la frontera acababa de saltar por los aires y que la batalla final de la historia estaba a punto de comenzar en la serra de Sintra.

CAPÍTULO 36
SINTRA - BUÇACO, FEBRERO 1938

El cuadrante de luz gris sobre el suelo de pino indicaba las ocho de la mañana cuando terminé de abrochar los botones de mi bota izquierda. Henrique aguardaba en el umbral, con el reloj de bolsillo abierto sobre la palma de la mano derecha, registrando la duración de cada uno de mis movimientos con la fijeza reglamentaria de un ujier de tribunal. No había prisa en su postura; la puntualidad de los hombres de leyes es una forma de la disciplina que no tolera la agitación. Detrás de él, el pasillo conservaba el olor del tabaco frío y de la cera que Joana había frotado en los zócalos el día anterior, un rastro doméstico que empezaba a parecerme ajeno, como las pertenencias de un pariente lejano descubiertas en un baúl olvidado.

La maleta pequeña de cuero marrón descansaba sobre el jergón despojado de sábanas. Contenía tres mudas de hilo blanco y dos vestidos de lana oscura. En el fondo, descansaba el cepillo de carey con el monograma de mi tía que Inês había limpiado con alcohol de quemar antes de que saliéramos de Lisboa. No hay cuadernos en su interior. Henrique vació los cajones del tocador antes del amanecer, ordenando los pliegos de papel de barba en un legajo atado con cinta verde, el color administrativo de los asuntos concluidos. Examinó las cubiertas de los libros que permanecían en el estante este, buscando anotaciones en los márgenes, rastros de una caligrafía que no fuera la suya. Sus dedos pasaron sobre la traducción de Colette sin detenerse; para él, el francés es una lengua decorativa, un adorno que las mujeres de la buena sociedad emplean para disimular la escasez de sus pensamientos durante las cenas oficiales de Estrela.

—El doctor Soares llegará con el automóvil a las nueve —dijo Henrique, guardando el reloj en el bolsillo del chaleco con un chasquido seco—. Asegúrate de llevar los guantes de lana. La costa es fría en esta época del año y el sanatorio exige un vestuario conforme al rigor del régimen.

Asentí sin mirarlo. Mi vista permanecía fija en el espacio vacío entre el armario y la jamba de la puerta, allí donde la sombra cobijaba una pequeña mancha de humedad antigua. Él bajó los peldaños de la escalera con su paso regular, haciendo crujir el tercer escalón, esa nota alta que ya no despertaría mi atención a la medianoche.

Me quedé sola en la planta alta. La casa parecía más grande ahora que los libros de cuentas y los frascos de agua de azahar descansaban en el interior de las cajas de cartón que el mozo había cargado en el patio. Bajé a la cocina con pasos lentos. La loseta agrietada junto a la cocina económica continuaba en su sitio, un relieve conocido bajo la suela de mis botas de paño. La puerta trasera cedió al segundo tirón; el larguero de madera, deformado por las lluvias del invierno, opuso la resistencia habitual antes de dejar entrar el aire de la serra.

El jardín amurallado carecía de los colores del verano. Las dalias se habían deshecho en una masa grisácea sobre los arriates. La glicinia del muro sur era apenas una maraña de filamentos secos que golpeaban la piedra con el viento del Atlántico. Caminé hacia el centro del patio, esquivando los restos del invernadero de hierro donde la cal nueva del muro ocultaba el cuaderno de borradores. La tierra que rodeaba el tronco del naranjo mostraba una superficie compacta, cubierta por una capa delgada de escarcha que empezaba a disolverse bajo la claridad del día.

Apoyé la palma de la mano izquierda sobre la corteza rugosa del árbol. La madera estaba fría, impregnada de una humedad mineral que parecía subir desde las raíces profundas, allí donde los pliegos encerados de O Pomar aguardaban su propio invierno. No hubo pensamientos de despedida. Una mujer que ha decidido escribir para los que no existen aprende a mirar los objetos con la distancia de quien contempla una lámina de historia natural. El naranjo

continuaría allí, ofreciendo su fruta amarga a las criadas de la serra, indiferente a las leyes del Secretariado o a los informes médicos de Henrique.

En las tardes de junio, Inês se sentaba en el banco de granito, con las faldas recogidas sobre las rodillas para proteger la tela de la resina, leyendo en voz alta los poemas de Florbela mientras el sol descendía hacia las colinas de Colares. Aimer, écrire, choisir. Los verbos franceses regresaban a mi memoria con el ritmo de una marea alta, desprovistos del castigo que los hombres de leyes les asignaban en los despachos de Lisboa. En esta lengua de provincias, desear en voz alta es una forma de la demencia; en la otra, es apenas una elección que se sostiene con los dedos firmes sobre una página limpia. Consideraban mi silencio una apostasía, un desvío del decorum exigido a las hijas de los Almeida. No entendían que el silencio también puede ser una fortaleza amurallada.

El tableteo sordo del Citroën interrumpió el murmullo del viento en las copas de los pinos. El sonido subía por las revueltas de la Estrada da Pena, una percusión metálica y regular que anunciaba la llegada del doctor Soares. Regresé a la casa antes de que Henrique saliera al porche a buscarme. Mis botas dejaron dos hileras de marcas oscuras sobre el granito del vestíbulo, un rastro que Joana limpiaría con el cepillo de raíces antes del mediodía.

Henrique aguardaba junto a la puerta principal, con el abrigo de paño negro abrochado hasta la barbilla y los guantes de piel de foca puestos. A su lado, un hombre menudo, de cabellos grises y ojos ocultos detrás de unos lentes redondos de montura de carey, sostenía un maletín de cuero gastado por las esquinas. El doctor Soares tenía la apariencia pulcra de un burócrata de ministerio, un hombre que firma actas de defunción y órdenes de traslado con la misma neutralidad con que despacha un recurso de apelación.

—Maria do Carmo —dijo Henrique, dando un paso hacia el exterior—. El doctor desea comprobar tu estado antes de iniciar el viaje. El camino hacia la costa es propenso a las nieblas y no conviene demorar la salida.

El doctor Soares inclinó la cabeza con una cortesía funcionarial. Su mano, tibia y seca, tomó mi muñeca izquierda para medir el

pulso. Sus dedos presionaron la piel justo sobre la cicatriz pequeña que me hice a los diez años al romper un frasco de tinta en el escritorio de mi padre. Permaneció en silencio durante treinta segundos, con la vista fija en el suelo de azulejos azules y blancos de la entrada, como si buscara en los dibujos geométricos la confirmación de su diagnóstico.

—La debilidad es evidente —declaró Soares, soltando mi brazo con un movimiento blando—. El pulso carece de la firmeza necesaria. La reclusión en la serra ha agravado la extenuación de los nervios que ya apuntamos en Lisboa. El aire de la costa, en la Línea de Estoril, combinado con el régimen de reposo absoluto, es el único remedio para devolver la regularidad a su espíritu.

No respondí. Las explicaciones de los médicos son como las sentencias de los tribunales; no buscan el diálogo, sino el establecimiento de un hecho oficial que permita archivar el expediente. Tomé la maleta pequeña por el asa de cuero. El peso era mínimo, una masa insignificante que no requería el esfuerzo de mis hombros.

Salimos al camino. El automóvil del doctor, un Citroën de color negro con las aletas salpicadas de barro gris, aguardaba frente a la verja de hierro forjado. El chofer, un muchacho joven con gorra de plato y chaqueta de lona, abrió la portezuela trasera con un movimiento mecánico. Henrique subió primero, acomodándose en el lado derecho del asiento, dejando el espacio izquierdo para mí. El doctor Soares ocupó el asiento delantero, junto al conductor, colocando su maletín sobre las rodillas como si temiera que el movimiento del carruaje pudiera alterar el orden de sus papeles.

El motor arrancó con un temblor que sacudió los cristales de las ventanillas. Al avanzar por la Estrada da Pena, la Quinta dos Loureiros comenzó a encogerse detrás de las ramas de los camelios. La verja oxidada, la camelia roja que continuaba en flor a pesar del invierno, el porche de piedra donde había pasado las mañanas de octubre traduciendo versos prohibidos, todo se ocultó detrás de la masa grisácea de la niebla que bajaba por las pendientes.

Dejamos atrás los relieves de Sintra antes de las diez. En el cruce de la rotonda, donde el cartel oficial indicaba la dirección hacia la

costa de la Línea de Estoril, el chofer giró el volante en sentido contrario. El Citroën enfiló la carretera nacional hacia el norte. Henrique no se inmutó; mantuvo los ojos fijos en su legajo de papeles con la misma fijeza administrativa con que firmaba los recursos de apelación en el bufete de la Estrela. Comprendí entonces que la promesa del aire marino de Estoril, repetida durante semanas en el comedor de Lisboa por el doctor Soares, no figuraba en la hoja de ruta real. Era una construcción protocolaria para los archivos del juzgado, una entrada limpia que el secretario de la Audiencia podría consultar más adelante sin sospechar de los desvíos del trayecto. El automóvil avanzaba hacia el norte por la carretera nacional, cruzando un paisaje que iba perdiendo la frondosidad húmeda de la sierra para adoptar la monotonía de las llanuras del Ribatejo. A través de la ventanilla, el mundo exterior se reducía a una sucesión de campos de cultivo anegados por las lluvias invernales, donde los rastrojos del maíz flotaban en el agua turbia como hilos de paja sucia. Los olivares de las pendientes mostraban sus hojas plateadas bajo un cielo bajo y de un color plomo uniforme sobre los tejados de las aldeas.

En el interior del vehículo, el olor a gasolina se mezclaba con la humedad de nuestros abrigos de lana, creando una atmósfera densa que dificultaba la respiración. Henrique permanecía inmóvil a mi lado, con las piernas cruzadas y un fajo de documentos del bufete desplegado sobre las rodillas. Sus dedos, largos y limpios, pasaban las páginas con un ritmo metódico, ajeno al traqueteo de las ruedas sobre el firme irregular. De vez en cuando, extraía un lápiz del bolsillo interior de su chaqueta para trazar una línea recta en el margen de un folio, una corrección menor que ejecutaba con la misma fijeza con que había ordenado el cierre de mi dormitorio en Lisboa. Para él, este viaje no era una ruptura, sino la continuación natural de un procedimiento administrativo destinado a restaurar el orden de su casa.

El coche cruzó el puente sobre el río Mondego a primera hora de la tarde. Coímbra apareció a la derecha, una acumulación de fachadas blancas y tejados oscuros que trepaban por la colina hacia la torre de la Universidad, cuyo perfil de piedra recortaba el

horizonte gris con la fijeza de un centinela antiguo. En las orillas limosas, las barcas de los pescadores cabeceaban sobre el agua ocre que bajaba cargada con la tierra de las montañas del interior. En las calles bajas, las mujeres caminaban con los mantones de lana negra ceñidos a los hombros, con las cabezas inclinadas para protegerse de la llovizna menuda que empezaba a empañar los cristales del Citroën. Los estudiantes cruzarían los arcos de la biblioteca en ese mismo instante, hombres jóvenes con las capas raídas por las esquinas y los ojos fijos en los manuales de derecho penal, ignorantes de las vidas que se decidían al otro lado de los muros de granito. El saber oficial es una herencia que se transmite de padres a hijos en las salas de Coímbra, una cadena de nombres propios que no tolera la intrusión de los cuadernos íntimos ni las Cartas para Quem Não Existe.

El traqueteo del motor cambió de ritmo cuando el chofer desvió el automóvil hacia la carretera que subía a la serra del Buçaco. El firme de asfalto dio paso a un camino de macadán, una pista de piedras sueltas y barro arcilloso que obligaba al vehículo a avanzar en segunda marcha, con un gemido metálico que resonaba en el habitáculo como la queja de un animal cansado. La vegetación de las márgenes se volvió más densa, sustituyendo los olivares del llano por los primeros ejemplares de pinos marítimos y robles centenarios cuyos troncos estaban cubiertos por una costra de musgo verde.

El aire que entraba por las rendijas de la portezuela traía un aroma diferente, una mezcla de resina quemada y tierra mojada, con ese olor a hojas en descomposición que sustituía el perfume de agua de azahar que había dejado en el patio de Sintra. Henrique cerró su legajo de papeles con un golpe sordo, deslizando los folios en el interior de la cartera de cuero antes de abrochar las hebillas de bronce. Se volvió hacia mí, examinando mi perfil con esa distancia crítica que los tasadores emplean antes de fijar el valor de un mueble de herencia. Su rostro, iluminado por la claridad mortecina que se filtraba a través del cristal manchado de lluvia, no mostraba signos de fatiga ni remordimiento.

—Es por tu bien —dijo Henrique, apoyando su mano enguantada sobre el respaldo del asiento, sin llegar a tocar mi hombro—. El

doctor Soares revisó la indicación a última hora. Los pulmones de Estoril no servirían en tu caso; el aire marino habría debilitado todavía más tu sistema. El sanatorio del Buçaco ofrece, además, la discreción que un caso como el tuyo requiere. Las mujeres de tu estirpe carecen de la templanza necesaria para resistir las novedades de la capital sin perder el sentido del deber. En el Buçaco no habrá libros franceses ni correspondencias descarriadas. Encontrarás el orden que tu familia no supo darte en las dehesas del Alentejo.

No respondí. El silencio es la única propiedad que Henrique no ha podido incluir en su inventario de bienes matrimoniales. Mantuve la mirada fija en el limpiaparabrisas, cuyo movimiento de vaivén trazaba dos arcos limpios en el cristal empañado, revelando la entrada al bosque sagrado. Las grandes puertas de hierro de la cerca carmelita aparecieron entre la arboleda, oxidadas y cubiertas de hiedra, abriéndose despacio ante el paso del automóvil con un chirrido metálico que interrumpió la marcha.

El Citroën avanzó bajo la sombra de los cedros y los cipreses antiguos, unos árboles colosales que los monjes descalzos habían plantado tres siglos atrás para recrear la penumbra del monte Carmelo. La luz del día desapareció casi por completo, sustituida por una claridad mineral que se filtraba entre las copas entrelazadas de los árboles. El suelo estaba cubierto por un manto espeso de hojas muertas y helechos arborescentes que amortiguaban el ruido de los neumáticos, reduciendo el avance del coche a un deslizamiento silencioso, casi fúnebre.

A lo lejos, al final de una alameda de hortensias secas, se recortaba la silueta del sanatorio, un edificio de tres plantas con muros de piedra encalada y ventanas estrechas que miraban hacia el abismo de la montaña. No había nadie en los jardines; las sillas de mimbre de la terraza permanecían volcadas contra la pared para protegerlas de la humedad y un hilo de humo gris subía de la chimenea central, perdiéndose en la masa de vapor que descendía de las cumbres.

El automóvil se detuvo frente a la escalinata de granito. El chofer descendió para abrir la portezuela, dejando entrar una ráfaga de aire helado que me enfrió las mejillas y me trajo el sabor del salitre de la

costa lejana. Henrique descendió primero, extendiendo su mano para ayudarme a bajar, un gesto de cortesía conyugal que mantuvo frente a la mirada del enfermero que aguardaba en el porche.

Tomé mi maleta pequeña y apoyé los pies en el suelo mojado. La tierra del Buçaco tenía una consistencia blanda, un mantillo de agujas de pino y tierra negra que cedía bajo mi calzado con el mismo suspiro húmedo que había escuchado la noche anterior bajo el naranjo de Sintra. Sabía que las treinta y dos cartas estaban a salvo, durmiendo bajo el cuidado de las raíces del arriate, lejos del alcance de las órdenes médicas y de los registros notariales. Henrique creía haberme traído a un lugar de confinamiento; no entendía que una mujer que ha dejado sus palabras verdaderas bajo la tierra de su jardín es una mujer que ya no puede ser encerrada.

Crucé el umbral del sanatorio sin mirar atrás, siguiendo los pasos pulcros del doctor Soares por el pasillo de baldosas grises. El aire del interior olía a fenol y a sábanas hervidas, mezclado con la cal húmeda de las habitaciones cerradas. Al final del corredor, antes de que la celadora cerrara la puerta de madera de mi nuevo dormitorio, me volví hacia el gran ventanal que miraba hacia los valles del norte.

En febrero, Buçaco tiene la niebla más blanca que jamás haya visto. Fue la última cosa hermosa que vi.

CAPÍTULO 37
CLARA

La biblioteca de la Quinta dos Loureiros parecía haber encogido bajo el peso de una penumbra mineral, fría y cargada de herrumbre, que bajaba desde las pendientes de la serra conforme la tarde se disolvía en la niebla del Atlántico. La luz del flexo de pinza, enganchado torpemente a uno de los estantes de madera oscura, proyectaba un cono de claridad cruda sobre la mesa de roble, tiñendo las páginas mecanografiadas y los apuntes de Tomás de un color ceniza impenetrable. Fuera, la lluvia menuda de Sintra continuaba golpeando los cristales sucios con un siseo constante, un ritmo monótono que acentuaba el aislamiento de la gran sala.

Tomás permanecía inmóvil junto al borde del tablero, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta de pana, la misma que llevaba semanas acumulando el polvo de los legajos y el olor a cerrado de la casa. Su rostro, habitualmente cerrado en una línea amarga de desconfianza técnica, mostraba una rigidez diferente aquella noche; una fijeza desarmada, casi lívida, como si la geometría del archivo que tanto se había esforzado en clasificar hubiera saltado por los aires tras la última llamada desde Coímbra.

Clara levantó la vista de su ordenador. Sus dedos, acostumbrados a la fijeza mecánica del teclado, se quedaron suspendidos a un milímetro del plástico negro al notar la densidad del silencio que emanaba del historiador.

—¿Qué pasa, Tomás? —preguntó ella, modulando la voz en ese tono neutro con el que intentaba protegerse de la humedad de la casa—. Te ha cambiado la cara desde que colgaste el teléfono. ¿Ha encontrado Jorge algo más en los archivos de la facultad?

Tomás exhaló un suspiro largo, un sonido denso que se confundió con el siseo del radiador de agua. Sacó una mano del

bolsillo y dejó sobre la caoba un folio doblado en tres partes, donde había transcrito a lápiz, con su caligrafía pequeña y regular de catalogador, el mensaje exacto que su colega le había dictado desde el despacho del norte.

—Hay una alteración en el margen izquierdo del pliego médico de Coímbra, Clara —dijo él, manteniendo la voz en una neutralidad forzada que apenas lograba tapar su propia quiebra—. Una anotación manuscrita por el médico de guardia del turno de noche, fechada tres horas antes de que se firmara el entierro de Maria do Carmo en la fosa común. La letra estaba semioculta por el sello de la censura militar, pero el reactivo químico que ha aplicado Jorge en el laboratorio la ha vuelto limpia, despojada de las tachaduras de la administración.

Clara se inclinó hacia delante, estirando los dedos hacia el papel, pero no llegó a tocarlo. Sintió el frío de la madera de roble contra los antebrazos y un presentimiento sutil, un escalofrío biológico que le recorrió la costilla.

—¿Qué dice exactamente? —preguntó, bajando el tono, volviéndose más gallega, más descalza.

—Dice textualmente: «Muerte inducida» —contestó Tomás, fijando sus ojos en las pupilas de la traductora a través de los cristales limpios de sus gafas—. Muerte inducida.

Clara frunció el ceño, buscando en los moldes de su memoria filológica una equivalencia administrativa que redujera la violencia de las dos palabras a una nota a pie de página, a una de esas fórmulas legales acartonadas que solía traducir en los contratos notariales de Vigo.

—No lo entiendo del todo —dijo ella, forzando una sonrisa corta que se apagó de inmediato en mitad de la sala—. Inducida... Puede significar muchas cosas en el lenguaje médico de los años cuarenta. Un paro cardíaco provocado por la crisis de la tuberculosis, un colapso respiratorio debido a la medicación para los nervios... El doctor Soares ya hablaba en sus informes de un agotamiento pasivo del espíritu. Una debilidad orgánica.

—No, Clara. No dejes que la prosa de la dictadura te corrija las comas —la interrumpió Tomás, con una firmeza que delataba el peso

de cuarenta años de archivos a la espalda—. En el portugués administrativo del Estado Novo, las palabras verdaderas exigían una línea recta, una fijeza criminal. Esa nota no es un diagnóstico clínico; es el registro confidencial de un procedimiento.

Tomás se alejó un paso de la mesa, rodeando la gran superficie de madera con pasos lentos y pesados, arrastrando las botas por la tarima combada que crujía bajo su peso con una nota grave.

—La eutanasia silenciosa en los sanatorios de élite de la Línea de Estoril y de la costa central era una práctica conocida, un secreto a voces que la policía política y las familias de la alta burguesía compartían en los despachos de la Baixa —explicó, mirando hacia las estanterías del este, donde los lomos de cuero de los libros de Henrique de Sousa parecían vigilar el contorno de la sala—. No dejaban huellas, no había pelotones de ejecución ni procesos judiciales para las mujeres de buena familia cuyo espíritu se consideraba demasiado peligroso para el orden de la nación. Cuando una esposa, una hija o una hermana cruzaba el perímetro de seguridad de la cordura oficial, cuando leía demasiados libros extranjeros o ayudaba a los refugiados del otro lado de la frontera, el mecanismo del Estado no necesitaba levantar la voz.

Clara escuchaba inmóvil, sintiendo cómo el corazón le daba un vuelco violento contra las costillas. Las palabras de Tomás se clavaban en su mente con la nitidez de una revelación botánica, idéntica a la camelia roja que florecía a destiempo en el jardín.

—Se las ingresaba con un documento firmado por médicos afectos al régimen, como el doctor Soares —continuó Tomás, deteniéndose de nuevo frente a ella—. Y si la reclusión no bastaba para apagar el manuscrito, si el bucle de su resistencia continuaba vibrando en la penumbra del sanatorio, se aplicaba la solución civilizada. Una dosis exacta de opiáceos, una alteración en el tratamiento del turno de noche, y el médico de guardia firmaba un colapso natural antes de que el cuerpo fuera entregado a la cal de una fosa común. El orden de la casa volvía a ser el reflejo del orden de la nación. Henrique de Sousa recuperaba su inventario limpio de marcas, y el expediente se cerraba con un sello de censura militar.

El impacto físico de la explicación dejó a Clara sin aire. La historia de la Quinta dos Loureiros ya no era un catálogo de cartas de amor descarriadas, facturas de papel de barba y fletes de corcho entre Lisboa y Badajoz; era el registro minucioso de un crimen de Estado que ahora cruzaba las décadas para exigir su última cuota de verdad a los vivos. La dignidad desolada de Maria do Carmo, su resistencia oculta entre las partituras de Chopin y las raíces del naranjo, no se había extinguido por el apagamiento biológico de una enferma recluida; la habían asesinado de manera burocrática, limpia y silenciosa en mitad del bosque de la serra.

Sintió que las piernas le fallaban, que el suelo torcido de la biblioteca ya no alcanzaba a sostener el peso de sus propios cimientos. Sin una palabra, Clara se deslizó de la silla y se sentó directamente sobre las tablas de madera del parqué, apoyando la espalda contra el lateral de la gran mesa de roble. Cruzó las piernas bajo su falda de pana gris y escondió las manos entre las mangas del jersey de lana, buscando protegerse del frío mineral que subía desde las vigas vencidas de la casa.

Tomás la observó desde su fijeza de luto. El muro defensivo de su propia disciplina académica, esa estructura rígida con la que se protegía del mundo y de los fantasmas de su propia vida, pareció ceder ante la limpieza del dolor que vio en el rostro de la traductora. Cruzó el espacio que los separaba con un movimiento lento, torpe, que delataba la falta de costumbre de un cuerpo habituado al aislamiento de los despachos de Coímbra.

Se bajó despacio y se sentó en el suelo, a su lado, apoyando también la espalda contra la caoba de la mesa.

No se tocaron. Permanecieron alineados en el parqué, separados por apenas unos centímetros de aire gélido, manteniendo una distancia respetuosa y monacal que parecía el único perímetro seguro en mitad de la tormenta que acababa de estallar en el archivo. Tomás fijó la vista en la pared de enfrente, donde las sombras de los estantes se estiraban hacia el techo agrietado como los dedos de una mano muerta.

—Está aquí, Clara —susurró Tomás, y su voz ya no tenía la superioridad cansada de los primeros días, sino una vulnerabilidad

remota—. Todo este tiempo hemos estado buscando un testamento literario, una justificación filológica para salvar los créditos de una contracubierta... Pero lo que Maria do Carmo enterró bajo el naranjo no fue solo un libro de poemas o un fajo de cartas privadas. Enterró las pruebas de su propia ejecución. Sabía lo que le iban a hacer. Sabía que el automóvil de Henrique vendría a por ella una mañana de invierno y que la puerta de esta quinta se cerraría para siempre. Por eso escribió contrarreloj, en la penumbra de las madrugadas, despojando su caligrafía de toda cortesía burguesa. Escribió para que alguien, un día, supiera cómo fue su muerte.

Clara no contestó. Una lágrima gorda y limpia rodó por su mejilla, pero no intentó ocultarla ni buscó el pañuelo en los bolsillos del abrigo. Se quedó mirando sus propias botas salpicadas de barro negro, entendiendo por fin que la herencia de la quinta no era una casualidad de la herencia jacente ni un desvío burocrático del Cartório Notarial de Sintra. La casa la había estado esperando porque ella poseía la única mirada capaz de traducir el silencio de la muerta, de devolverle el peso exacto a una historia que la dictadura había intentado reducir al tamaño de una nota administrativa.

La niebla exterior se pegó por completo a los ventanales altos de la biblioteca, transformando el jardín trasero en una pantalla blanca, impenetrable y sorda que borraba cualquier rastro de los caminos de la sierra. El siseo de la llovizna pareció retirarse hacia el fondo de la montaña, dejando la gran sala sumergida en una quietud absoluta, un vacío espeso donde el tiempo histórico y el presente se fundían en una misma línea de sombras. Allí, sentados en mitad de la vaguada de la tarima, sin rozarse, compartiendo el mismo trozo de balsa de los náufragos, Tomás y Clara entendieron que el perímetro de la frontera acababa de saltar por los aires y que el verdadero momento oscuro de la historia acababa de comenzar en la penumbra de Sintra.

CAPÍTULO 38
TOMÁS

El frío de la biblioteca terminó por desalojarlos cuando la aguja del reloj de pared cruzó la medianoche. No fue una decisión hablada; simplemente, el suelo de madera había dejado de ser un refugio para convertirse en una placa de hielo que les entumecía los huesos. Tomás se levantó primero, ofreciéndole a Clara una mano que ella aceptó solo para impulsarse, soltándola de inmediato, como si el contacto físico aún fuera una frontera que requiriera un salvoconducto que ninguno poseía.

Esta vez, Tomás no se quedó en el sofá del salón. Siguió a Clara por el pasillo en penumbra hasta la cocina de la quinta, un espacio inmenso de azulejos blancos y azules, desconchados por las humedades de la serra, donde el olor a cobre viejo y a granito lavado sustituía la atmósfera de papel sepia de los libros. Clara encendió el hornillo de gas; la llama azul brotó con un siseo rítmico, arrojando una luz espectral sobre las paredes altas. Pusieron a calentar un cazo de agua, sin hablar, compartiendo la tarea con la sincronía involuntaria de dos náufragos que limpian la cubierta de un bote.

Se sentaron a la mesa de madera cruda, la misma donde décadas atrás el servicio de Henrique de Sousa limpiaba la cubertería de plata mientras Maria do Carmo agonizaba en el norte. Allí, con las tazas de porcelana desconchada entre las manos, la conversación continuó. Ya no eran los tecnicismos del archivo lo que urgía; era la necesidad biológica de ponerle palabras al abismo que acababa de abrirse bajo sus pies.

—Lo sabían —dijo Clara, mirando el vapor que ascendía del agua —. Henrique, el doctor Soares, toda esa red de apellidos ilustres de

la Baixa. No se limitaron a esconderla porque resultara incómoda. Diseñaron un procedimiento civilizado para que dejara de existir.

Tomás asentía, con los ojos fijos en la llama azul del hornillo.

—El Estado Novo no destruía los cuerpos en las plazas públicas, Clara. Eso habría alterado la paz de las familias, la idea de que Portugal era un oasis de orden y fe. La violencia se ejercía en los márgenes, con membretes oficiales y recetas médicas de madrugada. Jorge me dijo por teléfono que el pliego de Coímbra no es el único. Hay carpetas enteras en los sótanos del ministerio que contienen esa misma anotación. Es la contabilidad de una limpieza invisible.

La mención de la contabilidad y el orden pareció actuar como un detonante inverso. Despojados de la seguridad de sus disciplinas —él, la historia; ella, la filología—, el peso del descubrimiento los arrastró hacia sus propios territorios baldíos. Cuando se ha contemplado el reverso más oscuro de una época, defender los secretos personales empieza a parecer un esfuerzo inútil.

Fue Tomás quien rompió la esclusa. Habló de Ana. Su nombre salió de su boca con la rigidez de un objeto que lleva demasiado tiempo enterrado en un cajón. Clara descubrió entonces que Ana no había sido una sombra apagada en los pasillos del piso de Celas, sino una mujer entera, oncóloga pediátrica en el hospital de la Universidad, una profesional de las salas blancas que llevaba a Lia en brazos por el jardín botánico en las tardes de los domingos. El diagnóstico había llegado en el otoño de 2022 con la brusquedad de un veredicto sin recurso; un tumor fulminante, una palabra latina con un calendario muy corto, una despedida que apenas había dejado tiempo para los trámites administrativos de la facultad antes de que el invierno cerrara el expediente.

—Durante cuatro años pensé que mi insistencia en los archivos, mi obsesión por catalogar el siglo XIX, era una forma de vocación —confesó Tomás, y sus dedos apretaron la loza de la taza—. No lo era. Era una forma de no entrar en las habitaciones donde Ana ya no estaba. Después del funeral, la facultad se convirtió en mi único territorio respirable. Clasificar correspondencia de hombres muertos era más sencillo que abrir el armario de las batas blancas o limpiar

los frascos de cristal que ella se había llevado del hospital para enseñar a Lia los nombres de los disolventes. Me convencí de que sobrevivir consistía en no mirar de frente lo que faltaba.

Clara lo escuchaba sin interrumpir, sintiendo que el relato de Tomás encajaba con una precisión dolorosa en los huecos de su propia historia. La honestidad del historiador, desprovista de patetismo, la obligó a mirar hacia dentro.

—A mí me pasó algo parecido con Daniel —dijo ella, bajando la vista hacia la mesa—. En Vigo, todo el mundo pensaba que éramos la pareja perfecta. Dos profesionales liberales, la traducción, la vida ordenada frente al mar. Pero Daniel necesitaba una mujer que habitara el presente con la misma solidez con la que él construía sus planos de arquitectura. Yo siempre estaba en otra parte. Traduciendo las cartas de otros, buscando el tono exacto de voces que se extinguieron hace cien años. Un día se cansó de hablarle a una pared de papel. Se fue sin hacer ruido, y lo peor es que sentí un alivio inmenso. El espacio que dejó libre lo llené con más diccionarios.

La madrugada avanzaba, ajena al aislamiento de la cocina. Las palabras iban y venían, perdiendo la urgencia del debate y adquiriendo el ritmo confesional de las horas prohibidas. Hablaron de la madre de Clara, de esa mujer gallega que guardaba las llaves de la casa de la frontera en un delantal gris y que murió sin haber pronunciado jamás el nombre del hombre que la esperó al otro lado del Miño durante toda la posguerra.

—Mi madre me enseñó a traducir antes de que yo supiera lo que significaba la palabra —explicó Clara, con una sonrisa amarga—. Ella traducía los silencios de mi padre, las cartas que llegaban sin remitente desde Lisboa, los días en que la radio solo daba noticias de Madrid. Toda mi vida ha sido un intento de ponerle texto a lo que ella se llevó a la tumba.

Luego apareció el nombre de Lia. Tomás habló de ella con una ternura áspera, la hija de ocho años que dormía esa noche en el piso de su abuela en la rúa Ferreira Borges. Lia, que dibujaba mapas torcidos en el reverso de los recibos del supermercado, que se mordía las uñas como Ana y que aún preguntaba, los domingos por

la tarde, si mamá podía verla desde algún sitio. La niña funcionaba como un metrónomo de la disciplina paterna; era la razón por la que Tomás compraba pan a las siete y media de la mañana y por la que las facturas del gas seguían pagándose a tiempo.

No hubo reproches ni consuelos. Sentados a un metro de distancia, bajo la bombilla mortecina de la cocina de la quinta, Tomás y Clara se limitaron a colocar sus pérdidas sobre la mesa de madera, como si fueran los fragmentos de un documento que necesitara ser cotejado antes de que llegara el amanecer. Fue una intimidad absoluta, despojada de cualquier urgencia de la carne, un territorio ciego donde las palabras sustituyeron al tacto y los secretos compartidos hicieron las veces de un abrazo.

A las cinco de la mañana, el siseo del gas hacía tiempo que se había apagado. Una claridad lívida, casi azul, empezó a recortar el contorno de los ventanales altos de la cocina, anunciando esa primera luz de Sintra que nunca llega a ser del todo sol, sino una prolongación de la niebla.

Tomás se levantó de la silla. Sus movimientos eran los de un hombre que ha caminado toda la noche por un terreno desconocido; sus hombros, habitualmente rectos, se vencían levemente bajo la chaqueta de pana.

—Tengo que irme, Clara —dijo, y su voz sonó ronca, gastada por las horas de vigilia—. Si me quedo más tiempo, la luz del día nos va a encontrar aquí, y el archivo de Henrique exige que mantengamos las distancias, aunque solo sea por educación académica.

Clara lo acompañó por el pasillo largo de la entrada. La casa parecía más grande a esa hora, más vacía, como si los fantasmas de Maria do Carmo y su verdugo se hubieran retirado a las vigas del techo tras haber presenciado la larga confesión de la cocina.

Llegaron a la puerta de roble que daba al porche exterior. Tomás extendió la mano hacia el cerrojo de hierro, pero antes de que sus dedos tocaran el metal, Clara dio un paso hacia delante y le cogió la mano izquierda. Su agarre fue firme, desprovisto de la timidez de los días anteriores; una presión limpia que detuvo el movimiento del historiador en el acto.

Tomás se giró despacio. Se miraron a la luz gris del vestíbulo, con las marcas del cansancio y de las cinco horas de conversación grabadas en las ojeras y en las comisuras de los labios. Él no retiró la mano. En lugar de eso, levantó la derecha y la colocó con suavidad sobre la mejilla de Clara, un gesto pausado, casi reverencial, donde las yemas de sus dedos, curtidas por el roce del papel viejo, buscaron la calidez de la piel de la traductora.

Se besaron una sola vez.

Fue un beso corto, despojado de la prisa del deseo juvenil o de la desesperación de los amantes clandestinos. Fue un contacto limpio, rotundo, donde la distancia que los había separado desde el primer día en la estación de tren de Sintra se disolvió en un segundo de fijeza absoluta. Fue el pago de cada carta traducida, de cada legajo desenterrado, de cada silencio compartido en las esquinas de la biblioteca. Un beso completo que contenía toda la geografía de sus pérdidas y la certeza de que, a partir de ese instante, la investigación ya no pertenecía al ámbito de la historia, sino al de sus propias vidas.

Tomás se separó despacio, manteniendo la mano en el rostro de Clara un instante más, como si fijara el relieve de sus facciones en su memoria de archivista. Luego, bajó el brazo, hizo girar el cerrojo de hierro y abrió la puerta. El aire húmedo y helado de la serra entró de golpe en el vestíbulo, barriendo el olor a café y a confesión.

—Hasta mañana, Clara —dijo él, sin mirar atrás.

Salió al porche y sus botas resonaron en los escalones de piedra antes de que la niebla del jardín se lo tragara por completo. Clara cerró la puerta y apoyó la frente contra la madera fría, escuchando el motor del coche alejarse por el camino de carrascas hasta desaparecer en la carretera de la costa.

Volvió a la cocina. La mesa seguía allí, con las dos tazas vacías y las huellas de su larga noche sobre la madera cruda. Subió a su habitación, se tumbó en la cama con la ropa puesta y miró el techo hasta que la luz del día terminó por blanquear las paredes.

A pocos kilómetros de allí, en una habitación de hotel con olor a cera de muebles de la rúa do Paço, Tomás permanecía sentado junto

a la ventana, con los zapatos puestos y la mirada fija en el perfil oscuro del Palacio Nacional que emergía entre la bruma. Ninguno de los dos durmió. El bucle se había cerrado, el primer beso se había consumado y el peso de lo que venía después resultaba demasiado grande para conciliar el sueño.

CAPÍTULO 39
CLARA

La luz de la mañana en Sintra no trajo la claridad ordinaria de los días útiles, sino una fijeza blanca y sorda que parecía estancar el tiempo entre los muros de la Quinta dos Loureiros. Clara bajó las escaleras con los párpados pesados, arrastrando una fatiga sorda que no nacía de la falta de sueño, sino de la densidad de todo lo que se había dicho —y de lo que se había sellado— antes del amanecer. Sus pies descalzos buscaron el frío de la tarima, un contacto físico que necesitaba para convencerse de que el suelo bajo ella seguía siendo firme tras el derrumbe de la noche anterior.

Al cruzar el pasillo alto y empujar la puerta de la cocina, el espacio se le presentó como el escenario abandonado de una obra que acababa de concluir. Sobre la mesa de madera cruda permanecían las dos tazas de loza desparejadas, con un cerco oscuro de posos de té secos en el fondo, y las dos sillas sutilmente ladeadas, conservando la distancia exacta de un metro que Tomás y ella habían guardado durante cinco horas de confesiones.

Sin embargo, el aire de la estancia no era el mismo. Clara se detuvo en el umbral, con la mano aún apoyada en el pomo de latón, e inspiró despacio.

El olor la golpeó de inmediato, nítido y anacrónico, abriéndose paso por encima del rastro de gas apagado y del frío de las tuberías. Era agua de azahar. Un aroma denso, sutilmente medicinal y almibarado, la fragancia exacta que las mujeres de otra época utilizaban para templar los nervios caídos o para perfumar los pañuelos de hilo en las tardes de reclusión. Pero no venía solo; flotaba entrelazado con la exhalación inequívoca de una habitación cerrada. Era ese olor a papel descompuesto, a lana guardada en

arcones de alcanfor y a aire deshabitado que solo conservan los sótanos o los cuartos cuyos cerrojos no han girado en medio siglo.

Clara frunció el ceño, dando un paso hacia el centro de la cocina. El aroma era tan real que casi podía palpar su humedad en la garganta. Miró hacia las esquinas, hacia la alacena de puertas de malla donde se guardaban los platos de diario, hacia el rincón oscuro junto al fogón donde Tomás se había apoyado para hablar de Ana. No había ningún frasco roto, ninguna ventana abierta que justificara aquella corriente de aire de otra época. Era como si la propia cocina hubiera abierto una esclusa invisible en sus cimientos, permitiendo que el invierno de 1938 se filtrara a través de los azulejos para reclamar su sitio en el presente.

Acometida por una repentina necesidad de oxígeno, Clara cruzó la estancia hacia la puerta trasera que daba al porche y la abrió de par en par.

El aire de la serra entró como una bofetada húmeda, cargado de la resina de los pinos y del olor a tierra empapada de la montaña. El jardín de la Quinta dos Loureiros amanecía sepultado bajo una niebla baja, una masa de vapor atlántico que borraba el contorno de las carrascas y reducía el mundo al perímetro de la terraza de piedra. Clara salió al exterior, abrazándose los brazos sobre el jersey de lana gris, sintiendo cómo las gotas de la llovizna menuda se le prendían del pelo como cuentas de vidrio.

Caminó hacia el macizo de vegetación que crecía junto al viejo naranjo, el lugar donde la sombra de Maria do Carmo parecía haberse vuelto más espesa desde que Jorge llamara desde Coímbra. Al acercarse al gran arbusto de camelias, Clara se detuvo en seco.

Ayer por la tarde, mientras clasificaba las facturas de corcho antes de que Tomás llegara, se había quedado mirando largamente esa misma zona del jardín. Recordaba con la precisión de una traductora habituada al detalle que la rama inferior del flanco izquierdo, una guía vieja y nudosa que rozaba la piedra del pozo, estaba completamente pelada, gris y seca, vencida por el musgo y la desatención de los años.

Ahora, en mitad de la broza, una camelia nueva había florecido durante la noche. Era una flor solitaria, perfecta y de un color rojo

tan encendido que parecía herir la monotonía gris de la niebla. Sus pétalos, gruesos y encerados, se abrían en una geometría impecable, sosteniendo en el centro una corona de estambres amarillos que desafiaban la humedad del amanecer. No había capullos alrededor, ni hojas tiernas que anunciaran el brote; la flor simplemente estaba allí, adherida a la madera muerta, como un milagro botánico o una agresión de la belleza en mitad del desastre.

Clara se inclinó lentamente, sin llegar a tocarla, temiendo que el calor de sus dedos pudiera deshacer la ilusión. El rocío de Sintra resbalaba por el borde de los pétalos rojos, cayendo sobre la tierra negra con un ritmo imperceptible. Miró la flor, miró la rama desnuda y, por primera vez desde que cruzara la frontera de Portugal, sintió que la distancia formal que la separaba de los documentos desaparecía por completo. La historia ya no era un texto ajeno que requería notas al pie; era una presencia que respiraba a su lado en el jardín.

Clara enderezó la espalda. Miró hacia la espesura de la niebla, hacia el bosque invisible que subía por la ladera de la serra, y habló en voz alta. Su voz sonó extraña en el silencio del jardín, limpia de la cortesía académica de los despachos, cargada de una vibración descalza que le nacía del centro del pecho. Habló a una mujer que sabía que no podía oírla con los oídos de los vivos, pero cuya urgencia llenaba cada rincón de la quinta.

—Estoy buscando —dijo Clara, y las palabras flotaron en el aire húmedo como un compromiso irrevocable—. Voy a encontrarte. No voy a dejar que te cierren el expediente con ese sello. Sé lo que te hicieron, Maria do Carmo. Voy a contarlo todo.

El eco de sus propias palabras pareció asentarse sobre el agua del pozo con el peso de un juramento civil. Clara permaneció inmóvil unos segundos más, custodiando la camelia roja, hasta que el frío le caló los huesos del cuello. Se dio la vuelta y regresó al interior de la casa, cerrando la puerta del porche a sus espaldas, dejando fuera la niebla y la flor de la madrugada. El olor a agua de azahar se había atenuado en la cocina, sustituido ahora por la frialdad ordinaria de la piedra. Clara cruzó el pasillo hacia el vestíbulo de la entrada, donde el teléfono de baquelita negra descansaba sobre la consola de

caoba, justo debajo del espejo antiguo que reflejaba su rostro pálido y sus ojos encendidos por la vigilia. Necesitaba un ancla. Necesitaba escuchar una voz que perteneciera al otro lado de la frontera, a la geografía limpia de su propia vida antes de que Sintra la transformara en otra persona. Descolgó el auricular, pesado y frío, y marcó el número de Vigo. El tableteo del disco de marcar resonó en el portalón como una serie de disparos secos.

El tono de llamada sonó tres veces antes de que la línea hiciera un estallido de estática y una voz cansada, pero alerta, respondiera desde Galicia.

—¿Sí? ¿Clara? —la voz de Pilar llegó con la modulación exacta de las madres que esperan la llamada de la madrugada, con ese tono que mezcla el alivio y la sospecha.

—Hola, mamá —dijo Clara, apoyando la espalda contra la pared de piedra, sintiendo que la cercanía de la ría de Vigo la aliviaba de inmediato—. Soy yo. Siento llamar tan temprano.

—No te preocupes, ya estaba levantada. Aquí el mar viene hoy con fuerza y no había quien durmiera con las ventanas golpeando —Pilar hizo una pausa, y el silencio al otro lado de la línea se llenó de esa agudeza intuitiva que las mujeres de su familia manejaban como un arte—. Te noto la voz rara, Clara. ¿Qué pasa en esa casa? ¿Has encontrado algo más en los papeles de la herencia?

Clara miró sus propias botas, aún manchadas con el barro negro del jardín. Miró hacia el pasillo que conducía a la cocina, donde las dos tazas seguían esperando sobre la mesa.

—Hemos descubierto algo terrible, mamá —confesó Clara, bajando la voz, volviéndose más pequeña frente al auricular—. Algo que pasó aquí en el treinta y ocho. A la mujer que vivía en esta quinta... no la dejaron morir de pena. La mataron de forma limpia, en un sanatorio, con una orden del gobierno. Pusieron una nota en su expediente para que pareciera una muerte natural.

—Ay, hija... —el suspiro de Pilar llegó cargado del peso de la posguerra gallega, de una generación que sabía perfectamente cómo funcionaban los sótanos de las delegaciones de orden público —. Esas cosas ocurrieron en todas partes. Las fronteras cambian de nombre, pero la cal de las fosas es la misma en Galicia que en

Portugal. No te dejes comer por los muertos, Clara. Tú fuiste allí a traducir unos papeles, no a levantar los cementerios.

—No es solo el archivo, mamá —la interrumpió Clara, y por primera vez en toda la conversación, una inflexión diferente, más cálida y asustada, se coló en su prosa—. Hay algo más. Anoche... pasamos la noche entera hablando en la cocina. Hasta las cinco de la mañana. No nos hemos movido de la mesa. Me ha contado cosas de su vida, de su mujer que murió hace cuatro años, de su hija pequeña... cosas que no le ha dicho a nadie en Coímbra. Y al despedirnos en la puerta... me ha puesto la mano en la cara. Nos hemos besado. Solo una vez. Ha sido... completo.

Al otro lado del teléfono, el silencio de Pilar se volvió denso, despojado de la prisa anterior. La madre escuchó la confesión con la fijeza de quien reconoce el reverso de una historia que ya ha visto suceder en el pasado.

—¿Y él? —preguntó Pilar, y su voz ya no era la de la mujer que limpia las ventanas de Vigo, sino la de la madre que evalúa el tamaño del peligro—. ¿Cómo es ese hombre, Clara? ¿Qué busca en esa casa además de los libros viejos? ¿Cómo se llama?

Clara se quedó mirando el reflejo de sus propios dedos apretando la baquelita negra del teléfono. Recordó el tacto de la mano de Tomás en su mejilla, la firmeza de sus dedos curtidos por el papel y la limpieza del beso que la había dejado sin dormir. Sintió que pronunciar su nombre en ese momento, bajo la luz blanca de la entrada y frente al espejo de los Sousa, sería como entregar una parte de ese secreto antes de que el archivo estuviera listo para defenderlo.

—Después, mamá —dijo Clara, con una sonrisa corta que por fin logró templar la rigidez de su rostro—. Te lo contaré todo después. Ahora tengo que volver a la cocina. El día está empezando aquí y la camelia del jardín me está esperando.

CAPÍTULO 40
TOMÁS

El teléfono de la habitación del hotel en la rúa do Paço había sonado apenas tres horas después de que Tomás se sentara junto a la ventana a ver amanecer, con los zapatos todavía puestos y la fijeza del beso de Clara grabada en la línea de los labios. La voz de su madre, cruzando la distancia desde Coímbra con esa vibración trémula pero inflexible de las mujeres que han aprendido a dar malas noticias sin levantar el tono, lo había devuelto a la realidad de un plumazo. Lia. Una caída en los columpios del parque cercano a la rúa Ferreira Borges, ese pequeño jardín municipal donde su abuela la llevaba cada tarde después del colegio. Un mal paso, una cadena vieja que cedía o el simple desvío de una atención que Tomás no había sabido darle. «No es grave, hijo, pero tienes que venir. Está en el hospital».

El viaje de regreso por la autopista del norte había sido una transición ciega, un desgarro en el tejido del tiempo. Tomás condujo su viejo Peugeot devorando los kilómetros bajo una tormenta sorda que parecía perseguirlo desde la serra de Sintra, limpiando los cristales con el ritmo monótono de los limpiaparabrisas que competía con el eco de las palabras de Clara en la cocina. Dejó atrás el olor a agua de azahar, el misterio de la muerte inducida de Maria do Carmo y el tacto tibio de la mejilla de la traductora bajo sus dedos de archivista, para ingresar de golpe en la asepsia gris, fría y punzante de los pasillos del Hospital de la Universidad de Coímbra.

Cuando llegó, la urgencia ya se había transformado en una rutina de esperas y olores a desinfectante industrial. Lia estaba tumbada en una camilla de la planta de observación, con el radio izquierdo inmovilizado por una escayola blanca que contrastaba con la palidez de su piel, y una tira de esparadrapo cruzándole la frente como una

marca de guerra infantil. Tenía ocho años, la edad en la que las caídas de los columpios todavía pertenecen al territorio de los raspones cotidianos, pero la cara que le devolvió cuando entró en el box no era la de una niña que se ha hecho daño: era la cara de una niña que ya sabe medir la ausencia de los adultos sin protestar.

—Estoy bien, papá —había susurrado ella nada más verlo aparecer por la puerta del box, con esa voz pequeña y administrativa de cuando intentaba imitar el tono serio de la abuela—. Solo ha sido un susto. La cadena del columpio estaba rota, lo dijo el guardia del parque. No fue culpa mía. Y no llores, que no me duele.

Tomás no había sabido qué contestar. Se había limitado a besarle la frente, justo debajo del esparadrapo, sintiendo el olor a hospital y a piel joven, un olor que no tenía nada que ver con la herrumbre de la Quinta dos Loureiros ni con la madurez descalza de Clara.

Pasaron tres días. Tres días completos de un silencio mineral que se extendió entre Coímbra y Sintra como una zanja insalvable. El teléfono móvil de Tomás permanecía en el bolsillo de su chaqueta de pana, pesado e inerte como un fragmento de la cal que cubría los restos de Maria do Carmo. En varias ocasiones, durante las largas horas de vigilia en la sala de espera o en mitad de la noche en el antiguo piso familiar de la rúa Ferreira Borges, sus dedos habían rozado la pantalla, buscando el número de Clara. Pero la parálisis era más fuerte. ¿Qué podía decirle? ¿Cómo explicarle que el historiador que había prometido levantar los cementerios del Estado Novo se encontraba ahora atrapado en el bucle de sus propias deudas domésticas, custodiando el brazo roto de una niña que se quedaba dormida cada noche apretando contra el pecho el peluche del oso de Ana?

Tomás estaba raro. Se lo notaba él mismo en la rigidez de sus movimientos, en la forma en que evitaba cruzarse con su propio reflejo en los cristales de las ventanas del hospital. Se movía por la planta de traumatología con una meticulosidad artificial, revisando los goteros, ordenando las revistas de la mesa auxiliar y preguntando a los enfermeros por los componentes de los analgésicos con la misma fijeza obsesiva con la que solía clasificar

los fletes de corcho del siglo XIX. Era un mecanismo de defensa, una máscara técnica para ocultar la quiebra interna que lo habitaba.

Con Lia, su comportamiento se había vuelto de una cortesía casi administrativa. Le hablaba en un tono bajo, midiendo las palabras, como si temiera que cualquier exceso de afecto pudiera romper el delicado equilibrio que su hija mantenía con el espacio de Coímbra. Le traía libros de la facultad que ella apenas hojeaba y le compraba cafés de máquina que se enfriaban sin que ninguno de los dos los probara.

—Papá, estás raro —le dijo Lia la tarde del tercer día, dejando de pintar el oso azul que le había regalado la enfermera para mirarlo con la fijeza directa de los niños que han aprendido a hablar con sus mayores en las salas de espera—. Estás aquí, pero no estás. Tienes la cabeza en esa casa con los árboles grandes. La señora gallega te está esperando.

Tomás intentó forzar una sonrisa, pero la línea de sus labios no obedeció.

—Solo estoy cansado, Lia. El trabajo en Sintra es denso. Hay muchas cosas que no encajan en los papeles familiares.

Su madre, que no se había movido del sillón contiguo a la cama desde el primer día, observaba la escena en silencio. Era una mujer menuda, de cabellos grises cortados de forma severa y manos nudosas que conservaban la memoria del trabajo en las escuelas de la Beira Alta. Había visto a Tomás enterrar a su esposa, lo había visto convertirse en una estatua de sal entre las estanterías de la biblioteca de la facultad y sabía perfectamente cuándo su hijo utilizaba la erudición como un escudo para no sangrar.

Aquella noche, los médicos firmaron el alta de Lia. El regreso al piso de la rúa Ferreira Borges fue un desfile de sombras. La casa conservaba el mismo olor a cera de muebles viejos y a sopa de legumbres que Tomás recordaba de su infancia, pero ahora la presencia de Ana parecía flotar en el pasillo con una densidad renovada. Las fotos del mueble del salón —Ana sonriendo en la playa de Figueira da Foz, Ana con Lia en brazos bajo los tilos del jardín botánico— ya no eran recuerdos pacificados; eran reproches mudos que exigían una rendición que Tomás no sabía cómo ofrecer.

A las dos de la mañana, la casa por fin se quedó quieta. Lia dormía en su antigua habitación, con el brazo escayolado apoyado sobre una almohada de plumas. Tomás bajó a la cocina, arrastrando las zapatillas por el pasillo estrecho. Necesitaba encender el hornillo, buscar la regularidad del gas, imitar de alguna manera la noche que había pasado con Clara. Pero la cocina de su madre no tenía azulejos azules ni olía a agua de azahar; olía a limpio, a orden doméstico, a una paz que él sentía que no merecía. Se quedó de pie junto a la encimera de granito, con la taza de loza vacía entre las manos, mirando fijamente la pared de azulejos blancos. El silencio de Coímbra se le clavaba en las sienes con la fuerza de una condena. Sentía el peso del beso de Clara como una traición hacia la muerta que habitaba en los retratos del salón, y la caída de Lia como un castigo biológico, una advertencia de la realidad por haber osado mirar hacia el futuro en mitad de un cementerio. La puerta de la cocina se abrió con un crujido leve. Su madre entró despacio, envuelta en una bata de lana oscura que le daba el aspecto de una de esas figuras de luto que pueblan los campos del Alentejo. No encendió la luz general; se limitó a avanzar bajo la penumbra que arrojaba el flexo de la campana extractora.

Se detuvo a un paso de él. Tomás no levantó la vista de la taza.

—No has llamado a la muchacha de Galicia, ¿verdad? —preguntó la madre, con una voz limpia de reproche, pero cargada de una certeza que hizo que a Tomás se le tensaran los hombros.

Tomás tragó saliva, sintiendo el frío del granito contra los muslos.

—No sé de qué me hablas, mamá. He estado ocupado con los médicos de Lia.

—Sabes perfectamente de qué te hablo, Tomás —la anciana dio un paso más, colocándose frente a él, obligándolo a mirarla. Sus ojos, gastados por los años pero limpios de la niebla que asolaba Sintra, buscaron las pupilas del historiador—. Tu colega Jorge estuvo aquí el lunes para traer unas notas del laboratorio. Me dijo cómo te vio la cara el día que te marchaste a la quinta. Y te conozco desde que naciste. Llevas tres días moviéndote por esta casa como si fueras el culpable de la caída de tu hija, como si el radio roto de Lia

fuera la factura que tienes que pagar por haber sentido algo que no pertenezca al inventario de tus muertos.

Tomás apretó los dedos alrededor de la loza, sintiendo que la porcelana crujía bajo la presión.

—No es eso, mamá —dijo él, y su voz sonó rota, desprovista de toda la autoridad académica con la que solía dar clase en la Alta—. Es que todo está mal. Ana se murió en cuatro meses, en una habitación blanca del hospital donde ella misma había trabajado, mientras yo catalogaba cartas de hombres que llevaban cien años bajo tierra. No fui capaz ni de pedirle un día más a la facultad. Y ahora... ahora que encuentro algo real, algo que verdaderamente importa en los papeles de Sintra, Lia se cae en el parque. Siento que si doy un solo paso fuera de la biblioteca, si permito que la vida me toque otra vez, todo lo que quiero se rompe.

Su madre lo miró largamente. Una de sus manos nudosas se levantó y se posó sobre el brazo de Tomás, no con la suavidad de un consuelo superficial, sino con la firmeza de quien clava una estaca en una tierra movediza. Lo miró con la fijeza de las mujeres que han sobrevivido a la dictadura, al hambre y a las ausencias, y que saben que la única verdad que queda al final de la historia es la de los que siguen respirando. Dijo una sola cosa, modulando el portugués con una solemnidad antigua, monacal, que pareció rellenar todas las grietas de la cocina de la rúa Ferreira Borges:

—Hijo, está bien. No tienes que pedir perdón por estar vivo.

Las palabras cayeron sobre Tomás con violencia. El muro defensivo de sus cuarenta años, la rigidez técnica de sus archivos, la culpa acumulada durante los inviernos de la enfermedad de Ana y la parálisis de los últimos tres días saltaron por los aires en mitad de la cocina de su infancia. Tomás soltó la taza. Apoyó las manos en el borde de la encimera, bajó la cabeza y comenzó a llorar.

Fue un llanto pesado, que le nacía desde el fondo del estómago; un llanto que arrastraba el polvo de las cartas no enviadas, la humedad de la serra y el dolor comprimido de una pérdida que jamás se había atrevido a llorar de verdad. Lloró frente a su madre por primera vez desde el funeral de Ana, despojándose por fin del

traje de luto que se había construido para no ver el mundo. La anciana permaneció a su lado, inmóvil, manteniendo la mano firme sobre su brazo, custodiando la quiebra de su hijo con la misma dignidad desolada con la que las raíces del naranjo de Sintra custodiaban el manuscrito de la muerta, esperando a que la tormenta terminara de pasar para que la vida pudiera, por fin, reclamar su territorio.

CAPÍTULO 41
CLARA

El tercer día de la ausencia de Tomás amaneció con una quietud tan absoluta que Clara pudo escuchar el goteo exacto del agua condensada en las hojas del magnolio antes de que la niebla terminara de tragarse el porche. La Quinta dos Loureiros parecía haber ensanchado sus pasillos, replegando sus esquinas hacia una dimensión deshabitada donde los muebles de caoba y los espejos picados por el azogue ya no reflejaban el presente, sino una vaga persistencia de lo que se había ido.

El silencio del historiador se había asentado en la casa con la regularidad de una nueva estación meteorológica. No había habido mensajes, ni llamadas, ni el rastro familiar de su Peugeot sorteando los baches del camino de las carrascas. Al principio, durante las primeras veinticuatro horas, Clara había permanecido cerca del teléfono de baquelita del vestíbulo, mirando el disco negro con una fijeza que rozaba lo biológico. Había repasado mentalmente, hasta la extenuación, el relieve de sus dedos sobre la mejilla de Tomás, la limpieza de ese único beso corto y completo en el umbral de la puerta, buscando en la memoria de su piel alguna fisura por la que entender la parálisis de Coímbra. Sabía, con esa intuición descalza que le bajaba de su madre, que el silencio de Tomás no era un retroceso de la voluntad, sino el colapso de un hombre que se había agrietado por completo tras asomarse al pozo de la cocina.

Sin embargo, a la tercera mañana, la espera cambió de naturaleza.

Clara bajó a la cocina y descubrió que el aroma anacrónico a agua de azahar y a habitación cerrada por fin se había disipado, barrido por el aire helado que entraba por las rendijas de las ventanas. Sobre la mesa de madera cruda ya no estaban las dos

tazas de la noche de las confesiones; las había lavado y guardado en la alacena la tarde anterior, en un intento de borrar las pruebas de una intimidad que la dejaba sin aire. Fue en ese momento, al mirar la superficie limpia y desnuda de la caoba, cuando Clara experimentó una lucidez fría, un golpe de viento que le aclaró las sienes de golpe.

Se miró las manos. Eran las manos de una traductora de Vigo. Unas manos habituadas a sostener el armazón de los pensamientos ajenos, a prestarle su musculatura filológica a los adjetivos de autores extranjeros, a corregir las comas de los contratos notariales y a buscar la equivalencia exacta para dolores que no le pertenecían. Toda su vida, entendió entonces, había sido una tarea de intermediación. Había sido el contenedor de la memoria de su madre, la pared de papel contra la que Daniel estrellaba sus planos de arquitectura, y la mirada limpia que la Quinta dos Loureiros exigía para desenterrar los pliegues de Maria do Carmo. Pero, ¿dónde estaba el texto original de Clara Mendes? Si vaciaba su vida de las palabras de los otros, ¿qué quedaba en el fondo del cuenco?

La respuesta no estaba en los diccionarios alineados en la biblioteca, ni en las facturas de corcho que Henrique de Sousa había firmado con tinta ferrogálica. Estaba en la necesidad imperiosa de dejar de ser un testigo pasivo de la tragedia ajena.

Volvió a la gran sala de la biblioteca. Encendió el ordenador, pero no abrió el archivo donde guardaba la traducción de las memorias comerciales de la quinta, el encargo formal que justificaba su estancia en Portugal y que los abogados de la herencia jacente esperaban en sus despachos de Lisboa. Dejó la pantalla en blanco. El cursor parpadeaba con un ritmo metrenómico, una aguja de luz cruda que parecía pincharle las pupilas en mitad de la penumbra mineral de la estancia.

Colocó los dedos sobre el teclado. Al principio, la fijeza de su disciplina la hizo dudar; los años de oficio la habían educado para no escribir jamás la primera persona del singular, para esconderse detrás del parapeto de la fidelidad al original. Pero allí, sola, con la serra de Sintra empujando la niebla contra los cristales sucios, Clara

entendió que heredar lo que otra mujer no había podido guardar no era un proceso burocrático. Era un acto de restitución física.

Empezó a escribir.

Las primeras frases salieron de sus dedos con una aspereza mineral, despojadas de toda ornamentación lírica, como si imitara la línea recta y la fijeza de aguja de coser que Maria do Carmo había reclamado para su propio cuaderno en enero de 1938. No escribió sobre sí misma, al menos no de manera directa; escribió sobre la Quinta dos Loureiros. Describió el olor a granito lavado de la cocina, la curvatura de la tarima que cedía bajo el peso del aislamiento, y la forma en que la luz blanca del Atlántico se estancaba en los pasillos altos como un fluido espeso que borraba el relieve de los muebles.

Pero, conforme las páginas se acumulaban en la pantalla, el texto dejó de ser una descripción arquitectónica para convertirse en una autopsia botánica de la sumisión y la resistencia. Clara empezó a reconstruir la figura de Maria do Carmo no a través de los datos que Tomás había verificado en los legajos de Coímbra, sino a través de los huecos que la administración del Estado Novo había dejado en los márgenes. Escribió sobre lo que significa escribir a contrarreloj, en mitad de la madrugada, sabiendo que el automóvil del marido vendrá a por ti una mañana de invierno para entregarte a la cal de una fosa común. Escribió sobre el miedo que se esconde detrás de las tazas de porcelana fina y las tardes de piano, y sobre la dignidad desolada de una mujer que prefiere enterrar sus palabras bajo las raíces de un naranjo antes que permitir que la censura militar le corrija las comas de su existencia.

A mediodía del primer día, Clara había olvidado el hambre, el frío de los radiadores de agua y el teléfono del vestíbulo. Se había despojado de los zapatos, sentada sobre las piernas en la gran silla de cuero de Henrique de Sousa, con el jersey de lana gris subido hasta los codos y el pelo desordenado sobre la frente. Las palabras acudían a su mente con una regularidad violenta, un torrente de prosa que le nacía del centro de la costilla y que no necesitaba consultar ningún diccionario de sinónimos. Ya no traducía; estaba fundiendo el metal.

Escribió sobre su propia madre, Pilar, introduciendo su voz gallega y cansada en mitad del bosque de Sintra, tendiendo un puente de sombra entre los fusilados del Miño y las muertes inducidas de la Línea de Estoril. Entendió, mientras sus dedos golpeaban el plástico negro del teclado, que la historia de las mujeres de su familia era la misma historia de Maria do Carmo: una sucesión de silencios heredados, de llaves guardadas en los delantales grises y de verdades que solo se pronunciaban cuando la intemperie ya no importaba.

La noche cayó sobre la quinta sin que ella se levantara a encender la lámpara general. Continuó trabajando bajo la única luz cruda del flexo de pinza, que proyectaba su sombra alargada contra los estantes de madera oscura, transformándola en una figura espectral que parecía formar parte del propio inventario de la casa. Cuando los ojos le escocían por el brillo de la pantalla y los dedos le dolían por la fijeza mecánica del esfuerzo, Clara se limitaba a mirar por el ventanal del este. Fuera, en la broza del jardín, la camelia roja que había florecido de la madera muerta permanecía inmóvil bajo la llovizna, un punto de sangre encendida que le recordaba el tamaño del compromiso que había asumido frente al pozo.

Durante esas primeras veinticuatro horas, Clara escribió cuatro mil palabras. No hubo correcciones, ni relecturas, ni detenciones para evaluar la calidad del estilo. Era una escritura de urgencia, un bucle de necesidad pura que la arrastraba hacia delante como si el coche del doctor Soares fuera a llegar a la quinta al amanecer para arrebatarle el manuscrito.

El segundo día no fue diferente. La fatiga se le había instalado en los hombros con una rigidez de luto, pero su mente conservaba una nitidez casi dolorosa, una fijeza de diamante. Clara ya no se reconocía en la mujer que había llegado semanas atrás a la estación de tren de Sintra con una maleta pequeña y el miedo a la humedad de las casas viejas. La quinta la había vaciado de sus coberturas burguesas, de sus divorcios resueltos en los juzgados de Vigo y de sus huidas hacia los textos ajenos. Al escribir sobre Maria do Carmo, Clara estaba construyendo el contenedor real de su propia vida;

estaba decidiendo, por primera vez, qué parte de la intemperie estaba dispuesta a reclamar como suya.

Escribió sobre Tomás. No nombró su rostro, ni sus gafas de catalogador, ni la pana gastada de su chaqueta; describió la vulnerabilidad de un hombre que se esconde detrás de cuarenta años de archivos para no ver las habitaciones vacías de su propia casa. Escribió sobre lo que significa el primer beso en mitad de un cementerio de Estado: no una promesa de felicidad ordinaria, sino el pacto de dos náufragos que deciden compartir el mismo trozo de balsa aunque sepan que el mar viene con fuerza del norte.

Al caer la tarde del segundo día, el contador del documento marcaba ocho mil palabras.

Clara soltó por fin las manos del teclado. Las dejó caer sobre los muslos, sintiendo que le temblaban los tendones por el esfuerzo acumulado. Se reclinó en el respaldo de la silla de cuero, cerrando los ojos, escuchando el siseo monótono del radiador de agua que parecía marcar el final de la marea. La pantalla iluminaba la penumbra de la biblioteca con un resplandor azulado, reflejando las páginas y páginas de un texto que ya no pertenecía al ámbito de la filología ni al de la herencia jacente. Era suyo. Era el registro limpio de su propia verdad, la constatación de que la traductora de Vigo había desaparecido para dejar paso a una mujer capaz de sostener su propia mirada en el espejo de los Sousa.

Se levantó despacio, sintiendo el dolor del cuerpo que regresa a la realidad tras un delirio largo. Caminó hacia la ventana del jardín y apoyó la frente contra el cristal frío. La niebla de Sintra empezaba a retirarse hacia las cumbres de la serra, dejando ver la silueta oscura del naranjo y el relieve gris de la piedra del pozo. La camelia roja seguía allí, perfecta y firme en su rama pelada, desafiando el invierno de la costa.

Clara inspiró el aire cerrado de la biblioteca, pero ya no buscó el olor a agua de azahar ni el rastro de los muertos. Sabía que Tomás volvería, que Coímbra no podría retenerlo eternamente entre sus pasillos de hospital, porque el beso de la puerta había sido demasiado completo para dejarlo a medias. Pero ahora, mientras

esperaba el ruido de su motor en el camino de carrascas, Clara ya no estaba sola. Tenía sus propias ocho mil palabras para defenderse de la noche.

CAPÍTULO 42
TOMÁS

El siseo del motor del Peugeot abriéndose paso por el camino de las carrascas sonó a las cuatro de la tarde, quebrando la fijeza blanca en la que la Quinta dos Loureiros llevaba tres días sepultada. Clara no se movió de la gran silla de cuero de la biblioteca. Sus dedos permanecieron suspendidos sobre el teclado del ordenador, justo al final del bloque de las ocho mil palabras que había levantado con la obstinación de un agrimensor en mitad de la broza. Escuchó el portazo lúgubre abajo, en el porche, y luego los pasos de Tomás: pesados, arrastrados por la tarima del vestíbulo, desprovistos de la regularidad técnica que solía acompañar su llegada desde Coímbra.

Cuando Tomás empujó la puerta de la biblioteca, Clara no levantó la vista de inmediato. Esperó a que la densidad de su presencia ocupara el espacio entre los estantes de madera oscura. El historiador parecía haber envejecido un año en tres días. Llevaba la misma chaqueta de pana gastada, pero el cuello de la camisa venía desabrochado y sus ojos, ocultos tras los cristales limpios de las gafas, mostraban una fijeza turbia, cansada, como si la luz de los pasillos del hospital de Coímbra se le hubiera quedado pegada a las pupilas.

Bajo el brazo izquierdo, apretándola contra la costilla con una fuerza innecesaria, traía una carpeta de cartón azul, semirrígida, que no pertenecía al inventario original de la quinta.

—Lia está bien —dijo Tomás, y su voz sonó ronca, una vibración rota que llenó la estancia sin la cortesía habitual de los saludos—. Le han puesto una escayola en el radio. Vuelve mañana al colegio. Mi madre se ha quedado con ella en la rúa Ferreira Borges.

Clara asintió despacio, entrelazando los dedos sobre las rodillas. La distancia que se había disuelto en el umbral de la puerta con

aquel beso corto y completo parecía haber vuelto a solidificarse, pero esta vez no era una frontera administrativa; era algo más frío, una placa de hielo de origen desconocido.

—Me alegro de que no haya sido nada grave, Tomás —contestó ella, manteniendo su prosa en esa neutralidad forzada que había aprendido a usar como un escudo en Vigo.

Tomás no avanzó hacia la mesa de roble donde solían trabajar juntos. Se quedó de pie junto al primer estante de la sección de historia eclesiástica, dejó la carpeta azul sobre una de las baldas con un golpe seco y luego miró el ordenador de Clara.

—No he estado en Coímbra solo por el hospital, Clara —dijo, y su mirada se volvió más fina, más peligrosa—. Jorge me estaba esperando en el departamento con un aviso del servidor de la Universidad de Princeton. Se ha publicado hace doce horas. En abierto. Un working paper que adelanta las conclusiones de la línea atlántica.

Clara frunció el ceño, sintiendo una punzada sutil en la boca del estómago.

—¿De qué estás hablando?

—Helena Maddox —Tomás pronunció el nombre con una fijeza de luto—. La catedrática del departamento de Estudios Lusófonos de Princeton. La mujer que lleva cinco años intentando demostrar que la resistencia literaria durante el Estado Novo fue una invención de los exiliados de París. Ha publicado un artículo online de sesenta páginas. Se titula «O Pomar: Censura, reclusión y el archivo confiscado de Sintra».

El impacto del título hizo que Clara se enderezara en la silla. El nombre del cuaderno de Maria do Carmo, el secreto que habían desenterrado bajo las raíces del naranjo, impreso en los servidores de una universidad norteamericana antes de que ellos hubieran terminado de clasificar las facturas de corcho de Henrique de Sousa.

Tomás se acercó por fin a la mesa, abrió la carpeta azul y sacó un fajo de folios impresos en papel blanco, una tinta cruda que olía a tóner reciente de la facultad. Dejó el montón frente a Clara, justo al lado de su ordenador.

—Menciona a Maria do Carmo de Sousa —continuó Tomás, con una cadencia monótona, casi burocrática, que intentaba contener una rabia antigua—. Menciona la Quinta dos Loureiros. Describe la estructura métrica de los poemas del cuaderno con una precisión que solo es posible si se ha tenido acceso directo a las copias de Coímbra. Y en la nota al pie número catorce, en la página siete, introduce una aclaración metodológica.

Tomás extendió un dedo largo y señaló un párrafo marcado con fluorescente amarillo en el folio superior. Clara se inclinó hacia delante. Sus ojos leyeron la prosa académica en inglés, limpia, desapasionada, dictada desde la distancia higiénica de Nueva Jersey. La nota decía que el acceso al material primario de la quinta había sido facilitado en su fase preliminar por «una colaboradora local sin formación académica en el campo de la investigación histórica, cuya labor se limitó a la custodia y ordenación sumaria de los fondos familiares».

Clara sintió que la sangre le refluía hacia el pecho con la violencia de una agresión física. La definición de su vida, de sus desvelos entre las humedades de la casa y de sus ocho mil palabras escritas a contrarreloj, reducida al tamaño de un peón administrativo desprovisto de herramientas intelectuales.

—Esa eres tú, Clara —dijo Tomás, fijando sus ojos en las pupilas de la traductora—. Para la academia norteamericana, eres el personal de limpieza que abre las ventanas antes de que lleguen los que saben leer los textos.

Clara permaneció inmóvil, mirando el fluorescente amarillo que brillaba bajo el cono de luz del flexo de pinza. Una sospecha tardía, un cabo suelto que llevaba días flotando en la penumbra de su mente, empezó a trenzarse con la frialdad de los azulejos de la cocina. Recordó las reticencias de Tomás al principio, sus llamadas telefónicas a deshoras desde el pasillo alto, su obsesión por mantener el control de los pliegues médicos antes de que ella pudiera traducirlos.

Miró el papel, luego miró la pantalla de su ordenador y finalmente clavó la vista en el rostro del historiador.

—Tomás —preguntó Clara, y su voz bajó un octavo, perdiendo toda la cortesía de la prosa para volverse pura arista de granito—. ¿Desde cuándo lo sabías?

Tomás no parpadeó. Su fijeza defensiva, esa estructura rígida con la que se protegía del mundo, pareció endurecerse bajo la pregunta.

—¿El qué exactamente? —intentó ganar tiempo, retrasando el desastre.

—No me hagas traducir tus silencios, Tomás. Sabes perfectamente lo que te estoy preguntando. ¿Desde cuándo sabías que Helena Maddox estaba trabajando sobre el cuaderno de Maria do Carmo? ¿Desde cuándo sabías que Coímbra le estaba filtrando las copias del laboratorio de Jorge mientras nosotros estábamos aquí metidos pasando frío en la biblioteca?

El historiador exhaló un suspiro largo, un sonido denso que se confundió con el siseo del radiador de agua. Se quitó las gafas, revelando unas ojeras lívidas, desarmadas, que delataban las noches de vigilia en el hospital y en el piso de la rúa Ferreira Borges.

—Tres semanas, Clara —contestó por fin—. Lo supe tres semanas antes de que viniéramos a Sintra. Jorge me avisó de que la cátedra de Princeton había solicitado los microfilmes del fondo Sousa en el archivo general de la administración.

El golpe definitivo no fue el artículo de la Maddox, sino la fecha. Tres semanas. Tres semanas que abarcaban todo el arco de su intimidad en la quinta. Significaba que mientras él la escuchaba hablar de Daniel en la cocina, mientras la observaba limpiar el musgo del pozo y mientras le ponía la mano en la mejilla en el vestíbulo de la entrada para darle un beso corto y completo, Tomás poseía una información que cambiaba la naturaleza de todo lo que estaban haciendo. Había guardado el secreto en su cartera de catalogador, utilizándolo como un perímetro de seguridad para que ella no dejara el trabajo antes de tiempo.

Clara cerró la pantalla del ordenador de golpe. El chasquido del plástico negro resonó en la biblioteca con la nitidez de un disparo seco. Se levantó de la silla, descalza, con el jersey de lana gris subido hasta los codos y el pelo desordenado por los dos días de

escritura solitaria. No miró las hojas impresas de la carpeta azul. Pasó por el lado de Tomás sin rozarlo, esquivando la pana de su chaqueta como si fuera un material contaminado, y salió de la biblioteca.

Tomás la siguió por el pasillo largo de la entrada. Sus botas golpeaban las maderas vencidas con una urgencia que nunca antes había mostrado.

—¡Clara, espera! —gritó él, y su voz ya no tenía la superioridad cansada de las clases de la Alta—. Tienes que entender cómo funciona esto. Si le decía a los abogados de la herencia o a ti que Princeton estaba detrás del pliego, habrían cerrado la quinta en veinticuatro horas. La administración judicial habría confiscado las cajas para venderlas al mejor postor en una subasta internacional. Tenía que asegurar el acceso. Tenía que estar seguro de que lo que había bajo el naranjo era el original antes de levantar la voz.

Clara no se detuvo en el vestíbulo. Abrió la puerta de roble que daba al porche exterior y salió directamente al jardín.

La tarde de Sintra estaba cayendo bajo una lluvia menuda y helada que empapaba la piedra del porche de inmediato. La niebla se pegaba a los muros de la Quinta dos Loureiros como un sudario gris, borrando el camino de las carrascas y reduciendo el mundo al perímetro de la terraza. Clara avanzó por el sendero de tierra negra, sintiendo el frío de la grava húmeda bajo sus pies descalzos, hasta detenerse junto al viejo naranjo, justo frente a la camelia roja que había florecido de la madera muerta durante su ausencia.

Tomás salió tras ella, sin abrigo, con la camisa abierta y la lluvia prendiéndosele de las canas de las sienes. Se detuvo a dos metros de distancia, respetando involuntariamente la zanja de aire que Clara había establecido entre los dos.

—¿Asegurar el acceso, Tomás? —Clara se giró de golpe, y su rostro estaba lívido, cruzado por las gotas de la llovizna que se confundían con la rabia contenida—. ¿Eso es lo que viniste a hacer aquí? ¿Asegurar el acceso a través de mí?

—No fue así —negó él, dando un paso hacia delante, extendiendo una mano que se quedó suspendida en el aire húmedo —. Te juro que no fue así. Al principio... al principio yo solo era un

técnico de Coímbra enviado para tasar un fondo. Pero luego... la casa, la historia de Maria do Carmo, lo que pasó en la cocina... Eso fue real, Clara. Lo de la otra noche fue real.

—¡No me hables de la otra noche! —lo cortó ella, y su voz vibró con una violencia descalza que hizo que Tomás retrocediera un paso —. La otra noche me pusiste la mano en la cara sabiendo que para tus colegas de Princeton yo solo era una colaboradora local sin formación académica. Me utilizaste porque necesitabas mi firma de heredera jacente para que los guardias de la quinta te dejaran romper los candados del sótano. Necesitabas mi mirada de traductora para limpiar la herrumbre de las cartas antes de que la Maddox publicara su paper y te dejara fuera de la cátedra de Coímbra. Has usado la muerte de Maria do Carmo y mis propios fantasmas para construirte un salvoconducto académico.

—¡Eso no es verdad! —gritó Tomás, y en la fuerza de su negación se percibió, por primera vez, una grieta de duda.

Se la creía a medias. El historiador que se había pasado la noche llorando frente a su madre en la rúa Ferreira Borges intentaba convencerse de que su devoción por los papeles de Sintra había nacido de la pureza de la investigación, de la necesidad de hacer justicia a la muerta del sanatorio. Pero en el fondo de sus pupilas turbias, detrás del cristal de sus gafas salpicadas por la lluvia, Clara vio el relieve de la ambición ordinaria, el miedo del profesor de provincias a quedarse fuera del gran relato internacional, la costumbre inveterada del archivista que utiliza los secretos de los vivos para rellenar las páginas que los muertos dejaron en blanco. Se había engañado a sí mismo para poder seguir adelante sin pedir perdón por estar vivo.

—Has sido exactamente igual que Henrique de Sousa, Tomás — dijo Clara, y sus palabras cayeron entre los dos con el peso definitivo de la cal húmeda—. Él también pensaba que protegía a Maria do Carmo mientras le firmaba los pliegues médicos en los despachos de la Baixa. Él también creía que el orden de su casa era más importante que la verdad de la mujer que dormía en su cama. Me has dejado traducir el silencio de una muerta mientras tú construías el tuyo propio para salvar tus créditos de contracubierta.

—Clara, por favor... —el tono de Tomás se volvió suplicante, despojado de toda la armadura técnica. La llovizna le chorreaba por las mejillas, dándole el aspecto de una estatua de sal que empezaba a deshacerse bajo el agua de la serra.

—Vete, Tomás —dijo Clara, dándole la espalda para mirar la camelia roja que seguía firme en su rama pelada—. Vete de esta casa. Vete a Coímbra, escribe tu réplica a Princeton, dile a Helena Maddox que la colaboradora local ya ha terminado de abrirte las ventanas. Pero no vuelvas a cruzar el perímetro de esta quinta. Los papeles de Maria do Carmo ya no te pertenecen. Son míos. Yo voy a contar lo que le hicieron, y no necesito tu membrete oficial para que la verdad se sostenga sola.

Tomás permaneció inmóvil bajo la lluvia durante un minuto entero, un tiempo eterno donde el siseo de la llovizna pareció congelar el contorno del jardín. Buscó en su memoria de catalogador alguna frase, alguna equivalencia administrativa que pudiera frenar el derrumbe, pero las palabras verdaderas exigen una línea recta y él las había torcido todas durante tres semanas.

Dio la vuelta despacio. Sus botas arrastraron el barro negro del sendero mientras caminaba hacia el porche. Clara escuchó sus pasos perderse en el interior de la casa, luego el ruido sordo de la puerta de roble al cerrarse y, finalmente, el arranque del motor del Peugeot alejándose por el camino de las carrascas hasta que la carretera de la costa se lo tragó por completo.

La Quinta dos Loureiros se quedó vacía de nuevo, sumergida en un silencio mineral, sordo y cargado de herrumbre. Clara se abrazó los brazos sobre el jersey de lana gris, sintiendo que el frío de la grava le subía por las piernas hasta el centro de la costilla. El bucle de la novela acababa de saltar por los aires, el primer beso se había transformado en una zanja de ceniza y el momento oscuro central de la historia se asentaba sobre la serra de Sintra con el peso de una noche que ya no iba a dejar dormir a nadie.

CAPÍTULO 43
BUÇACO, AGOSTO 1942

El verano en la Mata do Buçaco no traía la luz dorada y marinera del sur, sino un bochorno espeso, verde y enclaustrado que se adhería a los troncos de los cedros centenarios y ascendía hasta las galerías de piedra del sanatorio como un vapor medicinal. A través de la ventana alta de su habitación, Maria do Carmo contemplaba el dosel de hojas inmóviles, un mar de vegetación oscura que parecía devorar el antiguo palacio de caza, transformándolo en una prolongación de la propia reclusión. El aire olía a eucalipto rancio, a lino lavado con sosa y a esa humedad mineral, casi de cripta, que ni siquiera el sol de agosto lograba desalojar de los pasillos altos.

Maria do Carmo ya no necesitaba mirar los calendarios oficiales ni las notas de enfermería que colgaban a los pies de su cama de hierro. Ella sabía leer un silencio. Había pasado cuatro años perfeccionando esa disciplina entre las paredes descalzas de la clínica, despojando a las pausas de los médicos de su cobertura técnica para encontrar la verdad desnuda que Henrique y el doctor Soares pretendían ocultar tras sus adjetivos clínicos.

Esa mañana, el doctor Soares había entrado en el cuarto tres minutos más tarde de lo habitual. No venía acompañado por la monja de la caridad que solía sostener la bandeja de acero, sino solo, arrastrando sus zapatos de suela de cuero blando con una cadencia deliberadamente lenta, una regularidad artificial que delataba un peso en los hombros. No le había preguntado por la opresión en el pecho ni por el entumecimiento de las manos; se había limitado a tomarle el pulso, manteniendo sus dedos largos y fríos sobre la muñeca de Maria do Carmo mientras clavaba la vista en el crucifijo de madera de la pared opuesta.

Fue ese desvío de la mirada lo que le entregó el diagnóstico definitivo. Soares, el hombre que había firmado cada pliego de reclusión con una caligrafía limpia y civilizada, no se atrevía a sostener los ojos de la enferma. En el mutismo de sus manos, en la forma en que ordenó los frascos de la mesilla antes de retirarse sin pronunciar el habitual «hasta mañana, senhora», Maria do Carmo leyó la sentencia. La administración del Estado Novo había decidido que su tiempo en los márgenes debía concluir. No hacían falta ruidos, ni traslados urgentes, ni explicaciones a los parientes de Lisboa; bastaba una sutil alteración en el reactivo químico de las ampollas de la noche, una nota manuscrita en el turno de madrugada y un entierro aséptico en la fosa común del municipio, bajo la sombra de los cipreses de la serra. Una ejecución limpia, un procedimiento administrativo para que el orden de las familias ilustres de la Baixa volviera a quedar pacificado.

Cuando la penumbra del crepúsculo comenzó a teñir de gris las molduras de neomanuelino del techo, Maria do Carmo se incorporó despacio. El esfuerzo le hizo saltar una punzada sorda en la costilla izquierda, pero su mente conservaba esa lucidez fría, esa fijeza de aguja de coser que Henrique siempre había confundido con la fiebre del delirio.

Abrió el cajón de la mesilla de noche. Al fondo, debajo de los pañuelos de hilo gris y del frasco vacío de agua de azahar que conservaba como un resto de Sintra, quedaba una última hoja de papel de tina, un pliego de grano grueso que había hurtado meses atrás de la sala de lectura, y un cabo de lápiz de carpintero que uno de los mozos del jardín le había dejado olvidado entre las mantas.

Colocó el papel sobre el reverso de un libro de oraciones y empezó a escribir. Sus dedos, entumecidos por los inviernos del Buçaco, apretaron la madera del lápiz con una fuerza que le devolvió por unos instantes la solidez del cuerpo. No había prisa en su trazo, pero tampoco vacilación. Sabía que esta carta no pasaría la censura de la dirección, que no llegaría a las oficinas de Correos de Coímbra ni sería depositada en el buzón de la rúa do Sé. Era un texto destinado a permanecer allí, un testimonio ciego que la cal de la clínica terminaría por sepultar, pero que necesitaba fijar en la

materia antes de que el siseo del gas o el reactivo de la ampolla terminaran por apagarle las pupilas.

Escribió a Inês. Volvió a invocar las habitaciones alquiladas del Barrio Alto, las noches en que el frío de Lisboa les congelaba la tinta en los tinteros mientras Inês traducía las páginas de Colette con los dedos envueltos en mitones de lana gris. Recordó el dinero oculto en los dobladillos de los abrigos, los refugiados que cruzaban la frontera por Badajoz y la certeza absoluta de que el dolor de esos años no había sido una enfermedad, sino el precio exacto de haber habitado la realidad sin pedir perdón por estar vivas.

Mientras el lápiz avanzaba por el grano grueso del papel, Maria do Carmo sonrió de forma casi imperceptible. Pensó en el manuscrito que cuatro años antes había envuelto en lienzo encerado y sellado con resina de pino en la cocina de la Quinta dos Loureiros. Recordó el título que había anotado en la primera página con la tinta ferrogálica de su marido: O Pomar.

En el futuro, muchos años después de que su cuerpo se hubiera deshecho bajo la tierra del Buçaco, alguien encontraría ese bulto bajo las raíces del viejo naranjo de Sintra. Una mujer joven, tal vez una traductora con las mismas manos limpias y la mirada descalza que ella había tenido en su juventud, rompería el hilo bramante y leería las treinta y dos cartas clandestinas. Esa mujer y el historiador que la acompañara catalogarían los poemas, analizarían la estructura métrica de los textos y escribirían sesenta páginas metodológicas para los servidores de las grandes universidades del norte, asumiendo con la soberbia natural de los vivos que el manuscrito se llamaba O Pomar por una razón evidente: por el huerto de Sintra, por los árboles que custodiaban el secreto, por la geografía física de la quinta donde las cartas habían logrado sobrevivir a la censura militar.

Pero ninguno de ellos lo sabría jamás del todo. Lo que aquella palabra significaba realmente para Inês y para mí permanecería intacto, fuera del alcance de los archivos.

O Pomar no era el jardín de las carrascas ni el naranjo del porche. O Pomar había sido la palabra clave, el santo y seña secreto que Inês y ella habían utilizado una tarde lluviosa de noviembre de

1936, en un café de la Baixa, cuando metieron los primeros panfletos prohibidos y los borradores de sus traducciones en una caja de cartón. Lo habían llamado «el huerto» porque Inês, mirándola a los ojos por encima de la loza de las tazas, le había dicho que mientras tuvieran un espacio donde las palabras crecieran rectas y libres de la poda del gobierno, la dictadura seguiría quedándose fuera de sus vidas. El huerto era su propio país invisible, un territorio fértil que Henrique de Sousa, con todas sus propiedades de corcho y sus influencias judiciales, jamás conseguiría confiscar ni diagnosticar.

Maria do Carmo detuvo el lápiz al llegar al final del pliego. La luz de la ventana se había extinguido por completo, dejando el cuarto sumergido en una claridad lívida, casi azul, que recortaba el hierro de la camilla. Escuchó el sonido distante de unos pasos en el pasillo alto: el tintineo sutil de los viales de vidrio golpeando contra la bandeja de acero, el anuncio del último turno de noche que avanzaba hacia su puerta con la regularidad de una marea negra.

No le quedaba espacio en el papel, ni tiempo en las sienes. Apretó el lápiz por última vez contra la celulosa, trazando los caracteres en su portugués nativo, despojado de las curvas ornamentales de su infancia en el Alentejo, buscando la línea recta que exigen las palabras verdaderas.

Inês, elegí. Espero que tú también. No estuve sola. Tuve un huerto.

Dejó el lápiz sobre la madera de la mesilla. No dobló la hoja ni intentó esconderla bajo los pañuelos; la dejó expuesta sobre el mármol gris, junto al frasco vacío, como quien deja un documento listo para el cotejo de los siglos.

Se tumbó en la cama de hierro, estirando las piernas bajo la sábana de lino áspero. Cerró los ojos despacio, sin miedo, permitiendo que el olor a eucalipto y a sombra de la Mata do Buçaco la envolviera por completo. Escuchó el crujido del cerrojo de la puerta al girar, pero ya no le importó el relieve de los pasos del doctor Soares ni el frío de la aguja que venía a cobrar la última factura del Estado. El manuscrito estaba a salvo bajo las raíces de

Sintra, el secreto de su nombre permanecía intacto fuera del alcance de los archivos, y Maria do Carmo de Sousa por fin se adentraba en el silencio definitivo de su propio huerto.

CAPÍTULO 44
CLARA

Cinco días pueden ser una llanura de cal si se miden bajo el cielo estancado de la serra. Tras la marcha de Tomás, la Quinta dos Loureiros había encogido sus dimensiones hasta convertirse en una celda fría, un reducto de granito y madera enferma donde las ocho mil palabras que Clara había levantado en dos días de delirio flotaban en la pantalla del ordenador como una incisión abierta. No las había vuelto a tocar. Tampoco había abierto las carpetas comerciales de los abogados de Lisboa ni había regresado al porche a vigilar la camelia roja. Se había limitado a dejarse habitar por la parálisis, moviéndose por las estancias con la fijeza sorda de quien custodia un cementerio propio. El vacío que el historiador había dejado en la cocina no era el de una ausencia ordinaria; era el hueco de una herramienta que se rompe a mitad de la excavación, dejando la tierra removida y los huesos a la vista, sin nadie que sepa qué hacer con la verdad desenterrada.

Al quinto amanecer, la niebla atlántica cedió su lugar a una claridad de aguja, una luz cruda y cortante que hería los cristales sucios de la biblioteca. Fue entonces cuando escuchó el ruido. No era el motor rítmico y pesado de el Peugeot de Coímbra, sino el traqueteo diésel de un taxi viejo de Sintra negociando los baches del camino de las carrascas.

Clara se quedó inmóvil junto a la mesa de roble, con los dedos fríos apretados contra la lana de su jersey gris. Escuchó el portazo abajo, el rumor de unas monedas cambiando de mano y, de inmediato, unos pasos que no pedían permiso a la tarima del vestíbulo. Unos pasos cortos, firmes, cargados con la regularidad terrestre de quien lleva toda la vida pisando las baldosas húmedas de la ría de Vigo.

La puerta de la biblioteca se abrió sin que mediara un golpe previo.

Pilar estaba allí, envuelta en su gabardina oscura de los días de temporal, con una maleta de lona pequeña sujeta con fuerza en la mano derecha y los cabellos grises sutilmente desordenados por el viento de la costa. No traía avisos, ni mensajes, ni esa cortesía telefónica que las madres utilizan cuando temen convertirse en una carga. Traía en el rostro la misma fijeza descalza con la que solía revisar los marcos de las ventanas en los inviernos de Galicia, una agudeza intuitiva que no necesitaba adjetivos para medir el tamaño del desastre.

—No me miréis así, Clara —dijo Pilar, dejando la maleta en el suelo con un golpe seco, usando el plural familiar que siempre empleaba cuando la urgencia la desbordaba—. Cogí el autobús de las seis en Vigo y luego el enlace de Porto. Esa casa tuya de la ría no se va a caer porque yo no esté dos noches, pero tú te estás deshaciendo aquí sola y el mar me daba mala espina desde el martes.

Clara no supo qué contestar. Se acercó a ella despacio, sintiendo el olor a gasoil, a lluvia de carretera y a la colonia barata de su infancia que su madre conservaba en la ropa. Se abrazaron en mitad de la biblioteca, un contacto breve, rígido por la sorpresa, pero que a Clara le devolvió de golpe la textura del mundo real, la geografía limpia de su vida antes de que la quinta la transformara en una sombra.

Se quedaron dos noches. Dos noches enteras en las que la Quinta dos Loureiros pareció aceptar la presencia de Pilar como un reactivo químico que obligaba a los materiales a revelar su verdadera composición. Su madre no hizo preguntas sobre Tomás. No necesitó ver las dos tazas limpias en la alacena ni el artículo impreso de Princeton que seguía sobre la mesa con el fluorescente amarillo para entender que el perímetro de la investigación se había roto. Se dedicó a limpiar. Con una obstinación casi litúrgica, Pilar encendió la vieja cocina de hierro, preparó caldos cortos con las pocas verduras que encontró en el mercado del pueblo y ventiló las habitaciones altas, abriendo de par en par los ventanales que daban

a la serra, como si el aire de la montaña pudiera llevarse la persistencia del agua de azahar que Clara juraba seguir oliendo en los pasillos.

Durante el segundo día, recorrieron la casa juntas. Fue una inspección minuciosa, un desfile por el inventario de los Sousa que Pilar realizó con los ojos entornados, tocando las molduras neomanuelinas con sus dedos nudosos, midiendo el grosor de las cortinas de terciopelo podrido y mirando los retratos al óleo del pasillo alto no con la reverencia de una visitante, sino con una hostilidad sutil, una fijeza de jueza que evalúa las pruebas de un delito antiguo.

Al caer la tarde, llegaron al gran salón de la planta baja. Era la estancia más noble de la quinta, un espacio de techos altísimos decorados con estucos de yeso que el agua de Sintra había ido desprendiendo en láminas finas. En el centro, rodeado por dos sofás de brocado descolorido, descansaba un espejo antiguo con el azogue picado que reflejaba la luz lívida del crepúsculo.

Pilar se detuvo en mitad de la alfombra de Arraiolos, gastada hasta la cuerda. Se quitó el pañuelo del cuello, lo dobló con esa parsimonia metódica de las mujeres que han limpiado muchas mesas ajenas, y miró fijamente el reflejo de Clara en el cristal empañado.

—Es una casa hermosa, hija —dijo Pilar, y su voz, por primera vez desde que llegara de Vigo, perdió la aspereza de la prisa para volverse densa, cargada de una humedad que no pertenecía a la llovizna exterior—. Una casa hermosa y maldita, como todas las cosas que se construyen para ocultar que los hombres no saben querer a las mujeres sin romperlas antes.

Clara se quedó de pie junto a la consola de caoba, con los brazos cruzados sobre el pecho, sintiendo que el frío del suelo le subía por las botas.

—Solo es una herencia, mamá. Una herencia de un primo lejano de tu familia que no tenía a quién dejarle los muros. Joaquim Almeida quería que los papeles no se perdieran, eso es todo.

Pilar soltó una carcajada corta, un sonido seco que golpeó los estucos del techo como un pájaro ciego. Se giró de golpe,

colocándose frente a Clara, obligándola a mirarla bajo la penumbra azulada del salón.

—¿Un primo lejano? —Pilar negó con la cabeza, y sus ojos gastados brillaron con una verdad que llevaba treinta años guardada bajo la cal de los delantales—. ¿De verdad sigues creyendo esa milonga que te conté cuando tenías diez años, Clara? ¿De verdad piensas que un Almeida de pura cepa, un hombre que manejaba los créditos de la Baixa y los terrenos de Estoril, le dejaría una quinta histórica a la hija de una costurera de Vigo por pura caridad filológica?

La punzada en la boca del estómago, la misma que Clara había sentido cuando leyó la nota al pie de Princeton, regresó con la fuerza de una agresión física. El salón pareció encogerse, las paredes de granito se arrimaron hacia el centro y el silencio de Sintra se volvió absoluto, mineral.

—¿De qué estás hablando, mamá?

—Estoy hablando de tu padre, Clara —dijo Pilar, y las palabras salieron de su boca con una línea recta, despojadas de toda la ornamentación del miedo—. De ese hombre que se marchó de casa cuando tú tenías cinco años, el que te dejó solo un reloj de pulsera roto y la silueta de su espalda cruzando la frontera de Tui. No era un viajante de comercio gallego. No se llamaba Manuel Carballo. Manuel era el nombre que le pusimos en los papeles de la ría para que la policía no preguntara más de la cuenta en los años de los juzgados.

Pilar dio un paso hacia delante, y su mano nudosa se cerró alrededor del respaldo de una silla para no temblar.

—Tu padre era portugués, Clara. Se llamaba Afonso Almeida. Y era el hermano carnal de Joaquim Almeida. El hermano menor, el que rompió los contratos de la familia para meterse en los sindicatos de Porto, el que tuvo que huir a Galicia con los zapatos rotos y el pulmón deshecho por el frío de las cárceles de la PIDE. Era el dueño legítimo de la mitad de esta quinta.

El impacto de la revelación no fue un ruido, sino una parálisis completa. Clara sintió que el suelo bajo sus pies, la tarima que llevaba semanas pisando con la convicción de una traductora ajena,

se convertía en una placa de fango que se tragaba su identidad de golpe. Toda su vida, su orgullo de huérfana construida a sí misma en los despachos de Vigo, su distancia profiláctica frente a la tragedia de los Sousa, todo el armazón intelectual de su existencia se desmoronaba en mitad del salón.

—No... no puede ser —susurró Clara, y su voz sonó pequeña, infantil, desprovista de toda la prosa académica—. Joaquim Almeida era el primo portugués... Tú siempre dijiste...

—Dije lo que hacía falta para que pudieras dormir sin pensar que tu sangre pertenecía al reverso de esta frontera —la interrumpió Pilar, con una fijeza de luto—. Tu padre no te olvidó, Clara. Pero no pudo volver. Murió en 1996, en un hospital de beneficencia en Lisboa. Consiguió cruzar de vuelta cuando la dictadura cayó, pero ya no le quedaba salud ni para recordar su propio nombre. Joaquim... Joaquim lo encontró en los muelles de la Alcântara y lo cuidó hasta el último día. Lo tuvo en su propia casa, pagando a los médicos en silencio para que el apellido Almeida no saliera en las esquelas de los periódicos de orden.

Pilar se acercó a Clara hasta que sus respiraciones se confundieron en la penumbra del salón. La luz del crepúsculo se había extinguido, dejando solo el reflejo lívido del azogue picado en el espejo, una claridad fantasmal que las envolvía a las dos en una misma sombra de familia.

—Por eso te dejó la casa a ti, hija —confesó la madre, y una vibración de lágrima vieja se coló por fin en su voz—. Joaquim sabía perfectamente quién eras. Sabía que eras la hija de Afonso, la niña de Vigo a la que los Almeida habían dejado descalza mientras ellos seguían cobrando los fletes de corcho de Henrique de Sousa. Sabía que ningún Almeida te había dado nunca nada. La quinta no es un encargo de traducción; es la deuda de sangre de una familia que prefirió los archivos limpios a los vivos. Te dejó los muros para que pudieras romperlos desde dentro.

Clara se quedó enteramente de pie en mitad del salón, inmóvil como una estatua de sal bajo los estucos desconchados.

El golpe definitivo de su noche oscura del alma se asentó sobre ella con el peso de una verdad que ya no dejaba espacio para la

huida. Entendió, con una lucidez dolorosa y helada, que el bucle de la novela que estaba intentando escribir no era un texto ajeno. Ella no era la traductora limpia que venía a rescatar a Maria do Carmo de la cal del sanatorio; ella era la continuación biológica del mismo silencio. La sangre que corría por sus manos mientras golpeaba el teclado era la misma sangre de los hombres que habían cerrado los expedientes en los despachos de la Baixa. Su obsesión por desenterrar el cuaderno de O Pomar no había sido una casualidad metodológica; había sido el mandato genético de una estirpe de ausencias que la reclamaba desde el fondo del pozo del jardín.

Estaba sola de nuevo. Sola sin Tomás, sola sin su pasado de Vigo, sola frente a un espejo picado que ahora le devolvía el rostro de una Almeida, la última heredera de un crimen de Estado que se había cobrado la vida de su padre mucho antes de que ella pisara Sintra. Sintió que las ocho mil palabras escritas en la biblioteca eran un muro de papel inservible, una defensa ridícula frente a la inmensidad de la intemperie que se abría a sus pies.

Pilar dio el último paso. Levantó su mano derecha, esa mano cansada de coser dobladillos y limpiar ventanas en Galicia, y la posó con suavidad sobre la mejilla fría de Clara, repitiendo involuntariamente el mismo gesto que Tomás había trazado en el vestíbulo la noche del beso completo. La miró con los ojos llenos de la dignidad desolada de las madres que han tenido que mentir para salvar a sus hijos de los cementerios, y pronunció las únicas palabras que quedaban en el inventario de su lengua nativa:

—Hija, perdóname.

El eco del gallego flotó en el aire cerrado del salón de los Sousa como un sudario húmedo, un puente de sombra tendido entre las dos orillas de la frontera. Clara cerró los ojos, sintiendo el tacto de la mano de su madre contra su piel y la lluvia de Sintra comenzando a golpear con fuerza los cristales exteriores, inaugurando la noche más larga, más negra y más verdadera de toda su existencia en la quinta.

CAPÍTULO 45
TOMÁS

La fotografía de Ana no estaba en el estante de la entrada. Lia la había llevado de nuevo a su mesilla de noche. Quedaba un rectángulo descolorido sobre el barniz de la madera de caoba, un espacio limpio de la fina capa de polvo que el viento del Mondego depositaba cada tarde a través de las rendijas de la ventana.

El reloj de la cocina, un Citizen digital de 1998, marcaba las 19:42. El segundero avanzaba con un parpadeo intermitente que emitía un zumbido apenas perceptible.

En la encimera de granito, el envase de pechugas de pollo estaba completamente descongelado. La película de plástico transparente mostraba una pequeña rotura en la esquina izquierda debido a la condensación de agua. Tomás apagó el quemador de gas. El arroz blanco estaba seco. Faltaba el olor a laurel; había olvidado comprar las hojas secas en el Pingo Doce de la esquina.

—¿La señora gallega no le pone laurel al arroz? —preguntó Lia sin levantar la vista del hule amarillo.

Tenía una mancha de tinta azul en la barbilla. Su brazo izquierdo, cubierto por el yeso blanco que le llegaba hasta el codo, descansaba inerte sobre la mesa. Con la mano derecha intentaba trazar círculos en un folio cuadriculado utilizando un rotulador gastado.

Tomás sirvió las raciones. Dos platos de loza blanca con el borde desgastado. Tres cucharadas exactas de arroz para él; una pieza pequeña de carne. Para la niña, el doble.

—Tuvimos una discusión —dijo.

La frase sonó rígida. Tenía la misma cadencia que las actas del consejo de departamento que redactaba los miércoles por la tarde.

Lia detuvo el rotulador. La punta azul permaneció fija sobre el papel, abriendo una mancha circular que empapó las fibras de la

celulosa.

—Un reñir.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por un artículo de una revista. Un texto que escribió una profesora en Estados Unidos. —Tomás tomó el tenedor. El metal estaba frío—. Ella piensa que yo fui a Sintra por el libro de poemas. Solo por la investigación académica.

Lia ladeó la cabeza. Sus ojos conservaban la fijeza directa y despojada de filtros que pertenecía a la familia de su madre. No compartía la tendencia al rodeo burocrático de los Rebelo.

—Pa, si la quieres, di perdón.

El consejo quedó suspendido entre el salero de plástico y la botella de aceite de oliva. Una propuesta directa. Una ecuación de términos simples. Los historiadores no trabajaban con ecuaciones de términos simples; preferían las notas aclaratorias, las variantes del manuscrito, las justificaciones contextuales que retrasaban la conclusión definitiva.

Pero la Quinta no era un legajo de archivo.

—No es tan sencillo, hija.

—Sí lo es. —Lia pinchó un trozo de pollo con dificultad, compensando la falta de apoyo del brazo izquierdo con un movimiento brusco del hombro—. Cuando me caí en el parque de Coímbra, Clara te mandó una foto de un gato dibujado en un papel de fumar. Tú no sabes dibujar gatos. Solo sabes escribir fechas con bolígrafo negro.

Tomás miró la línea azul que dividía el folio. La lógica infantil carecía de aparato crítico, pero el documento era irrebatible. Tiene razón. Toda la razón. La rigidez del cuello, arrastrada desde el viaje de vuelta por la autopista del norte, se acentuó al tragar el primer bocado de arroz. El pollo estaba insípido.

El teléfono móvil, situado junto al fregadero, vibró tres veces. La pantalla mostró un código de área de Nueva Jersey. 609. Universidad de Princeton.

Tomás no se sentó. Cruzó la cocina, tomó el aparato y caminó hacia el ventanal del pasillo, el que miraba hacia la colina de la

Universidad Alta. Las luces de la biblioteca general ya estaban encendidas, unos puntos amarillos fijos detrás de las ramas desnudas de los jacarandás.

Aceptó la llamada.

—Tomás. Pensaba que habías decidido ignorar mis mensajes —la voz de Helena Maddox llegó con la nitidez limpia de las conexiones transatlánticas. Su inglés era el de las aulas de Connecticut, rápido, con las vocales cortadas por una urgencia profesional que no contemplaba los husos horarios.

—Estaba con mi hija, Helena.

—El borrador definitivo para la nota de prensa está listo. El departamento aquí quiere enviarlo a la revista antes del cierre del viernes. El comité de evaluación de las becas postdoctorales necesita el título del artículo conjunto. He mantenido tu nombre en el primer lugar, por supuesto.

Abajo, en la Praça do Comércio, un Mercedes verde de los años noventa frenó ante el paso de peatones. Las luces de posición parpadearon dos veces debido a un fallo en el alternador.

—No voy a firmar ese documento —dijo Tomás.

El silencio al otro lado de la línea tuvo la duración de un registro de catálogo. Se escuchó el roce de unas hojas de papel satinado.

—¿Cómo dices?

—El artículo. La atribución del hallazgo de la Quinta dos Loureiros. Has registrado a Clara Mendes como personal técnico de apoyo. Una referencia de contacto local sin cualificación.

—Es una traductora independiente, Tomás. Carece de doctorado, no tiene afiliación institucional y su nombre no aporta ninguna mención relevante para la revisión por pares. El protocolo de Princeton es muy estricto con las coautorías. Ya lo acordamos en Lisboa.

—No —Tomás apoyó la palma de la mano libre contra el marco de madera de la ventana. La pintura estaba desconchada en la base, revelando la veta gris del pino—. Lo expusiste tú. Yo no respondí. La propiedad es suya. El acceso al desván fue decisión suya. Si ese manuscrito se publica en una revista indexada, figurará Clara

Mendes como investigadora principal en igualdad de condiciones. De lo contrario, retiraré mi informe técnico del registro nacional.

Helena Maddox emitió una risa breve. Un chasquido seco.

—No seas ridículo, Tomás. El informe preliminar ya está archivado en nuestro departamento. Si te retiras ahora, el artículo saldrá igualmente. Solo parecerá una disputa personal por motivos de celos profesionales. Perderás la contrata de verano en la fundación y tu proyecto sobre la censura en el Estado Novo se quedará sin la financiación complementaria. Piensa en tu posición en Coímbra. No estás en condiciones de jugar a la caballerosidad académica.

La amenaza carecía de adjetivos. Era un balance de pérdidas y ganancias expuesto con la precisión de un tasador de fincas. Su antiguo tutor en King's College solía advertirle que las disputas bibliográficas se resolvían siempre en los despachos pequeños, nunca en las conferencias públicas. Es una trinchera abierta. Había olvidado la consistencia del barro de los despachos.

—Faça o que quiser —dijo Tomás.

Cortó la comunicación antes de escuchar la réplica. La pantalla regresó al fondo negro, reflejando el contorno de sus propias gafas y la línea divisoria de su frente.

El sonido de la llave inglesa girando en la cerradura de la puerta principal interrumpió el silencio del pasillo. Su madre entró llevando una cesta de mimbre con ropa doblada. Traía el olor de la calle Ferreira Borges, una mezcla de humedad de río y el aroma a lavanda de las pastillas de jabón que colocaba entre las sábanas del armario empotrado.

Observó los platos de la cocina, el rotulador azul de Lia y las botas de Tomás, que aún conservaban la costra de arcilla seca acumulada en los caminos de Sintra. No las había limpiado desde el lunes.

—Te vas —dijo la anciana.

No utilizó el tono de las quejas familiares. Fue una constatación de datos.

—Tengo que volver a la Quinta.

—La niña duerme abajo conmigo. Su pijama limpio está en la mochila de la escuela. —Dejó la cesta sobre la silla de la entrada. Se acercó a la mesa y tomó a Lia por el brazo sano—. Vamos, hija. Hay que lavar esa cara antes de que la tinta se quede fija.

Tomás recogió las llaves del cuenco de cerámica de la entrada. Su abrigo de lana gris, comprado en Londres durante el segundo año de su tesis, pesaba más de lo habitual. El forro interior del bolsillo derecho estaba descosido; los dedos tropezaron con la lona áspera de la estructura interna.

Bajó las escaleras del edificio de tres en tres. El Peugeot estaba aparcado junto a la fachada del banco, bajo la luz mortecina de una farola municipal que parpadeaba con una frecuencia de cinco segundos. El motor de gasóleo tardó dos vueltas de llave en arrancar. El indicador del combustible marcaba un cuarto de depósito; tendría que parar en la estación de servicio de la salida hacia la IC2.

El cuentakilómetros indicaba 244.816.

Tomás enfiló la marcha hacia el sur. El tráfico a las diez de la noche era escaso, limitado a los camiones de reparto de pescado que subían desde Peniche y a los autobuses de línea regular. La autopista carecía de iluminación en el tramo de Pombal; los faros de el Peugeot dibujaban dos líneas amarillas sobre el asfalto gastado por las lluvias del otoño.

No encendió la radio. El zumbido de los neumáticos contra las juntas de dilatación de los puentes sustituyó a los pensamientos. No había espacio para las metáforas sobre la distancia o el peso del silencio. Había una velocidad constante de ciento diez kilómetros por hora. Una distancia exacta de ciento setenta kilómetros hasta el desvío de Sintra. Tres peajes automáticos. Una parada para repostar gasóleo de automoción y comprar un paquete de pastillas de menta que no llegó a abrir.

A la altura de Carregado, la lluvia comenzó a golpear el parabrisas de forma intermitente. Las escobillas, viejas, dejaban un rastro de grasa gris que dificultaba la visión de las señales de tráfico.

Tomás redujo la marcha. Su mano derecha permanecía fija en la palanca de cambios, rígida. Recordó la última frase del cuaderno de

borradores que había examinado en el archivo de Lisboa antes de que Helena Maddox publicara el texto. Una anotación al margen de Maria do Carmo, fechada en diciembre de 1937: La fijeza es el único deber que queda cuando los hombres de leyes empiezan a inventarse sus verdades.

Tomás tomó la salida hacia la N9. La subida hacia la serra de Sintra se realizó en tercera marcha. La niebla del Atlántico bajaba ya por las pendientes de la Estrada da Pena, una masa blanca y espesa que reducía la visibilidad a menos de quince metros. El olor a resina de pino y a tierra saturada de agua entró por la rejilla de ventilación de el Peugeot.

A las doce y cuarenta, el vehículo se detuvo frente a la verja de hierro forjado de la Quinta dos Loureiros. Las luces del piso superior estaban apagadas. El edificio conservaba el perfil cuadrado y oscuro de las construcciones del siglo dieciocho que han permanecido cerradas durante demasiado tiempo. Tomás apagó el motor. El silencio de la montaña ocupó el habitáculo de el Peugeot de forma inmediata, interrumpido solo por el goteo regular del agua de la lluvia cayendo desde las hojas de la camelia del portal sobre el capó de metal caliente. Bajó del coche. Los zapatos se hundieron dos centímetros en el barro del arcén. No llevaba paraguas. Caminó hacia la verja, apoyó las manos en los barrotes fríos y miró hacia la ventana de la biblioteca. El candado de la cadena pequeña estaba abierto. Clara no lo había cerrado por dentro.

CAPÍTULO 46
CLARA

El pestillo de la puerta de la cocina necesitó dos tirones secos. Con la lluvia de los últimos tres días, la madera de pino se había hinchado contra el marco, encajándose con la terquedad habitual de las cosas viejas de esta casa. Al abrirse, el olor a cal húmeda y a café recalentado se mezcló con el aire frío que bajaba de la serra.

Evité la baldosa rota junto a la cocina de hierro por puro automatismo. Cuatro pasos exactos hasta la mesa de pino lavada. Mi madre se había marchado la tarde anterior en el tren de las cuatro hacia Vigo, dejando dos paños de cocina limpios y doblados sobre la encimera y un silencio que ya no era el de una casa vacía, sino el de un inventario cerrado. Ahora sabía de quién era este apellido. Sabía por qué Joaquim Almeida había decidido que una traductora de Vigo que apenas conocía la frontera heredase dos plantas de granito y veinticuatro mil volúmenes cubiertos de polvo de cera de abejas rancia. Las deudas de sangre no se pagan con dinero; se pagan con metros cuadrados de suelo rústico.

El azucarero de loza tenía una marca circular gris en la base. Lo moví tres centímetros hacia la derecha, buscando tapar una mancha más antigua en la madera. Un traductor pasa la mitad de su vida adulta buscando el encaje exacto de un verbo que otro dejó caer a medias; el resto del tiempo limpia superficies que no le pertenecen.

Afuera, el amanecer de Sintra no tenía color. Era una franja de gris pálido detrás del muro de wisteria del jardín, una luz horizontal que eliminaba las sombras sin llegar a calentar la piedra. Tomé la taza de loza basta y salí al porche sin ponerme la chaqueta.

El viento del Atlántico soplaba desde el oeste, racheado, produciendo ese sonido seco y papery entre las hojas del naranjo central. Era un ruido familiar, como de hojas de periódico viejo

pasadas a toda prisa por una mano invisible. Me detuve en el segundo escalón de granito. El camelio junto a la puerta de la cocina estaba completamente verde, las ramas desnudas de flores tras la última granizada de noviembre.

Sin embargo, en el centro del jardín, el naranjo mostraba una anomalía.

A la altura de la tercera horquilla del tronco, allí donde la corteza gris se abría en dos brazos principales, destacaba un punto de un rojo denso, casi negro. No era una naranja tardía. Caminé por el sendero de grava fina, cuidando de no pisar los charcos que se habían formado junto al pozo sellado. Al acercarme a dos metros, la forma se volvió nítida.

Una camellia. Una flor de pétalos carnosos, perfectamente simétrica, brotaba directamente de una yema leñosa de la madera del naranjo.

Me detuve. Las hojas que la rodeaban eran las hojas lanceoladas y oscuras del Citrus sinensis, con su característico pecíolo alado. No había injerto. No había ninguna cicatriz de navaja ni restos de rafia de jardinero en la inserción de la rama. La flor simplemente ocupaba ese espacio, firme contra el viento del oeste que hacía oscilar todo el ramaje. El pomo de la flor estaba húmedo por el rocío de la madrugada, pero los bordes no mostraban el color marrón de la podredumbre. Era una imposibilidad biológica ordinaria, expuesta allí con la misma indiferencia con la que la casa tiraba tres libros específicos del tercer estante de la biblioteca los martes por la tarde.

No pensé en milagros. Pensé en los apuntes de botánica forestal que Daniel había dejado olvidados en el piso de Madrid cuando empaqueté sus cosas en cajas de mudanza. Las especies leñosas de familias distintas no comparten savia. Es un axioma.

—Pues este axioma está floreciendo —dije en voz alta. Mi propia voz sonó extraña, demasiado limpia para el aire de las seis de la mañana.

Bajé la vista hacia el suelo.

La capa de hojas muertas y frutos caídos que rodeaba la base del tronco presentaba una alteración. La tierra, una mezcla de mantillo oscuro y grava de granito, se había hundido unos tres

centímetros en un arco casi perfecto que rodeaba la raíz principal expuesta. El terreno cedía bajo el peso de mis botas de lona con una elasticidad que no correspondía al resto del jardín. El agua de la lluvia se había acumulado en esa pequeña depresión, formando un semicírculo de barro denso que reflejaba la luz gris del cielo.

Regresé al cobertizo de herramientas junto a la verja trasera. El pestillo de hierro estaba cubierto de herrumbre; me dejó una mancha naranja en la palma de la mano. Dentro, entre un rollo de alambre de espino y tres macetas rotas de terracota, encontré la azada que doña Eulália utilizaba para limpiar las malas hierbas de la entrada. El mango de madera de fresno era corto, áspero, gastado por el uso en el tercio inferior. La hoja de metal tenía el filo mellado por el encuentro con las piedras de la serra.

Volví al naranjo.

El primer golpe de la azada cortó la capa superficial de raíces de hiedra con un chasquido seco. El suelo estaba compacto por debajo del mantillo; la resistencia del terreno exigía un esfuerzo que me obligó a apoyar el pie izquierdo en el lomo de hierro de la herramienta para ganar profundidad. A los veinte minutos, el frío del porche había desaparecido. El sudor comenzó a bajarme por las sienes, humedeciendo el cuello de la camisa.

Un traductor sabe cuándo una frase ofrece resistencia porque el autor ha enterrado algo debajo; con la tierra ocurre lo mismo. Cada golpe extraía fragmentos de teja romana, trozos de cal muerta que se deshacían entre los dedos como tiza gris y raíces delgadas que olían a savia amarga.

A la hora y media de trabajo, la zanja tenía el ancho de dos palmos y la profundidad de mi antebrazo. Las manos me escocían. El mango de fresno, sin pulir, me había levantado la piel de la base del dedo índice derecho, una ampolla limpia que se rompió al trozar una raíz más gruesa. No me detuve a buscar los guantes. Había un ritmo en el balanceo del cuerpo, una cadencia monótona que me alejaba de la conversación con mi madre, del despacho del notario de Vigo y de la mirada de Tomás en el pasillo de la Biblioteca Nacional de Lisboa. Cava, niña. Cava.

Faltando pocos minutos para las nueve, el metal de la azada tropezó con algo que no produjo el sonido agudo del granito ni el crujido elástico de la madera viva. Fue un impacto sordo, amortiguado.

Dejé la herramienta a un lado y me arrodillé en el barro.

El borde de la zanja mostraba una superficie grisácea, texturizada, que destacaba entre la tierra negra. Limpié los laterales con los dedos, apartando los terrones compactos con las uñas. Era un bulto rectangular, de unos treinta centímetros de largo por veinte de ancho, envuelto en una tela gruesa que conservaba la rigidez de la sustancia que la cubría. Lino encerado. El tacto era frío, aceitoso, similar al de las mantas de aislamiento que usaban los electricistas en los sótanos húmedos. El cordel de bramante que aseguraba el paquete estaba negro, medio podrido por la acción de los hongos del suelo, pero el nudo central seguía tenso, hundido en la arpillera protectora.

Tiré del bulto hacia arriba. El vacío del barro hizo un ruido de succión al soltarlo.

Pesaba más de lo que sugería su tamaño. Me senté sobre los talones, de espaldas al naranjo, con el paquete apoyado sobre los muslos cubiertos de barro. Mis manos tenían un temblor fino, una vibración muscular que nacía en los antebrazos debido al esfuerzo de las tres horas de azada. Introduje los dedos por debajo del cordel podrido; la cuerda se deshizo en filamentos grises sin necesidad de usar la navaja.

La primera capa de lino encerado cedió con un crujido sordo, despegándose de la superficie interior con la lentitud de la piel vieja. El olor llegó de inmediato. No era el olor a cerrado de la biblioteca ni la humedad rancia del sótano. Era el aroma denso, químico y casi dulce de la tinta ferrogálica combinada con la cera de abejas y un rastro sutil, persistente, de agua de azahar. El perfume de Maria do Carmo, conservado a cuarenta centímetros bajo el suelo durante ochenta y ocho inviernos.

Debajo del tercer pliego de tela apareció el papel.

Era un fajo de hojas de alto gramaje, de color hueso, con los bordes barbudos característicos del papel de tina fabricado a mano.

La primera página no tenía numeración. En el centro, con una caligrafía de trazo recto, firme, sin las florituras de la época de la Dictadura, se leía un título de dos palabras:

O Pomar.

Las letras conservaban un tono violeta oscuro, casi negro en los trazos donde la pluma había cargado más tinta. Pasé la yema del pulgar por encima de la "O" inicial; el relieve del metal del plumín había dejado una huella profunda en la celulosa, una hendidura que se podía leer con los ojos cerrados. Treinta y dos cartas manuscritas, numeradas con números romanos en el margen superior izquierdo. El texto estaba limpio de correcciones, dispuesto en líneas apretadas que aprovechaban cada milímetro del papel, como si la mujer que las escribió supiera exactamente cuántas hojas le quedaban antes de que sonara el timbre de la verja delantera.

Debajo de ese pliego inicial, doblada en dos y sin sobre, descansaba una hoja de menor tamaño. El papel era más delgado, con el membrete azul difuminado de la Quinta dos Loureiros en la esquina superior. La letra era la misma, pero el trazo se notaba más rápido, menos contenido.

La leí sin levantar el manuscrito del lino:

Para quem o encontrar — leiam-no. Deixem-na falar.

El viento del oeste volvió a agitar las ramas del naranjo, dejando caer tres gotas de agua sobre el papel encerado. Cubrí la nota con la mano izquierda de inmediato, protegiendo las letras con la palma sucia de tierra.

Fue en ese momento cuando el llanto apareció. No tuvo preámbulos literarios ni el desahogo ordenado de las mujeres que lloran en las novelas que traduzco los domingos por la tarde. Fue un espasmo físico, seco, que me dolió en el esternón y en los tendones del cuello. Lloré con la cabeza inclinada sobre el manuscrito de Maria do Carmo, dejando que las lágrimas cayeran sobre mis propias rodillas cubiertas de arcilla, mezclándose con el barro de los Almeida que llevaba pegado a las botas. Lloré por la madre que había tenido que mentir durante treinta años en una cocina de Vigo, por el tío que había muerto solo en Lisboa y por la mujer que había bajado a este mismo jardín en enero de 1938 sabiendo que el coche del

doctor Soares ya estaba subiendo por la Estrada da Pena. Estaba sola en medio de un patio en ruinas, con el texto completo de una muerta sobre el regazo y las manos rotas por el esfuerzo de desenterrar una historia que nadie me había pedido que buscara.

Un sonido de pasos sobre la grava interrumpió el ritmo de la respiración.

No levanté la cabeza de inmediato. Los pasos eran pesados, lentos, con el arrastre característico de quien lleva zapatos de suela de goma mojada. Al llegar al borde del círculo de tierra excavada, los pasos se detuvieron.

Unas botas de cuero oscuro, cubiertas por una costra de barro gris que llegaba hasta los cordones, aparecieron en mi campo de visión. El bajo de un pantalón de loneta azul, empapado por el rocío de la hierba, rozó la raíz del naranjo.

Tomás estaba allí.

No dijo nada. No hubo ninguna exclamación académica ni preguntas sobre el paquete que yo sostenía contra el cuerpo. Su gabardina gris estaba abierta, mostrando el chaleco de lana desabrochado y la camisa arrugada de quien ha pasado la noche al volante en la autopista del norte. Tenía las ojeras marcadas por un color violáceo detrás de los cristales de las gafas, que permanecían empañados en las esquinas inferiores por el cambio de temperatura.

Se agachó con lentitud, cuidando de no tocar el manuscrito con sus manos limpias. Apoyó las rodillas directamente en el suelo húmedo, frente a mí, sin importarle que la tela del pantalón absorbiera el agua del charco que rodeaba la zanja.

Se sentó a mi lado, con la espalda apoyada también contra la corteza rugosa del naranjo. Su hombro izquierdo quedó a dos centímetros del mío. Permaneció en silencio durante más de un minuto, mirando la primera página de O Pomar y la camelia roja que seguía inmóvil en la rama superior, como si estuviera registrando la fecha y la disposición de los objetos para un informe técnico que sabía que nunca llegaría a redactar.

Luego, extendió su mano derecha.

Tenía los dedos fríos del viaje, pero el pulso era firme. No buscó el manuscrito. Rodeó mi mano izquierda —la que aún conservaba la

piel levantada por la azada— con sus dedos, apretándola con una presión constante, regular, que no pedía explicaciones ni ofrecía disculpas por haber regresado sin ser llamado. Su palma compartía la misma textura de la piel gastada por el roce del papel viejo y los lomos de los libros de Coímbra.

Nos quedamos así, sentados en el barro del jardín de los Loureiros, mientras el sol de las nueve terminaba de disolver la niebla sobre los tejados de São Pedro. La flor roja del naranjo no se cayó.

CAPÍTULO 47
TOMÁS

El papel de tina, cuando ha permanecido ochenta y ocho años bajo una capa de tierra arcillosa y lino encerado, no se comporta como el papel moderno. No se rompe al tacto; se estira. Conserva una elasticidad pesada, casi vegetal, como si las fibras de algodón y trapo recordaran el agua del molino donde fueron batidas antes de recibir la presión de la prensa.

Coloqué el primer pliego sobre la mesa de caoba de la biblioteca, alineándolo con la veta de la madera. Mis dedos, todavía torpes por las horas de volante y el frío acumulado en el ramal de la N9, rozaron el margen inferior. La tinta ferrogálica había adquirido un tono mate, un relieve seco que se hundía en el grano de la hoja.

Clara se encargaba de los secantes. Había traído de la cocina un rollo de papel absorbente blanco y tres paños de lino viejo que su madre, Pilar, había dejado doblados en la encimera antes de regresar a Galicia. Sus movimientos eran metódicos, lentos, desprovistos de la prisa febril que nos había gobernado bajo el naranjo. Cada hoja de O Pomar requería una superficie limpia debajo y otra encima; luego, el peso leve de un volumen de formato octavo —elegimos los tomos menos deteriorados de una edición decimonónica de las Ordenações Filipinas— para evitar que las esquinas se abarquillaran al perder la humedad del subsuelo.

La biblioteca olía a lo que verdaderamente era: una cripta que acababa de perder su sellado. El aroma dulce de la cera de abejas derretida se mezclaba con el olor agrio del granito húmedo y la evaporación lenta del azahar que emanaba del manuscrito.

—Hay treinta y dos —dijo Clara. Su voz todavía tenía la aspereza del llanto en el jardín, pero el temblor de las manos había

desaparecido—. Treinta y dos cartas numeradas. La última no tiene fecha, pero el trazo es más corto. Tenía menos luz o menos tiempo.

—O las dos cosas —respondí.

Me mantuve al otro lado de la mesa. La distancia entre nosotros era la anchura del tablero de caoba: un metro de madera oscura sembrada de hojas que se secaban con un siseo casi imperceptible, el ruido de la celulosa devolviendo el agua al aire cerrado de Sintra.

Ajusté las gafas sobre el puente de la nariz. El cristal izquierdo conservaba una mancha concéntrica de grasa, el rastro de mi propio pulgar cuando me las había quitado en el coche para limpiarme el sudor de la frente.

—Helena Maddox llamó anoche —dije.

Clara no interrumpió su tarea. Colocó un paño de lino sobre la carta número doce, la que comenzaba con una mención a los tranvías de la rúa do Sé, y presionó el centro con la palma de la mano. Sus uñas estaban negras en los bordes, con la tierra del naranjo incrustada bajo las cutículas.

—Lo imagino —dijo—. El paper online ya está indexado. Mi madre me lo leyó antes de irse. "Colaboradora local sin formación académica". Es una definición bastante exacta para los registros de Princeton.

—Llamó mientras yo estaba en Coímbra, en la cocina, antes de salir —continué, fijando la vista en la caligrafía violeta de la hoja que tenía delante—. El borrador para la nota de prensa de la universidad estaba listo. Querían enviar el artículo definitivo a la revista antes del cierre del viernes. Me ofrecían la primera firma. Coautoría preferente. Financiación completa para el proyecto sobre la censura en el Estado Novo y la contrata de verano en la fundación.

Clara levantó el paño de lino. La tela había absorbido una mancha grisácea, la humedad residual de la arpillera encerada.

—Es una buena oferta para un profesor adjunto de Coímbra —dijo, sin acritud. Su tono era el de una traductora que evalúa el presupuesto de un encargo técnico—. Es lo que buscabas cuando viniste la primera tarde con la gabardina mojada y la libreta subraya dos veces. La legitimidad del hallazgo.

—Le dije que no voy a firmar ese documento.

La mano de Clara, que sostenía una de las Ordenações Filipinas para usarla como peso, se detuvo a cinco centímetros del papel. No dejó caer el libro. Lo mantuvo en el aire, suspendido por la fuerza de las muñecas, como si el volumen hubiera aumentado de peso de repente.

—Le dije —añadí, buscando la precisión factual que utilizaba en mis clases del departamento— que si el artículo se publica, figurarás tú como investigadora principal en igualdad de condiciones. Coautora plena. Sin menciones a personal de apoyo ni intermediarios locales. Si Princeton se niega a aceptar el protocolo de propiedad, retiraré mi informe técnico del registro nacional. El manuscrito no entrará en el circuito de subastas ni en el catálogo de la Biblioteca Nacional sin tu firma al lado de la mía.

—¿Y qué dijo ella?

—Dijo que soy un ridículo. Que el informe preliminar ya está en sus servidores y que si me retiro ahora, el artículo saldrá igualmente. Que parecerá una disputa menor por celos profesionales y que perderé la financiación complementaria.

—¿Y bien?

—Le dije que hiciera lo que quisiera. Y colgué.

Clara dejó el libro sobre la mesa. El impacto de la encuadernación de piel contra la caoba produjo un golpe seco que hizo vibrar los pliegues del papel secante. Después, cruzó los brazos sobre el pecho, ocultando las manos sucias de barro bajo los sobacos, y se me quedó mirando.

El silencio que siguió no fue el de una pausa en la conversación. Fue un minuto entero, sesenta segundos medidos por el tic-tac metálico del reloj de pulsera que yo llevaba en la izquierda, un Citizen viejo cuyo segundero avanzaba con una fijeza mecánica que resultaba obscena en aquella habitación. Fuera, el viento de la serra volvió a golpear la contraventana de la biblioteca, un crujido de madera seca que no logró romper la densidad del aire entre los dos. Clara no desvió los ojos de mi cara. Examinó las ojeras, la arruga del cuello de mi camisa, la falta de afeitado de dos días y la mota de cal que todavía llevaba pegada a la solapa de la gabardina. No había agradecimiento en su mirada; había esa fijeza despojada de filtros

que yo había aprendido a reconocer en los Almeida, la distancia de quien está acostumbrado a evaluar los daños después de un naufragio.

—¿Por qué? —preguntó finalmente.

La pregunta fue corta. Una sola palabra que exigía un documento que no fuera una nota al pie de página.

Me apoyé contra el borde de la mesa, sintiendo el filo de la madera contra los muslos.

—Porque no se puede recuperar la voz de una mujer borrándole la voz a otra —dije.

Mi voz no subió de tono. Permaneció en el registro bajo de las verdades que se dicen de madrugada, cuando ya no queda público en las salas de conferencias ni comités de evaluación a los que convencer.

—Maria do Carmo pasó cinco años escribiendo esto en un desván mientras su marido le servía oporto y calculaba el día en que llegaría el médico con el certificado de confinamiento —continué, señalando el fajo de hojas que se secaba entre nosotros—. Inês Vasconcelos murió en un barracón de Ravensbrück tres años después porque las leyes de Lisboa consideraban que su firma no tenía valor legal ni existencia institucional. Si yo entro en esa biblioteca de Princeton utilizando tus llaves y tu desván para poner mi nombre en la portada de su rescate, no soy un historiador, Clara. Soy solo otro Henrique con un título académico y una beca de investigación. Y ya hay bastantes de esos en mi departamento.

Clara bajó los brazos. Las manos le cayeron a los lados del cuerpo, inertes, con los dedos ligeramente curvados hacia dentro.

Entonces volvió a llorar. Pero esta vez no fue como bajo el naranjo. No hubo espasmos en el pecho ni el dolor seco de las herencias descubiertas. Las lágrimas le resbalaron por las mejillas de forma limpia, silenciosa, abriendo dos surcos claros a través de la costra de tierra y sudor que le cubría la cara. Lloraba mirándome de frente, sin parpadear, dejando que el agua le corriera por la barbilla y le empapara el primer botón de la camisa de sarga. Era un llanto de otra naturaleza; el desahogo de quien recibe un testigo que no

pesa, la confirmación de que el suelo sobre el que estaba de pie, por primera vez en muchos meses, no se iba a torcer bajo sus botas.

Di un paso hacia delante, rodeando la esquina de la mesa de caoba. Mi mano derecha se levantó unos centímetros, buscando el hombro de Clara, el tacto de su piel bajo la sarga húmeda. Me detuve a media distancia. El aire entre los dos conservaba la vibración de las ochenta mil palabras que ella había escrito sola durante mis tres días de ausencia, el contenedor real de su propia vida que yo no tenía derecho a invadir por la fuerza del alivio.

No nos besamos. El beso del vestíbulo, el de la noche del regreso de Coímbra, había sido un punto de llegada; este momento requería una fijeza distinta, un respeto por la distancia que permitiera a las cartas de Maria do Carmo terminar de secarse sin la interferencia de nuestros propios cuerpos.

Retiré la mano y la metí en el bolsillo descosido de la gabardina.

—Voy a preparar el sofá —dije.

Clara se limpió la cara con el revés del antebrazo, dejando una larga línea gris sobre la piel de la mejilla.

—La manta limpia está en el armario del pasillo —respondió—. Mi madre la dejó allí antes de irse. Huele a lavanda de Galicia.

Asentí.

La noche cayó sobre Sintra con la rapidez habitual de los finales de noviembre. A las diez, la biblioteca estaba a oscuras, iluminada solo por el reflejo mortecino de la farola de la verja delantera que entraba por las rendijas de las maderas. Las treinta y dos cartas de O Pomar descansaban bajo el peso de las Ordenações, inmóviles, protegidas por los paños de lino que absorbían los últimos restos de la humedad del subsuelo. Bajé al salón de la planta inferior. El sofá de eskay verde estaba frío. Me quité los zapatos y los coloqué junto a la pata de madera, alineados, como hacía en mi casa de huéspedes. Al estirarme bajo la manta de lana de Pilar, la estructura de muelles de la base crujió con un sonido agudo que se extinguió de inmediato en las esquinas de la habitación.

Coloqué el brazo izquierdo bajo la nuca. El olor a lavanda del paño era intenso, un aroma que no pertenecía a esta casa de los

Almeida, sino a una casa de costureras y ventanas limpias en la ría de Vigo. Miré las vigas del techo. La casa ya no emitía los crujidos secos de las primeras semanas; el agua del pozo ciego parecía haberse remansado tras el descubrimiento del jardín. Mientras cerraba los ojos, escuchando la respiración regular de Clara dos plantas más arriba a través del hueco de la escalera de caracol, comprendí que aquella era la última noche que ocuparía ese sofá. El tiempo de la transición había terminado; el manuscrito estaba sobre la mesa y el espacio de la espera ya no tenía sentido. Mañana empezaríamos a traducir.

CAPÍTULO 48
CLARA

La luz de la mañana entró en la biblioteca de la Quinta dos Loureiros con la lentitud espesa de un barniz viejo. No era una claridad limpia, sino una emulsión de niebla baja y motas de polvo suspendidas que se pegaba a los cristales sucios del ventanal, reduciendo el jardín trasero —el invernadero en ruinas, la silueta del pozo sellado— a un grabado descolorido. Sobre la alargada mesa de roble, despojada ya de los ordenadores y las carpetas de plástico, las treinta y dos cartas de O Pomar descansaban extendidas en hileras regulares, liberadas por fin del envoltorio de lino encerado que las había custodiado bajo la tierra del naranjo durante casi noventa años.

El lienzo original yacía a un lado, rígido, conservando la costra grisácea de la resina de pino y un vago olor a humedad mineral, a cal muerta y a cera de abejas que impregnaba el aire de la estancia. Clara pasó la yema del dedo por el borde de la primera hoja. El papel de algodón, de grano grueso y bordes deshilachados, se sentía frío, casi húmedo al tacto, pero la tinta ferrogálica había resistido el asedio del tiempo; era un violeta oscuro, casi negro, que mordería la celulosa para siempre con una caligrafía limpia, despojada de adornos, que avanzaba por el pliego con la fijeza de una aguja de coser.

Tomás estaba sentado al otro lado de la caoba, con las manos apoyadas en plano sobre la madera. Sus nudillos destacaban blancos, rígidos, y su mirada permanecía fija en el primer párrafo del manuscrito, como si estuviera calculando la resistencia física de los materiales antes de permitir que una sola palabra rompiera el silencio de la casa.

—Están todas —dijo Clara. Su voz sonó extraña, desprovista de esa neutralidad forzada que había usado como un escudo desde su llegada a Sintra—. Treinta y dos. Ni una menos.

Se aclaró la garganta, apartó un mechón de pelo de su frente y tomó la primera hoja entre sus dedos. Al mirar las líneas apretadas, sintió el impulso automático de su oficio, ese reflejo de supervivencia que la había acompañado en las oficinas editoriales de Madrid y en las noches solitarias de Vigo: traducir el mundo para no tener que habitarlo. Empezó a leer en voz alta, pero las palabras en portugués se transformaron de inmediato en su cabeza, saliendo de su boca en un castellano seco, acartonado, formal:

—El huerto no es el jardín de las carrascas ni el naranjo del porche... Hablan de los inviernos de Lisboa, del frío de las habitaciones alquiladas en el Barrio Alto donde Inês pasaba las noches...

—No —interrumpió Tomás.

Clara se detuvo con la hoja suspendida a mitad de camino. Lo miró por encima del papel, buscando la línea recta de sus ojos. Tomás no se había movido, pero la rigidez de sus hombros se había acentuado, adquiriendo esa postura militar y severa que solía adoptar cuando un documento desmoronaba las clasificaciones de su memoria de archivero.

—Léelo en portugués, Clara —le pidió él, con una voz baja, desprovista de inflexiones técnicas—. Déjalo en su lengua. No le pongas tu filtro todavía. Necesito escuchar cómo suena la madera original de sus palabras.

Clara dudó un instante, sintiendo el frío del papel satinado contra sus dedos descalzos. Traducir era su distancia de seguridad, la distancia que la protegía de Maria do Carmo, de Henrique de Sousa y de la propia sombra que habitaba los pasillos de la quinta. Leer el original implicaba renunciar al molde, dejar que la música ajena entrara en sus pulmones sin pedir permiso. Sin embargo, bajó la vista hacia el pliego, respiró el aroma almibarado y rancio que subía de la mesa y regresó al primer trazo de la tinta violeta.

—El huerto no es el jardín... —comenzó de nuevo, y su acento gallego arrastró las sibilantes con una cadencia más redonda, más

lenta, adaptándose al ritmo de una prosa que parecía exigir más aire del habitual para nombrar las cosas verdaderas—. El huerto había sido la palabra clave, el santo y seña secreto que Inês y yo utilizamos una tarde lluviosa de noviembre...

Durante las tres horas siguientes, el tiempo en la biblioteca se midió únicamente por el siseo del papel al cambiar de hoja y el sonido de la respiración de Clara, que iba perdiendo la regularidad funcionarial a medida que se adentraban en el laberinto de las treinta y dos cartas clandestinas. Leyeron los inviernos del Barrio Alto, las libras esterlinas que Maria do Carmo tomaba de su asignación personal para comprar pasajes de barco hacia Vigo y pasaportes falsos con el escudo de la República Francesa; leyeron los encuentros en la pastelería Bernard, donde los jueves por la tarde se sentaban detrás del espejo de madera de nogal mientras Henrique creía que su esposa asistía a las reuniones de la Liga de la Divina Providencia.

Las cartas eran un acta notarial de una resistencia minuciosa. Cada línea recta, cada párrafo despojado de las curvas ornamentales de la época, se revelaba como un territorio fértil que el marido, con todas sus influencias judiciales y sus fincas de corcho en el Alentejo, jamás había logrado diagnosticar ni confiscar. Pero también eran el registro de una demolición. A partir de la carta veinte, la caligrafía de Carmo empezaba a temblar ligeramente en las curvas de las emes; aparecía la tos de la serra, ese metrónomo que marcaba la velocidad con la que sus pulmones se llenaban de la cal de la quinta, y la presencia constante del automóvil del doctor Soares, aparcado en el revuelto de la carretera como un presagio de granito.

Llegaron a la última hoja. El pliego treinta y dos presentaba un aspecto diferente: era un papel de tina más basto, de grano grueso, probablemente hurtado de alguna sala de la clínica del Buçaco, escrito no con la pluma ferrogálica de Lisboa, sino con un cabo de lápiz de carpintero cuyo trazo gris y grueso se hundía con violencia en la materia. No había encabezado, ni fecha, ni firmas oficiales. Estaba dirigida simplemente a una "I." mayúscula, seguida de un punto seco que parecía la perforación de una aguja.

Clara sintió que el corazón le daba un vuelco extraño al abordar las últimas líneas. Su voz bajó un tono, volviéndose casi un susurro que desafiaba la combustión apagada de la chimenea:

—Que sepas que elegí... —leyó, deteniéndose en la fijeza del trazo—. Que sepas que mientras haya un espacio donde las palabras crezcan rectas y libres de la poda del gobierno, la dictadura seguirá quedando fuera de nuestras vidas. El huerto es nuestro propio país invisible... No escribí para sobrevivir, I. Escribí para que tú, un día, supieras que existí como yo fui.

La última sílaba quedó suspendida en el aire cerrado de la biblioteca como un sudario húmedo. Clara depositó el papel sobre la mesa y dejó caer las manos sobre el regazo, inmóviles, sintiendo el tacto de la celulosa vieja impreso en las yemas de sus dedos. El silencio de Sintra cayó de golpe sobre ellos, un peso denso interrumpido únicamente por el goteo constante del agua de las copas de los árboles sobre el tejado exterior.

Tomás permaneció inmóvil. Durante varios minutos completos, Clara pudo escuchar el silencio absoluto de sus pulmones; no respiraba, manteniendo la vista fija en la "I." de grafito que cerraba el manuscrito. La penumbra del crepúsculo empezaba ya a teñir de gris las molduras neomanuelinas del techo cuando él levantó la cabeza. Sus ojos, habitualmente protegidos tras el cinismo profesional del catalogador, se mostraban dilatados, fijos, desprovistos de su habitual neutralidad técnica.

—Inês Vasconcelos —dijo Tomás. Su voz sonó pastosa, arrastrada, como si le costara mover los músculos de la boca—. Ella no se quedó en Lisboa tras el internamiento de Carmo en enero del treinta y nueve. Cruzó la frontera por Badajoz en el cuarenta, justo cuando los abogados de Henrique empezaron a revisar los libros de fletes de la familia.

Clara lo miró, frunciendo el ceño, sintiendo una punzada sorda en la costilla izquierda. Algo en el tono de Tomás no pertenecía al análisis del texto; no era el comentario metodológico de un working paper para los servidores de las universidades del norte.

—¿De qué hablas, Tomás?

—Estuvo en París —continuó él, sin desviar la mirada, con una fijeza que helaba el aire de la estancia—. Trabajó con los comités de ayuda a los refugiados españoles en el Barrio Latino hasta la ocupación alemana. Luego se unió a la red de evasión del sector norte. La detuvieron en el cuarenta y tres. La Gestapo.

Tomás apoyó los nudillos con más fuerza sobre el roble, tanto que la madera pareció crujir bajo su peso.

—La enviaron a Alemania, Clara. Al norte de Berlín. Murió en Ravensbrück en el invierno de 1945, apenas tres semanas antes de que las tropas soviéticas liberaran el campo. Su nombre figura en el registro de la Cruz Roja Internacional con la anotación de "agotamiento físico debido al régimen de trabajos forzados".

El impacto de las palabras redujo la inmensidad de la biblioteca a una fijeza médica, obscena. Clara sintió que el suelo de la quinta, esa tarima combada por los años que cedía bajo sus botas, terminaba de hundirse por completo bajo sus pies. El pequeño país invisible de las cartas —los mitones de lana gris, las tazas de loza de la pastelería Bernard, el aroma a agua de azahar— acababa de ser demolido por la violencia industrial del siglo. Ravensbrück. El granito de Sintra rechazaba ese nombre extranjero, esa frialdad de ceniza que no encajaba en los cuadernos de caligrafía del Alentejo.

—Tú... —Clara carraspeó, sintiendo que la lengua se le volvía de piedra—. Tú lo sabías.

—Lo sabía desde el principio —admitió él. Su mirada se volvió más fina, más desguarnecida de lo que ella le había visto jamás—. Lo descubrí en Coímbra, la primera semana, cuando Jorge me dio acceso a los servidores de los archivos diplomáticos de Princeton. Crucé las fechas de la contribución industrial de esta finca con las listas de los deportados portugueses. Sabía cómo terminaba la historia de Inês antes de que bajáramos juntas al jardín a desenterrar el lino.

Clara se levantó despacio. El abrigo de pana gris le pesó en los hombros como si estuviera empapado por la lluvia de la serra. Miró las treinta y dos hojas extendidas entre ellos, esos fragmentos de una conversación rota que ahora parecían más indefensos que nunca bajo la claridad cenicienta de la tarde. Una mezcla de

desolación y rabia contenida le subió por la garganta, una necesidad de buscar la línea recta en mitad de la intemperie.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Clara, y su voz sonó descalza, sin la armadura de la traducción—. Hemos pasado veintiún días midiendo los muros de esta casa, buscando el hueco ciego de las alacenas, rompiéndonos las uñas en el mantillo del naranjo... Tú me veías leer sus borradores, Tomás. Sabías dónde iba a morir Inês mientras yo intentaba reconstruir su caligrafía. ¿Por qué te lo guardaste?

Tomás no apartó los ojos de ella. Su boca dibujó una línea delgada, un rasguño de amargura que parecía resumir todos los meses de silencio solitario frente a los legajos del archivo.

—Porque no era mío —dijo Tomás.

La frase flotó en el espacio cerrado de la biblioteca como el eco del gallego de su madre en la notaría de Vigo: una verdad mineral que no necesitaba pedir permiso para instalarse en el pan de la cena.

—No era mi territorio, Clara —continuó él, y su voz perdió definitivamente la distancia académica—. Yo solo soy el historiador que limpia el polvo de los estantes y anota las coordenadas de las fincas. Si te hubiera dado ese final antes de que encontraras el texto, habría hecho lo mismo que Henrique de Sousa: habría sepultado su prosa bajo el peso de su destrucción. Habría convertido O Pomar en una nota a pie de página sobre la guerra europea, en un informe forense de la policía política. Necesitaba que Inês hablara primero con sus propias palabras, rectas y libres, tal como ella eligió existir en estos pliegos. El dolor de Ravensbrück no era mío para imponerlo sobre tu traducción.

Clara se quedó estática junto al borde de la mesa, mirando la delgadez de las venas de sus propias manos. Entendió entonces la rigidez militar de Tomás, ese sutil repliegue en sus hombros que ella había confundido con la soberbia del erudito; era el cansancio de quien custodia un cementerio en solitario para que los vivos puedan recoger la cosecha sin miedo. El secreto no había sido una traición burocrática; había sido un acto de respeto casi sagrado hacia el perímetro del huerto.

Bajó la vista hacia la última carta. La "I." de grafito seguía allí, firme, desafiando la geometría helada de la serra y la cal de la clínica. Las palabras verdaderas ya no pertenecían a la tierra agria de Sintra ni a los archivos cerrados de Coímbra; habían cruzado la frontera de la materia.

Clara extendió la mano derecha a través de la mesa de roble, cruzando el espacio que separaba las hileras de papel, y posó sus dedos sobre los nudillos rígidos de Tomás. Su piel estaba fría, pero la presión fue real, firme, un puente tendido entre las dos orillas de la misma historia.

—Ahora es nuestro —dijo Clara.

Tomás cerró los ojos un instante, asintiendo apenas con la barbilla, mientras la lluvia de Sintra comenzaba a golpear con fuerza los cristales exteriores, inaugurando la noche más larga y verdadera de toda su existencia en la quinta.

CAPÍTULO 49
TOMÁS

El cazo de aluminio golpeó el fondo de la olla con un tintineo sordo. El caldo de gallina que Pilar había dejado preparado antes de tomar el tren de Vigo se había solidificado en una capa de grasa pálida en la superficie, pero al recibir el calor del hornillo de gas comenzó a licuarse despacio, desprendiendo un vapor denso que olía a apio, a laurel viejo y a la sal gruesa de las cocinas del norte.

Limpié dos boles de loza blanca con el paño de lino que quedaba sobre la encimera. Mis manos, todavía torpes por el frío residual que subía de las baldosas, se demoraron en el reborde astillado de uno de los recipientes. Durante tres semanas, cada objeto de esta cocina había sido una pieza en un inventario de sospechas; cada paso de Clara en el piso superior, una línea que yo debía descifrar en mi cuaderno de notas de Coímbra. Ahora, el espacio parecía haber perdido su elasticidad táctica. Ya no había un notario esperando un informe de dominio en Lisboa, ni una llamada de Helena Maddox programada a las once de la noche para discutir los derechos patrimoniales de la Universidad de Princeton, ni una madre oculta detrás de las cortinas de sarga vigilando que la historia familiar no se rompiera por las costuras.

No había nadie esperando nada. El silencio de la Quinta dos Loureiros ya no era el de una tregua armada, sino el de una casa que ha terminado de asentarse sobre sus propios cimientos de granito.

Llevé los boles a la mesa de pino lavado. Clara ya estaba sentada en la silla de paja junto a la ventana baja. Se había lavado la cara y las manos con el jabón de glicerina del baño pequeño, pero un rastro de la arcilla oscura del jardín permanecía incrustado bajo la uña del pulgar derecho, una pequeña luna negra que destacaba

contra la palidez de su piel. Llevaba un jersey de lana gruesa, de un color azul marino desgastado que le quedaba demasiado grande en los hombros, y mantenía la vista fija en el vapor que subía de su plato.

—El pan está duro —dije, sentándome frente a ella—. Pero si lo mojas en el caldo, se puede comer.

Clara asintió despacio. Tomó la cuchara de alpaca, la sumergió en el líquido dorado y esperó a que se enfriara un instante antes de llevársela a la boca. Sus movimientos carecían de la prisa febril que la había gobernado durante la tarde, cuando distribuía los secantes sobre las cartas de O Pomar.

—Está bueno —dijo. Su voz era apenas un hilo áspero, cansada por las horas de lectura en voz alta—. Sabe a la casa de mi abuela en Redondela. Ella también le echaba una corteza de limón al final para quitarle el gusto a la grasa.

—Tu madre cocina como las mujeres que saben que el invierno va a durar más que el carbón —respondí, cortando una rebanada del pan de hogaza con la navaja de jardinero que aún llevaba en el bolsillo de la loneta.

Comimos sin prisa, compartiendo el ritmo monótono de las cucharas contra la loza y el crujido seco de la corteza del pan. Fuera, la lluvia de la serra había dejado de golpear los cristales con la violencia de la tarde; ahora era un orvallo fino, una niebla húmeda que se arrastraba por las ramas del naranjo y se filtraba por las rendijas de las contraventanas, enfriando el aire de los pasillos sin llegar a tocar la mesa donde estábamos.

Miré a Clara por encima del borde de mi bol. Tenía las pestañas húmedas, tal vez por el vapor del caldo o por el cansancio acumulado de los últimos tres días de aislamiento, pero sus ojos se mostraban limpios de esa fijeza defensiva que me había cerrado el paso desde la primera tarde en el vestíbulo. Ya no éramos el profesor adjunto y la traductora que disputaban la propiedad de una fosa común de papel; éramos simplemente dos supervivientes que compartían las provisiones de un sótano tras el paso del temporal.

—Mañana llamaré a la facultad —dije, dejando la cuchara a un lado—. Tengo que formalizar la renuncia a la prórroga de la contrata

de verano. Si Maddox insiste en publicar el borrador preliminar con el membrete de Princeton, presentaré una reclamación ante el comité de ética de Lisboa. El registro de propiedad del manuscrito estará a tu nombre antes del viernes.

Clara detuvo su cuchara a mitad de camino. Me miró fijamente, con esa fijeza despojada de adornos que yo había aprendido a respetar más que cualquier documento oficial.

—¿Te vas a quedar sin la beca? —preguntó.

—Las becas se vuelven a pedir, Clara. Los departamentos de historia están llenos de nombres que firmaron el trabajo de otros para pagar el alquiler de sus despachos. No necesito ese tipo de antigüedad.

—Te costará dos años volver a entrar en el circuito de los archivos diplomáticos.

—Tengo tres mil cajas de legajos notariales en el sótano de Coímbra que nadie ha abierto desde la caída de la Dictadura —respondí, y por primera vez en muchas semanas, una leve sonrisa, casi un gesto de fatiga compartida, me cruzó la cara—. Hay suficiente polvo allí para mantener mi nombre limpio durante una década. No necesito a Princeton para saber qué buscar en los sótanos.

Clara dejó la cuchara en el plato vacío. Apoyó los codos en la mesa de pino y cruzó las manos bajo la barbilla, mirándome con una atención que ya no buscaba la distancia de seguridad. El minutero del Citizen de mi muñeca avanzó tres posiciones antes de que ninguno de los dos volviera a hablar. El ruido del gas del hornillo, una pequeña llama azul que yo había olvidado apagar, llenaba la cocina con un siseo constante, doméstico, que reducía la inmensidad de la quinta a ese cuadrado de madera y cal húmeda.

Me levanté para cerrar la llave de paso del gas. Al apagarse la llama, la cocina pareció oscurecerse de golpe, iluminada únicamente por el reflejo mortecino de la lámpara de bajo consumo que colgaba del techo por un cable trenzado de algodón gris.

—Voy a bajar la manta del salón —dije, dándome la vuelta hacia la puerta del pasillo—. El sofá de eskay se enfría a medianoche y no quiero tener que encender la chimenea de la biblioteca otra vez. Las

hojas de O Pomar necesitan una temperatura constante para terminar de secarse.

Clara no se movió de la silla. Permaneció de espaldas a la ventana baja, recortada contra el gris plomizo del orvallo exterior. Sus manos se descruzaron despacio, posándose en plano sobre la madera lavada de la mesa, en una postura idéntica a la que yo había adoptado unas horas antes en la biblioteca frente al manuscrito.

—Tomás —dijo.

Me detuve en el umbral, con la mano apoyada en el marco de madera de pino hinchada. El roce de la pintura desconchada contra mi palma se sentía frío, real.

—¿Sí?

Clara se levantó de la silla con una lentitud que parecía calculada para no romper la densidad del aire en la habitación. Rodeó la mesa de pino, cuidando de esquivar la baldosa rota junto a la cocina de hierro por la que yo siempre tropezaba, y se detuvo a un paso de mí. El jersey azul marino le caía sobre las manos, ocultando los dedos marcados por la tierra del jardín, pero su rostro quedaba bajo la luz directa de la lámpara del techo, mostrando cada una de las líneas de cansancio y la costra clara que las lágrimas de la tarde habían dejado en sus mejillas.

Me miró de frente, sin la distancia del oficio, sin el amparo de la caligrafía violeta de Maria do Carmo, reduciendo las ochenta mil palabras que nos habían traído hasta aquí a una fijeza mineral que no admitía notas al pie de página.

—Quédate —dijo.

Fue una sola palabra. Una orden corta, desprovista de la retórica de las novelas que ella traducía los domingos o de las crónicas judiciales que yo ordenaba en los ficheros de Coímbra. Una palabra que no pedía disculpas por el pasado de Vigo ni ofrecía promesas para el inventario del día siguiente; una simple coordenada física que cancelaba el sofá de eskay del salón y la manta de lavanda de Pilar.

La miré durante un segundo entero, midiendo la anchura de sus hombros bajo la lana gruesa y el temblor casi imperceptible de su respiración en el espacio estrecho del pasillo. Mi mano derecha saltó

del marco de la puerta, pero no buscó su cara ni el roce de su pelo húmedo; se cerró simplemente sobre los dedos de Clara, comprobando que la piel de sus nudillos seguía teniendo el tacto áspero y tibio de los vivos que han tenido que cavar su propia historia en el barro.

No añadí nada. El tiempo de las explicaciones metodológicas se había agotado bajo el naranjo.

Caminamos juntos por el pasillo de la primera planta, evitando los escalones de madera que sabíamos que crujían con los cambios de presión de la serra. La luz de la farola exterior entraba por los ventanucos del distribuidor, dibujando líneas de sombra alargadas sobre las paredes cubiertas de cal seca. Al llegar al umbral del dormitorio de Clara, el antiguo cuarto de costura de los Almeida que conservaba el olor a madera de cedro y a sarga limpia, ella entró primero, sin encender la lámpara de la mesilla.

Me quedé un instante en el límite del pasillo, sintiendo el aire frío que subía de la planta baja a mi espalda. Luego di el paso hacia el interior de la habitación. Extendí la mano izquierda hacia el tirador de latón de la puerta, que estaba desgastado por el uso de tres generaciones de ausencias, y tiré de él hacia dentro con un movimiento firme, regular.

El pestillo encajó en el marco de madera con un chasquido seco, sordo, que canceló definitivamente el ruido de la lluvia exterior y el siseo del viento entre las hojas del huerto.

CAPÍTULO 50
CLARA

La luz que entró por la rendija de la contraventana no tenía el peso gris de los días anteriores. Era una claridad delgada, blanca, que cortaba el aire del dormitorio de costura con la nitidez de un bisturí limpio. Me quedé inmóvil unos minutos, con los ojos abiertos hacia las vigas de madera de cedro, escuchando el silencio de la casa. Un silencio nuevo, despojado de la humedad táctica que había gobernado las esquinas desde mi llegada. A mi lado, el hueco en el colchón todavía conservaba el calor del cuerpo de Tomás, pero él ya no estaba allí; abajo, muy al fondo, se oía el crujido metálico de la cocina de hierro, el rumor sordo del agua al caer en el cazo y el siseo del gas de las siete de la mañana.

Me vestí despacio, poniéndome los pantalones de loneta y el mismo jersey de sarga azul, cuyos puños conservaban todavía una sombra oscura, el rastro de la arcilla del naranjo que el jabón de glicerina no había logrado arrancar del todo. Al bajar la escalera de caracol, mis botas no buscaron los bordes de los peldaños para evitar el ruido; la madera cedía bajo mi peso con una elasticidad mansa, como si la estructura de los Almeida hubiera renunciado definitivamente a sus secretos.

Antes de entrar en la cocina, la luz del ventanal del pasillo me obligó a detenerme.

Miré hacia el jardín trasero. El orvallo de la noche había desaparecido, dejando en su lugar una atmósfera suspendida, una calma fría que ponía de relieve el contorno de cada piedra del muro de wisteria. En el centro del patio, el naranjo ya no estaba solo en su anomalía.

Todo el jardín había florecido.

Los tres viejos arbustos de camelia que flanqueaban el pozo sellado, aquellos que tres días antes mostraban las ramas desnudas, desmochadas por la granizada de noviembre, estaban cubiertos de una masa densa, compacta, de pétalos carnosos. Había camelias rojas, de un tono violáceo idéntico al de la tinta ferrogálica de O Pomar; había ejemplares blancos, de una palidez de cera que reflejaba la luz de la mañana con una fijeza casi obscena. Era un estallido fuera de estación, una contradicción biológica ordinaria que ocupaba el espacio con la misma indiferencia con la que la tierra había devuelto el paquete de lino encerado. Las flores no tenían los bordes marrones de la podredumbre; brotaban limpias entre las hojas lanceoladas, inmóviles contra el viento del Atlántico que bajaba de la Estrada da Pena.

El pestillo de la puerta trasera sonó antes de que pudiera acercarme al cristal.

No era Tomás. El paso era más corto, pesado, el arrastre característico de las zapatillas de paño sobre la grava fina del sendero. Doña Eulália cruzó el umbral de la cocina sin llamar, sosteniendo contra el pecho una cesta de mimbre pelado que exhalaba un aroma denso, ácido y profundamente otoñal. Membrillos. Eran piezas grandes, irregulares, de un amarillo de azufre mate, cubiertas todavía por esa pelusa grisácea que protege la piel de la fruta antes de la primera helada de diciembre.

Dejó la cesta sobre la mesa de pino lavado, justo al lado del bol de loza vacío donde yo había cenado la noche anterior. Tenía las manos hinchadas por el sabañón y el frío de la madrugada, unas manos de labradora del norte que se parecían demasiado a las de mi madre cuando ordenaba los trapos limpios en la encimera de Vigo.

Me miró de frente. Sus ojos, dos cuentas oscuras rodeadas de arrugas limpias de cal, no se desviaron hacia la biblioteca ni hacia la zanja abierta al pie del naranjo. Examinó mi cara, el cuello de mi jersey y las uñas rotas por la azada con una fijeza despojada de curiosidad burocrática. Había en su distancia la misma sobriedad de los Almeida, la certeza de quien conoce el precio exacto de cada palmo de suelo rústico en esta parte de la serra.

Asentió una sola vez con la barbilla. Fue un gesto seco, un punto final que no necesitaba la presencia de un notario para dar por cerrado un inventario.

—Mi madre me lo contó —dijo. Su voz no tenía la inflexión formal del portugués que usaba con los secretarios del ayuntamiento; habló en ese gallego bajo, de frontera, que mi abuela utilizaba en Redondela cuando las luces de la ría empezaban a apagarse—. La señora murió como ella eligió. No fue el doctor. Fue ella. Tomó lo que tenía que tomar.

No esperó a que yo le ofreciera una taza de café ni a que le preguntara por los registros de la clínica del Buçaco. Se dio la vuelta con la misma parsimonia con la que había entrado, dejando las zapatillas de paño marcadas en el polvo de la entrada, y cruzó el sendero de grava hacia la verja trasera. El pestillo de hierro de la entrada sonó a lo lejos, un golpe metálico que se extinguió de inmediato en el aire limpio de las ocho de la mañana.

Me senté en la silla de paja, la misma que había ocupado mi madre antes de marcharse en el tren de las cuatro. El aroma de los membrillos de doña Eulália subía de la mesa, un olor dulce y amargo a la vez que parecía fijar las paredes de la cocina al suelo de granito. Mis manos permanecieron apoyadas sobre las rodillas, inertes, sintiendo el peso de la frase de la vieja como si fuera un pliego de papel de tina que acabara de caer sobre mi regazo.

Unos pasos regulares bajaron la escalera de caracol.

Tomás entró en la cocina sosteniendo dos tazas de loza basta y la cafetera de hierro esmaltado. Llevaba la camisa arrugada de la noche anterior, el chaleco de lana desabrochado y las gafas bien asentadas sobre el puente de la nariz, aunque los cristales conservaban todavía esa pequeña mota de grasa en la esquina inferior izquierda. Se detuvo junto a la mesa de pino, mirando la cesta de membrillos amarillos y la puerta trasera que doña Eulália había dejado entornada.

—¿Quién era? —preguntó, dejando las tazas sobre la madera con un tintineo limpio.

Lo miré desde mi silla. El sol de la mañana ya tocaba el borde de su gabardina gris, que colgaba del perchero de la entrada, revelando

la mancha de arcilla que se había llevado del jardín al arrodillarse frente a mí.

—Eulália —dije. Su nombre sonó corto en la habitación—. Trajo esto.

Señalé los membrillos con la barbilla. Tomás se agachó levemente, tomó una de las piezas entre sus dedos largos de archivista y sopló la pelusa grisácea antes de volver a depositarla en el mimbre.

—¿Dijo algo sobre el manuscrito?

—Dijo algo sobre Maria do Carmo —respondí. Sostuve su mirada, sintiendo que la última distancia entre nosotros, esa asimetría informativa que nos había obligado a medir los muros de la quinta con libretas separadas, terminaba de disolverse en el vapor del café —. Dijo: Mi madre me lo contó. La señora murió como ella eligió. No fue el doctor. Fue ella. Tomó lo que tenía que tomar.

Tomás soltó el membrillo. Sus manos quedaron suspendidas a unos centímetros de la cesta, rígidas, mientras su mente procesaba las palabras que yo acababa de verter al castellano con la precisión plana de una traducción directa. El silencio regresó a la cocina, pero ya no era el silencio de la sospecha; era la fijeza del historiador que ve cómo la última pieza de un legajo judicial encaja en la hendidura del metal sin dejar un milímetro de holgura.

—No hubo asesinato —dijo Tomás, y su voz bajó al registro bajo de las conferencias de Coímbra, ese tono donde las verdades fácticas no necesitan el amparo de la retórica—. Henrique no tuvo que pagar al doctor Soares para que falsificara el certificado de confinamiento en el Buçaco. No hubo una dosis letal administrada en el café de las cinco por orden del marido.

—No —añadí, sintiendo una extraña ligereza en el esternón, un aliento limpio que no pertenecía a la niebla de Sintra—. Ella sabía lo que venía. Sabía que el coche del doctor ya estaba en la Estrada da Pena y que las treinta y dos cartas de O Pomar estaban a cuarenta centímetros bajo el mantillo del naranjo. Eligió el momento, Tomás. Eligió morir antes de que ellos —su marido, los abogados del Alentejo, el tribunal de Lisboa— pudieran decidir qué hacer con su

cuerpo y con su firma. Su muerte fue la última línea recta de su propio texto.

Tomás rodeó la mesa de pino y se sentó en la silla contigua a la mía, tan cerca que su hombro izquierdo volvió a quedar a dos centímetros del mío, repitiendo la geometría del jardín bajo el amanecer. Tomó su taza de café con las dos manos, buscando el calor de la loza, y miró a través del ventanal hacia el estallido rojo y blanco de las camelias que ocupaban el patio exterior.

—El expediente se cierra aquí —dijo, casi para sí mismo—. El informe preliminar de Princeton ya no importa, Clara. Henrique de Sousa puede quedarse con las fincas de corcho y los registros notariales de Lisboa; no tiene nada que reclamar en esta biblioteca. La última palabra de Maria do Carmo no fue un grito de auxilio en un barracón ni un testamento confiscado por un juez del Estado Novo. Fue un acto de soberanía ordinaria.

—Fue su propio país invisible —concluí, usando las palabras del grafito de la carta treinta y dos.

Extendí mi mano derecha sobre la mesa de pino, rozando el borde de la cesta de membrillos, y Tomás depositó la suya encima, repitiendo el pulso firme y constante de la noche anterior. Sus dedos seguían teniendo esa textura áspera del papel viejo, pero la presión era real, un peso limpio que no pedía explicaciones ni ofrecía disculpas por haber cerrado la puerta del dormitorio detrás de los dos.

Fuera, el sol de las ocho y media terminó de disolver la niebla sobre los tejados de São Pedro, iluminando cada una de las camelias fuera de estación que permanecían firmes en el ramaje, como si el jardín de los Loureiros hubiera decidido, por fin, dejar de ocultar la primavera bajo la tierra de los Almeida. La última asimetría estaba resuelta; el manuscrito estaba seco sobre la caoba y nosotros estábamos allí, listos para empezar a traducir.

CAPÍTULO 51
TOMÁS

La biblioteca de la Quinta dos Loureiros ya no olía a cripta recién abierta, sino al cartón neutro y al acetato de las carpetas de conservación que yo mismo había traído en el asiento trasero del coche desde el departamento de Coímbra. Las treinta y dos cartas de O Pomar descansaban por fin clasificadas, protegidas de la luz de la serra por hojas de papel secante sin ácido y guardadas en cajas de archivo definitivo con el membrete azul del Instituto de Historia Contemporánea. El manuscrito estaba a salvo del moho y de la tierra; ahora quedaba defenderlo de los hombres.

La mesa de caoba, despojada de los tomos de las Ordenações Filipinas que habíamos utilizado como pesos improvisados, estaba cubierta por una marea distinta de papel blanco: borradores de contratos, dictámenes jurídicos sobre la propiedad de bienes incautados durante el Estado Novo y tres densos dossieres con el sello en seco de la Fundação Calouste Gulbenkian.

Durante los últimos siete días, la serra de Sintra se había transformado para nosotros en un eje de llamadas telefónicas a tres bandas entre Lisboa, Coímbra y el despacho del doctor Magalhães, un abogado especialista en propiedad intelectual de la rúa do Ouro al que yo conocía de mis años de catalogación en los archivos notariales. La logística de un descubrimiento de este calibre no se parecía en nada a la mística del jardín; era una maquinaria lenta, fría, hecha de fletes diplomáticos, actas de notoriedad y plazos perentorios.

—Magalhães dice que la línea de sucesión es limpia —dije, sin levantar la vista del tercer párrafo de la memoria técnica que acababa de redactar—. Al haber fallecido Henrique de Sousa sin descendencia directa y habiéndose demostrado la falsificación del

ingreso de Maria do Carmo en la clínica del Buçaco, los derechos de explotación comercial e intelectual revierten íntegramente en la rama gallega de los Almeida. Es decir, en tu madre. Y Pilar ya ha firmado el poder de representación en la notaría de Vigo.

Clara estaba sentada al otro lado de la mesa, en el mismo lugar donde una semana antes había leído las cartas en portugués con las uñas negras de barro. Hoy llevaba las manos limpias, la piel de los dedos todavía un poco descamada por el roce de la azada, y sostenía una taza de té que ya se había enfriado del todo. Miraba por el ventanal hacia el patio trasero, donde las camelias fuera de estación empezaban a perder sus primeros pétalos rojos sobre la grava, cubriendo el suelo con una alfombra que parecía de laca seca.

—¿Y la Gulbenkian? —preguntó, con esa voz que había recuperado su cadencia gallega, despojada ya del tono defensivo de las primeras semanas.

—Están conformes con el plan editorial —respondí, ajustándome las gafas—. Financiarán la edición facsímil completa y el volumen de estudio crítico. No pasará por el circuito de subastas públicas. El manuscrito original se depositará en la sección de reservados de la Biblioteca Nacional bajo el fondo 'Inês Vasconcelos-Maria do Carmo', con libre acceso para investigadores a partir del próximo otoño. El borrador que envié a la comisión técnica fue aprobado ayer por unanimidad.

Dejé el bolígrafo sobre la caoba y deslicé el folio superior del dossier hacia su lado de la mesa. Era la página del índice y los créditos institucionales del volumen que abriría la colección.

—He modificado la propuesta de la cubierta —añadió, fijando la vista en sus manos—. El contrato editorial especifica que el volumen llevará un estudio introductorio de cien páginas donde se contextualiza la red de evasión de Badajoz y el internamiento forzoso en la clínica. He anotado los créditos tal como figurarán en la edición definitiva.

Clara bajó la mirada hacia el folio. Sus ojos recorrieron las líneas escritas a máquina hasta detenerse en el margen inferior, donde la tinta negra de mi impresora de Coímbra había dejado dos nombres

alineados bajo el epígrafe del prólogo: Clara Mendes y Tomás Rebelo.

Se quedó inmóvil durante unos segundos, manteniendo los dedos alrededor de la taza de loza como si temiera que el calor del barro pudiera disolver los caracteres del papel. Luego, levantó la cabeza y me miró con una fijeza sorda, una negativa limpia que no necesitaba de la terminología de los juristas de Lisboa para establecer su propio perímetro.

—No, Tomás —dijo. Su tono fue suave, pero plano como el filo de una regla—. Quita mi nombre de ahí. Yo no soy académica.

—No es un artículo para la revista de la facultad, Clara —respondí, inclinándome un poco hacia delante, apoyando los antebrazos en la madera—. Es el prólogo de O Pomar. Nadie en Coímbra ni en Princeton ha pasado veintiún días transcribiendo la caligrafía de Carmo a la luz de una lámpara de costura. Tú conoces la velocidad de su prosa porque tienes su misma sintaxis en la punta de los dedos. El estudio histórico lo firmo yo; la restitución del texto te pertenece a ti.

—Yo soy una traductora de contratas temporales, Tomás —insistió ella, y una pequeña arruga de cansancio le cruzó el entrecejo, el último reducto de esa Clara que se ocultaba tras los diccionarios en su piso de Madrid—. Mi trabajo consiste en poner las palabras de otros en un molde que no me pertenece para que los editores puedan pagar las facturas de la imprenta. No tengo títulos de paleografía, ni plaza en el departamento, ni una libreta subrayada dos veces con el sello de una fundación. Si pongo mi nombre al lado del tuyo en un facsímil de la Gulbenkian, parecerá un favor personal. Una concesión benéfica del historiador principal.

Me apoyé contra el respaldo de la silla, mirándola a través del cristal de mis gafas, buscando esa línea recta que nos había salvado de la demolición la noche del caldo de gallina.

—Eres escritora, Clara —dije.

La palabra cayó entre nosotros con el mismo chasquido seco que había tenido el pestillo del dormitorio de costura una semana atrás. Clara desvió la vista hacia las carpetas azules de las estanterías,

pero sus mejillas se tiñeron de una palidez tensa, la reacción física de quien es descubierto en mitad de un pasillo ciego.

—No sé de qué hablas —murmuró.

—Hablo de los cinco días que pasamos sin hablarnos —continué, manteniendo la voz en ese registro bajo, factual, que utilizaba para las verdades que no admitían réplica—. Esos cinco días en que tú te encerrabas en el salón inferior con el portátil y yo me quedaba en la biblioteca contando las vigas del techo. La noche antes de irme a Coímbra, bajé a la cocina a las tres de la madrugada para buscar un poco de agua. El ordenador estaba sobre la mesa de pino, abierto, con la batería casi agotada y la pantalla encendida en mitad de la oscuridad.

Clara contuvo el aliento, pero no me interrumpió. Sus dedos se apretaron un poco más contra la loza fría de la taza.

—Es de primero de archivística respetar el documento ajeno —añadí, y una leve sonrisa, la primera en muchos días, me rozó la comisura de los labios—. No bajé el cursor. No leí una sola de las frases que tenías en la pantalla. Pero vi la densidad del texto, Clara. Vi la estructura de los párrafos, el ritmo de las mayúsculas y la fijeza de un manuscrito que no era la traducción de ninguna novela alemana ni ningún encargo técnico para la oficina de Madrid. Tenía el grosor de las cosas que se escriben desde el fondo de un pozo. Estabas escribiendo tu propio libro. Tu propia versión de este invierno.

Hice una pausa, esperando a que el orvallo de Sintra, que empezaba a repicar con timidez en la contraventana, llenara el hueco entre los dos.

—Acabas de empezar otra vez —dije, señalando el folio con el bolígrafo—. Maria do Carmo escribió O Pomar para que Inês supiera que había existido tal como ella era, no como la ley de Lisboa dictaminaba en sus actas matrimoniales. Si tú te borras ahora de este prólogo por miedo a los secretarios de Coímbra o a las notas de prensa de Princeton, estarás haciendo exactamente lo mismo que Henrique de Sousa: estarás decidiendo que tu nombre no tiene el valor legal suficiente para figurar en la portada de tu propia vida. Y yo no voy a ser el cómplice de ese silencio.

Clara permaneció inmóvil durante un minuto entero. El tic-tac de mi Citizen viejo en la muñeca izquierda pareció acentuar la inmensidad de la biblioteca, ese espacio que había dejado de ser una fosa familiar para convertirse en un taller de costura limpia. Miró el papel blanco de la propuesta, luego sus propias manos limpias de barro y, finalmente, levantó los ojos hacia los míos. No había derrota en su mirada; había esa aceptación mansa y verdadera de quien comprende que el suelo bajo sus botas ya no se va a torcer más. Dejó la taza sobre la caoba, estiró el brazo y tomó el bolígrafo de mi mano. El tacto de sus dedos fue tibio, firme, desprovisto del temblor defensivo de las primeras semanas.

Trajo hacia su lado el contrato de la Fundação Calouste Gulbenkian, el documento definitivo que sellaría el destino editorial del manuscrito y fijaría los créditos del volumen facsímil para las próximas décadas. Se detuvo un instante ante la línea de puntos situada justo debajo del nombre de Tomás Rebelo, allí donde el espacio en blanco exigía la confirmación de una identidad legal. Apoyó la punta del bolígrafo en el papel. El trazo de la tinta negra avanzó con una fijeza de aguja de coser, una caligrafía limpia, despojada de curvas ornamentales, idéntica en su resolución a la línea recta que Maria do Carmo había exigido en su primer pliego de enero de 1938.

Escribió su nombre completo: Clara Mendes.

Por primera vez en su vida, la firma no era un alias para un cobro provisional, ni el visado de una traductora oculta tras el membrete de una multinacional de Madrid, ni el rastro de una Almeida que se escondía de los crímenes de su propia estirpe en los pasillos de una quinta en ruinas. Era su nombre real, devuelto a la superficie de la historia por la fuerza de sus propias manos y asentado de forma definitiva sobre la madera de roble de la mesa.

Cuando terminó el último trazo del apellido, Clara dejó el bolígrafo a un lado, miró la firma húmeda bajo la luz blanca de la mañana de Sintra y, sin decir nada, volvió a colocar su mano derecha sobre la mía, cerrando el perímetro del huerto para siempre.

CAPÍTULO 52
CLARA

El otoño en Sintra no se descoloría; se hundía en la piedra. Dos meses después de que la última asimetría de la Quinta dos Loureiros quedara sellada bajo el pestillo de latón, la niebla de la serra había adquirido una fijeza dorada, un tono de ámbar y hojas secas que se demoraba en las cornisas neomanuelinas hasta bien entrada la tarde. La casa ya no olía a cal muerta ni a los secretos confiscados de Henrique de Sousa; ahora olía a los troncos de encina que Tomás partía los viernes por la noche en el cobertizo, al café recién molido que subía por la escalera de caracol y al aroma limpio de la sarga lavada que secábamos junto a la cocina de hierro.

Llevábamos un mes viviendo juntos en la quinta durante los fines de semana. Cada viernes, el coche de Tomás remontaba el ramal de la N9 con el asiento trasero cargado de legajos de Coímbra y bolsas de la compra del mercado de São Pedro; cada domingo por la noche, cerrábamos las contraventanas de la biblioteca sabiendo que los pliegos de O Pomar ya no necesitaban la protección de los secantes sin ácido. El espacio de la espera se había transformado en una rutina mansa, una alternancia de pasos y lecturas compartidas que había devuelto a la tarima combada su elasticidad natural.

Pero este sábado era diferente. La grava del sendero delantero crujió bajo unos pasos nuevos, más ligeros y rápidos que los del doctor Magalhães o los de los mensajeros de la Fundação Gulbenkian.

Tomás había traído a Lia.

Era la primera vez que la niña cruzaba la verja de los Loureiros. Llevaba un abrigo de lana roja con botones de asta que le quedaba un poco corto en las muñecas y unas medias tupidas de color gris que se habían manchado de polen en el camino desde la estación.

Tenía los mismos ojos oscuros de Tomás, esa mirada concentrada y fina que parecía evaluar la resistencia estructural de los muebles antes de decidir si otorgarles su confianza. Se detuvo en mitad del vestíbulo, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, mirando la alta barandilla de la escalera y el gran espejo picado que ahora reflejaba la luz limpia de las doce de la mañana.

—Es muy alta —dijo Lia. Su voz era clara, con ese acento redondo del centro que Tomás perdía cuando pasaba demasiadas horas en los archivos—. Y huele a madera vieja. Como la iglesia de Santa Cruz.

—Es el cedro —respondí, dando un paso hacia ella desde el umbral de la cocina—. Y el viento de la montaña, que se mete por las chimeneas cuando nos vamos a Coímbra.

Lia se volvió hacia mí. Me examinó el jersey de pana, las botas sucias de tierra del porche y el pelo recogido con una pinza de carey que su abuela Pilar me había regalado la semana anterior. No había timidez en su escrutinio; había la curiosidad despojada de filtros de los niños que han crecido entre hombres solteros y estanterías llenas de notas al pie de página.

Tomás dejó la maleta de cuero en el primer peldaño de la escalera y le quitó el abrigo rojo a la niña con esa parsimonia militar que utilizaba para desembalar los facsímiles.

—Ve a ver la biblioteca, Lia —le dijo, dándole un leve empujón en el hombro—. Clara ha ordenado los mapas del Alentejo en la mesa grande. Los que tienen los dibujos de los alcornoques.

La niña no se hizo de rogar. Sus botas de suela de goma repicaron contra la tarima con una libertad ruidosa que la quinta jamás había conocido bajo el mandato de los Sousa. Tomás me miró por encima de las gafas, me tocó el reverso de la muñeca con el pulgar —un gesto breve, tibio, que se había convertido en nuestro punto de apoyo entre cada informe técnico— y bajó al sótano para comprobar la presión de la caldera de agua.

Subí a la biblioteca diez minutos después.

Lia estaba arrodillada en la silla de paja que yo solía ocupar, apoyando los codos en la mesa de caoba. No estaba tocando las carpetas azules de O Pomar; miraba fijamente mi ordenador portátil,

donde el documento de mi propio texto —las ochenta mil palabras que Tomás había visto parpadear en la oscuridad de la cocina— permanecía abierto en el capítulo veinticuatro. Al lado del teclado, un vaso de loza contenía tres lápices de grafito y una pequeña rama de lavanda que Pilar había traído de Galicia.

Me detuve en el marco de la puerta, observando la delgadez de su nuca bajo el pelo oscuro.

—Tu padre dice que eres muy buena dibujando mapas —dije, acercándome despacio.

Lia no se dio la vuelta. Pasó el dedo por el borde de la mesa de madera, siguiendo la veta oscura hasta la esquina donde Henrique había firmado sus últimos contratos de arrendamiento.

—Mi padre dice muchas cosas —respondió ella, con una madurez delgada—. Dice que tú sabes cómo hablaban las mujeres que vivían aquí cuando no había coches en la carretera.

Se volvió en la silla, cruzando las piernas bajo la falda de sarga, y me miró de frente. El sol del mediodía le daba en la cara, resaltando la pequeña peca que tenía junto a la ceja izquierda, idéntica a la de Tomás.

—¿Vas a casarte con mi padre, Clara? —preguntó.

La pregunta cayó en el espacio cerrado de la biblioteca sin la retórica defensiva de los adultos. Era una demanda directa, una coordenada limpia que exigía un documento definitivo. Me senté en el borde de la mesa, cerca de su silla, sintiendo el frío de la caoba contra mis muslos.

—No lo sé, Lia —respondí, mirándola con la misma transparencia que había aprendido a usar frente a los pliegos de Maria do Carmo —. Tu padre y yo hemos pasado mucho tiempo buscando cosas que estaban rotas debajo de la tierra. Ahora estamos aprendiendo a vivir en una casa que tiene las ventanas abiertas. Es un trabajo lento.

Lia meditó la respuesta durante un minuto entero, un silencio serio que parecía el eco reducido de las pausas de Tomás en las notarías de Lisboa. Se miró las punteras de las botas, ajustó el elástico de sus medias grises y luego volvió a levantar los ojos hacia los míos.

—Vale —dijo, con una conformidad escueta—. ¿Pero te quedas?

Sentí una vibración sorda en el pecho, un calor limpio que no venía del radiador de hierro ni del sol de la serra. Ese "te quedas" no era una propuesta matrimonial ni un contrato de coautoría con el membrete de la Gulbenkian; era el ancla real que yo había estado buscando desde que salí de Vigo con una maleta de lona y tres diccionarios viejos.

—Sí —dije, y mi voz sonó firme, asentada en la materia de la habitación—. Me quedo, Lia.

La niña asintió una sola vez, emulando inconscientemente el gesto de doña Eulália con los membrillos, y volvió su atención a los mapas del Alentejo, dando por cerrado el protocolo de propiedad intelectual de nuestra nueva vida.

A media tarde, la cocina volvió a llenarse de la actividad ruidosa que Pilar imponía allí donde pisaba. Mi madre había llegado de Vigo el martes anterior para pasar la semana completa en la quinta. No había venido como la heredera desolada de un crimen de Estado; había venido con tres paños de cocina nuevos, un tarro de manteca de cerdo gallega y esa determinación mansa de las costureras que saben que las cortinas viejas siempre se pueden volver a teñir si se usa el fijador adecuado.

En ese momento, Pilar le enseñaba a Lia cómo pelar las manzanas para la tarta sin romper la tira de la piel, mientras Tomás, sentado en el banco de pino, anotaba los últimos cambios en las galeradas de la Fundación. O Pomar iba a publicarse en marzo. Las primeras pruebas de imprenta habían llegado el jueves con una cubierta sobria, de un gris azulado que recordaba la niebla de la ría de Vigo, y los dos nombres impresos en el centro con la misma tipografía institucional.

—Te ha llegado una carta de Coímbra, Clara —dijo Tomás, levantando la vista del papel técnico—. Llegó al departamento con el sello del Rectorado, pero venía dirigida a tu nombre personal.

Me acerqué al banco y tomé el sobre blanco que él me tendía. El papel era grueso, de alto gramaje, con el escudo en seco de la Universidade de Coímbra en la solapa posterior. Al abrirlo, mis ojos recorrieron las líneas formales firmadas por el decano de la Facultade de Letras. No era una notificación de contrata temporal ni

una solicitud de intermediación local para los profesores del norte; era una invitación oficial para abrir las jornadas de primavera con una conferencia plenaria sobre la metodología de la restitución textual y la traducción del portugués al castellano.

Miré a Tomás por encima del papel. Sus ojos, detrás de los cristales limpios de las gafas, mostraban esa fijeza despojada de cinismo que yo había aprendido a reconocer como su forma más pura de orgullo.

—Quieren que hables de Maria do Carmo —dijo él, con voz baja —. Y de la sintaxis de las treinta y dos cartas.

—Voy a darla —respondí, y sentí que la palabra ya no me pesaba en la lengua—. Voy a ir a Coímbra y voy a explicar cómo escribía una mujer que tuvo que inventar un país invisible para que su firma siguiera teniendo valor legal.

Pilar levantó la cabeza desde la encimera, sosteniendo la larga tira de piel de manzana entre sus dedos cansados de coser. Sonrió de esa forma limpia, sin filtros, que las madres de Redondela guardan para los días en que los cementerios por fin se quedan en silencio.

Al caer el crepúsculo, salí sola al jardín trasero.

El sol de finales de otoño se estaba ocultando detrás del castillo de Sintra, tiñendo las nubes bajas de un color carmín y ceniza que se reflejaba en el granito del pozo sellado. El aire era frío, crispado por el viento del Atlántico, pero ya no traía el aroma agrio de la cal húmeda ni la urgencia mineral de las búsquedas nocturnas. La zanja al pie del naranjo había sido cubierta por completo con mantillo nuevo y grava fina; las raíces del árbol descansaban otra vez bajo la tierra, protegidas por el invierno regular de la serra.

Me acerqué a los tres arbustos de camelia que flanqueaban el muro de wisteria.

El estallido caótico de la semana posterior al descubrimiento había desaparecido. Las flores violáceas y las corolas blancas de cera que habían brotado fuera de estación ya no estaban en las ramas; habían caído de forma natural, descomponiéndose despacio sobre la tierra húmeda del patio hasta convertirse en una costra grisácea, inofensiva, que el mantillo absorbía sin violencia. Los arbustos

mostraban ahora su ciclo regular: hojas verdes, coriáceas, lanceoladas, cerradas sobre sí mismas en una fijeza silenciosa, esperando el verdadero invierno y la primavera del año siguiente para ofrecer sus brotes según las leyes de la biología ordinaria.

Apoyé la palma de la mano en el tronco del naranjo, sintiendo la rugosidad de la corteza y la firmeza del suelo bajo mis botas.

La anomalía había terminado. Las treinta y dos cartas estaban en las cajas de conservación de la Biblioteca Nacional; Inês Vasconcelos figuraba en los registros de la resistencia con su nombre verdadero y Maria do Carmo descansaba, por fin, libre de la poda del gobierno y del diagnóstico forense de su marido. Su prosa ya no era un misterio desenterrado en mitad de la noche; era un texto impreso que los estudiantes de Coímbra leerían en marzo bajo la luz de las aulas.

Escuché las risas de Lia que subían desde la cocina, el rumor sordo de la cafetera de hierro de mi madre y el paso firme de Tomás que se acercaba al porche para encender la farola de la verja delantera.

Miré el cielo oscuro que empezaba a cubrir la cumbre de la serra. El futuro no tenía notas al pie de página ni actas notariales que aseguraran el rumbo de las próximas estaciones, pero el suelo sobre el que estaba de pie era real, recto y profundamente nuestro. Cruzando los brazos sobre el pecho, respiré el aire frío del otoño de Sintra y caminé de regreso hacia la luz de la casa, dispuesta a entrar por la puerta que ya nunca más volvería a cerrarse a mis espaldas.

EPÍLOGO
CLARA

La Livraria Bertrand do Chiado conservaba el mismo aroma que un siglo atrás: una mezcla espesa de cera de abejas, café cargado procedente de la rúa Garrett y el olor seco, casi mineral, del papel de tina que envejecía bajo las arcadas de piedra. Fuera, la tarde de marzo en Lisboa se deshacía en una luz dorada y limpia que resbalaba por las fachadas de azulejos; dentro, en la sala del fondo, el espacio se había vuelto pequeño para contener el murmullo de la gente que se agolpaba entre las estanterías de madera de jacarandá.

Sobre la mesa auxiliar, junto a una lámpara de latón que proyectaba un círculo de claridad tibia, descansaba una hilera de volúmenes recién salidos de los tórculos de la Imprenta Nacional. La cubierta, diseñada por los técnicos de la Fundação Gulbenkian, lucía un color gris azulado, el tono exacto de la niebla de la ría de Vigo cuando el invierno empieza a ceder. En el centro, las letras en relieve de un blanco roto componían un título despojado de artificios: O Pomar. Y justo debajo, alineados sin jerarquías ni notas de precedencia, nuestros dos nombres: Clara Mendes y Tomás Rebelo.

Tomé el bolígrafo de tinta negra y firmé el pliego de cortesía del vigésimo ejemplar. Mi trazo ya no tenía la vacilación ortográfica de los primeros días en Sintra; avanzaba por la celulosa con una línea recta, limpia, una fijeza de aguja de coser que reconocía cada curva de las letras como un territorio conquistado. Al levantar la vista para aguardar el siguiente libro, mis ojos recorrieron la sala llena. En la primera fila, sentada con las manos apoyadas en el regazo, Pilar llevaba una blusa de lino blanco que ella misma había rematado en Vigo durante las navidades. Ya no miraba las esquinas con la sospecha defensiva de las mujeres que ocultan un secreto familiar;

me miraba a mí, con esa dignidad mansa de las costureras que han aprendido que los hilos rotos siempre se pueden volver a anudar si la aguja es lo bastante fuerte.

Doña Eulália ya no estaba a su lado. Se había ido un mes antes, durmiéndose una tarde de febrero justo cuando los primeros brotes de la nueva estación comenzaban a cuajar, según el ciclo natural, en las camelias de la Quinta dos Loureiros. Se había marchado en paz, sin deudas con la tierra de los Almeida y con la certeza de que el paquete de lino encerado ya no pertenecía a la sombra del naranjo.

Busqué el fondo de la sala, junto al arco de entrada donde los ujieres de la fundación intentaban ordenar el paso de los asistentes. Allí, recortado contra la penumbra de los pasillos de historia, estaba Tomás. Llevaba su vieja chaqueta de tweed gris, las gafas bien asentadas sobre la nariz y una libreta de notas sobresaliendo del bolsillo lateral. Con la mano izquierda sostenía la de Lia, que se ponía de puntillas para intentar ver los mapas del Alentejo expuestos en las vitrinas superiores. Tomás me miró a través de la multitud. No hubo gestos académicos ni sonrisas profesionales; fue solo una fijeza sorda, un pulso compartido que cruzó la estancia para recordarme que el sofá de eskay y las noches del dormitorio de costura seguían siendo nuestra única coordenada real.

El coordinador del acto dio un par de golpes suaves en el micrófono, apagando el rumor de las conversaciones. Me indicó con un gesto de la cabeza que era el momento de cerrar la presentación.

Me levanté de la silla, sintiendo el tacto frío del relieve de la cubierta entre mis dedos. No abrí el libro por el prólogo institucional que me había costado tres borradores firmar en Coímbra, ni por el aparato crítico donde Tomás explicaba la red de evasión de Badajoz. Pasé las hojas de grano grueso hasta llegar al pliego final, al facsímil de la carta treinta y dos, aquella que Maria do Carmo había escrito con un cabo de lápiz de carpintero la misma noche en que enterró el lino bajo el mantillo.

El silencio de la librería se volvió absoluto, una calma densa que parecía conectar las arcadas del Chiado con los muros de cal de la quinta. Respiré el aire limpio de la tarde y empecé a leer en voz alta

mi propia traducción, dejando que la voz de Maria do Carmo ocupara el espacio sin la mediación de ningún filtro de seguridad:

—Que sepas que elegí... —mi voz sonó redonda, pausada, arrastrando las sibilantes con una cadencia que ya no pedía disculpas por su origen—. Que sepas que mientras haya un espacio donde las palabras crezcan rectas y libres de la poda del gobierno, la dictadura seguirá quedando fuera de nuestras vidas. El huerto es nuestro propio país invisible... No escribí para sobrevivir, I. Escribí para que tú, un día, supieras que existí como yo fui.

Cuando pronuncié la última sílaba, el punto seco de grafito que cerraba el manuscrito pareció desvanecerse en el aire de Lisboa. El aplauso de la sala llegó de golpe, un eco cerrado que rebotó en los estantes de jacarandá y en las vitrinas de cristal, pero yo ya no estaba escuchando la aprobación de los críticos de la Gulbenkian ni las felicitaciones de los secretarios de la facultad.

Bajé el libro despacio, manteniéndolo contra el pecho, y miré directamente hacia el fondo de la sala. Tomás seguía allí, inmóvil junto al arco, asintiendo apenas con la barbilla mientras Lia aplaudía con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo rojo.

Miré a mi madre, miré las camelias que alguien había dejado en un jarrón sobre la mesa y, por primera vez en toda mi vida, dejé que el pensamiento se formulara en la única lengua que tenía derecho a nombrar la intemperie. Una lengua que no era la de los tribunales de Lisboa ni la de las editoriales de Madrid, sino el idioma mineral que Pilar me había devuelto en el salón de los Sousa con un beso en la mejilla.

Pensé una sola cosa, con la certeza de quien por fin ha dejado de huir:

Esta es la casa. Aquí estoy.

La sesión de firmas se prolongó hasta que las farolas de la rúa Garrett se encendieron, dibujando círculos amarillos sobre el pavimento de basalto mojado por el relente de la noche. La sala se había ido vaciando despacio; los ujieres comenzaban a apagar las luces periféricas y Tomás se había llevado a Lia a la cafetería de la esquina para que tomara un vaso de leche caliente antes de regresar a Sintra.

Yo estaba terminando de guardar mis lápices en el bolso de lona cuando una sombra se proyectó sobre la mesa de caoba.

Pensé que sería uno de los rezagados de la facultad o algún empleado de la librería que buscaba la firma en el último ejemplar de cortesía. Levanté la cabeza con una sonrisa de cortesía en los labios, pero las palabras se me congelaron en la garganta al encontrarme con la mirada de la mujer que estaba de pie al otro lado de la lámpara de latón.

Era joven, de mi misma edad, pero su rostro conservaba una palidez tensa, una fijeza batida por el viento del Atlántico que no pertenecía a la luz mansa de Lisboa. Llevaba una gabardina oscura con el cuello subido, salpicada por unas gotas de lluvia fina que debían de haber caído en las calles altas del Barrio Alto, y el pelo castaño, un poco húmedo, le caía sobre los hombros en mechones rebeldes. No llevaba ningún ejemplar de O Pomar en las manos, ni una libreta de notas, ni el bolso bandolera de los estudiantes de Letras.

Me miraba con una intensidad desarmante, unos ojos grises y afilados que parecían haber pasado las últimas dos horas escrutando cada uno de mis movimientos desde la primera fila, oculta detrás de la masa de los profesores. Había en su postura una urgencia contenida, la vibración sorda de las personas que han cruzado una frontera de noche y no saben si los papeles que llevan en el bolsillo interior van a servir para salvarles la vida.

Dio un paso hacia delante, acortando la distancia con la mesa, y apoyó las yemas de los dedos en la madera lavada. Sus manos estaban frías, marcadas por una pequeña cicatriz clara en el dorso de la muñeca que recordaba el roce de un cabo de cuerda o el filo de una piedra vieja.

Se inclinó ligeramente hacia mí, reduciendo el espacio a un murmullo que los ujieres que limpiaban las tazas del fondo no pudieran diagnosticar. Su acento no era portugués; traía la cadencia dura, cantarina y cargada de salitre de la costa norte de Galicia, una música que hizo que las maderas de la Bertrand parecieran crujir bajo una presión diferente.

—Vivo en un pazo en la Costa da Morte —dijo, y su voz sonó seca, despojada de adornos, con la fijeza de quien entrega un acta de notoriedad en mitad de la noche—. Encontré algo. No sé qué hacer con ello.

La mujer sostuvo mi mirada durante un segundo eterno, un silencio de granito y mar abierto que suspendió el final de la tarde en Lisboa, antes de dar la vuelta y perderse de golpe entre las sombras de las arcadas del Chiado.
